







Plagiado

por

Roberto L. Stevenson

D. Appleton y Cía.,
Editores
5th Avenue No. 72 Nueva York.

"**Confusión.**—Tal es el título de una preciosa obrita que acabamos de recibir, y que es una joya de la literatura Inglesa. Su autor, el famoso literato Conway, en esta nueva producción de su fecundo ingenio, ha sido tan feliz como en sus obras anteriores: una trama siempre viva é interesante que mantiene viva la atención del lector que ávido devora los capítulos tan correctos como elegantemente escritos."—*El Mentor de los Niños*, Guadalajara.

*
* *

"**Misterio * * * *.**—Hemos leído esta novela sin poderla dejar de la mano un solo instante, tal es el interés verdaderamente extraordinario de su argumento, así como la novedad del mismo y la admirable armonía de todos sus capítulos."—*La Lucha*, Habana.

*
* *

"**Las Minas del Rey Salomón.**—Esta obra está escrita sin pretensiones de ningún género, con esa sobriedad que tanto nos encanta en los novelistas Ingleses, con un lenguaje claro y correcto y un estilo gráfico y elegante, es un acabado cuadro de las costumbres de los habitantes del África austral, hecha con discreción, exactitud é imparcialidad."—*El Buscapié*, Puerto Rico.

*
* *

"**Dora.**—Profunda moralidad, correcto y elegante estilo literario, unidos á una viva é interesante trama, que mantiene siempre ávido al lector por continuar devorando sus capítulos, son las cualidades de esta joya de la literatura Inglesa."—*El Mentor de los Niños*, Guadalajara, Méjico.

PLAGIADO

POR

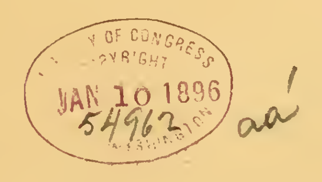
ROBERTO LUÍS STEVENSON

AUTOR DE

"LA ISLA DEL TESORO," "EL CASO EXTRAÑO DEL DR. JEKYLL," ETC.

NOVELA TRADUCIDA DEL INGLÉS POR

FRANCISCO SELLÉN



NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA, EDITORES
5TH AVENUE, No. 72
1896

DOS PALABRAS AL QUE LEYERE

Entre los novelistas que ha producido Inglaterra en estos últimos tiempos, ocupa un lugar prominente Roberto Luís Stevenson, arrebatado por la muerte hace pocos meses en medio de su carrera gloriosa, cuando su maduro ingenio prometía ricos y sazonados frutos que habrían añadido nuevos laureles á los que ceñían su frente. Las novelas de Stevenson, según la opinión de críticos autorizados, han venido á aumentar el caudal clásico de la literatura inglesá, tan abundante en buenas producciones de este género. Los que hayan leído *El Caso extraño del Doctor Jekyll*, que encierra tan gran enseñanza moral y es un ensayo en lo sobrenatural y misterioso, ó *La Isla del Tesoro*, llena de incidentes tan variados como interesantes, novelas ambas que vertidas al castellano han tenido mucha aceptación en los países hispano-americanos, hallarán en la titulada *Plagiado*, que se publica ahora, una nueva prueba de las raras cualidades que, como novelista, caracterizan á Stevenson, y también una nueva faz de su envidiable talento en este linaje de obras.

En la novela *Plagiado* se refieren las aventuras de un joven escocés, á mediados del siglo pasado, en las Tierras

Altas de Escocia, pocos años después de la rebelión del último de los Estuardos, pretendiente á la corona de Inglaterra. Aunque con un fondo histórico, no se crea por eso que es una novela histórica en la verdadera acepción de la palabra. Es una narración de aventuras, cuyo interés no decae un momento, puesta en boca del héroe mismo, David Balfour, en estilo vivo y pintoresco, con tal precisión y naturalidad que nos parece que estamos presenciando las escenas que se describen. Los episodios son en extremo variados, á veces altamente dramáticos; otras veces la narración es una animada pintura de los usos y costumbres de los montañeses de Escocia y, en general, de su estado social en aquellos tiempos. David Balfour y su compañero de aventuras y desventuras, Alán Breck, los dos principales personajes de la obra, son seres de carne y hueso, que conquistan nuestras simpatías, y nos hacen compartir sus penas y alegrías, sus temores y esperanzas. Pero puesto que el que recorriere estas líneas tiene el libro en las manos, léalo sin pérdida de tiempo, y estamos seguros de que no lo cerrará hasta haber dado fin á su lectura. ¡De tal modo sabe interesarnos y subyugarnos el autor con el arte que despliega en la narración de las aventuras de su héroe juvenil!

F. S.

NUEVA YORK, *Noviembre, 1895.*

PLAGIADO

CAPÍTULO I

EMPRENDO MI VIAJE Á LA CASA DE LOS SHAWS

Comenzaré la historia de mis aventuras en una cierta mañana del mes de Junio del año de gracia de 1751, cuando, muy temprano, retiré por última vez la llave de la puerta de la casa de mi padre. Empezaba el sol á brillar en la cima de las colinas, mientras me dirigía camino abajo, y á mi llegada al presbiterio ya los mirlos estaban silbando entre las lilas del jardín, y la bruma que flotaba en el valle, al rayar el alba, empezaba á ascender y á desvanecerse.

El excelente Sr. Campobello, que era el ministro ó pastor de almas de la población, me estaba esperando á la puerta del jardín. Me preguntó si había almorzado, y al oir que ya ese particular estaba despachado, me tomó la mano entre las suyas y estrechándola afectuosamente, me dijo:

—Bien, David; te acompañaré hasta el vado para ponerte en el camino.

Y empezamos á andar en silencio.

—¿No sientes dejar á Essendean?—me preguntó después de una corta pausa.

—Señor, si yo conociera el lugar á dónde voy ó si supiera lo que será de mí, respondería con sinceridad á esa pregunta. No hay duda que Essendean es un buen lugar, donde he sido muy feliz; pero tampoco he estado en ninguna otra parte. Puesto que mi madre y mi madre han muerto, tan cerca estaré de ellos aquí como en el Reino de Hungría; y para decir la verdad, si creyera que tenía probabilidades de mejorar en donde voy, lo haría con muy buena voluntad.

—¿Eso hay?—dijo el Sr. Campobello.—Muy bien, David: en ese caso me corresponde á mí decirte la buena ventura, hasta donde me sea posible. Cuando tu madre falleció, y tu digno y cristiano padre enfermó mortalmente, me entregó cierta carta que dijo era la herencia tuya. "Tan pronto como yo haya desaparecido, agregó, y la casa se hubiere arreglado y dispuesto del mobiliario (todo lo cual se ha hecho) dé Vd. á mi hijo esta carta en manos propias y póngale en camino de la casa de los Shaws, no lejos de Cramond. Yo procedo de ese lugar, y es muy del caso que á él regrese mi hijo. Es un muchacho formal, agregó, prudente y avisado, y no dudo que llegará sano y salvo, y que será querido donde quiera que vaya."

—¡La casa de Shaws!—exclamé.—¿Qué tenía que hacer mi pobre padre con la casa de Shaws?

—¿Quién puede responder á esa pregunta?—dijo el Sr. Campobello.—Pero el apellido de esa familia, joven David, es también el que tú llevas:—Balfours de Shaws; casa antigua, honrada y respetada, aunque haya decaído un tanto en estos últimos tiempos. Tu padre era igualmente un hombre de saber, como convenía á su posición.

Nadie dirigió una escuela mejor que él; no tenía esa especie de lenguaje que usan los maestros ó dómines vulgares; y como recordarás yo tenía mucho placer en verle en el presbiterio, donde se codeaba con gentes de elevada alcurnia; y los de mi propia casa, los Campobellos de varios lugares, todos caballeros muy conocidos, se complacían en su sociedad. Finalmente, para que puedas juzgar de todo lo que hay en este asunto, aquí tienes la carta testamentaria misma, escrita de puño y letra del hermano que ha abandonado este mundo.

Me dió la carta que tenía la siguiente dirección: "En las propias manos del caballero Ebenezer Balfour, de Shaws, en su casa de Shaws, entregará ésta mi hijo David Balfour." Me latía el corazón violentamente ante la gran perspectiva que se abría ahora á un muchacho de diez y seis años de edad, hijo de un pobre dómine de campo.

—Sr. Campobello,—dije tartamudeando,—¿si estuviera Vd. en mi lugar, iría Vd.?

—Seguramente que sí,—respondió el ministro;—lo haría sin vacilar. Un muchacho como tú puede llegar allá, puesto que está cerca de Edimburgo, en dos días de camino. Lo peor que pudiera suceder sería, que esos parientes tuyos de alto copete (pues no puedo menos de suponer que son de tu misma sangre) no te quisieran recibir, y en ese caso lo único que habría que hacer sería desandar lo andando y tocar á la puerta del presbiterio. Pero abrigo la esperanza de que serás bien recibido, como tu pobre padre pensó, y si algo se me alcanza en estas cosas creo que llegarás á ser un gran hombre con el tiempo. Y ahora, David, agregó, juzgo asunto de con-

ciencia aprovecharme de esta oportunidad para prevenirte contra los peligros del mundo.

Y diciendo esto dió una mirada en rededor buscando un asiento cómodo, divisó un gran peñasco debajo de un abedul al lado del camino, se sentó en él, con rostro muy serio, y para librarse de los rayos del sol que nos daban de lleno se cubrió el sombrero de tres picos con un pañuelo. Entonces, levantando el índice, me puso sobre aviso contra un número considerable de herejías, á las cuales no me sentía inclinado, y me instó á que fuera constante en no olvidar mis oraciones. Dicho esto, me hizo un cuadro de la gran casa á donde me dirigía, y me trazó la línea de conducta que debía seguir con sus moradores.

—En cosas de poca importancia sé flexible, David,—dijo.—Ten presente que, aunque nacido de buena familia, te has educado en el campo. No nos hagas avergonzar de tí. En esa grande y rica casa, con todos sus sirvientes, de todas condiciones, sé siempre, como el que más, tan agradable, tan circunspecto y tan pronto para comprender cuanto lento para hablar. En cuanto á la cabeza de la casa, recuerda siempre que es el jefe; nada más tengo que decir. Da á cada uno lo que le pertenece. Es un placer obedecer á los mayores, ó debe serlo para el joven.

—Bien, señor,—contesté,—prometo que trataré de hacerlo así.

—Muy bien, muy bien,—replicó el Sr. Campobello contentísimo.—Y ahora tratemos de otro asunto. Aquí tengo un paquete que contiene cuatro cosas. Y diciendo esto lo sacó con cierta dificultad del bolsillo de su gabán. De estas cuatro cosas, continuó, la primera es lo que legal-

mente se te debe: el dinerillo que han producido los libros de tu padre, que he comprado con el objeto de venderlos, con alguna ganancia, al nuevo maestro. Las tres restantes son otros tantos presentes que mi esposa y yo nos alegraríamos que aceptaras. El primero, que es redondo, te agradará al principio más que ningún otro; pero, mi querido David, es solo una gota de agua en el mar; te ayudará en los primeros pasos, pero desaparecerá como la niebla de la mañana. El segundo presente, que es liso y cuadrado, y en el que hay algo escrito, te servirá durante la vida á manera de un buen bastón para el camino, y una buena almohada en que reclinar la cabeza cuando uno está enfermo. En cuanto al tercero y último, que es cúbico, te llevará, como es mi ardiente deseo, á un mundo mejor.

Diciendo esto se puso en pie, se quitó el sombrero é hizo una corta plegaria en voz alta y en términos afectuosos rogando por un joven que se veía, por decirlo así, arrojado solo en el mundo; luego me tomó de repente en los brazos y me estrechó contra su seno, y manteniéndome después á cierta distancia me contempló un rato, con el semblante lleno de dolor, y diciéndome adiós hizo resonar su látigo y emprendió la vuelta á su casa casi á carrera tendida. Habría parecido risible á un extraño, pero yô no me encontraba con ánimo para reir. Le seguí con los ojos hasta perderle de vista, sin que hubiera detenido su carrera un solo instante ni dado una sola mirada hacia atrás. Entonces me vino á la mente que todo era producido por el pesar que le causaba mi partida; y sentí cierto remordimiento de conciencia por la alegría que había experimentado al abandonar aquella tranquila morada campestre, para ir á una casa grande, llena de animación,

entre gente rica y respetable de mi propio nombre y sangre.

—¡David, David!—me dije,—¿hase visto jamás tal ingratitud? ¿Cómo puedes olvidar antiguos favores y antiguos amigos al mero sonido de un nombre? ¡Qué vergüenza! ¡qué vergüenza!

Me senté en el peñasco en que se había sentado el buen hombre, y abrí el paquete para ver lo que contenía. Lo que calificó de objeto cúbico, no fué para mí objeto de mucha duda: bien sabía que era una Biblia. Lo que calificó de redondo, hallé que era una moneda de plata; y el tercer objeto que debía de ayudarme tan singularmente durante toda mi vida, ya estuviere enfermo ó gozara de buena salud, era un pedacito de papel amarillo en el que había escrito con tinta roja lo siguiente:

"Para hacer agua de lirio de los valles.—Tómense las flores del lirio de los valles y destílense en vino dulce ó de Jerez, y bébase una cucharadita ó dos cuando fuere necesario. Vuelve el habla á los que la hubieren perdido en consecuencia de parálisis. Es buena contra la gota; conforta el corazón y fortifica la memoria. Puestas las flores en una redoma, y enterrada ésta en el suelo durante un mes, al retirarla se hallará un licor que proviene de las flores. Guárdese el licor en un pomo: es bueno para toda clase de personas, enfermas ó en buen estado de salud."

Y luego, escrito de puño y letra del ministro, había lo siguiente: "Sirve también para dislocaciones, frótese con el licor; y en caso de cólico, tómese una cucharada cada hora."

Para decir la verdad, esto me hizo reir; pero fué con

una risa trémula, y me alegré de atar el bulto en la extremidad de mi bastón y emprender la marcha ascendiendo una colina hasta llegar al sendero que atravesaba un campo cubierto de brezos, desde donde dirigí una última mirada á mi pueblo nativo, á los árboles que rodeaban el presbiterio, y á los grandes fresnos del cementerio donde reposaban mis padres.

CAPÍTULO II

LLEGO AL FIN DE MI JORNADA

En la mañana del segundo día, habiendo llegado á la cima de una colina, ví que todo el terreno se inclinaba hacia el mar, y en medio de este declive, sobre una extensa cumbre, la ciudad de Edimburgo que parecía un horno humeante. En el castillo ondeaba una bandera, en el canal había buques anclados ó en movimiento, y á pesar de la distancia podía distinguir claramente el castillo y el puerto.

Poco después pasé junto á una choza en que vivía un pastor, que me indicó donde quedaba poco más ó menos Cramond, y así preguntando aquí y allí continué mi camino al oeste de Edimburgo, hasta que llegué al de Glasgow. Y allí con gran placer y no poca admiración, contemplé un regimiento que marchaba en el mejor orden al compás de los pífanos; á la cabeza iba montado en un caballo moro un viejo general de rostro encendido, y á retaguardía marchaba una compañía de granaderos con morriones de pelo. Mi corazón latió apresuradamente al ver aquellos uniformes rojos y oir aquella alegre música.

Algo más adelante se me dijo que me hallaba en el pueblo de Cramond, y empecé entonces á preguntar por

las señas de la casa de los Shaws, lo que parecía sorprender no poco á aquellos á quienes me dirigía. Al principio lo atribuí á lo sencillo de mi aspecto, á mi traje de campesino, todo empolvado por efecto del viaje, y que cuadraba mal con la grandeza de la mansión á que me encaminaba. Pero después que dos ó tres personas me dieron la misma mirada é idéntica respuesta, comencé á pensar que había algún intríngulis en el asunto de los Shaws.

Para salir de dudas una vez por todas, modifiqué la forma de mis investigaciones, y viendo venir sentado en su carreta á un individuo de honrado aspecto, le pregunté si había oído hablar de una casa que llamaban la casa de Shaws. Detuvo su carromato y dándome una mirada como los otros me respondió:

—Sí. ¿Quiere Vd. algo?

—¿Es una casa grande?—pregunté.

—Ciertamente que sí,—me dijo;—la casa es grande y muy grande.

—Sí,—dije,—¿y la gente que la habita?

—¿Gente?—exclamó.—¿Está Vd. en su juicio? No hay gente allí, es decir, nada que pueda llamarse gente.

—¡Cómo!—dije.—¿No está ahí el Sr. Ebenezer?

—Oh, sí,—contestó el hombre;—ciertamente que allí está el dueño de la casa, si es él á quien Vd. busca. ¿Qué clase de asuntos le traen á Vd.?

—Se me ha dicho que podría conseguir allí un destino,—dije con el aspecto más modesto que me fué posible.

—¿Qué dice Vd.?—replicó el carretero con voz tan fuerte que su caballo se asustó;—y después de una pausa agregó: no son negocios míos, pero me parece Vd. un

joven bien hablado, y si quiere seguir mis consejos, hará bien en mantenerse alejado de los Shaws.

Después encontré á un hombre de pequeña estatura, vivaracho, con una hermosa peluca blanca. Ví que era un barbero que iba á afeitar á sus parroquianos, y sabiendo que los barberos son grandes parlanchines, le pregunté qué clase de hombre era el Sr. Balfour de Shaws.

—¡Tu! ¡tu! ¡tu!—dijo el barbero,—no es nadie, no es absolutamente nadie; y comenzó con mucha astucia á preguntarme cuál era mi ocupación. Pero se encontró con la horma de su zapato, y se fué á afeitar á su parroquiano más próximo sin saber acerca de mí más de lo que sabía cuando me encontró.

No puedo describir el golpe terrible que fué esto para mis ilusiones. Cuanto más vagas eran las acusaciones, tanto menos me gustaban, puesto que dejaban ancho campo á la imaginación. ¿Qué clase de gran casa era esta que hacía que todos los vecinos del lugar se sorprendieran y me mirasen con asombro al pedirles las señas? ¿Ó qué clase de caballero sería su dueño, cuando su mala fama de tal modo andaba en boca de todo el mundo? Si una hora de camino me hubiera conducido á Essendean, habría terminado allí mi viaje, y regresado á casa del Sr. Campobello. Pero habiendo ido ya tan lejos, la vergüenza no me permitía desistir hasta haber sometido á prueba el asunto; me veía obligado, por lo que á mí mismo me debía, á llevar la cosa adelante, y á pesar de no ser muy de mi agrado lo que había oído, y de haberme puesto de nuevo á andar con suma lentitud, continué preguntando las señas y continué mi camino.

Se acercaba la caída de la tarde cuando me encontré

con una mujer gruesa, de color obscuro y rostro avinagrado que bajaba con trabajo la colina; y al hacerle la pregunta consabida, dió media vuelta, me acompañó á la cumbre de que acababa de descender, y me señaló con la mano un gran edificio que se alzaba aislado en el fondo del valle más cercano. El terreno de las inmediaciones tenía un agradable aspecto, sembrado de pequeñas colinas, bien regado y cubierto de árboles; los sembrados me parecían muy buenos, pero la casa tenía una apariencia ruinosa, sin que hubiera un sendero que á ella condujese, ni saliese humo de ninguna de las chimeneas, ni se viesen indicios de jardín alguno. El corazón se me oprimió. "¡Esa es la casa!" exclamé.

En el rostro de la mujer brilló una cólera maligna.—¡Esa es la casa de los Shaws!—dijo.—Se empezó á edificar con sangre; se contuvo su fabricación con sangre; y con sangre ha de desaparecer ¡Mirad!—exclamó de nuevo,—escupo en el suelo y cierro los puños. ¡Maldita sea! Si véis al dueño, decidle lo que habéis oído; decidle que esta es la milésima vez que Juana Closton ha invocado la maldición sobre él y sobre su casa, su establo y su redil, y criado, y huésped y dueño, esposa, hija, ó niño: malditos, malditos, malditos sean!

Y la mujer, cuya voz se había convertido en una especie de salmodia horrible, dió media vuelta y desapareció. Permanecí, como aterrado, en el sitio en que me dejó. En aquellos tiempos creía yo en brujas y temblaba al oir una maldición; y ésta, que había sido tan á propósito, me pareció de mal agüero y me impidió proseguir adelante.

Me senté en el suelo y me puse á contemplar la casa.

Cuanto más la miraba, tanto más agradables me parecían los contornos: todos llenos de arbustos de espinos blancos en flor; los campos cubiertos de ganado; una bandada de cornejas cruzando á vuelo tendido el espacio; y todas las señales de un terreno fértil y un buen clima; y sin embargo, el edificio que se alzaba en medio de aquel paisaje lo echaba todo á perder.

Los campesinos pasaban á mi lado, sin que yo tuviera el valor de darles las buenas tardes. Al fin, el sol se puso, y entonces ví ascender una columna de humo que no me parecía mucho más espeso que el que daría una vela; sin embargo, ahí estaba y era señal cierta de fuego, de calor, de una cocina, y de que algún sér viviente lo había encendido. Esto me infundió ánimo de una manera maravillosa, mucho más, estoy seguro de ello, que un pomo entero del agua del lirio de los valles en que tanta confianza tenía la Sra. Campobello.

De consiguiente, me puse de nuevo en marcha, siguiendo un sendero mal trazado en la hierba que conducía á la casa. Aunque era por cierto muy indistinto, era el único que guiaba á una habitación humana. Llegué, por fin, á dos pilares de piedra, con una casilla al lado sin techo, y un escudo de armas en la parte superior. Aquello parecía visiblemente destinado á ser la entrada principal, que nunca llegó á terminarse; en vez de puertas de hierro, había un par de tablas atadas con una cuerda. El sendero que yo seguía pasaba á la derecha de los pilares continuando en dirección á la casa.

Cuanto más me acercaba, más sombrío era su aspecto. Parecía el ala de una casa que nunca se había concluído de fabricar. Los pisos superiores estaban incompletos así

como las escaleras. Muchas de las ventanas no tenían cristales y los murciélagos entraban y salían como las palomas en un palomar.

Había empezado á anochecer, y en los cristales de tres de las ventanas inferiores, que eran muy altas, estrechas y muy bien enrejadas, comenzaba á brillar la luz vacilante de una pequeña hoguera.

¿Era este el palacio á donde yo venía? ¿Era dentro de estos muros donde iba á buscar nuevos amigos y á comenzar una gran carrera? En la casa de mi padre, el fuego y las luces brillantes podían distinguirse á una milla de distancia, y la puerta se abría siempre que llamaba un mendigo.

Me adelanté con mucha precaución, prestando atento oído, y percibí cierto ruido de platos, y una tosecilla seca y violenta que se presentaba con accesos, pero no pude distinguir ningún rumor de voz humana, ni aun el ladrido de un perro.

La puerta, á lo menos así me parecía contemplada á la luz dudosa que reinaba, era de madera tachonada con clavos. Alcé la mano, todo temeroso, y toqué el aldabón. Entonces esperé. Reinaba en la casa un silencio mortal: pasó un minuto sin que nada se moviera, excepto los murciélagos en los pisos superiores. Toqué de nuevo, y presté atención. Mis oídos se habían acostumbrado de tal modo á la quietud, que podía percibir el tic-tac de un reloj que había dentro de la casa; pero quienquiera fuese el morador, permaneció tranquilo, y hasta debió contener la respiración.

Estuve á punto de echar á correr; pero la cólera se apoderó de mí, y comencé á dar puntapiés y golpes á la

puerta y á llamar de voz en cuello al Sr. Balfour. En medio de mi vocear y patear oí toser en lo alto, y echándome atrás dirigí las miradas hacia arriba y ví la cabeza de un hombre en una de las ventanas del primer piso con un gran gorro de noche y un arcabuz.

—Está cargado,—dijo una voz.

—He venido aquí con una carta para el Sr. Ebenezer Balfour de Shaws,—dije. ¿Está aquí?

—¿De quién es?—preguntó el hombre del arcabuz.

—No es de aquí ni de allí,—dije mal humorado, pues mi cólera se iba aumentando.

—Bien,—fué la respuesta,—déjela Vd. en el umbral de la puerta y puede Vd. retirarse.

—No haré semejante cosa,—exclamé.—La entregaré al Sr. Balfour en propias manos, como debe ser. Es una carta de introducción.

—¿Una carta de qué?—gritó la voz con acento chillón.

Repetí lo que había dicho.

—¿Y quién es Vd.?—fué la siguiente pregunta, después de una pausa considerable.

—No tengo por que avergonzarme de mi nombre,—dije.—Me llamo David Balfour.

Al decir esto, tengo la seguridad de que el hombre se sorprendió, porque oí el ruido que hacía el arcabuz rozándose en el antepecho de la ventana; y solo después de un gran rato y con un curioso cambio de voz, vino la siguiente pregunta:

—¿Ha muerto el padre de Vd.?

Tal sorpresa me causó esta pregunta, que no pude hallar palabras con que responder, y permanecí inmóvil.

—Sí,—prosiguió el hombre,—debe de haber muerto, no me queda duda; y eso es lo que le trae á Vd. á llamar á mi puerta.

Siguió otra pausa, y entonces dijo desdeñosamente:

—¡Bien! hombre, le dejaré entrar á Vd.—y desapareció de la ventana.

CAPÍTULO III

HAGO CONOCIMIENTO CON MI TÍO

Oí un gran ruido de cadenas y cerrojos, y abrieron la puerta con la mayor precaución, cerrándola inmediatamente que hube entrado.

—Vaya Vd. á la cocina y no toque nada,—dijo la voz. Y mientras el dueño de la casa se ocupaba en poner en su lugar las defensas de la puerta, proseguí adelante y entré en la cocina.

El fuego había tomado cuerpo y estaba brillante, lo que me hizo contemplar la habitación más desnuda que jamás hubiera visto en mi vida. En los anaqueles había media docena de platos; la mesa estaba puesta para la cena con un tazón de potaje, una cuchara de cuerno y una taza de cerveza floja. Excepto lo que he mencionado, no había otra cosa en aquella gran habitación vacía, sino arcas cerradas á lo largo de las paredes y una alacena en un rincón cerrada con un candado.

Después de puesta la última cadena, el hombre entró en la cocina. Era una persona de aspecto mezquino, encorvado, de espaldas estrechas, rostro nudoso y de una edad que podría ser cualquiera entre cincuenta y setenta años. Su gorro de noche era de franela, de lo cual era

también la bata que llevaba, en vez de levita y chaleco, sobre una camisa harapienta. Hacía tiempo que no se afeitaba, pero lo que más me desagradaba y hasta inquietaba es que ni apartaba los ojos de mí ni me miraba faz á faz. Lo que él era, ó por nacimiento ó por oficio, estaba fuera de mis alcances adivinarlo; pero me parecía algo así como un antiguo é inútil sirviente á quien se había confiado el cuidado de aquella gran casa, dándole simplemente la comida.

—¿Tiene Vd. hambre?—me preguntó mirándome de arriba abajo.—Puede Vd. comer ese poco de potaje.

Le dije que temía fuera su cena.

—¡Oh!—me contestó,—puedo pasarlo sin él. Beberé la cerveza, puesto que me ablanda la tos.

Y diciendo esto bebió como media taza sin desviar sus miradas de mí, y de repente extendió la mano diciéndome.

—Déjeme ver esa carta.

Le dije que la carta era para el Sr. Balfour, y no para él.

—¿Y quién cree Vd. que soy yo?—dijo.—Déme Vd. la carta de Alejandro.

—¿Vd. conoce el nombre de mi padre?

—Sería muy extraño que no lo conociera,—me replicó,—porque era mi hermano carnal; y aunque yo no le guste á Vd., ni mi casa, ni mi buen potaje, con todo eso soy su tío carnal, mi buen David, y Vd. es mi sobrino. Por lo tanto, déme la carta, siéntese y coma.

Si hubiera yo sido algunos años más joven, con la vergüenza, fatiga y desengaño que tenía, creo que habría rompido en llanto; pero entonces no pude hallar palabras

ningunas, sino le entregué la carta y me senté á comer el potaje con tan poco apetito como jamás lo tuvo un joven de mi edad.

Entretanto mi tío, inclinándose sobre el fuego, le daba vueltas á la carta entre las manos.

—¿Conoce Vd. su contenido?—me preguntó de repente.

—Vd. puede ver que el sello está intacto,—le dije.

—Sí,—replicó—¿para qué ha venido Vd. aquí?

—Para darle esa carta.

—No,—dijo con cierta malicia.—Vd. debe de haber venido aquí con alguna esperanza ¿no es verdad?

—Confieso, señor,—repliqué,—que cuando se me dijo que tenía parientes bien acomodados me lisonjeó la esperanza de que podrían hacer algo por mí. Pero no soy ningún mendigo; no solicito favores de Vd., y no deseo los que no se me hagan espontáneamente y de buena voluntad, pues por pobre que sea mi aspecto, tengo amigos que tendrán gusto en ayudarme.

—Tu, tu,—dijo mi tío,—no eches esas roncas conmigo, pues concluiremos al fin por entendernos. Y, David, amigo mío, cuando hayas comido de ese poco de potaje, tomaré un par de cucharadas. Sí,—continuó después que me hizo dejar la silla y la cuchara,—ese potaje es un gran alimento, excelente, saludable. Á tu padre le gustaba mucho; aunque comía poco, lo hacía con apetito; en cuanto á mí, me contento con un par de bocados.

Diciendo esto tomó un trago de cerveza, lo que seguramente le hizo recordar los deberes de la hospitalidad, pues al punto me dijo:

—Si tienes sed, hallarás agua detrás de la puerta.

Á esto no respondí, permaneciendo en pie y mirando á mi tío, con el alma llena de cólera. Por su parte, continuó comiendo como quien se encuentra muy de prisa, dando miradas de soslayo ya á mis zapatos, ya á mis medias de tejido casero. Solo una vez, cuando se aventuró á mirar un poco más hacia arriba, se encontraron nuestros ojos, y un ladrón cogido con la mano en la masa no podría haber quedado más desconcertado. Esto me hizo preguntarme si su timidez provendría de la falta de trato con sus semejantes, ó si tal vez desaparecería en breve, convirtiéndose mi tío en otro hombre muy diferente. De semejante meditación me despertó su voz chillona.

—¿ Hace tiempo que murió tu padre ?—me preguntó.

—Tres semanas, señor,—le respondí.

—Alejandro era un hombre reservado, un hombre reservado y silencioso,—continuó.—Cuando joven nunca habló mucho. No debe de haber hablado tampoco mucho de mí.

—Nunca supe, hasta que Vd. me lo dijo, que tuviera un hermano.

—¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !—dijo Ebenezer—¿ Ni tampoco habló de los Shaws ?

—Ni aun siquiera le oí mentar el nombre,—repliqué.

—¡ Es posible ! ¡ es posible !—dijo.—¡ Qué hombre tan raro !

Á pesar de todo, parecía singularmente satisfecho, sin que me fuera posible saber si era de sí mismo, de mí ó de la conducta de mi padre. Lo cierto era que iba desapareciendo aquella aversión ó mala voluntad que había experimentado hacia mí desde el principio, porque poniéndose

en pie, cruzó la habitación, y viniendo á mi lado me puso la mano en el hombre, diciéndome:

—Al fin concluiremos por entendernos. Me alegro mucho de que hayas venido. Y ahora vete á acostar.

Con gran sorpresa mía no encendió ni lámpara ni vela, sino penetró en un corredor obscuro, respirando profundamente, subió las escaleras y se detuvo delante de una puerta que abrió. Yo estaba detrás de él, pues le había seguido, tropezando aquí y allí, y me dijo que entrara en la habitación, que sería la mía. Hice lo que me dijo, pero me detuve después de haber dado un par de pasos y pedí una luz para irme á acostar.

—Tu, tu, tu,—exclamó el tío,—hay una hermosa luna.

—Ni luna, ni estrellas, sino completa obscuridad,—le dije,—no puedo ver mi cama.

—¡Bah! ¡bah!—exclamó de nuevo,—luces en una casa es algo que no me agrada. Tengo un gran temor á un incendio. Buenas noches, David, buenas noches.

Y antes de que tuviera tiempo de hacer otra protesta, tiró de la puerta y le oí que me cerraba por fuera. No sabía si llorar ó reirme. El cuarto estaba frío, y la cama, cuando al fin pude dar con ella, me pareció también muy fría; pero felizmente había subido con mi paquete y mi manta y envolviéndome en ésta, me tendí sobre el piso, bajo la protección de la gran cama, y pronto me dormí.

Con el primer albor del día abrí los ojos y me encontré en una gran habitación, amueblada bellamente, y á la que daban luz tres ventanas. Debió de haber sido hace diez ó quizá veinte años un cuarto agradable para dormir ó despertarse en él; pero la humedad, la suciedad, la falta de uso y los ratones y las arañas habían produ-

cido un cambio muy notable. Además, muchos de los cristales de las ventanas estaban rotos; y esto era una cosa tan común en la casa, que se me figura que mi tío hubo de sostener alguna vez un sitio, viéndose atacado por sus vecinos, quizás con Juana Closton á la cabeza.

Entretanto el sol brillaba fuera; y como aquel miserable cuarto era muy frío, llamé y grité hasta que mi carcelero vino y me dejó salir. Me llevó al fondo de la casa, donde había un pozo y me dijo que me lavara allí la cara si quería, y después de lavarme me encaminé como pude á la cocina donde ya había encendido el fuego y estaba haciendo el potaje. En la mesa había dos tazones y dos cucharas de cuerno, y una sola ración de cerveza floja. Tal vez fijé las miradas en este artículo con cierta sorpresa, ó quizá mi tío lo notó, pues me habló como si respondiera á mi pensamiento, preguntándome si quería beber un poco de cerveza.

Le dije que esa era mi costumbre, pero que no pretendía que él me la diera.

—No, no,—me contestó,—no te negaré nada que sea razonable.

Buscó otra taza en la alacena, y entonces, con gran sorpresa mía, en vez de traer más cerveza, vertió la mitad del contenido de su taza en la que me había dado. En esto hallé una especie de nobleza que me dejó atónito. Si mi tío era ciertamente un avaro, lo era sin duda de tal modo que hace casi respetable semejante defecto.

Cuando terminamos nuestro desayuno, mi tío abrió una gaveta y sacó una pipa de fumar de barro y un pedazo de tabaco, del que cortó una porción, guardando el resto en

la gaveta que volvió á cerrar con llave. Luego se sentó al sol, junto á una de las ventanas, y se puso á fumar silenciosamente. De vez en cuando sus ojos se fijaban en mí, y me hizo unas cuantas preguntas, una de las cuales fué—"¿Y tu madre?"—Y cuando yo le contesté que ella también había muerto—"¡Ah! sí; era una buena muchacha!"—Luego después de una gran pausa, me dijo—"¿Quiénes son esos amigos tuyos?"

Le dije que eran varios caballeros del apellido de Campobello, aunque en realidad solo uno, y ese era el ministro, se había interesado por mí; pero ya comenzaba yo á pensar que mi tío no hacía mucho caso de mi posición, y hallándome á solas con él no deseaba que me supusiese completamente desvalido.

Parecía que meditaba algo en sus adentros, y me dijo:

—David, amigo mío, has hecho perfectamente en venir á la casa de tu tío Ebenezer. Yo me intereso mucho por la familia y pienso hacer contigo lo que es justo; pero mientras medito un poco en la carrera que más te conviene,—si las leyes, el sacerdocio, ó quizás el ejército, que es lo que más gusta á los jóvenes,—no quisiera ver á los Balfours humillados ante los Campobellos un solo momento, y te pido por lo tanto que cierres la boca y no los menciones. No hay necesidad de cartas, de mensajes, ni de recomendación de nadie; ó de lo contrario,—ahí está la puerta.

—Tío Ebenezer,—le dije,—no tengo motivos para suponer otra cosa sino que Vd. piensa en mi bien. Pero con todo eso, conviene que se sepa que tengo también orgullo y amor propio, y que no he venido aquí por mi gusto y

de mi propia voluntad, y si Vd. me señala otra vez la puerta, me iré.

Parecía en extremo mortificado.

—¡ Bah ! ¡ Bah !—dijo,—espera un día ó dos. Yo no soy un hechicero para hallar una fortuna para tí en el fondo de mi tazón de potaje; pero concédeme un día ó dos, y no digas nada á nadie; y tan cierto como vivo que haré algo bueno por tí.

—¡ Muy bien !—dije,—muy bien ! Basta con lo dicho. Si Vd. quiere hacer algo en beneficio mío, no hay duda que me alegraré mucho y le quedaré muy agradecido.

Me pareció (demasiado pronto por cierto) que iba dominando á mi tío, y comencé á decirle que la cama y toda la ropa de la misma tenían que ponerse al sol para secarse y ventilarse, pues nada me haría dormir en una cama en la condición en que ahora se hallaba.

—¿ Es mi casa ó la tuya ?—dijo con su voz penetrante, y de repente cambiando de tono continuó.—No ; no quiero decir eso, lo que es mío es tuyo, David, amigo mío ; y lo que es tuyo es mío. La sangre llama ; y no hay sino tú y yo que llevemos el apellido.

Y entonces comenzó á hablar de la familia, y de su antiguo esplendor, y de su padre que empezó á agrandar la casa, y de sí mismo que paralizó la construcción del edificio como un derroche de dinero, que era un pecado ; y esto me movió á darle el mensaje de Juana Closton.

—¡ Perra de los diablos !—exclamó,—la haré quemar viva sobre carbones encendidos antes de que pase mucho tiempo. ¡ Es una bruja ! ¡ Una hechicera reconocida ! Yo veré á la justicia.

Y diciendo esto abrió una arca y sacó una levita y un

chaleco azul muy viejos, aunque bien conservados, y un buen sombrero de castor, aunque sin cordón. Se los puso, y tomando un bastón lo cerró todo con llave, y se dirigió á la puerta, cuando le detuvo un pensamiento.

—No puedo dejarte solo en la casa,—dijo.—Tengo que cerrarla y dejarte afuera.

Se me agolpó la sangre al rostro.

—Si Vd. hiciere eso,—le dije,—aquí terminará nuestra amistad.

Se puso muy pálido y mordiéndose los labios exclamó, dirigiendo una mirada perversa á un rincón del cuarto:

—Ese no es el modo de ganarse mi amistad, David.

—Señor,—le dije,—con todo el respeto debido á la edad y á nuestra sangre común, no deseo sus favores comprados de esa manera. He sido educado en el respeto de mí mismo; y si fuera Vd. mi tío y mi familia entera cien veces, no quisiera obtener su buena voluntad á semejante precio.

Mi tío se dirigió á la ventana y miró afuera un breve rato. Podía verle todo trémulo y agitándose como á un hombre con perlesía. Pero cuando dió una media vuelta, había una sonrisa en su rostro.

—¡Bien! ¡bien!—dijo,—debemos ser sufridos y tolerantes. No saldré: es todo cuanto tengo que decir.

—Tío,—le dije,—no comprendo esto. Usted me trata como á un ladrón; odia la idea de tenerme en esta casa, y me lo deja ver con cada palabra y á cada instante; no es posible que me tenga afecto; y en cuanto á mí, le he hablado á Vd. como jamás pensé hablar á hombre alguno. ¿Por qué me quiere Vd. retener? Déjeme ir al lado de los amigos que tengo y se interesan por mí.

—No, no, no,—exclamó muy serio.—Me agradas mucho: concluiremos por entendernos perfectamente; y por la honra de la casa, no puedo dejarte que vuelvas por donde has venido. Ten un poco de paciencia: quédate tranquilo un poco de tiempo, y verás cuán bien nos entenderemos.

—Bien, señor,—dije después de haber meditado en silencio sobre el asunto.—Permaneceré algún tiempo. Es más justo que los míos me ayuden que no los extraños; y si no llegamos á entendernos, haré todo lo posible porque no sea mía la culpa.

CAPÍTULO IV

CORRO UN GRAN PELIGRO EN CASA DE MI TÍO

Para un día que tan mal había comenzado, el resto transcurrió bastante bien. Al mediodía tuvimos potaje, frío esta vez; y por la noche, potaje también, pero caliente. El potaje y la cerveza floja formaban la dieta de mi tío. Habló muy poco, y eso del mismo modo que antes, haciéndome una que otra pregunta tras un largo intervalo de silencio; y cuando trataba de hacerle hablar acerca de mi porvenir, evadía el asunto. En un cuarto al lado de la cocina, al que me permitió ir, hallé un gran número de libros tanto en latín como en inglés, con los que me entretuve gran parte del día. El tiempo pasó tan rápidamente en esta buena compañía, que casi empecé á reconciliarme con mi residencia en la casa de los Shaws, y solo la vista de mi tío y sus miradas que evitaban encontrarse con las mías, revivieron mi desconfianza.

Hice sin embargo un descubrimiento que despertó en mí cierta duda. En la hoja blanca de un libro para niños hallé escrito, de puño y letra de mi padre, lo siguiente: "Á mi hermano Ebenezer en su quinto cumpleaños." Lo que me intrigaba era, que siendo mi padre el

hermano menor, ó había cometido una equivocación muy extraña al escribir la dedicatoria, ó tuvo que hacerlo antes de cumplir cinco años de edad, y eso con letra excelente, clara y firme.

Traté de olvidar esto, pero aunque eché mano á muchos autores interesantes, tanto antiguos como modernos, historias, poesías y novelas, la dedicatoria escrita por mi padre se me quedó impresa en la mente, y cuando al fin volví á la cocina y me senté á comer el potaje consabido y á beber la cerveza floja, lo primero que hice fué preguntarle á tío si mi padre no había sido muy precoz en aprender.

—¿Alejandro? No por cierto,—fué la respuesta.—Yo aprendí más pronto que él: cuando joven era yo muy despierto, y supe leer al mismo tiempo que tu padre.

Esto me confundió aún más; y entonces se me ocurrió preguntar á mi tío, si él y mi padre habían sido gemelos.

Dió un salto en la silla, y dejando caer al suelo la cuchara de cuerno, me asió por el cuello de la chaqueta, mirándome esta vez fijamente con sus ojos pequeños, claros y brillantes como los de un pájaro, que guiñaba y hacía pestañear de una manera extraña, y me dijo:

—¿Qué te mueve á hacerme esa pregunta?

—¿Qué significa esto?—le pregunté con la mayor tranquilidad, pues yo era mucho más fuerte que él y no me asustaba fácilmente.—Suelte Vd. el cuello de mi chaqueta. Este no es el modo de comportarse.

Mi tío pareció hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo.

—David,—dijo,—no debes hablarme acerca de tu padre. En eso consiste el error.

Se sentó por un momento todo trémulo, con las miradas fijas en su plato.

—Era el único hermano que he tenido;—agregó, pero con extremada frialdad,—y tomando la cuchara continuó cenando, aunque todavía tembloroso.

Lo que acababa de suceder, el haber puesto manos en mi persona, y la repentina declaración de su amor hacia mi difunto padre, eran para mí cosas tan incomprensibles que á la vez me llenaron de temor y de esperanza. Por una parte, comencé á figurarme que mi tío estaba quizás loco y podría ser peligroso; por otra, recordé una balada que había oído cantar acerca de la historia de un pobre muchacho que era el legítimo heredero de un pariente malvado que había tratado de arrebatarle su herencia. ¿Por qué se comportaba mi tío como lo hacía con un pariente, que había venido á su casa, casi un mendigo, á no ser que tuviera algún motivo para temerle?

Con esta idea, fija en la mente, aunque no del todo clara, comencé á imitar sus miradas de soslayo, de modo que estábamos sentados á la mesa á manera de un gato y un ratón que se observan á hurtadillas. Ni una palabra más me habló, pero bien se echaba de ver que estaba meditando algo; y cuanto más tiempo permanecimos sentados y más le miraba, tanto más me iba convenciendo de que no meditaba nada que me fuera favorable.

Cuando acabó de comer, llenó su pipa, como había hecho en la mañana, dió media vuelta á la silla junto á la chimenea, y se puso á fumar dándome la espalda.

—David,—dijo al fin,—he estado pensando,—y siguió á esto una pausa, y después continuó.—Hay una corta suma de dinero que medio que te prometí antes de que

nacieras; es decir, que prometí á tu padre. Nada legalizado, comprendes; solamente lo que hablan los caballeros bebiendo un vaso de vino. Bien, ese dinerillo lo he conservado aparte; no obstante pasar grandes escaseces, pero lo prometido es deuda, y se ha ido aumentando hasta llegar á ser hoy—y aquí se detuvo y vaciló—precisamente cuarenta libras. . . . Estas últimas palabras las dijo mirándome de soslayo por sobre el hombro, y al instante exclamó casi con un grito—escocesas.

Siendo la libra escocesa equivalente á un chelín inglés, la diferencia que entre ellas y las esterlinas establecía la calificación de mi tío era considerable. Por lo demás, toda la historia me pareció una solemne mentira inventada con algún fin que yo no podía comprender. No hice esfuerzo alguno para ocultar el acento burlón con que le contesté.

—¡Oh! piénselo bien, señor. Vd. ha querido decir libras esterlinas.*

—Sí, eso es lo que he dicho,—replicó mi tío,—libras esterlinas. Sal afuera un momento para ver qué clase de tiempo tenemos; buscaré entretanto el dinero y te llamaré.

Hice lo que me dijo, sonriéndome con el desprecio que sentía á la idea de que se imaginara que yo era tan fácil de engañar. La noche era muy obscura, y solo se veía una que otra estrella; el viento silbaba á lo lejos entre las colinas. Pensé que había algo tempestuoso y variable en el tiempo, sin imaginar ni remo-

* Cuarenta libras esterlinas equivalen á unos doscientos duros; y cuarenta libras escocesas á unos diez duros.—(N. del T.)

tamente de que vasta importancia sería para mi antes de mucho.

Cuando mi tío me llamó, me entregó, contándolas una á una, treinta y siete libras esterlinas en oro; el resto del dinero lo tenía en la mano en pequeñas monedas de oro y plata; pero le faltó el valor para entregármelo y se lo guardó en el bolsillo.

—Eso,—dijo,—te mostrará quien soy. Algo raro y extraño con los desconocidos; pero mi palabra vale una escritura, y aquí tienes la prueba.

Mi tío me parecía tan tacaño que esta repentina generosidad suya me dejó confuso y no pude hallar palabras con que darle las gracias.

—Ni una palabra,—dijo.—Nada de gracias; no necesito gracias. Cumplo mi deber; esto no quiere decir que todo el mundo hubiera hecho lo mismo; pero por mi parte, me considero feliz en hacer lo que es justo en beneficio del hijo de mi hermano; y me complace mucho pensar que ahora podremos entendernos como deben hacerlo los buenos amigos.

Le contesté lo mejor que pude, pero todo el tiempo no pude menos que preguntarme qué sería lo que vendría después, y por qué se había separado de sus preciosas monedas; pues la razón que dió no la admitiría ni un niño.

Al poco rato me miró de soslayo y me dijo:

—Y ahora,—toma y daca.

Le dije que estaba dispuesto á probar mi gratitud en cualquier cosa que fuera razonable, y entonces me puse á esperar que me pediría algo casi imposible. Y cuando al fin se armó de valor para hablar, fué solo para decirme

(lo que me pareció muy acertado), que se iba poniendo viejo y algo cascado, y que esperaba de mí que le ayudase en el manejo de la casa y del jardincillo.

Le respondí que estaba dispuesto á ayudarle.

—Muy bien,—dijo,—comencemos. Sacó de su bolsillo una llave mohosa, agregando:—aquí está la llave de la torre en la extremidad de la casa; pero solo se puede penetrar en ella por la parte exterior, porque ese lado de la casa no está concluído. Anda, sube las escaleras y tráeme la caja que está arriba. Hay papeles en ella,—agregó.

—¿Puedo tener una luz, señor?—pregunté.

—No,—dijo con aire astuto,—en mi casa no hay luces.

—Muy bien,—dije.—¿Son los escalones buenos?

—Muy grandes,—contestó; y cuando ya me iba, agregó;—arrímate á la pared, pues no hay pasamanos. Pero los escalones son anchos.

Salí. El viento silbaba á los lejos, aunque ni el más leve hálito se sentía en los alrededores de la casa de mi tío. La noche era muy obscura; y me alegraba de poder ir palpando la pared, hasta que llegué á la puerta de la torre de la escalera en la extremidad del ala de la casa por concluir. Había introducido la llave en la cerradura y le había dado vuelta, cuando de repente ví todo el cielo iluminado, obscureciéndose luego. Me cubrí los ojos con las manos para acostumbrarme de nuevo á las tinieblas, y á la verdad que estaba casi ciego cuando penetré en la torre.

El interior estaba muy obscuro, y apenas se podía respirar; pero me adelanté palpando con las manos y arrastrando los pies, hasta que con una mano toqué la pared y con la otra la extremidad inferior de la escalera. La

pared parecía, al tacto, ser de piedra tallada; los escalones también, aunque algo perpendiculares y estrechos, eran de obra de albañilería pulidos y sólidos. Recordando lo que me había dicho mi tío acerca de los pasamanos, me mantuve lo más cerca posible del lado de la torre y busqué á tientas el camino en aquella intensa obscuridad, con agitado corazón.

La casa era de cinco pisos, sin contar los desvanes. Á medida que avanzaba me parecía que la escalera se volvía más aérea y un tanto más ligera; y me preguntaba cúal podría ser la causa de este cambio, cuando brilló un segundo relámpago. Si entonces no grité fué porque el miedo me cerró la garganta; y si no rodé hasta abajo, fué más bien por la misericordia celeste que por mi propio esfuerzo. La luz del relámpago no sólo brilló al través de todos los intersticios de la pared, de modo que me figuré que estaba trepando sobre un andamio abierto, sino que la misma claridad me dejó ver que los escalones eran de tamaño desigual, y que uno de mis pies estaba en aquel momento á dos pulgadas del vacío.

"¡Esta era la gran escalera!" Fué el pensamiento que se me occurió, y una especie de cólera valerosa se apoderó de mi corazón. Mi tío me había enviado allí para que corriera un peligro seguro, y quizás para morir. Juré hacerle pagar ese "quizás," costase lo que costase. Me agaché pues, y arrastrándome sobre las manos y las rodillas, y tan lentamente como un caracol, tentando cada pulgada de terreno, y probando la solidez de cada piedra, continué ascendiendo la escalera. La obscuridad, merced al contraste del relámpago, parecía haberse redoblado. Ni fué eso todo, porque me zumbaba en los oídos el revolo-

tear de los murciélagos en lo alto de la torre, lo que me llenaba de confusión, y los asquerosos animales al volar, á veces chocaban con mi rostro.

La torre era cuadrada; en cada esquina el umbral estaba hecho de una gran piedra de forma diferente, para unir los pisos. Yo había llegado á una de las vueltas de la escalera cuando, palpando como de costumbre, la mano se deslizó sobre un borde y no hallé sino el vacío. La escalera cesaba allí. Hacer que un extraño la ascendiese en la obscuridad, era enviarle directamente á la muerte; y aunque gracias al relámpago y á mis propias precauciones me hallaba bastante seguro, la simple idea del peligro que había corrido, y la terrible altura de que podría haber caído, me bañó de un copioso sudor y aflojó mis músculos.

Pero ya sabía lo bastante, y comencé á descender con el corazón inflamado en cólera. Á medio camino empezó á llover, y cuando llegué al pie de la escalera llovía á cántaros. Me dirigí á la cocina. La puerta, que yo había cerrado al salir, estaba abierta y dejaba ver el brillo de una luz, y me pareció que podía distinguir una figura humana de pie en medio de la lluvia, toda tranquila, como un hombre que estuviese prestando oído á algo. Un nuevo relámpago me mostró distintamente á mi tío como yo creía haberle visto; tras el relámpago se oyó el retumbar de un trueno.

Dejo que el lector decida si mi tío creyó que el ruído lo había causado mi caída, ó si creyó oir la voz de Dios que denunciaba un asesinato. Lo cierto es que se apoderó de él una especie de terror pánico y corrió precipitadamente hacia la casa entrando sin cerrar la puerta. Le

seguí tan calladamente como pude, y penetrando en la cocina sin que me oyera, me detuve y me puse á vigilarle.

Había tenido tiempo de abrir la despensa y sacar una botella de aguardiente, y se sentó á la mesa de espaldas hacia mí. De vez en cuando era presa de mortal estremecimiento y se quejaba muy alto, y llevándose la botella á los labios tomaba un trago del licor espirituoso.

Dí un paso adelante, me acerqué á donde estaba, y de repente, poniendo las manos en sus hombros, exclamé: "¡Ah!"

Mi tío dió una especie de grito sofocado como el balido de una oveja, levantó los brazos, y cayó al suelo como si estuviera muerto. Esto me afectó desagradablemente; pero tenía que mirar por mí mismo antes que todo, y no vacilé en dejarle tendido en el suelo. Las llaves colgaban de la alacena: mi intención fué proveerme de armas antes de que mi tío volviera en sí y pudiese imaginar algo malo. En la alacena había unas cuantas botellas, al parecer con medicinas, un gran número de recibos, cuentas y otros papeles que de buena gana habría examinado, á haber tenido tiempo, y otras cosas que nada me importaban. Me dirigí entonces á los cofres. El primero estaba lleno de harina; el segundo de sacos de dinero y papeles atados en haces; en el tercero, entre otros muchos objetos, la mayor parte ropa, encontré un antiguo, feo y enmohecido puñal escocés sin su vaina. Lo tomé, lo oculté bajo mi chaleco, y entonces me acerque á mi tío.

Yacía por tierra en la misma posición en que había caído, con una rodilla levantada y un brazo extendido: el

rostro tenía un extraño color azuloso, y parecía que había cesado de respirar. Me asaltó el temor de que estuviera muerto; tomé entonces agua y le rocié el rostro, lo que le hizo volver algo en sí. En fin, alzó los ojos, y al verme, noté en sus miradas un terror que no era de este mundo.

—¡Siéntese Vd.! ¡Siéntese Vd.!—le dije.

—¿Estás vivo?—dijo medio sollozando.—Hombre, ¿estás vivo?

—Sí,—le dije,—pero no gracias á Vd.

Había tratado de respirar con profundos suspiros.

—El frasquito azul, en el armario,—dijo,—¡el frasquito azul!

Su respiración era todavía muy débil. Corrí á la alacena, y encontré allí un frasquito azul de medicina, con la dosis escrita en un papel, y se la administré con la prontitud posible.

—Yo tengo una enfermedad,—dijo reviviendo un poco,—tengo una enfermedad, David; es el corazón.

Lo senté en una silla y me puse á mirarle fijamente. Sentía, en verdad, cierta compasión por el hombre que veía tan enfermo, pero me encontraba poseído de una justa cólera, y le enumeré los particulares acerca de los cuales necesitaba una explicación. Quise saber por qué me había mentido con cada palabra; por qué temía que yo me fuera; por qué le desagradaba toda alusión á que él y mi padre eran hermanos gemelos. "¿Acaso por qué es cierto?"—le pregunté. Quería saber, además, por qué me había dado un dinero al cual estaba yo convencido de no tener derecho alguno; y, finalmente, por qué había tratado de matarme. Me oyó sin interrumpirme, y des-

pués me pidió con voz entrecortada que le dejara ir á acostarse.

—Todo te lo diré mañana, tan cierto como que todos hemos de morir.

Tan débil estaba que no pude menos que consentir. Le dejé sin embargo encerrado bajo llave en su cuarto, me guardé la llave en el bolsillo, y regresando á la cocina hice un fuego como en muchos años no había brillado allí, y envolviéndome en la manta me tendí sobre los cofres y me quedé dormido.

CAPÍTULO V

VOY AL EMBARCADERO DE LA REINA

DURANTE la noche llovió mucho, y la mañana siguiente sopló un viento frío del Noroeste que disipó las nubes. Sin embargo, antes de que el sol hubiera empezado á alumbrar y que se hubiese ocultado la última de las estrellas, salí de la cocina, y me dí un baño en un estanque, después de lo cual me senté junto al fuego, que había alimentado, y me puse á considerar seriamente mi posición.

No me quedaba duda alguna de la enesmitad de mi tío; ni de que mi vida estaba en peligro, y que él haría todo lo posible para acabar conmigo. Pero yo era joven y nada medroso, y, como la mayoría de los jóvenes, tenía una gran idea de mi astucia. Había llegado á la puerta de mi tío punto menos que un mendigo y casi un niño; me recibió con traición y quiso usar de violencia; sería una justa retribución hacer uso de la fuerza y manejarle como á un carnero.

Me hallaba sentado junto al fuego ocupado en mis pensamientos y sonriendo; me imaginaba descubrir sus secretos uno tras otro, y convertirme en el dueño y señor de aquel hombre. Decían que el hechicero de Essendean

había hecho un espejo en que los hombres podían leer lo porvenir; tenía que haber sido de otra materia distinta del carbón encendido, porque en todas las formas y figuras que contemplé en aquel fuego, no había nada parecido á un buque, á un marinero, ni que remotamente me presagiara todas las tribulaciones que iban á desencadenarse contra mí.

Lleno, pues, de presunción, subí las escaleras y puse en libertad á mi preso. Me dió los buenos días de un modo cortés, é hice lo mismo con él, sonriendo desde las alturas de mi suficiencia. Pronto nos sentamos á la mesa á desayunarnos, como si tal cosa hubiera pasado.

—Y bien, señor,—le dije con acento semi-burlón,—¿no tiene Vd. nada más que decirme? Y como no me dió respuesta alguna, continué: me parece que es tiempo de que nos entendamos mutuamente. Vd. me ha tomado por un pobre campesino, un Juan Lanas, sin más inteligencia ó valor que una estaca. Yo lo tomé a Vd. por un hombre bueno, ó por lo menos no peor que los demás. Me parece que ambos nos hemos equivocado. ¿Qué motivos tiene Vd. para temerme, para engañarme, para atentar contra mi vida? . . .

Murmuró algo acerca de una chanza, y que le agradaba dar una broma pesada; y entonces, al verme sonreir, cambió de tono y me aseguró que después de almorzar me lo aclararía todo. Ví en su rostro que no tenía á la sazón ninguna mentira de que echar mano, aunque trabajaba para preparar una; y creo que estaba á punto de decírselo, cuando fuimos interrumpidos por unos golpes dados á la puerta.

Le dije á mi tío que no se moviera de su asiento, y

fuí á abrir, y hallé á un muchacho á medio desarrollar vestido de marinero. Tan pronto como me vió se puso á bailar, haciendo castañetear los dedos y moviendo los pies á compás. Á pesar de todo, estaba amoratado de frío; y había en su rostro una mezcla de lágrimas y sonrisas, que era altamente patético y cuadraba mal con la alegría de su baile.

—¡ Buenos días! señor,—me dijo con voz cascada.

Le pregunté qué era lo que deseaba.

—¿Lo que deseo?—dijo, y entonces empezó á cantar:

Porque es mi deseo,
Y es mi alegría,
En noche brillante,
Si serena, fría. . . .

—Bueno,—le dije,—si Vd. no quiere nada me veré precisado á cerrar la puerta.

—¡ Deteneos, hermano!—exclamó.—¿No le divierte á Vd. eso, ó desea que me castiguen? Aquí traigo una carta para el Sr. Balfour; y tengo que agregar que me muero de hambre.

—Bien,—le dije,—entre Vd. en la casa y tendrá algo que comer.

Y diciendo esto le hice entrar y le senté en mi puesto, donde puede decirse que devoró los restos del almuerzo, guiñándome el ojo de cuando en cuando y haciendo muchos visajes. Entretanto mi tío había leído la carta, y quedó pensativo; luego, poniéndose en pie de repente lleno de la mayor animación, me llevó aparte á un rincón del cuarto.

—Lee esto,—me dijo entregándome la carta.

He aquí su contenido:

"POSADA DEL EMBARCADERO DE LA REINA.

MUY SEÑOR MÍO: Aquí estoy con mi buque aparejado y le envío á Vd. á mi muchacho de cámara. Si tiene algunas órdenes más que dar, hoy será la última oportunidad que se ofrezca, puesto que el viento se presenta favorable para hacerme á la mar. No trataré de negar que he tenido dimes y diretes con vuestro agente el Sr. Rankeillor, lo cual, si no se remedia pronto, podría traer algunas pérdidas. He extendido una cuenta contra Vd., como podrá ver. Soy de Vd. atento y seguro servidor.

ELÍAS OSEAS."

—Tú ves, David,—continuó mi tío tan pronto como notó que yo había leído la carta,—tengo un negocio con este Oseas, que es el capitán del bergantín mercante *Covenant*, de Dysart. Si tú y yo fuéramos allá en compañía de ese muchacho, podría ver al capitán en la posada, ó quizás abordo del *Covenant*, si hubiera algunos papeles que firmar, y así, lejos de perder tiempo, podríamos pasarnos por casa del abogado. Después de lo que ha sucedido, no me querrás creer bajo mi palabra; pero creerás al Sr. Rankeillor, que es apoderado ó agente de la mayoría de las personas acomodadas de las cercanías; hombre de edad, honrado, muy respetado, y que conoció a tu padre.

Me quedé un momento pensativo. Se trataba de ir á un puerto de mar, que de seguro sería populoso, donde mi tío no se atrevería á emplear violencia alguna contra mí; y hasta pensé que la compañía del mozo de cámara me era favorable. Una vez allí, creí que podría obligar

á mi tío á que fuéramos á visitar al abogado, caso de que no quisiera hacerlo. Además, deseaba ardientemente ver de cerca el mar y los buques, pues habiendo pasado hasta entonces mi vida en el interior del país, solo dos días antes había divisado el mar por vez primera, desde una gran distancia, pareciéndome una especie de suelo de color azul, no siendo los buques mayores que juguetes de niños. Formé, pues, mi resolución.

—Muy bien,—dije,—vamos al embarcadero.

Mi tío se puso el sombrero y el gabán, se ciñó un viejo y enmohecido cuchillo de monte, apagamos el fuego, cerramos la puerta con llave y partimos. El viento, que era muy frío y soplaba del noroeste, nos daba de lleno en el rostro. Era el mes de Junio; la hierba del campo parecía de un color blanco por la abundancia de margaritas y los árboles estaban todos en flor; pero á juzgar por lo amoratado de nuestras uñas, podría haberse creído que era invierno y la blancura del campo la escarcha de Diciembre.

Mi tío arrastraba el paso, moviéndose de un lado á otro como un viejo labrador que regresa de su trabajo. No habló una sola palabra durantè todo el camino, y por lo tanto entablé conversación con el muchacho de cámara. Me dijo que se llamaba Ransome, y que desde la edad de nueve años había entrado á servir en la marina mercante, pero que no recordaba la edad que tenía pues había perdido la cuenta. Me mostró las figuras de diversos colores que tenía pintadas en el pecho, que descubrió á pesar del aire frío y de mi oposición, pues creí que podría causarle la muerte; echaba ternos cada vez que se acordaba, pero más bien á manera de un muchacho de escuela tonto, que como un hombre; se jactó de muchas cosas malas que

había hecho: raterías, acusaciones falsas y hasta de un asesinato; pero todo con tal carencia de verosimilitud en los detalles, y con tales fanfarronadas, que me hicieron compadecerle más bien que creerle.

Le pregunté acerca del bergantín (que declaró ser el mejor buque que navegaba en el mundo), y también acerca del capitán Oseas, á quien tributó grandes elogios. Según él, era un hombre á quien no le importaba ni el cielo ni la tierra; un hombre que, como decía la gente, "entraría con todas las velas desplegadas el día del juicio final"; rudo, fiero, sin escrúpulos de ninguna clase y brutal; y todo esto mi pobre muchacho de cámara había creído que era digno de admirarse como varonil y muy al caso en un marino. Solo admitía una falta en su ídolo. "No es marinero, dijo; el Sr. Suan es el que hace navegar el buque: ese es el mejor marinero que existe. Y ¡cómo bebe! ¡Ese si que es un hombre! Mire Vd. aquí, agregó;" y bajándose la calceta me mostró una herida grande, aun en carne viva, que me heló la sangre. "El Sr. Suan hizo esto; sí, él lo hizo,"—agregó con cierto orgullo.

—¡Qué!—exclamé.—¿Vd. sufre semejantes crueldades? ¿Es Vd. un esclavo para ser tratado de esa manera?

—No,—dijo el pobre imbécil,—cambiando de acento de repente,—no y ya lo verá Vd. Vea Vd. esto,—y me mostró un gran cuchillo que me dijo haber robado.—¡Oh!—continuó,—deje que pruebe otra vez; ya verá lo que es bueno; y no será el primero.

Y afirmó su dicho con un pobre, estúpido y feo juramento. Jamás sentí tanta compasión por nadie en el mundo como la que experimenté por aquella criatura

semidemente, y empecé á creer que el bergantín *Covenant* era punto menos que un infierno marítimo.

—¿No tiene Vd. amigos?—le pregunté.

Me respondió que no; que su padre había vivido en un puerto inglés del cual no se acordaba. "Era un buen hombre," agregó, pero ya ha muerto.

—¡En nombre del cielo!—exclamé,—¿no puede Vd. encontrar alguna ocupación decente en tierra?

—¡Oh no!—dijo guiñando los ojos y con cierta expresión de malicia,—si lo hiciera, me dedicarían á un oficio.

Le pregunté qué oficio podría ser peor que el que estaba ejerciendo, en que siempre tenía su vida en peligro, no solo por la furia del mar y del viento, sino por la horrible crueldad de sus amos. Me dijo que era muy cierto; y de nuevo comenzó á elogiar la vida del mar, y el placer que había en desembarcar en tierra con algún dinero en el bolsillo, y gastarlo como un hombre, y comprar manzanas, y darse tono y causar admiración á los que llamaba "muchachos enlodados."

—Y luego, hay muchos aun peor librados que yo: ahí están los de á veinte libras,—continuó.—Vd. debería verlos lamentarse. Yo he visto á un hombre tan viejo como Vd. (para él yo era viejo), ¡ah! con tamañas barbas, que tan pronto como salimos del río, y tuvo la cabeza despejada, ¡Dios mío! cómo empezó á llorar y á quejarse! Mucho me divertí con él. Y luego hay los pequeñuelos. ¡Oh! cómo los mantengo en orden! Cuando llevamos muchachos, yo tengo un pedazo de cuerda con que zurrarlos.

Y así continuó charlando, hasta que pude comprender

que los que él llamaba "hombres de á veinte libras" eran los infelices criminales que se enviaban en esclavitud á la América del Norte, ó los inocentes, aun más infelices, que eran plagiados, secuestrados ó engañados, para satisfacer venganzas ó intereses privados, y por los cuales se pagaban veinte libras esterlinas.

Llegamos á la cima de la colina y dirigimos las miradas al embarcadero. El Canal de Forth se estrecha en este lugar hasta parecer un río bastante grande. En medio del canal hay una islita con algunas ruinas; en la costa meridional, un muelle para el servicio del embarcadero; y al extremo del muelle, al otro lado del camino, y frente á un jardincito de espinos blancos y encinas verdes, pude ver el edificio que llaman la Posada de Hawes.

La población del Embarcadero de la Reina estaba algo lejos, y las cercanías de la posada parecían muy solitarias. Junto al muelle había sin embargo un bote con algunos marineros que dormían en los bancos. Ransome me dijo que era el bote del bergantín que estaba esperando por el capitán, y me mostró el *Covenant* anclado solitariamente á una media milla de distancia. Había mucho movimiento en el buque; y como el viento soplaba de aquel lado, podía oir el canto de los marineros mientras trabajaban. Después de haberlos oído, miré al buque con horror extremo y desde lo íntimo de mi corazón compadecí á las pobres almas que tenían que navegar en él.

Al descender de la colina y continuar nuestro camino me dirigí á mi tío, diciéndole:

—Debo advertir á Vd. que por nada del mundo iré abordo del *Covenant*.

Pareció como que despertaba de un sueño.

—¡ Eh !—exclamó,—¿ qué has dicho ?

Se lo repetí.

—Bueno, hombre,—dijo,—haremos como quieras. ¿ Pero qué hacemos aquí ? Hace mucho frío. Si no me engaño, están preparando el *Covenant* para que se haga á la mar.

CAPÍTULO VI

LO QUE ACONTECIÓ EN EL EMBARCADERO DE LA REINA

Tan pronto como llegamos á la posada, Ransome nos condujo á un cuartito alto, en que había una cama, y estaba calentado con un gran fuego de carbón de piedra. Sentado á la mesa, y escribiendo, había un hombre alto, de tostado color y aspecto tranquilo. Á pesar de lo caliente del cuarto, tenía puesta una gruesa chaqueta de marinero, abotonada hasta el cuello y llevaba un gran gorro de pelo que le cubría las orejas. Sin embargo, jamás ví á un hombre que me pareciese tan fresco, tranquilo y dueño de sí mismo como este capitán de buque.

Se pusó en pie al instante, y, adelantándose, extendió la mano, en extremo grande, á Ebenezer.

—Me alegro de ver á Vd., Sr. Balfour,—dijo con hermosa y profunda voz,—y también de que haya venido en tiempo. El viento es favorable y la marea está en su reflujo.

—Capitán,—dijo mi tío,—Vd. tiene el cuarto demasiado caliente.

—Es mi costumbre, Sr. Balfour,—dijo el marino.—Yo soy friolento por naturaleza; tengo la sangre helada. No hay piel, ni franela, ni hasta un ponche de ron hir-

viente que me haga entrar en calor. Lo mismo sucede, señor, con todos los que se han acartonado.

—Bien, bien, capitán,—replicó mi tío,—tenemos que ser como Dios nos ha hecho.

Pero aconteció que esta singularidad del capitán entró por mucho en mis infortunios; porque si bien yo me había propuesto no perder de vista á mi tío, tenía tal impaciencia de ver el mar de cerca, y me sentía tan mal con el calor de la habitación, que cuando mi tío me dijo que bajara y me divirtiera un rato, fuí bastante necio para hacerlo. Salí, pues, dejando á los dos hombres sentados junto á una mesa con un gran rimero de papeles y una botella, y atravesando el camino que pasaba frente á la posada, me dirigí á la orilla del mar, que batían olas no mayores que las que había visto en el lago. Pero las algas y plantas marinas eran cosas nuevas para mí; el olor del agua del mar era en extremo salado y excitante; el *Covenant* empezaba á desplegar sus velas que colgaban de las vergas á manera de racimos; y todo lo que veía y contemplaba despertó en mí el pensamiento de viajes lejanos y países extranjeros.

Miraba también á los marineros que estaban en el bote, mocetones de tostado color, algunos en mangas de camisa, otros con chaquetas, otros con pañuelos de colores alrededor del cuello, con un par de pistolas en los bolsillos, dos ó tres con nudosas cachiporras, y todos con sus cuchillos de mesa. Me dirigí á uno que me parecía menos selvático y violento que sus compañeros, y le pregunté cuándo se haría al mar el bergantín. Me dijo que tan pronto como la marea lo permitiese, y manifestó su deseo de verse lejos de un puerto donde no había tabernas ni

músicos ambulantes, pero todo con tal profusión de horribles juramentos que me apresuré á alejarme de allí.

Esto me hizo volver á Ransome que me parecía el menos perverso de aquella gente, y que pronto salió de la posada y se dirigió hacia mí pidiéndome que le proporcionara un ponche de ron. Le dije que no le daría semejante cosa, porque ni él ni yo teníamos edad suficiente para tales bebidas; pero que si quería un vaso de cerveza, podría tenerlo. Se mofó de mí y me llenó de apodos, pero se alegró de conseguir la cerveza, y nos sentamos á la mesa en un cuarto de la posada comiendo y bebiendo con buen apetito.

Entonces se me ocurrió que como el dueño de la posada era natural del país, haría bien en trabar conocimiento con él. Le invité á nuestra mesa, como era la costumbre en aquellos tiempos, pero era un hombre de demasiada importancia para sentarse al lado de tan pobres parroquianos como Ransome y yo, y salía ya de la habitación cuando le llamé preguntándole si conocía al Sr. Rankeillor.

—Pefectamente le conozco,—me contestó,—un hombre muy honrado. Y á propósito,—dijo—"¿Es Vd. quien vino con Ebenezer?"—Y al contestarle que sí, agregó qué si era su pariente.

Le dije que no.

—Eso es lo que creí,—dijo,—y sin embargo Vd. tiene cierta semejanza con el Sr. Alejandro.

Dije que me parecía que Ebenezer no era bien mirado en el país.

—No, de ningún modo,—contestó el dueño.—Es un anciano perverso y hay muchos que quisieran verlo col-

gado de una cuerda: Juana Closton y otros á quienes ha privado de casa y de hogar. Y sin embargo, hubo un tiempo en que era un buen muchacho; pero eso fué antes de que circularan las noticias acerca del Sr. Alejandro. Esto fué como un golpe mortal para él.

—Y ¿qué hubo?—pregunté.

—¡Oh! que lo había asesinado,—dijo el dueño.—¿Nunca oyó Vd. eso?

—Y ¿por qué lo mataría?—pregunté.

—¿Por qué?—Para quedarse con la casa.

—¿La casa?—dije.—¿La casa de los Shaws?

—No conozco otra,—me contestó.

—¡Cómo! ¿Eso es lo que ha pasado? ¿Era mi . . . era Alejandro el hijo mayor?

—Seguramente que sí,—contestó el dueño.—¿Por qué otra causa lo habría matado?

Y al decir estas palabras se retiró.

Por supuesto, que yo lo había sospechado hacía tiempo; pero una cosa es presumir y otra saberlo; y me senté abrumado con mi buena fortuna, pudiendo apenas creer que el pobre muchacho que dos días antes había venido á pie y andando, era ahora uno de los ricos de la tierra, y tenía una casa y vastos terrenos, y si supiera montar á caballo podría hacerlo mañana mismo. Todas estas cosas agradables, y otras muchas más, se agolparon á mi mente, mientras me hallaba sentado mirando hacia afuera por la ventana de la posada, sin fijarme en lo que veía; solo recuerdo, que divisé al capitán Oseas en el muelle entre sus marineros y hablando con aire de autoridad. Y en esto volvió á la posada, sin que hubiera en su andar la pesadez propia del marinero, sino que su elevada y her-

mosa figura se movía con aire varonil, aunque conservando siempre la misma expresión tranquila y grave del rostro. Me preguntaba si era posible que fueran ciertas las historias que me había referido Ransome, y casi, casi no las creí, por no avenirse con el aspecto de aquel hombre. Pero la verdad es que ni era tan bueno como lo supuse, ni tan perverso como lo pintaba Ransome, porque puede decirse que había en él dos hombres, y el mejor se quedaba en tierra tan pronto como el otro entraba en su buque.

Después oí á mi tío que me llamaba, y le ví en el camino en compañía del capitán. Este me dirigió la palabra con aire de grave igualdad, lo que era en extremo lisonjero para un muchacho.

—Señor,—me dijo,—el Sr. Balfour acaba de referirme grandes cosas de Vd.; y por mi parte le diré que me gusta su cara. Desearía quedarme aquí más tiempo para que pudiéramos hacernos buenos amigos, pero como no es posible, aprovecharé los pocos momentos de que puedo disponer. Venga Vd. á mi bergantín una media hora hasta que la marea suba y beberá un trago conmigo.

Yo deseaba ver lo interior de un buque más de lo que me es posible decir; pero no quería correr un peligro, y le dije que mi tío y yo teníamos una cita con un abogado.

—Sí, sí,—replicó,—ya me lo ha dicho. Pero como Vd. vé, el bote lo dejará á Vd. en el muelle de la población, y de allí á la casa del abogado Rankeillor no hay mas que un paso.

Y diciendo esto se inclinó y murmuró á mis oídos:

—Tenga Vd. cuidado con ese viejo zorro, pues medita algo malo. Venga abordo para que podamos ha-

blar dos palabras,—y enganchándome del brazo, continuó en voz alta: ¿Qué quiere Vd. que le traiga de las Carolinas? * Todo amigo del Sr. Balfour puede ordenar lo que quiera. ¿Un rollo de tabaco? ¿Trabajos de plumas de los indios? ¿La piel de una fiera? ¿Una pipa de fumar de piedra? ¿El pájaro llamado sinsonte que maúlla como un gato? ¿El pájaro llamado cardenal que es de color tan rojo como la sangre?—Escoja Vd. lo que quiera.

En esto llegamos cerca del bote, y me dijo que entrara. Ni por un momento pensé en negarme; yo creía (¡pobre mentecato!) que había hallado en él un buen amigo y auxiliar, y me regocijaba con la idea de ver el buque. Tan pronto como estuvimos en nuestros puestos, el bote se separó del muelle y comenzó á moverse sobre las aguas; y con el placer que me causaba este movimiento nuevo para mí, y con la sorpresa que experimentaba al ver cuán bajos estábamos, y el aspecto de las costas, y el tamaño cada vez mayor del bergantín á medida que nos acercábamos á él, apenas pude comprender lo que el capitán me decía, y debí responderle sin ton ni son.

Cuando llegamos al lado del bergantín, el capitán, diciendo que él y yo éramos los primeros que habíamos de subir abordo, ordenó que arrojaran un calabrote, que me subió al buque y me dejó en la cubierta, donde ya estaba él esperándome é inmediatamente enganchó su brazo en el mío. Allí permanecí un rato, algo mareado con la movilidad de todo lo que me rodeaba, y quizás algo asus-

* La Carolina del Norte y la del Sur, en lo que hoy son los Estados Unidos.

tado también, pero sin embargo muy contento con el espectáculo de estas cosas nuevas para mí. Entretanto el capitán me iba señalando los objetos más extraños, diciéndome sus nombres y explicándome sus usos.

—Pero ¿dónde está mi tío?—pregunté de repente.

—¡Ah!—dijo el capitán con una especie de mueca—¡esa es la cuestión!

Comprendí inmediatamente que estaba perdido. Con toda mi fuerza me desasí de él y corrí á la borda del buque. No había duda: ví el bote que se alejaba con mi tío á la popa. Dí un grito penetrante—"¡Auxilio! ¡auxilio! ¡Que me matan!"—de tal modo que resonó en ambos lados del anclaje, y mi tío volvió hacia mí la cabeza, dejándome ver un rostro lleno de crueldad y de terror.

Fué lo último que ví. Ya se habían apoderado de mi persona fuertes manos que me arrancaron del sitio en que estaba: me pareció entonces como si un rayo me hubiera herido; ví como un gran relámpago de fuego y caí insensible.

CAPÍTULO VII

ME HAGO Á LA MAR EN EL BERGANTÍN "COVENANT"

Volví en mí en medio de tinieblas, sintiendo un gran dolor, atado de pies y manos, y ensordecido por muchos ruidos que no me eran familiares. En mis oídos resonaba el rugir de las olas como el de una gran represa de agua; el golpear de las velas, y los gritos agudos de los marineros. El mundo entero me parecía que ora subía, ora descendía rápidamente; y tan enfermo y lastimado tenía el cuerpo, y tan confusa la mente, que pasó mucho tiempo antes de que pudiera darme cuenta de que yacía en alguna parte en el interier de aquel fatídico buque y que el viento se había vuelto borrascoso. Con la idea clara de mi estado actual se apoderó de mí una sorda desesperación, un gran remordimiento ante mi propia locura, y tal cólera contra mi tío, que otra vez quedé privado de sentido.

Cuando de nuevo volví en mí, el mismo tumulto, los mismos movimientos confusos y violentos me estremecieron; y á mis otros dolores y malestar se agregó el mareo propio del que jamás se había embarcado. En aquella época de mi aventurera juventud pasé muchos trabajos, pero nada fué tan abrumador para mi espíritu y mi cuer-

po, ni tan desprovisto de todo consuelo ó esperanza, como las primeras horas que estuve abordo del bergantín.

Oí un cañonazo, y supuse que la tempestad había arreciado de tal modo que estábamos pidiendo auxilio. La idea de que podría verme libre, aunque fuera por medio de la muerte en las profundidades del mar, fué acariciada con regocijo. No había nada de eso sin embargo, porque, como supe más tarde, era una costumbre del capitán que demuestra que el hombre más perverso puede tener su lado bueno. Parece que entonces estábamos á unas cuantas millas de Dysart, donde se construyó el bergantín y donde vivía la madre del capitán, el cual nunca permitió que el *Covenant* pasara por aquel lugar, ya entrando ó saliendo, sin desplegar las banderas de día y disparar un cañonazo.

Yo no tenía idea del tiempo: el día y la noche eran iguales para mí en aquella especie de caverna mal oliente del buque donde me hallaba, y lo lastimoso de mi situación hacía que las horas me pareciesen aún más largas. No puedo decir el tiempo que permanecí esperando que la embarcación se estrellara contra las rocas ó se hundiera en el fondo del mar. Pero al fin el sueño vino en mi auxilio.

Me despertó la luz de una linterna de mano que brillaba ante mi rostro. Un hombre de pequeña estatura, de unos treinta años de edad, ojos verdes y pelo rubio y abundante, estaba de pie ante mí contemplándome.

—¿Cómo va?—me dijo.

Respondí con un sollozo, y el hombre me tomó entonces el pulso, me tocó las sienes y se sentó á lavarme y vendarme la herida que tenía en la cabeza.

—Sí,—dijo,—un golpe serio. Pero qué, joven, ¡ánimo! El mundo no ha terminado para Vd.; si ahora las cosas van mal, después irán mejor. ¿No ha comido Vd. nada?

Le dije que no podía ni mirar la comida, y entonces me dió un poco de aguardiente con agua, y me dejó de nuevo entregado á mi suerte.

Cuando volvió á verme estaba yo semidormido y semidespierto, con los ojos abiertos, en medio de aquella obscuridad; y aunque el mareo había desaparecido, experimentaba un horrible aturdimiento que me parecía aún más insoportable. Además, me dolían todos los miembros y las cuerdas que me ataban me parecían de fuego. El olor de aquel lugar era como parte de mí mismo, y durante el largo intervalo transcurrido desde su última visita, había padecido torturas de miedo, ya por las carreras de las ratas del buque que á veces pasaban sobre mi cara, ya por las tristes visiones que visitan el lecho de una persona con calentura.

El brillo de la linterna me pareció como luz del cielo, y aunque solo me hizo visible el fuerte y negro maderaje del buque que me servía de prisión, hubiera llorado de pura alegría. El hombre de los ojos verdes fué el primero que bajó y noté que parecía como que vacilaba algo. Le siguió el capitán. Ninguno dijo una palabra, pero el primero se puso á examinarme, y me curó la herida como antes, mientras el capitán me contemplaba de un modo extraño.

—Ahora, señor, mire Vd. mismo,—dijo el primero. Una fiebre alta, falta de apetito, falta de luz, falta de alimentos. Vd. mismo verá lo que eso significa.

—Yo no soy ningún mágico, Sr. Riach,—dijo el capitán.

—Permítame que le diga que Vd. tiene una cabeza para pensar y una lengua para preguntar; pero no deseo dejarle pretexto ninguno para excusas: quiero que se saque á este muchacho de esta agujero y se le lleve al castillo de proa.

—Lo que Vd. desea, es cosa que á Vd. no le concierne ni á nadie,—replicó el capitán;—pero le diré lo que hay en el particular. El muchacho está aquí, y aquí se quedará.

—Admitiendo que á Vd. se le haya pagado para eso, —dijo el otro,—permítame que le diga que á mí, no. Se me paga, y no mucho, como segundo piloto de esta vieja carrancla; y Vd. sabe perfectamente si hago cuanto puedo para ganar mi dinero; pero no se me paga para otras cosas.

—Y si no se mezclara en lo que no le importa, Sr. Riach, no tendría queja alguna acerca de Vd.,—dijo el capitán;—y por tanto, en vez de hablarle en enigmas, le diré pura y simplemente que Vd. no tiene nada que ver en este asunto. Hacemos falta en la cubierta,—agregó con tono decidido y puso un pie en la escalera.

Pero el Sr. Riach le asió de la manga.

—Admitiendo que Vd. haya sido pagado para cometer un asesinato,—comenzó.

El capitán se volvió hacia él con una mirada amenazadora.

—¿Qué es eso?—preguntó.—¿Qué modo de hablar es ese?

—Me parece que es un modo de hablar que Vd. com-

prende,—replicó el Sr. Riach mirándole al rostro con firmeza.

—Sr. Riach, he navegado con Vd. durante tres viajes, —dijo el capitán.—En ese tiempo, señor, creo que Vd. debía haber aprendido á conocerme: yo soy un hombre terco y duro; pero respecto á eso que acaba de decir,— ¡uf! ¡uf!—solo un mal corazón y una conciencia nada limpia pueden pensarlo. Si Vd. cree que el muchacho morirá. . . .

—Sí, morirá,—dijo el Sr. Riach.

—Bien,—replicó el capitán,—trátelo Vd. como quiera.

Y diciendo esto el capitán Oseas subió á la cubierta; y yo que había permanecido silencioso durante este extraño diálogo, ví que el Sr. Riach se volvió hacia su jefe haciéndole una reverencia, é inclinándose hasta las rodillas, como en son de burla. Aun en medio de mi malestar pude notar dos cosas: que el segundo piloto había bebido más de lo regular, y que, bebido ó no, podría ser un buen amigo mío.

Cinco minutos después me ví libre de mis ataduras y llevado en la espalda de un hombre al castillo de proa, donde me pusieron en un tarimón con algunas frazadas. Allí perdí de nuevo el sentido.

Cuando abrí de nuevo los ojos, fué realmente una bendición ver la luz del día y hallarme en la compañía de seres humanos. El castillo de proa era un lugar espacioso con camarotes alrededor; allí se hallaban varios marineros sentados, ó acostados y durmiendo. Como el tiempo estaba en calma y el viento no era fuerte, el escotillón se encontraba abierto y no solo penetraba mucha luz, sino que de cuando en cuando brillaba un rayo de

sol que, aunque me deslumbraba, era para mí un motivo de gran alegría. No bien dí señales de vida, cuando un hombre me trajo una bebida preparada por el Sr. Riach con propiedades curativas, y me dijo que permaneciera tranquilo y pronto sanaría. No había huesos rotos, sino un golpe dado en la cabeza. Eso no es nada, agregó: yo fuí quien se lo dí á Vd.

En aquel sitio permanecí varios días muy bien vigilado, y no solo recobré la salud sino que llegué á conocer á mis compañeros. Era gente tan ruda como lo son la mayor parte de los marineros, privados de los afectos y dulzuras de la vida y condenados á ir rodando por los mares con amos no menos crueles que las olas. Algunos habían viajado con piratas y presenciado escenas de que no es posible hablar; otros habían desertado de los buques de guerra, é iban, como quien dice, con una cuerda alrededor del cuello; y todos dispuestos á romperse la crisma con sus mejores amigos por quítame allá esa paja. Pero no transcurrió mucho tiempo de hallarme en su compañía cuando tuve que modificar el juicio que al principio había formado acerca de ellos. No hay clase de hombres completamente mala: todas tienen sus faltas y virtudes propias, y estos marineros no formaban una excepción de la regla. Eran rudos y malos, no hay duda; pero tenían muchas virtudes. Eran bondadosos cuando les parecía, sencillos con toda la sencillez de un muchacho del campo como yo, y tenían algunas vislumbres de honradez.

Había un hombre quizá de cuarenta años de edad que se sentaba al lado de mi camarote horas enteras hablándome de su esposa y su niño. Era un pescador que había

perdido su bote, y se vió obligado á servir de marinero. Aunque han pasado muchos años, su recuerdo no se ha borrado de mi memoria. Su joven esposa esperó en vano la vuelta de su marido: nunca más hará él la lumbre por la mañana, ni cuidará del niño cuando ella esté enferma. En realidad, muchos de estos pobres diablos (como lo probaron los acontecimientos) se hallaban en su último viaje: las profundidades del mar les sirve de tumba, y no se debe hablar mal de los muertos.

Entre otras muchas buenas cosas que hicieron, no fué pequeña la de devolverme el dinero mío que se habían repartido entre ellos; y aunque faltaba como un tercio, me alegré de recobrarlo y me prometí que me serviría de mucho en el país á donde iba. El buque navegaba con dirección á las Carolinas, y no supongáis que iba á aquel lugar como un simple desterrado. El comercio que se hacía con aquella colonia no era mucho; pero en esos tiempos de mi juventud aun se vendían hombres blancos como esclavos para las haciendas, y tal era el destino á que me había condenado mi perverso tío.

El mozo de cámara Ransome (que fué el primero que me informó de estas atrocidades), solía venir de cuando en cuando de la cámara donde dormía y servía, ya curándose con silencioso dolor una pierna lastimada, ya tronando contra la crueldad del Sr. Suan. Mi corazón manaba sangre ante ese espectáculo; pero los hombres respetaban mucho al primer piloto quien, como decían, era "el único marino en toda la banda, y no tan mal hombre cuando no había bebido." Y en realidad, hallé que había una extraña peculiaridad en nuestros dos pilotos, pues el Sr. Riach era taciturno, adusto y duro cuando

no había bebido, y el Sr. Suan no haría daño á una hormiga, excepto cuando bebía más de lo regular. Pregunté acerca del capitán, pero se me dijo que la bebida no establecía diferencia alguna en aquel hombre de hierro.

En el poco tiempo en que tenía oportunidad para ello, traté de hacer del pobre Ransome algo parecido á un hombre, ó mejor dicho, á un muchacho. Pero su inteligencia era limitadísima: no podía recordar nada de lo sucedido antes de entrar á servir en el buque. Solo sabía que su padre había fabricado relojes, y que en la sala de su casa había un estornino que silbaba una canción: todo lo demás se había desvanecido en estos años de trabajo y crueldades. Sus ideas acerca de la tierra, concebidas por las historias de los marineros, eran muy extrañas: se la figuraba un lugar en que los muchachos estaban sometidos á una especie de esclavitud llamada un oficio, y los aprendices azotados y encerrados en calabozos. Creía que en una población, de cada dos individuos uno era un embaucador, y que de cada tres casas una era un lugar donde se embriagaba á los marineros y se les robaba. Yo le decía que en esa tierra que él tanto temía, había sido yo criado y educado con cariño por mis padres y mis amigos; y entonces, si había sido maltratado recientemente, lloraba con amargura, jurando que se escaparía; pero si estaba en su modo habitual de pensar, ó lo que es peor, si había bebido un vaso de aguardiente en la cámara, se burlaba de cuanto yo le decía.

Fué el Sr. Riach (¡ Dios se lo perdone!) quien hizo beber al muchacho, quizás con la mejor intención; pero además de ser la ruina de su salud, era el espectáculo más lastimoso del mundo ver á esta infortunada criatura

sin amigo ni protector alguno, tambalear, y bailar, hablando de lo que no sabía. Algunos hombres reían, pero otros arrugaban el entrecejo (pensando tal vez en su propia juventud ó en sus hijos), y le decían que pusiera fin á aquellas necedades y pensase en lo que estaba haciendo. En cuanto á mí, me causaba rubor mirarle, y aun hoy en mis sueños veo al pobre muchacho.

Durante todo este tiempo el *Covenant* había encontrado continuamente vientos contrarios y había ido dando tumbos y más tumbos, de modo que el escotillón estaba casi siempre cerrado y el castillo de proa alumbrado solo por una lámpara que colgaba de un travesaño. Todos los marineros estaban constantemente ocupados; el excesivo trabajo aumentaba el mal humor de los hombres, y todo el día se pasaba en disputas y altercados. Como no se me permitía poner el pie en la cubierta, es de imaginarse lo aburrido que estaría y mi impaciencia porque se efectuara un cambio.

Y un cambio había de verificarse. Pero antes referiré una conversación que tuve con el Sr. Riach, que me infundió algún aliento en mis tribulaciones. Diré que el segundo piloto había bebido más de la cuenta, pues en su estado natural, ni siquiera me miraba. Le hice jurar que guardaría el secreto, y le conté mi historia.

Me dijo que parecía una novela; que haría cuanto estuviese en su poder en beneficio mío; que me daría papel, pluma y tinta para que escribiera un par de líneas al Sr. Campobello y otras al Sr. Rankeillor, y que si yo le había dicho la verdad, con auxilio de esos caballeros podría sacarme en bien.

—Y entretanto,—continuó,—ánimo. No es Vd. el

único que se encuentra en tal estado; créamelo. Hay más de uno que está arando la tierra al otro lado de los mares y que podría andar á caballo en su país, y tener su propia casa. La vida es una perpetua oscilación. Aquí me tiene Vd., el hijo de un propietario y casi un doctor, y ¿ qué soy ? Un dependiente de Oseas.

Creí que sería un acto de cortesía preguntarle por la historia de su vida. Dió un silbido diciendo:

—Nunca tuve historia. Me ha gustado divertirme: eso es todo,—y se fué.

CAPÍTULO VIII

LA CÁMARA DEL CAPITÁN

Una noche, á eso de las doce, un marinero perteneciente al cuarto de vela del Sr. Riach, que estaba en la cubierta, bajó por su chaqueta, é inmediatamente empezó á susurrarse en el castillo que "Suan al fin había acabado con él." No había necesidad de mencionar el nombre; todos sabíamos de quien se trataba. Pero no tuvimos tiempo para pronunciar una palabra, pues el escotillón se abrió y el capitán Oseas bajó por la escalera; dió una mirada á los camarotes, y dirigiéndose á donde yo estaba, me habló, á mi gran sorpresa, con suma bondad.

—Muchacho,—me dijo,—necesitamos que nos sirvas en la cámara. Tú y Ransome cambiaréis de camarote. Á la popa, pues.

Mientras estaba hablando aparecieron dos hombres por el escotillón trayendo en los brazos á Ransome; una violenta sacudida del buque hizo que la luz de la lámpara diese de lleno en el rostro del muchacho, que estaba de color de cera blanca y con una especie de sonrisa que me heló la sangre y casi me quitó la respiración.

—¡Corre á la popa! ¡Corre á la popa!—gritó el capitán.

Y subí apresuradamente la escalera, pasando junto á los marineros y al muchacho que ni habló ni se movió.

El buque se deslizaba rápidamente sobre un mar alterado. Aun se distinguía la puesta del sol en extremo brillante, lo que me sorprendió mucho á tal hora de la noche; pero yo era demasiado ignorante para saber la verdadera causa de eso: nos hallábamos navegando entre las islas del Norte de Escocia, mientras yo me imaginaba que estábamos en medio del océano. Y dando tropezones, asiéndome de las cuerdas y de cuanto hallé al paso, llegué á la cámara, y sólo me libré de caer al mar gracias á un marinero que había sido siempre bueno para conmigo.

La cámara, donde tenía que dormir y servir, estaba como á seis pies encima de la cubierta; y considerando el tamaño del bergantín, sus dimensiones eran grandes. Dentro había una mesa, un banco y dos camarotes, uno para el capitán y el otro para los dos pilotos que lo ocupaban por turno. De arriba á abajo estaba llena de gavetas para guardar lo que pertenecía á los oficiales del buque y una parte de las provisiones del mismo; había además un segundo almacén ó depósito debajo, á donde se entraba por una abertura en medio de la cubierta. Allí se encontraban todas las mejores provisiones y las bebidas, así como toda la pólvora, é igualmente las armas de fuego, excepto dos cañones de bronce que estaban detrás de la cámara. La mayor parte de los machetes se hallaba en otro lugar.

La luz entraba por dos ventanillas, una á cada lado, y por una claraboya en el techo, y de noche había siempre una lámpara encendida. Lo estaba cuando entré, y aun-

que no muy brillante, lo suficiente para dejarme ver al Sr. Suan sentado á la mesa con la botella de licor y un vaso de hoja de lata frente á él. Era un hombre alto, de recia constitución y muy trigueño, y estaba con las miradas fijas en el vacío como un idiota.

Ni siquiera notó mi entrada, ni se movió cuando el capitán me siguió y se reclinó en el camarote, fijando una mirada sombría en el piloto. Yo tenía gran temor del capitán y no sin razón para ello; pero algo me hacía comprender que no debía abrigar ninguno entonces, y le pregunté en voz baja,—"¿Cómo está?" Movió la cabeza como quien no sabe ni desea pensar, y su rostro tomó una expresión muy severa.

En esto entró el Sr. Riach. Le hizo una seña al capitán indicándole que el muchacho estaba muerto, y tomó su asiento como los demás; de modo que todos los tres permanecíamos silenciosos contemplando al Sr. Suan, quien por su parte, sin decir una palabra, permanecía sentado con las miradas fijas en la mesa.

De repente echó mano á la botella, y entonces el Sr. Riach se adelantó y se la arrebató, más bien por sorpresa que por la fuerza, diciendo á gritos, con un juramento, que ya se había hecho demasiado en ese sentido y que sobre el buque caería un juicio severo. Y diciendo esto arrojó la botella al mar por una de las ventanillas.

El Sr. Suan se pusó en pie en un abrir y cerrar de ojos: estaba medio entorpecido, pero dispuesto á matar á alguno y habría cometido un segundo asesinato aquella noche, si el capitán no se hubiera interpuesto entre él y su víctima.

—¡Siéntese Vd.!—rugió el capitán.—¿Sabe Vd. lo

que ha hecho, pedazo de borracho? ¡Ha matado al muchacho!

El Sr. Suan pareció comprenderle; porque se sentó y se llevó la mano á la cabeza.

—Porque me trajo un vaso sucio.

Al oir aquello, el capitán, el Sr. Riach y yo nos miramos mutuamente durante un segundo con una especie de horror. Entonces el capitán se dirigió hacia su primer piloto, lo asió por los hombros, lo condujo á su camarote y le ordenó que se acostase á dormir, lo mismo que si hubiera sido un niño majadero.

—¡Ah!—exclamó el Sr. Riach, con voz terrible,—hace tiempo que Vd. debía haber intervenido. Ahora es demasiado tarde.

—Sr. Riach,—dijo el capitán,—lo que ha pasado esta noche no debe saberse jamás en Dysart. El muchacho se cayó al agua; y esto es lo que se dirá, y daría cinco libras esterlinas porque fuese cierto. Pero ¿por qué arrojó Vd. la botella al mar?—agregó.—Eso carece de sentido común, señor. ¡Hola! David, tráeme otra de la alacena baja: ahí tienes la llave. Vd. necesita un trago, Sr. Riach. Aquel espectáculo fué horrible.

Y los dos se sentaron á la mesa; y bebieron un trago, y mientras se hallaban ocupados así, el asesino, que había estado acostado en su camarote, se incorporó sobre el codo y nos dirigió una mirada á todos.

Aquella fué la primera noche de mi nuevos deberes, y en el curso del siguiente día me puse al corriente de todo lo que había que hacer. Tenía que servir á la mesa durante las comidas que eran á horas fijas para el capitán, que comía con el piloto que no estaba de servicio; todo

el día tenía que correr del uno al otro de mis tres amos llevándoles un trago; y por la noche dormía en el suelo sobre una frazada, al extremo de la cámara, y entre las dos puertas. Era una cama dura y fría. No se me dejaba dormir sin interrupción, porque siempre venía alguno de la cubierta para beber un trago, y cuando se renovaba la guardia, dos de los oficiales, y á veces los tres, venían á sentarse y á beber un ponche juntos. Para mí es un misterio cómo podían conservar la salud.

Mi servicio, por otra parte, era fácil. No había que poner manteles; las comidas eran muy sencillas, un potaje de harina de avena, ó un pedazo de cecina, ó cosas por el estilo. Como yo no estaba acostumbrado al movimiento del buque, á veces me caía con lo que les llevaba, y tanto el Sr. Riach como el capitán daban muestras de una paciencia ejemplar. Me figuraba que querían acallar sus conciencias, y que no hubieran sido tan buenos para conmigo á no haber sido tan malos con Ransome.

En cuanto al Sr. Suan, la bebida ó su crímen, ó acaso ambas cosas, habían perturbado seguramente su inteligencia. No recuerdo haberle visto una sola vez en su cabal juicio. Nunca se acostumbró á mi presencia en la cámara, y continuamente fijaba en mí las miradas (á veces me parecía que con cierto terror) y en más de una ocasión retrocedió cuando le servía. Desde el principio creí que él no tenía exacta idea de lo que había hecho, y al segundo día de estar yo en la camára tuve la prueba de ello. Nos hallábamos solos, y me había estado mirando un largo rato, cuando de repente se levantó, pálido como

un muerto, y con gran terror mío se me acercó. Pero yo no tenía razón para asustarme.

—¿No estaba Vd. aquí antes?—me preguntó.

—No, señor—le respondí.

—¿Había otro muchacho?—preguntó de nuevo, y cuando le contesté que sí, exclamó: "¡Ah! Me lo figuré."—Y se sentó sin desplegar los labios, excepto para pedir aguardiente.

Parecerá tal vez extraño, pero á pesar de todo el horror que yo sentía, aquel hombre me inspiraba lástima. Era casado, su mujer vivía en Leith; pero no recuerdo si tenía hijos.

En realidad, no puedo decir que aquella vida, que no duró mucho tiempo, fuera muy dura. Yo me alimentaba tan bien como mis amos, y si hubiera tenido inclinación á la bebida podría haber estado borracho desde la mañana hasta la noche. No carecía de sociedad. El Sr. Riach, que había estudiado en un colegio, me hablaba como á un amigo cuando no estaba taciturno, y me refería cosas muy curiosas y aun instructivas; y hasta el capitán, que por lo regular me mantenía á cierta distancia, á veces charlaba conmigo un rato y me hablaba de los hermosos países que había visitado.

La sombra del pobre Ransome pesaba sobre todos, y especialmente sobre el Sr. Suan y sobre mí. Otras cosas, además, me abrumaban: aquí estaba yo trabajando para tres hombres que consideraba mis inferiores, uno de los cuales merecía la horca; eso era en cuanto á lo presente; pues en cuanto á lo porvenir, me veía esclavo junto á los negros, labrando la tierra. El Sr. Riach, quizá por precaución, no me permitió que digera otra palabra acerca de

mi historia; el capitán, á quien había querido acercarme, me rechazó como á un perro y no quiso oir una palabra; y á medida que transcurría el tiempo, mi desaliento iba siendo mayor, hasta el punto de alegrarme del trabajo que me impedía pensar.

CAPÍTULO IX

EL HOMBRE DEL CINTURÓN CON ORO

Transcurrió más de una semana en que la mala suerte que hasta entonces había perseguido al *Covenant* en su viaje, fué siendo cada vez mayor. Algunos días apenas si adelantaba algo; otros, realmente retrocedía, hasta que al fin el buque se había corrido tanto hacia el sur, que el noveno día lo pasamos dando tumbos y saltos á la vista de la costa rocallosa y desierta de las cercanías. Hubo un consejo de oficiales, del cual solo comprendí que en vez de avanzar con dirección al norte habíamos andado en sentido contrario.

En la tarde del décimo día hubo un abatimiento del oleaje con una niebla blanca, espesa y húmeda que desde un extremo del bergantín impedía ver el otro. Toda la tarde, cuando subía á la cubierta, veía á los oficiales prestando oído atento en busca de "escollos," decían; palabra cuyo significado no entendía, aunque comprendí que se trataba de un peligro.

Como á las diez de la noche en momentos en que servía la cena al capitán y al Sr. Riach, el buque chocó con algo con gran estruendo y oímos voces confusas. Mis dos amos se pusieron rápidamente de pie.

—¡Ha encallado!—dijo el Sr. Riach.

—No,—replicó el capitán,—hemos pasado por ojo á un bote.

Y salieron precipitadamente.

El capitán tenía razón. Habíamos pasado por ojo un bote en la niebla, partiéndolo en dos y echándolo á pique con toda su tripulación, menos un hombre. Este, como supe después, se hallaba sentado en la popa en calidad de pasajero, mientras el resto remaba en los bancos. En el momento del choque, como tenía las manos libres, y á pesar de su grueso gabán, dió un salto y pudo asirse del bauprés del bergantín. Esto demostraba que poseía mucha agilidad, fuerzas no comunes, y no poca suerte, pues de lo contrario no se hubiera salvado. Y sin embargo, cuando el capitán lo trajo á la cámara, y fijé en él las miradas por vez primera, parecía tan fresco y tranquilo como si nada hubiera acontecido.

Era de pequeña estatura pero bien formado y ágil: su rostro, muy tostado por el sol, era abierto y franco, y lleno de manchas y marcas de viruelas; los ojos muy claros y como si le bailaran, lo que le comunicaba una expresión á la vez que agradable, algo alarmante. Cuando se quitó el gabán, puso sobre la mesa un par de hermosas pistolas montadas en plata, y ví que tenía ceñida una gran espada. Sus modales eran elegantes. Al primer golpe de vista noté que era un hombre á quien preferiría tener por amigo antes que por enemigo.

El capitán estaba haciendo también sus observaciones, pero más bien acerca de los vestidos del hombre que de su persona. Para decir la verdad, tan luego como se quitó el gran gabán dejó ver un traje demasiado hermoso para

la cámara de un bergantín mercante, pues tenía un sombrero con plumas, un chaleco rojo, pantalones de terciopelo negro y una levita con botones de plata y hermoso galón del mismo metal: costoso traje, aunque un tanto estropeado por la húmeda neblina y por haber dormido con él.

—Siento mucho lo del bote, señor,—dijo el capitán.

—Hay algunos hombres que se han ahogado,—dijo el extranjero,—que preferiría ver de nuevo en tierra aunque se perdieran dos docenas de botes.

—¿ Amigos de Vd?—preguntó el capitán.

—No tiene Vd. tales amigos en su país,—fué la respuesta. Habrían muerto por mí sin vacilar.

—Bueno,—dijo el capitán sin quitarle los ojos de encima,—hay en el mundo más hombres que botes que los contengan.

—Y eso también es cierto,—exclamó el otro,—y parece que es Vd. un caballero de mucha penetración.

—He estado en Francia,—dijo el capitán;—lo que me pareció que quería decir mucho más de lo que las palabras expresaban por sí solas.

—Bien,—dijo el extranjero,—y también otros muchos hombres han estado en Francia, si de eso se trata.

—No hay duda,—replicó el capitán,—y también con hermosos trajes.

—¡ Hola!—dijo el extranjero,—¿ esas tenemos?

Y echó con rapidez mano á las pistolas.

—No sea Vd. tan violento,—dijo el capitán.—No haga nada malo, mientras no vea la necesidad de ello. Vd. tiene un uniforme francés y una lengua escocesa;

pero lo mismo acontece á más de un hombre honrado en estos tiempos.

—¿ Sí ?—dijo el caballero extraño,—¿ pertenece Vd. al partido honrado ?

El extranjero quería significar con eso si el capitán era un Jacobita ;* pues en aquellos tiempos de discordias civiles, como sucede siempre, cada partido se cree el único que es honrado.

—¿ Qué dice Vd., señor ?—replicó el capitán,—yo soy un verdadero protestante, á Dios gracias. (Era la vez primera que le oí mencionar la palabra religión, aunque después supe que mientras estaba en tierra frecuentaba la iglesia.) Pero á pesar de eso, continuó el capitán, sentiría ver á otro hombre puesto de espaldas contra un muro.

—¿ De veras ?—preguntó el Jacobita.—Pues para hablar en plata, le diré á Vd. que soy unos de esos honrados caballeros que tomaron parte en los disturbios del año 45 y 46 ; y para ser aun más claro, sepa Vd. que si caigo en poder de la gente de casaca colorada, me iría muy mal. Yo me dirigía á Francia, y en estas inmediaciones había un buque francés que estaba cruzando para recogerme, pero lo ha impedido la niebla. Lo que quiero decir es: que si Vd. me deja en la costa á donde iba, traigo conmigo con que pagarle muy bien su trabajo.

—¿ En Francia ?—preguntó el capitán.—No, señor ;

* Llamábanse Jacobitas los partidarios de Jacobo Estuardo, pretendiente á la corona de Inglaterra, quienes intentaron en 1745 realizar sus aspiraciones por medio de las armas. No lograron su objeto, y á esta rebelión se refiere el autor en el curso de la novela.—N. del T.

eso no puedo hacer. Pero de donde Vd. vino tal vez sí, y podemos tratar de ello.

Y entonces, por desgracia, notó que estaba yo en un rincón y me despachó á que trajera la cena para el caballero. No perdí tiempo; y cuando regresé á la cámara, ví que el caballero se había quitado el cinturón con dinero y había echado una ó dos monedas sobre la mesa. El capitán estaba mirando el dinero, y luego miraba el cinturón, y después el rostro del caballero, y me pareció que estaba muy agitado.

—La mitad de esa suma, y soy de Vd.—dijo el capitán.

El otro guardó las monedas en el cinturón y se lo puso de nuevo bajo el chaleco.

—Ya le he dicho á Vd.,—contestó,—que ni un óbolo me pertenece, y que todo es propiedad de mi jefe,—y al decir esto se llevó la mano al sombrero,—y aunque sería un tonto de mensajero si no quisiera sacrificar una parte para que el resto llegue á sus manos, sería proceder como un sabueso si comprara este miserable cuerpo tan caro. Treinta libras esterlinas en la costa, ó sesenta en el Loch. Tómelas Vd. si quiere, y si no, haga Vd. lo que le parezca.

—Bueno,—dijo el capitán.—¿Y si yo le pusiese á Vd. en manos de los soldados?

—Haría una necedad,—dijo el otro.—Óigame Vd.: mi jefe está confiscado, como todo hombre honrado en Escocia. Sus bienes están en poder del que llaman el Rey Jorge, y sus oficiales son los que perciben las rentas ó tratan de percibirlas. Pero, para honra de Escocia, los pobres arrendatarios piensan algo en su jefe desterrado, y

este dinero que llevo conmigo es una parte de esa renta de que desea apropiarse el Rey Jorge. Ahora bien ; me parece que Vd. es un hombre que comprende las cosas : ponga este dinero en manos del gobierno y ¿ cuánto le tocará á Vd. ?

—Muy poco seguramente,—dijo el capitán,—si lo llegaran á saber, agregó después con sequedad. Pero creo que si llegara el caso, sabría callarme la boca respecto á ese particular.

—¡ Ah ! pero Vd. se engaña respecto á mí,—dijo el caballero.—Hágame Vd. traición, y veremos lo que pasa. Si una mano tocare este dinero, sabría qué clase de dinero es.

—Pues bien,—replicó el capitán,—lo que tiene que suceder, sucederá. Sesenta libras, y asunto concluído. Aquí está mi mano.

—Y aquí la mía,—dijo el otro.

Y con esto el capitán salió un poco precipitadamente, y me dejó solo con el caballero en la cámara.

En aquella época (casi á raíz de los acontecimientos de 1745) había muchos caballeros desterrados que volvían á Escocia, con peligro de la vida, ó para ver á sus amigos, ó para reunir un poco de dinero ; y todo el mundo sabía que los que tenían arrendadas tierras de esos caballeros, se privaban de muchas cosas para enviarles dinero, á cualquier costo, tratando de burlar la vigilancia de los soldados y la de la marina de guerra. Todo esto lo había oído, y ahora tenía ante mis ojos á un hombre cuya vida estaba irremisiblemente condenada, pues no tan solo era un rebelde, un contrabandista de rentas, sino que estaba al servicio del Rey Luis de Francia. Y como si todo esto

no fuera bastante, tenía bajo su chaleco un cinturón lleno de monedas de oro. Cualesquiera que fueran mis opiniones no podía menos que mirar con interés á aquel hombre.

—¿De modo que Vd. es un Jacobita?—le pregunté cuando le serví la cena.

—Sí,—dijo empezando á comer.—Y Vd., á juzgar por su rostro, debe de ser un *Whig?* *

—Casi, casi,—respondí para no molestarle, porque en realidad yo era tan buen *Whig* como el Sr. Campobello pudo hacerme.

—Y eso no es nada,—dijo.—Pero Sr. Casi—Casi,—agregó,—esta botella está vacía; y es duro pagar sesenta libras y que le escatimen á uno un trago.

—Yo iré á buscar la llave,—dije y salí.

La niebla estaba tan espesa como antes, pero la marejada había casi cesado, y aún había algunos marineros al acecho de rompientes. En cuanto al capitán y los dos pilotos estaban en el combés en consulta. No sé por qué me pareció que á nada bueno se encaminaba su conciliábulo, y la primera palabra que oí al aproximarme en silencio, me confirmó en mi sospecha.

Era el Sr. Riach que exclamaba como si una idea repentina se hubiera apoderado de él.

—¿No podríamos hacerle salir de la cámara?

—Es mejor que se quede en ella,—dijo el capitán,—pues no tendrá espacio para usar su espada.

---

* *Whig* ó *Whigamore* era el apodo que se daba vulgarmente á los partidarios del Rey Jorge de Inglaterra, en oposición á los partidarios de Jacobo, el último pretendiente Estuardo, que se titulaban Jacobitas.

—Es verdad,—replicó Riach,—pero no es fácil acercársele.

—¡Chit!—exclamó el capitán.—Haremos hablar al hombre, nos pondremos uno á cada lado, y lo asiremos cada uno por un brazo; y si este plan no es bueno, podremos entrar de repente por las dos puertas y apoderarnos de su persona antes de que tenga tiempo de desenvainar la espada.

Al oir esto se apoderó de mí una mezcla de cólera y de temor contra estos hombres traicioneros, codiciosos y sanguinarios con quienes estaba viajando. Mi primer impulso fué echar á correr; el segundo fué más animoso.

—Capitán,—dije,—el caballero quiere beber un trago, y la botella está vacía. ¿Quiere Vd. darme la llave?

Todos se sobresaltaron y volvieron la cabeza.

—¡Ah!—exclamó Riach,—he aquí una oportunidad de conseguir las armas de fuego. Y luego,—dirigiéndose á mí, dijo:—David, ¿sabes tú dónde están las armas de fuego?

—Sí,—dijo el capitán,—David lo sabe, David es un buen muchacho. Mira, David, ese hombre es un peligro para el buque, además de ser un enemigo mortal del Rey Jorge, que Dios bendiga.

Jamás había sido yo tan *Davideado* desde que estaba abordo; pero dije que sí, como si todo lo que había oído fuera lo más natural del mundo.

—La dificultad estriba,—continuó el capitán,—en que todas nuestras armas de fuego están en la cámara al alcance de este hombre, así como la pólvora. Ahora bien, si yo ó alguno de Vds. entrare allí y las sacara, le daría qué pensar. Pero un muchacho como tú, David,

6

puede con facilidad tomar una cuerna de pólvora y un par de pistolas sin que llame la atención. Y si procedieres con acierto, no lo olvidaré cuando venga el caso de que necesites de buenos amigos, que será cuando lleguemos á las Carolinas.

Aquí el Sr. Riach le susurró algo al oído.

—Tiene Vd. razón,—dijo el capitán, y luego dirigiéndose á mí agregó.—Y, además, David, ese hombre tiene un cinturón repleto de oro, y te doy mi palabra de que algo te tocará.

Le respondí que haría lo que él deseaba, aunque en verdad, apenas tenía aliento para hablar, y me dió la llave de la alacena de las bebidas. Yo volví á la cámara lo más lentamente que pude. ¿Qué debía hacer? Eran perversos y ladrones; me habían arrancado de mi patria; habían matado al pobre Ransome; y ¿debería yo ayudarlos á cometer un nuevo asesinato? Pero también me amenazaba el peligro de la muerte, porque un muchacho como yo y un hombre solo, aunque fueran tan valientes como leones, ¿que podrían contra la tripulación entera de un buque?

Estaba discutiendo á solas conmigo este asunto, cuando entré en la cámara y ví al Jacobita comiendo su cena á la luz de la lámpara. En aquel instante tomé mi resolución. Como impulsado por una fuerza extraña me adelanté hacia él y poniéndole una mano en la espalda le dije:

—¿Quiere Vd. que lo asesinen?

—Se puso en pie de un salto, y me preguntó con sus miradas qué era lo que quería decir, de una manera tan clara como si hubiese hablado.

—Sí,—exclamé,—todos son asesinos. Es un buque

lleno de asesinos. Ya han matado á un muchacho y ahora le toca á Vd.

—Sí, sí,—dijo,—pero aun no me tienen en su poder. Y luego, fijando en mí las miradas me preguntó:—¿ Puedo contar con Vd.?

—Seguramente,—le contesté.—No soy ladrón ni asesino. Estaré al lado de Vd.

—Muy bien,—dijo,—¿cómo se llama Vd.?

—David Balfour,—dije,—y pensando que á un hombre tan bien vestido debía de agradarle la gente de calidad, agregué, por vez primera—"de Shaws."

No se le ocurrió ponerlo en duda, porque un montañés de Escocia está acostumbrado á ver gente de alta alcurnia en la mayor pobreza; pero como él no tenía propiedades, mis palabras sacaron á relucir un poco su vanidad.

—Mi apellido es Stuart,—dijo estirándose.—Me llaman Alán Breck. El nombre de un rey me basta, aunque lo uso sencillamente y sin el aditamento de una propiedad para darle fuerza.

Y habiéndome administrado esta especie de lección, se puso á examinar nuestros medios de defensa.

La cámara estaba sólidamente construída para resistir los embates del mar. De sus cinco aperturas solo las dos puertas y la claraboya podían dar entrada á un hombre. Las puertas, además, podían cerrarse: eran de roble macizo, y podían correrse de un lado á otro y asegurarse con garfios para impedir que se abrieran. Una estaba cerrada, y afirmada de esta manera; pero cuando traté de hacer lo mismo con la otra, Alán me detuvo.

—David,—dijo,—porque no puedo acordarme del nom-

bre de sus posesiones, y por eso me atrevo á llamarle David á secas,—esa puerta, abierta, es la mejor parte de mi defensa.

—Sin embargo, fuera mejor si se cerrase.

—No, David,—replicó.—Como Vd. ve yo puedo presentar solo un frente; y mientras esté abierta esa puerta y haciéndoles frente, la mayor parte de mis enemigos estará delante de mí, precisamente como me conviene.

Entonces me dió un machete de los del armero, donde había algunos y unas cuantas armas de fuego, escogiéndolas, con gran cuidado, moviendo la cabeza y diciendo que en su vida había visto armas tan malas; y después me hizo sentar á la mesa con la cuerna de la pólvora, un saco de balas y todas las pistolas, las cuales me dijo que cargase.

—Permítame Vd. que le diga, que eso será una ocupación mejor para un caballero de buena familia,—agregó,—que no limpiar platos y escanciar tragos á una banda de marineros.

Y diciendo esto se plantó en el centro, haciendo frente á la puerta, y desenvainó su gran espada, probando el espacio de que podía disponer para su uso.

—Tengo que emplear la punta, lo cual no conviene mucho á mi habilidad en el manejo de la espada,—dijo moviendo la cabeza.—Y ahora,—agregó,—continúe Vd. cargando las pistolas, y preste atención á mis órdenes.

Le dije que así lo haría. Entretanto, me sentía el pecho oprimido, la boca seca, los ojos un tanto nublados; la idea del número que pronto vendría á atacarnos hizo que el corazón me latiera apresuradamente; y el mar que escuchaba estrellarse contra el bergantín, y donde quizás

pronto sería arrojado mi cadáver, resonaba en mis oídos de una manera extraña.

—Antes de todo,—dijo Alán,—¿cuántos son nuestros contrarios?

Los conté; pero estaba tan agitado que tuve que hacer de nuevo mi cuenta.

—Quince,—dije.

Alán se puso á silbar.

—Bien,—dijo,—no lo podemos remediar. Ahora, présteme Vd. atención. Es mi intento mantenerme en esta puerta, donde creo que se librará lo más recio del combate. En ese no tendrá Vd. parte. Y tenga cuidado de no hacer fuego á menos que me derriben; pues prefiero tener diez enemigos delante de mí, á un amigo como Vd. disparando pistolas á mis espaldas.

Le dije que en realidad yo no valía gran cosa como tirador.

—Hay valor en decir eso,—exclamó admirando mi sinceridad.—Más de un gentil caballero no se atrevería á confesarlo.

—Pero además, señor,—dije,—hay la otra puerta detrás de Vd., que tal vez fuercen.

—Sí,—dijo,—y eso queda á su cuidado. No bien estén cargadas las pistolas, subirá Vd. á aquel camarote que está cerca de la ventana, y si pusieren una mano en la puerta, fuego con ellos. Pero eso no es todo. Quiero hacer de Vd. un soldado. ¿Qué más tiene que guardar?

—Hay también la claraboya,—dije.—Pero tengo que multiplicar las miradas para vigilar ambos lados, porque cuando tengo fija la vista en uno, no puedo ver el otro.

—Y eso es cierto,—dijo Alán.—¿Pero no tiene Vd. oídos?

—Ciertamente que sí,—exclamé.—Tengo que oir si quiebran el cristal.

—Ya veo que tiene Vd. ciertos rudimentos de sentido común,—dijo Alán con una sonrisa horrible.

CAPÍTULO X

EL SITIO DE LA CÁMARA

Pero nuestro intervalo de paz iba á terminar. Los oficiales del buque se habían cansado de esperar mi vuelta; y apenas Alán hubo concluído de hablar, cuando el capitán se dejó ver en la puerta abierta.

—¡Alto!—exclamó Alán presentándole la punta de la espada.

El capitán se detuvo, es verdad; pero ni pestañeó ni echó un pie atrás.

—¿Una espada desnuda?—dijo.—¡Buen modo de pagar la hospitalidad.

—¿Me vé Vd.?—dijo Alan.—Yo desciendo de reyes; yo tengo un apellido real. Mi divisa es el roble. ¿Vé Vd. mi espada? Ha cortado más cabezas de Whigamores que dedos tiene Vd. en las manos. Llame á su ralea que lo apoye, y empecemos. Cuanto antes comience la lucha, tanto más pronto probará Vd. lo que es este acero.

El capitán no dijo nada á Alán, pero me dió una mirada en que brillaba la cólera.

—David,—dijo,—yo no olvidaré esto,—y el acento de su voz me hizo estremecer interiormente.

Un momento después se alejó.

—Y ahora,—dijo Alán,—no pierda Vd. la cabeza pues el momento se acerca.

Alán sacó un puñal que conservó en la mano izquierda, para el caso de que le atacaran por debajo de su espada. Yo subí al camarote con un puñado de pistolas y el corazón no muy ligero, y abrí la ventanilla donde debía estar á la mira de lo que se intentara. Sólo podía ver una pequeña parte de la cubierta, pero lo bastante para nuestro propósito. El mar se había calmado, el viento también, y en el buque reinaba un gran silencio, de modo que podía distinguir el murmullo de voces. Poco después oí un ruido de armas en la cubierta que me hizo creer que estaban distribuyendo los machetes y que habían dejado caer uno; después reinó nuevo silencio.

No sé si lo que yo tenía era miedo; pero mi corazón latía unas veces despacio, otras apresuradamente, y había una especie de nubecilla ante mis ojos, que continuamente restregaba, desapareciendo aquella obscuridad para volver al momento. Recuerdo que traté de rezar, pero en el estado de mi espíritu no podía pensar en las palabras; y mi principal deseo era que empezase de una vez el asunto, y terminase.

Cuando comenzó fué de repente con un ataque rápido y una gritería, después una exclamación de Alán, un sonido de golpes y uno que gritaba como si hubiera sido herido. Volví la cabeza y ví al Sr. Suan frente á la puerta cruzando su acero con el de Alán.

—Ese es el que mató al muchacho,—grité.

—Atienda Vd. á su ventana,—dijo Alán;—y cuando

volví á ocupar mi puesto, ví que atravesaba el cuerpo del piloto con su espada.

Y en verdad que no había tiempo que perder, pues apenas dirigí mi atención á la ventana, cuando cinco hombres que traían una verga de repuesto para usarla como un ariete demoledor, se habían puesto en posición para derribar la puerta. Jamás en mi vida había disparado una pistola, y un fusil muy rara vez, y contra un sér humano, nunca. Pero ahora tenía que hacerlo, ó jamás lo haría; y cuando empezaron á mover la verga, grité: "¡Allá va eso!"—y disparé un pistoletazo en medio de ellos.

Debí de herir á alguno, porque dió un grito y echó pie atrás, y el resto se detuvo como desconcertado. Antes de que tuvieran tiempo de volver de su sorpresa, disparé otro tiro sobre sus cabezas; y á mi tercer disparo, aunque tampoco dió en el blanco, todos soltaron la verga y echaron á correr.

Entonces arrojé una mirada á la cámara que estaba toda llena del humo de mis disparos, mientras mis oídos parecía que habían reventado con el estruendo de los tiros. Pero allí estaba Alán, de pie como antes, solamente que su espada se hallaba cubierta de sangre hasta el puño, y él en tal actitud y postura de triunfo como si fuera invencible. Ante él, y bañado en su sangre, estaba tendido el Sr. Suan, con el rostro terrible y pálido: en aquel momento algunos le cogieron por los talones y se lo llevaron arrastrando. Creo que entonces murió.

—¡Ahí tenéis uno de vuestros Whigs!—exclamó Alán,—y dirigiéndose después á mí me preguntó si había hecho mucho.

Le dije que había herido á uno y creía era el capitán.

—¡Ah! ya hemos dado cuenta de dos,—dijo.—No, aun no hay derramada mucha sangre. Ellos volverán. Á vuestro puesto, David. Esto ha sido como un trago antes de la comida.

Me aposté de nuevo en mi lugar cargando las tres pistolas que había disparado, volviéndome todo oídos y ojos.

Nuestros enemigos estaban empeñados en una disputa en la cubierta, no lejos de nosotros, y tan alto hablaban que pude oir una palabra ó dos.

—Suan es quien lo echó todo á perder,—dijo uno.

Y otro respondió:

—Le ha costado caro.

Después las voces fueron menos audibles. Pero ahora una persona habló la mayor parte del tiempo, como si propusiera un plan, y luego otros respondían brevemente, á manera de hombres que reciben órdenes. Esto me dió la seguridad de que retornaban al ataque y se lo comuniqué á Alán.

—Es lo que deseo,—dijo.—Á menos que reciban una buena lección de nosotros, y pronto, ni Vd. ni yo podremos dormir un minuto. Pero esta vez, téngalo por seguro, la cosa será seria.

Mis pistolas estaban ya listas y no me quedaba otra cosa que hacer sino tener el oído atento y esperar. Mientras duró la refriega, no tuve tiempo para pensar si tenía miedo, pero cuando reinó la calma, no pensaba en otra cosa. La idea de las armas afiladas y del duro y frío acero me dominaba, y cuando empecé á oir pisadas sigilosas y el roce de los vestidos de los hombres contra el costado de la sobrecámara, y comprendí que estaban ocu-

pando sus puestos en la obscuridad de la noche, me dieron tentaciones de prorrumpir en gritos.

Todo esto era en el lado de Alán; yo había empezado á creer que mi parte en la lucha había terminado, cuando oí que uno se posaba silenciosamente en el techo encima de mí.

Entonces sonó un pito, y esta fué la señal. Un grupo de hombres, machete en mano, se adelantó de un golpe contra la puerta; al mismo tiempo desbarataron en mil pedazos el cristal de la claraboya, y un hombre se dejó caer por la apertura en medio de la cámara. Antes de que se pusiera en pie, arrimé una pistola á su espalda y pude haber hecho fuego; pero al tocarle, me flaqueó el espíritu y no pude tirar del gatillo.

Había dejado caer su machete al descender, y cuando sintió la pistola, dió media vuelta y me echó mano lanzando un juramento. Entonces, ó de nuevo me volvió el valor, ó se acrecentó en tal manera mi miedo que equivalía á lo mismo; lo cierto es que dí un grito y le descerrajé la pistola en mitad del cuerpo. Exhaló un horrible quejido y cayó al suelo. Al mismo tiempo mi cabeza tropezó con el pie de otro marinero, cuyas piernas se balanceaban al través de la claraboya, é inmediatamente le disparé un pistoletazo en el muslo que le hizo caer como una masa inerte sobre el cadáver de su compañero. No se trataba ya de hacer puntería y de no errar el tiro, sino de hacer fuego, y disparé de nuevo otra pistola en el mismo lugar.

Hubiera podido permanecer allí y contemplarlos un gran rato, pero oí que Alán me llamaba en su auxilio, y esto me hizo volver en mí.

Había defendido la puerta largo tiempo; pero uno de los marineros, mientras Alán estaba ocupado en luchar con otros, se había deslizado por debajo asiéndolo por medio del cuerpo. Alán lo apuñaleaba con la mano izquierda, pero el marinero permanecía asido de él como una sanguijuela. Otro había penetrado en la cámara y tenía alzado su machete. La puerta estaba llena de rostros de hombres. Creí que estábamos perdidos, y tomando mi machete les arremetí de flanco.

Pero no tuve tiempo de hacer mucho, pues el marinero asido á Alán cayó al fin muerto, y Alán, dando un paso atrás para tomar ímpetu, arremetió á los otros como un toro, dando gritos á medida que avanzaba. Huyeron ante él, volviendo la cabeza para huir aun más pronto, tropezando y cayendo unos sobre otros con la prisa que se daban en correr. Alán blandía la espada en medio de sus enemigos, y á cada mandoble se oía el grito de alguno que había sido herido. Aun creía yo que estábamos perdidos, cuando ví que todos habían desaparecido y que Alán los perseguía en la cubierta como si fueran una manada de carneros.

Pero como era tan cauteloso cuanto valiente, pronto volvió á la cámara mientras los marineros continuaban corriendo y gritando como si aun los persiguieran, y los vimos caer unos sobre otros en el castillo de proa y cerrar la puerta del mismo.

La sobrecámara parecía un matadero: tres yacían muertos dentro, otro estaba expirando en el umbral; y allí estábamos Alán y yo victoriosos é ilesos.

Alán vino hacia mí con los brazos abiertos.

—Ven á mis brazos,—dijo, y me abrazó y besó en ambas mejillas.—Te quiero como á un hermano. Y ¡oh

amigo! exclamó en una especie de éxtasis—¿No soy un gentil combatiente?

Y diciendo esto se dirigió á los cuatro enemigos y los arrastró uno tras otro fuera de la cámara. Y mientras hacía esto, no cesó de tararear y cantar y silbar para sí, como quien desea recordar la tonada de una canción; con la diferencia de que él no trataba de recordar una tonada sino de componer una nueva. Al fin se sentó á la mesa, espada en mano; la tonada que estaba componiendo empezó á ser cada vez más clara y perceptible, hasta que finalmente rompió, con poderosa voz, en una canción gaélica.

La cantó después muy amenudo, y se hizo popular. Así es que la he oído muchas veces, y también muchas veces me la han explicado. He aquí una traducción:

De la espada de Alán el canto es este:
La construyó un armero,
El fuego la ha templado,
Y en manos de Alán Breck ahora ha brillado.

Muchos sus enemigos y arrogantes:
Contra él todos vinieron,
Más de un arma en sus manos se ostentaba,
Y la espada de Alán sola allí estaba.

En manadas va el corzo en las colinas;
Ellos son muchos, la colina es una.
El corzo desparece,
Y firme la colina permanece.

Venid de las colinas y brezales
Y de las islas que los mares bañan,
¡Oh águilas! venid, cortad el viento;
Aquí os ofrece Alán vuestro alimento.

Este canto, cuya letra y música compuso Alán en la hora de nuestra victoria, no es muy justo respecto á mí, que estuve á su lado en la refriega. El Sr. Suan y cinco más habían sido muertos inmediatamente ó completamente inutilizados; pero de estos, los dos que descendieron por la claraboya, cayeron por mi mano. Cuatro más estaban heridos, y de estos uno, y no el menos importante, lo fué por mí. De modo que, todo bien considerado, tuve no poca parte en el matar y el herir, y por lo tanto merecía una mención en los versos de Alán. Pero los poetas, como me ha dicho un hombre muy avisado, tienen que pensar ante todo en sus consonantes. Y hablando en simple prosa, Alán siempre me elogió y aun más de la cuenta.

Pero á la sazón nada de eso sabía yo, pues no sólo no conocía una palabra del idioma gaélico, sino que con la ansiedad que precedió á la refriega, y la agitación y la tensión violenta del espiritu durante la lucha, y el horror de lo que yo había ejecutado, no bien terminó el asunto, cuando me dejé caer en un asiento. Tan oprimido tenía el pecho que apenas podía respirar; la idea de haber dado muerte á dos hombres me perseguía como una pesadilla; y de repente, y sin darme cuenta de ello, comencé á sollozar y á llorar como un niño.

Alán me dió una palmada en el hombro, diciéndome que yo era un valiente muchacho y solo necesitaba dormir.

—Yo haré la primera guardia,—dijo,—te has portado admirablemente conmigo desde el principio hasta el fin, y por nada del mundo quisiera perderte.

Diciendo esto me arregló la cama sobre el pavimento, y se puso en vela durante tres horas, con pistola

en mano y la espada sobre las rodillas. Entonces me despertó, y estuve de guardia tres horas, antes de terminarse las cuales era ya día claro, con una mañana muy tranquila, un mar que se agitaba suavemente y una fuerte lluvia que caía ruidosamente sobre el techo. Durante mi guardia no aconteció nada de particular; y por los golpes que daba el timón comprendí que no había ninguno que lo manejara. Y así era; pues, como supe después, eran tantos los heridos ó muertos, y el resto se hallaba en tal disposición de espíritu y de tan mal humor, que el capitán y el Sr. Riach tenían que alternar, como Alán y yo, ó el bergantín se habría visto arrojado contra la costa. Fué no poca fortuna que la noche se hubiera vuelto tan tranquila, pues el viento se aplacó tan pronto como empezó á llover. Pero á pesar de todo juzgué por los chillidos de un gran número de gaviotas que se agitaban en rededor del bergantín, que debíamos hallarnos muy cerca de la costa ó en una de las islas Hébridas; y al fin, mirando por la puerta de la cámara, ví las grandes colinas pedregosas de una isla á la derecha, y otra un poco más hacia la popa.

CAPÍTULO XI

EL CAPITÁN SE RINDE

Á LAS seis de la mañana Alán y yo nos sentamos á almorzar. El piso estaba cubierto de innumerables pedazos de vidrio y tan lleno de sangre, que me quitó el apetito. Por lo demás, nuestra situación no era del todo mala; habíamos echado de su propia cámara á los oficiales, teniendo á nuestra disposición todas las bebidas del buque,—tanto vino como licores,—y todos los mejores comestibles. Esto solo ya era bastante para mantenernos de buen humor; pero lo mejor de todo era que los dos hombres más bebedores de Escocia (después de muerto el Sr. Suan) estaban ahora en la proa del buque condenados á beber lo que más odiaban,—el agua fría.

—Y cuenta con eso,—me dijo Alán,—antes de poco ya oiremos algo. Un hombre podrá no pelear, pero no puede dejar de beber.

Ambos éramos muy buenos compañeros. Alán se expresaba de la manera más amable; y tomando un cuchillo de la mesa, cortó uno de los botones de plata de su levita y me lo entregó.

—Los recibí de mi padre,—dijo,—y ahora te lo doy para que lo conserves como recuerdo de la tarea de ano-

che. Y donde quiera que vayas y muestres ese botón, los amigos de Alán te rodearán.

Dijo esto como si hubiera sido un Carlomagno y tuviera ejércitos bajo sus órdenes; y por mucho que yo admiraba su valor, estaba siempre en peligro de reirme de su vanidad. Peligro, digo, porque si no hubiera mantenido mi seriedad, temo que habríamos tenido un disgusto.

Después de haber almorzado examinó la despensa del capitán hasta que halló un cepillo, y quitándose la levita empezó á limpiar las manchas con tanto esmero y trabajo como si hubiera sido una mujer hacendosa. La verdad es que no tenía otro, y como decía que pertenecía á un Rey, era necesario que se le tratase con un cuidado real.

Con todo eso, cuando ví la diligencia con que quitaba las hilachas del botón que había cortado, estimé en mucho el presente.

Estaba aun ocupado en esa tarea, cuando fuimos llamados por el Sr. Riach, desde la cubierta, solicitando una conferencia; y yo, subiendo por la claraboya, y sentándome en el borde de la misma con pistola en mano y frente atrevida, aunque con temor de los vidrios rotos, le dije que se acercara y que hablase. Vino hasta el costado de la cámara, y se sentó en un cable enrollado de modo que tenía la barba al nivel del techo de la cámara. Nos miramos en silencio un rato. Como no creo que el Sr. Riach hubiera tomado parte muy activa en la refriega, lo único que sacó fué un golpe en la mejilla; pero parecía muy descorazonado y lleno de fatiga, puesto que toda la noche se la pasó en pie, ó de guardia, ó curando á los heridos.

—Ha sido un mal negocio,—dijo moviendo la cabeza.

—No ha sido culpa nuestra,—respondí.

—El capitán,—dijo,—quisiera hablar con el amigo de Vd. Pueden hacerlo por la ventanilla.

—¿Y cómo sabremos que no medita una nueva traición?—exclamé.

—No medita ninguna, David,—contestó el Sr. Riach, —y si la meditara, le digo á Vd. con toda verdad, que no podríamos conseguir que los hombres nos siguieran.

—¿Es así?—pregunté.

—Le diré á Vd. aun más,—agregó.—No son los hombres solamente, sino también yo, David. Confieso que tengo bastante,—y se sonrió.—No,—continuó,—lo que queremos es un arreglo.

Consulté el asunto con Alán y se consintió en la conferencia; pero esto no era lo que únicamente deseaba el Sr. Riach, quien me rogó entonces que le diera un trago con tal instancia y tales recuerdos de su antigua bondad hacia mí, que al fin le pasé el vaso de lata con aguardiente. Bebió una parte y se llevó el resto á compartirlo, como supuse, con su superior.

Poco después vino el capitán á una de las ventanillas, como se había convenido, y permaneció allí en la lluvia, con el brazo vendado, severo, pálido, y con un aspecto tal de vejez, que sentí remordimientos por haber disparado contra él.

Alán al instante le puso la pistola al rostro.

—Alce Vd. esa cosa,—dijo el capitán.—¿No le he dado mi palabra? ¿ó es qué trata Vd. de insultarme?

—Capitán,—dijo Alán,—en cuanto á no quebrantar su palabra, sé á qué atenerme. Anoche porfió y re-

gateó Vd. como una vieja; me dió su palabra y me estrechó la mano, y Vd. sabe lo que después pasó. ¡Al diablo con su palabra!

—Bien, bien, señor,—dijo el capitán,—con imprecaciones no se ganará mucho. (Y en verdad, el capitán no tenía la costumbre de echar ternos y juramentos.) Pero tenemos otras cosas de que hablar,—continuó con amargura.—Vd. ha dejado mi bergantín en una condición lamentable; apenas tengo gente con que manejarlo; mi primer piloto, de quien apenas podía prescindir, ha muerto sin chistar á manos de Vd. No me queda otro recurso, sino recalar en Glasgow en busca de marineros; y allí, con permiso de Vd., podría encontrar quienes sabrán hablarle mejor que yo.

—¿Eso tenemos?—dijo Alán.—Bien, y yo mismo les hablaré. Y á menos que en esa ciudad no haya quienes entiendan el inglés, oirán una historia muy interesante. De un lado quince robustos marineros, y del otro un hombre y un muchacho. ¡Oh! ¡eso es vergonzoso!

El capitán se puso todo rojo.

—No,—continuó Alán,—eso no me acomoda. Déjeme Vd. en la costa como convinimos.

—Sí,—dijo el capitán,—pero mi primer piloto ha muerto, y Vd. sabe bien cómo. Ninguno de nosotros conoce la costa, que es muy peligrosa para los buques.

—Dejo á elección de Vd.,—continuó Alán,—que me deje en Apín, ó donde quiera á unas treinta millas de mi tierra; excepto en el país de los Campobellos. Le dejo á Vd. amplio espacio; si no es capaz de hacer eso, entonces hay que confesar que es Vd. tan flojo marino como combatiente. Los pobres pescadores de mi

país en sus miserables botecillos van de una isla á otra en toda clase de tiempo, y hasta de noche.

—Un bote de pescadores no es un buque, señor mío,—dijo el capitán.—No tiene el calado de un buque.

—Entonces, vamos á Glasgow, si Vd. quiere,—dijo Alán.—Al fin nos reiremos á sus expensas.

—No soy muy amigo de burlas,—dijo el capitán ;—pero todo esto cuesta dinero.

—Bien,—dijo Alán,—yo no soy veleta. Treinta libras esterlinas si Vd. me deja en la costa; y sesenta si me desembarca en Linne.

—Pero vea Vd. donde estamos, señor; á unas cuantas horas de navegación de Armuchán,—dijo el capitán.—Déme Vd. sesenta libras y lo dejaré allí.

—Y tengo que exponerme á la persecución de los soldados solo por complacer á Vd.,—exclamó Alán.—No, señor; si Vd. quiere sesenta libras, gánelas y déjeme en mi país.

—Es arriesgar el bergantín,—dijo el capitán,—y la vida de Vd. al mismo tiempo.

—Poco me importa,—dijo Alán.

—¿Podría Vd. guiarnos?—le preguntó el capitán que dominaba su cólera.

—Es dudoso,—dijo Alán,—yo tengo más de soldado, como Vd. ha visto, que de marinero. Pero me he embarcado y desembarcado tantas veces en esta costa, que creo conocer algo de ella.

El capitán movió la cabeza refunfuñando.

—Si yo hubiera perdido menos dinero en este infortunado viaje,—dijo,—lo vería á Vd. ahorcado antes de arriesgar mi bergantín, señor. Pero sea como Vd. quiere.

Tan pronto como haya un poco de viento, pondré manos á la obra. Pero hay algo más. Podremos encontrarnos con un buque del Rey, que tal vez nos aborde sin que yo tenga la menor culpa, puesto que están cruzando por esta costa, Vd. sabe por qué. Ahora, si tal cosa aconteciera, Vd. perdería el dinero.

—Capitán,—exclamó Alán,—si Vd. ve un gallardete, lo que tiene que hacer es huir á toda prisa. Y ahora, como me parece que está Vd. algo escaso de aguardiente, hagamos un trueque: una botella por dos cubos de agua.

Esta fué la última cláusula del tratado, y fué fielmente cumplida por ambas partes; de modo que Alán y yo pudimos lavar la cámara y hacer desaparecer los recuerdos sangrientos de los que habíamos matado; y el capitán y el Sr. Riach pudieron ser felices á su manera,—bebiendo.

CAPÍTULO XII

DONDE SE HABLA DEL "ZORRO ROJO"

Antes de que hubiéramos limpiado la cámara comenzó á soplar una brisa del este, que acabó con la lluvia y nos dejó ver el sol.

Todo el día duró esta brisa y hacia la tarde había aumentado en intensidad, alterándose un tanto el mar; pero después de obscurecer teníamos un mar de proa.

En la primera parte del día, antes de que el mar se alterase, era muy agradable puesto que viajábamos con un sol brillante por entre islas montañosas á uno y otro lado. Alán y yo estábamos sentados en la cámara con las puertas abiertas, y mientras él fumaba en una pipa el tabaco mejor del capitán, me refirió su historia, que fué tanto más importante para mí cuanto que obtuve cierto conocimiento de aquella parte montañosa de Escocia donde pronto tenía que desembarcar. En aquellos días, casi á raíz de la gran insurrección Jacobita, era muy conveniente ese conocimiento.

Pero antes le había yo referido mis infortunios que oyó con mucha atención. Solo cuando mencioné á mi buen amigo el ministro Sr. Campobello, se agitó mucho exclamando que odiaba á todos los de ese nombre.

—¿Por qué?—le pregunté.—Es un hombre á quien puede Vd. dar la mano con orgullo.

—No sé de nada que pudiera darle á un Campobello, —dijo Alán,—á no ser un balazo. Cazaría á todos los de ese apellido como si fueran gallos silvestres. Si estuviese moribundo me arrastraría sobre mis rodillas hasta la ventana de mi habitación para dispararle un tiro á uno.

—Bueno, Alán,—le dije,—¿qué es lo que le pasa á Vd. con los Campobellos?

—Usted sabe muy bien,—me contestó,—que yo soy un Stuart de Apín, y que los Campobellos por largo tiempo han perseguido y diezmado á los de mi apellido, apoderándose de nuestras tierras por traición, aunque nunca con la espada,—y esto lo dijo gritando y dando un golpe en la mesa con el pomo de la suya.—Aun hay más, —continuó,—y todo es por el mismo estilo: palabras falsas, papeles falsos, tretas dignas de un buhonero, y en todo la apariencia de legalidad, para encolerizarlo á uno más.

—Vd. regala con tanta facilidad sus botones,—le dije, —que apenas puedo creer que sea buen juez en materia de negocios.

—¡Ah!—dijo sonriendo,—mi despilfarro lo heredo del mismo hombre de quien tengo los botones; y ese fué mi pobre padre Duncan Stuart, que Dios tenga en su gloria. Era el hombre más hermoso de su familia, y el mejor tirador de espada de las Tierras Altas, David; lo que equivale á decir del mundo entero. Y sé lo que me digo, pues él fué quien me enseñó el manejo del arma. Cuando se organizó la Guardia Negra, mi padre se alistó en ella. Parece que el Rey deseaba presenciar la habilidad

á la espada de la gente de las Tierras Altas, y mi padre y tres individuos más fueron escogidos y enviados á Londres para que el Rey los viera. Se les llevó á palacio y durante dos horas continuas dieron una exhibición en el arte de esgrimir la espada delante del Rey Jorge y de la Reina Carolina y del carnicero Cumberland, y de otros muchos que no puedo recordar. Terminado el acto, el Rey (á pesar de ser un insigne usurpador), los elogió y pusó tres libras en manos de cada uno. Al salir del palacio, tenían que pasar por delante de la habitación del portero, y se le ocurrió á mi padre, porque tal vez era el primer caballero privado que pasaba por aquella puerta, que era justo darle al pobre portero una idea de su conducta. De consiguiente le regaló las tres monedas que acababa de recibir del Rey; los tres caballeros que venían detrás hicieron lo mismo. Algunos dicen que fulano fué el que primero dió la gratificación al portero del Rey; otros, que fué zutano; pero la verdad es que quien lo hizo fué Duncan Stuart, como estoy dispuesto á probarlo con la espada ó con la pistola. Y tal era mi padre. ¡Dios lo tenga en su gloria!

—No creo que fuera él esa clase de hombre que lo dejara á Vd. rico,—dije.

—Y eso es cierto,—replicó Alán.—Me dejó solo lo encapillado, y una pequeñez de poca importancia. Y esto fué lo que me obligó á alistarme al servicio del Rey, lo que arrojó una mancha en mi honra á lo mejor del tiempo, y me traería malas consecuencias si cayese en poder de las casacas rojas.

—¡Cómo! ¿Sirvió Vd. en el ejército inglés?—le pregunté.

—Así fué,—respondió Alán,—pero deserté en Preston Pans, y me pasé al partido de la justicia,—y eso es algún consuelo.

No podía compartir su modo de pensar, pues creía que desertar en campaña era una falta imperdonable en punto de honra. Pero á pesar de mi corta edad, tuve la prudencia de no decir lo que pensaba, y me contenté con exclamar:

—¡ Amigo mío ! ¡ amigo mío ! El castigo es la muerte.

—Así es,—respondió,—y si me echan mano, pronto darán buena cuenta de mí. Sin embargo, tengo en el bolsillo un nombramiento del Rey de Francia, lo cual podría serme de alguna protección.

—Lo dudo mucho,—dije.

—Yo también tengo mis dudas,—replicó Alán.

—Y, ¡ hombre de Dios !—le dije,—á Vd. que es un rebelde condenado, y un desertor, y un soldado del Rey de Francia—¿ qué le tienta para volver á este país ? Eso es desafiar á la Providencia.

—¡ Vaya !—dijo Alán,—desde el 45 he venido cada año.

—Y ¿ qué le trae á Vd. aquí, hombre ?—exclamé.

—Bien, le dire á Vd., tengo anhelo de ver mi país y mis amigos,—contestó.—Francia es una hermosa tierra, sin duda alguna ; pero echo de menos el brezo y el ciervo de Escocia. Y además tengo ciertas cosillas á que atender. Á veces engancho unos cuantos jóvenes al servicio del Rey de Francia ; reclutas, como Vd. debe de saber ; y esto trae algún dinerillo. Pero lo principal del asunto, son los negocios de mi jefe, Ardiel.

—Yo creía que su jefe se llamaba Apín,—le dije.

—Así es, pero Ardiel es el capitán del grupo,—me respondió, lo que casi me dejó tan á obscuras como antes.—Vea Vd., David; quien fué toda su vida tan gran hombre, y procede de estirpe real y tiene nombre de reyes, vive ahora en un villorrio francés como una persona pobre. El que podía disponer de cuatrocientas espadas con solo dar un silbido, lo he visto, con estos ojos pecadores, comprar mantequilla en la plaza y llevársela á su casa envuelta en una hoja de col. Esto no es solamente un infortunio sino una deshonra para nosotros los de su familia y partido. Hay, además, los niños que son la esperanza de Apín, á quienes es preciso enseñar las letras y el modo de manejar una espada en ese país lejano. Ahora bien, los arrendatarios de Apín tienen que pagar una renta al Rey Jorge; pero sus corazones son leales y se mantienen fieles á su jefe; y esa pobre gente, por medio de privaciones, consigue formar una segunda renta para Ardiel. Bien, David, yo soy el que lleva todo esto. Y dió un golpe al cinturón que tenía ceñido al cuerpo, de manera que resonaron las monedas.

—¿ Pagan las dos rentas?—pregunté.

—Sí, David, las dos,—respondió.

—¡ Cómo! ¿ Dos rentas?—repetí.

—Así es, David,—dijo.—Le referí una historia diferente al capitán, pero esta es la verdad. Y lo que me sorprende es, que apenas hay que ejercer presión alguna. Pero esta es la obra de mi buen pariente y amigo de mi padre, Santiago Stuart, llamado Santiago de los Glens, el medio hermano de Ardiel. Él es quien consigue el dinero y lleva la administración.

Esta era la primer vez que oía el nombre de Santiago

Stuart, que fué más tarde tan famoso y murió ahorcado. Pero entonces no le presté mucha atención, pues toda mi alma estaba llena de la generosidad de estos pobres montañeses.

—¡Eso es noble!—exclamé.—Soy un *Whig*, ó cosa parecida; pero yo llamo á eso proceder con nobleza.

—Sí,—dijo,—Vd. es un *Whig*, pero es un caballero, y eso vale mucho. Ahora bien, si Vd. fuera uno de la maldita raza de los Campobellos, rechinaría los dientes al oir hablar de eso. Si Vd. fuera el Zorro Rojo. . . .

Y al pronunciar este nombre, Alán rechinó los dientes y cesó de hablar. He visto más de un rostro ceñudo, torvo, pero ninguno como el de mi compañero cuando mencionó el Zorro Rojo.

—Y ¿quién es ese personaje?—pregunté intimidado, aunque lleno de curiosidad.

—¿Quién es?—exclamó Alán.—Yo se lo diré á Vd. Cuando los hombres de los partidos fueron derrotados en Culloden,* y sucumbió la buena causa, y la mejor sangre del Norte regó la tierra, Ardiel tuvo que huir como un pobre ciervo á las montañas, junto con su esposa y sus hijos. ¡Buenos trabajos pasamos antes de poder embarcarle! Y mientras permaneció oculto en los brezales, los ingleses, que no podían dar con él, le despojaron de todo lo que poseía, se apoderaron de sus tierras, privaron de sus armas á los hombres de su partido, armas que habían llevado durante treinta siglos; sí, hasta de sus vestidos

* En Culloden, Escocia, se dió en 27 de Abril de 1746 la batalla en que fueron derrotadas las tropas del Pretendiente, y tuvo fin la insurreción Jacobita.—N. del T.

mismos, de manera que hoy es un delito llevar una simple capa suelta de tartán, y se puede mandar un hombre á la cárcel si lleva un par de zaragüelles. Pero una cosa no han podido matar, y es el amor que las gentes de un grupo profesan á su jefe. Estas monedas son una prueba de ello. Y si ahora se presenta un hombre, un Campobello, un Colín de Glenme de pelo rojizo. . . .

—¿Es ese á quien Vd. llama el Zorro Rojo?—pregunté.

—¡Ah! sí, ¡ese es el hombre!—exclamó Alán con furioso acento.—Sí, se presenta, y consigue papeles del Rey Jorge para llamarse representante del Rey en las tierras de Apín. Al principio se hizo el pequeño, y fué bien recibido por Santiago Stuart, el agente de mi jefe; pero poco á poco se enteró de lo que le he referido, y supo que los pobres labradores y arrendatarios se privaban de todo para enviar dinero á Ardiel y sus pobres niños. ¿Cómo calificó Vd. esta acción, cuando le hablé de ella?

—La llamé noble, Alán,—le respondí.

—¡Y es Vd. algo mejor que la mayoría de los Whigs!—exclamó Alán.—Pero cuando lo supo Colín Roy, la sangre negra de los Campobellos empezó á hervir en él. "¡Qué! se dijo,—¿debe un Stuart recibir un bocado de pan, y no podré impedirlo?" ¡Ah! ¡Zorro Rojo! si alguna vez te pones al alcance de mi fusil ¡el Señor tenga piedad de tí!

Alán se detuvo aquí para calmar su cólera.

—Bien, David,—continuó—¿qué hace ese hombre? Anuncia que se alquilan todas las propiedades, creyendo en su negro corazón que pronto conseguiría otros arrendatarios que pagarían más que los Stuarts, los Maccolls, y

Macrobs (pues todos estos son nombres de mi partido, David) y entonces Ardiel tendría que pedir limosna por la calle.

—Bien,—pregunté,—¿ y qué hubo ?

Alán dejó su pipa de fumar sobre la mesa, y se puso ambas manos sobre las rodillas.

—Vd. nunca lo adivinaría,—contestó.—Estos mismos Stuarts, Maccolls y Macrobs, que tenían que pagar dos rentas, una al Rey Jorge por fuerza mayor, y la otra á Ardiel, movidos de su afecto, le ofrecieron un precio más subido que ningún Campobello en toda Escocia, y eso que aró la tierra y el mar para conseguirlo.

—Bien, Alán,—le dije,—esa es una historia singular y excelente. Y á pesar de que tal vez sea yo un Whig, me alegro que ese hombre haya sido derrotado.

—¿ Derrotado ?—exclamó Alán.—Ya veo cuán poco conoce Vd. á los Campobellos y mucho menos al Zorro Rojo. ¿ Derrotado ? No : ni lo será hasta que su sangre riegue la tierra. Pero si llegare el día, amigo David, en que yo pueda hallar tiempo y oportunidad para dedicarme un poco á la caza, no habrá bosques bastante espesos en Escocia que lo oculten á mi venganza.

—Amigo Alán,—le dije.—No procede Vd. como hombre cuerdo ni como cristiano en desfogar su cólera de modo tal, que ni le hará daño alguno al Zorro Rojo ni bien alguno á Vd. Continúe con su historia.

—Esa es una buena observación,—David.—Es verdad que mis palabras no le harán, por desgracia, mal alguno. Y dejando á un lado lo de no ser muy cristiano mi deseo (en lo cual soy de opinión contraria á Vd.), en lo demás tiene mucha razón.

—No se trata aquí de opiniones, pues es bien sabido que la religión prohibe la venganza,—repliqué.

—¡Ah! bien se deja de ver que fué un Campobello quien lo educó á Vd.,—dijo Alán.—Muy conveniente les sería un mundo en que no hubiera algo así como un mozo y un fusil detrás de un matorral. Pero eso no viene al caso.

—Continúe Vd.,—le dije.

—Bien, David,—continuó Alán,—viendo Colín Campobello que no podía conseguir su objeto por medios legales, juró que lo obtendría sin pararse en escrúpulos. Ardiel tenía que morir de hambre: ese era el fin á que aspiraba. Y puesto que los que le proporcionaban el modo de vivir en el destierro no podían ser comprados de ninguna manera, era preciso que fueran despojados de todo. Por lo tanto, envió por abogados, por papeles y por soldados para que le ayudasen en su obra. Y toda aquella buena gente se vió forzada á abandonar las propiedades donde habían nacido, crecido y vivido, así como sus padres y sus abuelos. Y ¿quiénes les sucedieron? Mendigos con los pies descalzos. El Rey Jorge recibe menos rentas ¿pero qué le importa eso al Zorro Rojo? Si puede hacer daño á Ardiel, su deseo queda satisfecho; si puede quitarle un bocado de la boca, y un juguetillo á sus hijos, se irá contento á su casa.

—Déjeme Vd. decirle algo,—repliqué.—Tenga Vd. la seguridad de que si cobran menos alquileres, el Gobierno tiene que ver en el asunto ese y no es la culpa de Campobello, sino de las órdenes que recibe. Y si Vd. matara mañana á este Colín ¿qué se ganaba con esto? Vendría otro representante del Rey á renglón seguido.

—Vd. es un buen muchacho en un combate,—dijo Alán,—pero, amigo, Vd. tiene sangre de Whig.

Habló con acento afectuoso, pero había tanta cólera reprimida en estas palabras, que juzgué prudente cambiar la conversación. Expresé mi sorpresa que, con el país lleno de soldados y guardado como una ciudad en estado de sitio, un hombre en su situación podía entrar y salir sin ser arrestado.

—Es más fácil de lo que Vd. cree,—dijo Alán.—La falda de un monte desprovisto de árboles, es como un vasto camino: si hay un centinela en un lugar, se va por otro. Además, el brezal es de mucho auxilio. Y donde quiera hay casas y chozas y pajares de amigos. Y cuando se habla de un país cubierto de soldados, se olvida fácilmente que un soldado solo ocupa el terreno que pisa. Yo he pescado una hermosa trucha, viendo á un centinela al otro lado del agua; y he estado oculto en un brezal á seis pasos de otro, y aprendí una tonada muy bonita que estaba silbando. Óigala Vd.; y me silbó la tonada.

Después de una pausa continuó diciendo:

—Y además, ahora no es tan mal como en el 46. Las Tierras Altas se hallan pacificadas, según dicen, lo cual no es de sorprendernos, cuando no se les ha dejado un mal fusil ni un sable viejo, excepto alguna que otra arma oculta en la maleza ó en los pajares. Pero ¿cuánto durará eso? No mucho tiempo, con hombres como Ardiel en el destierro y hombres como el Zorro Rojo oprimiendo al pobre pueblo. ¿Y cuánto tiempo, además, paseará Colín en su caballo por el pobre país de Apín sin que un mozalbete le envíe una bala?

Y diciendo esto Alán quedó sumergido en larga y honda meditación, triste y silencioso.

Quiero agregar ahora el resto de lo que tengo que decir de mi amigo: era muy hábil en toda clase de instrumentos de música, pero especialmente en la cornamusa; un buen poeta en la lengua gaélica; había leído muchos libros en francés y en inglés; era un tirador de certera puntería, un buen pescador con anzuelo, y un excelente esgrimidor de la espada y otras armas. Sus defectos podían leerse en su rostro, y los conozco todos. Pero el peor de ellos, su infantil propensión á ofenderse de todo y armar camorra por todo, lo echó á un lado conmigo, en consideración al combate de la cámara. Pero si se debió á que yo me porté bien, ó á que fuí testigo de sus proezas mucho mayores que las mías, es lo que no puedo decir; porque si bien él admiraba el valor en los otros hombres, en quien lo admiraba más era en Alán.

CAPÍTULO XIII

LA PÉRDIDA DEL BERGANTÍN

ESTABA ya muy entrada la noche, si bien bastante clara, cuando el capitán del buque asomó la cabeza por la puerta de la cámara.

—¡ Hola !—gritó,—salga Vd. á ver si puede dirigir el buque.

—¿ Es una de sus tretas ?—preguntó Alán.

—¿ Tengo cara de tretas ?—exclamó el capitán.—Tengo otras cosas en qué pensar; mi bergantín está en peligro.

Por la expresión de su rostro, y sobre todo, por el acento de sus palabras cuando habló del bergantín, vimos al instante que decía la verdad; y por lo tanto Alán y yo, sin temor á traición alguna, salimos á la cubierta.

El cielo estaba claro; el viento, que soplaba con violencia, era muy frío, y la luna, casi llena, brillaba hermosamente. El bergantín se disponía á doblar la punta sudoeste de la isla de Mull, cortando las aguas con gran velocidad. Yo no podía imaginarme qué era lo que tanto alarmaba al capitán, cuando al alzarse el *Covenant* repentinamente en la cresta de una gran ola, nos dijo que miráramos, señalando con la mano algo á proa. Vimos como

un surtidor de agua que surgía del mar que bañaba la luz de la luna, é inmediatamente oímos un ruido sordo.

—¿Cómo llama Vd. á eso?—preguntó el capitán con rostro sombrío.

—El mar que se rompe contra un arrecife,—dijo Alán;—y ahora Vd. sabe donde está. ¿Qué más quiere Vd.?

—¡Ay!—exclamó el capitán,—¡si fuera el único!

Y al decir esto vimos una segunda fuente ó surtidor hacia el sur.

—¡Allí!—gritó el capitán,—¡vea Vd.! Si yo hubiera tenido conocimiento de estos arrecifes, ó una carta de marear, ó si Suan estuviera vivo, ni sesenta libras ni seiscientas, me habrían hecho arriesgar mi bergantín en semejante lugar. Pero Vd., señor, que iba á conducir el buque, ¿no tiene nada que decir?

—Estoy pensando,—dijo Alán,—que estos arrecifes son los que se llaman las Rocas de Torrán.

—¿Y son muchas?—preguntó el capitán.

—La verdad es que yo no soy piloto,—dijo Alán,—pero me parece que hay como diez millas de estas rocas.

El Sr. Riach y el capitán se miraron uno al otro.

—Supongo que habrá un pasaje á través de ellas,—preguntó el capitán.

—Sin duda,—dijo Alán,—¿pero dónde? Algo sin embargo me hace recordar que cerca de la tierra, el mar está más despejado.

—¿Sí?—dijo el capitán.—Entonces tenemos que acercarnos lo más que podamos á la extremidad de la isla de Hull, Sr. Riach, y aun en ese caso será preciso que la tierra nos proteja del viento, y que estos arrecifes queden

á sotavento. Ya que estamos metidos en esto es preciso seguir adelante.

Y diciendo esto dió una orden al timonel, y envió á Riach á la cofa del trinquete. Sobre cubierta había solo cinco hombres, contando los oficiales, y eran los únicos aptos para el servicio (ó á lo menos eran á la vez aptos y querían trabajar); y dos de estos estaban heridos. De consiguiente, el Sr. Riach tuvo que subir á la cofa donde se sentó en acecho, comunicando á los de la cubierta lo que veía.

—El mar hacia el sur es espeso,—gritó; y luego después de un rato agregó:—parece que está más despejado cerca de tierra.

—Bien, señor,—dijo el capitán á Alán,—probaremos vuestra indicación, aunque creo que tanto valdría tomar á un ciego por guía. Quiera Dios que Vd. no se equivoque.

—¡Quiera Dios que así sea!—me dijo Alán.—Bien, bien, será lo que fuere.

Á medida que nos acercábamos á la punta que queríamos doblar, los arrecifes empezaron á menudear á nuestro paso; y el Sr. Riach gritaba de tiempo en tiempo que cambiáramos de rumbo; y á veces no hubo un segundo que perder, pues pasamos tan cerca de un arrecife, que el agua cayó sobre la cubierta á manera de lluvia menuda.

La claridad de la noche nos mostró estos peligros tan visibles como si fuera de día, lo que era quizás aun más alarmante. Me dejó ver también el rostro del capitán, de pie al lado del timonel, ya inclinándose á un lado ya al otro, y á veces soplándose las manos, pero siempre prestando oído á todo y mirando á todos lados, y tan impasible como si fuera una roca. Ni él ni el Sr. Riach habían

demostrado mucho valor durante la lucha; pero ví que eran valientes en su propia ocupación y los admiré tanto más cuanto que noté que Alán estaba muy pálido.

—Amigo David,—me dijo Alán,—esta clase de muerte no es muy de mi gusto.

—¡Cómo! Alán,—le pregunté,—¿tendría Vd. temor?

—No,—me respondió mordiéndose los labios,—pero tiene Vd. que confesar que es un fin bastante frío.

Por este tiempo, desviando el buque á un lado y á otro para evitar un arrecife, pero siempre cerca de la costa, habíamos dado la vuelta á la isla de Iona y empezamos á navegar á lo largo de la isla de Mull. Aquí la corriente era muy fuerte y fué preciso poner dos marineros al timón, pues no bastaba con uno, y el capitán mismo ayudaba de vez en cuando; y era un espectáculo extraño ver á tres hombres fornidos desplegar juntos todas sus fuerzas tratando de manejar el timón sin poder conseguirlo. Esto habría sido en sí un gran peligro si el mar no hubiera estado libre de obstáculos por un corto tiempo. El Sr. Riach anunció, además, desde lo alto de su observatorio, que veía el agua limpia á proa.

—Vd. tenía razón,—dijo el capitán á Alán.—Vd. ha salvado el bergantín, señor; no lo olvidaré cuando ajustemos nuestras cuentas.

Y yo creo que no solo sentía lo que dijo, sino que lo habría cumplido. ¡Tan grande era el cariño que experimentaba hacia el *Covenant!* Pero estas eran solo conjeturas mías, pues las cosas tuvieron un fin distinto de lo que él pensaba.

—Desvíe Vd. el bergantín un rumbo,—gritó el Sr. Riach,—¡arrecife á barlovento!

Y precisamente en aquel instante el bergantín fué presa de la corriente y sus velas se desinflaron. El buque dió una vuelta como si fuera un trompo, y acto continuo chocó contra el arrecife con tal fuerza, que nos arrojó á todos sobre la cubierta y por poco hace caer al Sr. Riach de su observatorio.

Al momento me puse en pie. El arrecife en el cual encalló el bergantín estaba cerca de la punta sudoeste de Mull, frente á una islita que llaman Earraid. Á veces las olas se quebraban sobre el buque; otras veces lo hacían moverse sobre el arrecife, de modo que oíamos que se estaba despedazando; y con el gran ruido que hacían las velas, y el rugido del viento, y el brillar de la espuma á la luz de la luna y la idea del peligro que estábamos corriendo, creo que perdí casi el sentido, pues apenas comprendía lo que estaba viendo.

De pronto observé que el Sr. Riach y los marineros estaban ocupados con el bote, y al instante corrí á ayudarlos, y tan pronto como me puse á trabajar, recobré mi serenidad. La tarea no era fácil, porque el bote se hallaba en medio del buque y lleno de mil objetos diversos, y las olas que con frecuencia se rompían sobre nosotros nos obligaban á suspender nuestro trabajo para asirnos del bote y no ser arrastrados al mar. Entretanto, los heridos que no podían moverse empezaron á salir de la escotilla de proa como pudieron y se pusieron á ayudarnos, mientras el resto que permanecía inerte en sus camarotes nos destrozaba el corazón con sus gritos pidiendo que los salvaran.

El capitán no tomó parte en nada. Parecía que se había vuelto estúpido. Permaneció asido del cordaje,

hablando consigo mismo y dando un quejido cada vez que el buque chocaba contra la roca. Su bergantín era para él una esposa, un hijo: día tras día había contemplado impasible el maltrato del pobre Ransome; pero cuando se trató del bergantín, parecía que su corazón se hacía pedazos como el buque.

De todo el tiempo que trabajamos por desembarazar el bote, recuerdo solo una cosa, y es haberle yo preguntado á Alán qué tierra era la que veíamos, respondiéndome que la peor posible para él, pues era la de los Campobellos.

Habíamos encomendado á uno de los heridos que observara el mar y nos avisase de algún peligro. Teníamos ya listo el bote para bajarlo, cuando el marinero exclamó: "¡Por amor de Dios! ¡cuidado!" Por el acento de su voz comprendimos que se trataba de algo extraordinario; y así fué, pues vino una marejada tan grande, que levantó el buque y lo arrojó de costado. Sea que el grito de aviso fuera demasiado tarde, ó que yo no tuviera fuerzas bastantes para sostenerme, lo cierto es que con la repentina sacudida del buque fuí arrojado al mar.

Me hundí, y tragué bastante agua; subí de nuevo á la superficie y vislumbré la luna; y volví á hundirme. Dicen que un hombre que se hunde por tercera vez está perdido. Yo debo de ser diferente á los demás hombres, porque no me es posible recordar el número de veces que descendí y volví á subir, viéndome lanzado de un lado á otro, y con tal efecto en mi cerebro que ni estaba afligido ni experimentaba temor.

Al fin, sentí que estaba asido de un madero que me sirvió de algo. De repente me hallé en aguas más tranquilas

y comencé á tener conciencia de mi situación. Me encontraba muy lejos del bergantín: grité, pero era claro que no podían oirme. El buque aun se mantenía á flote, pero á la distancia á que estaba, no me era posible distinguir si habían echado ó no el bote al agua.

Yo permanecía entretanto tranquilo y empecé á comprender que una persona puede morirse de frío lo mismo que ahogado. Las costas estaban cercanas.

Me dije para mis adentros, que sería extraño no poder llegar á esa costa.

No era muy hábil nadador, pero cuando me así del madero con ambos brazos y me puse á mover ambos pies, empecé á ver que estaba avanzando. Mucho trabajé y el progreso que hacía era muy lento; pero al cabo de una hora de mover brazos y pies con ayuda del madero, me encontré entre las puntas de una ensenada arenosa rodeada de colinas bajas.

El mar estaba aquí muy tranquilo; no se oía ruido alguno de olas; la luna brillaba con gran claridad; y pensaba en mi interior que nunca había visto un lugar tan desierto y desolado. Pero era tierra firme; y cuando al fin el agua fué tan poco profunda que pude soltar el madero y dirigirme andando hacia la costa, no puedo decir qué es lo que más experimentaba, si cansancio ó gratitud. Ambas cosas á la vez: cansancio, como jamás lo tuve antes de esa noche; gratitud á Dios, como muchas veces la había tenido, pero nunca con tanto motivo.

CAPÍTULO XIV

LA ISLITA

Con mi llegada á la costa comenzó la peor parte de mis aventuras. Eran como las doce y media de la noche, y aunque la tierra quitaba al viento mucha parte de su fuerza, la noche era sin embargo muy fría. No me atreví á sentarme porque pensé que me iba á helar, pero me quité los zapatos y me puse á dar paseos de un lado á otro en la arena con los pies descalzos, dándome golpes en el cuerpo para entrar en calor. No se oía ruido alguno que indicara la presencia de hombres ó ganados; no se oía el canto de ningún gallo, aunque era la hora de su primer despertar; solo se percibía el rumor de las olas que se quebraban á lo lejos, lo que me hacía recordar mis peligros y los de mi amigo. Pasearme á orillas del mar á aquella hora de la noche, y en un lugar tan desierto y solitario como aquel, me llenó de cierta especie de terror.

Tan pronto como empezó á romper el día, me puse los zapatos, y subí á una colina, lo que no fué fácil tarea, pues era muy pendiente y pedregosa. El alba comenzaba á brillar cuando llegué á la cima. No se veía señal alguna del bergantín, que debía de haber sido lanzado del arrecife y hundido en el mar. Tampoco se veía el bote; ni

una sola vela en el océano; ni una casa, ni un hombre en todo el terreno que podía abarcar con las miradas.

Me causaba pavor el pensamiento de lo que podría haber acontecido á mis compañeros del buque, así como la contemplación de aquella tierra tan desolada. Sin contar con eso, harto tenía yo con mis vestidos húmedos, y mi cansancio, y el estómago vacío que empezaba á sentir las torturas del hambre; de consiguiente me dirigí hacia el este á lo largo de la costa meridional, esperando dar con una casa donde pudiera calentarme y acaso tener algunas noticias de los que había perdido. De todos modos, el sol pronto saldría y secaría mis vestidos.

Después de andar algo, me ví detenido por una entrada del mar que parecía internarse mucho en la tierra, y como no tenía medios de cruzarla, tuve que cambiar mi dirección y dar un gran rodeo. El terreno era en extremo áspero, pues en realidad todo aquello no es sino un hacinamiento de rocas de granito interceptadas por brezales. Al principio el brazo ó entrada del mar continuó estrechándose como me había parecido; pero luego, con gran sorpresa mía, ví que empezaba á ensancharse de nuevo. Por más que me devanaba los sesos, no podía figurarme lo que sería, hasta que al fin llegué á una eminencia, y entonces comprendí que había sido arrojado en una islita estéril, desierta y rodeada por todas partes por el mar.

En vez del sol naciente que había de secar mis vestidos, comenzó á descender una lluvia fina con espesa niebla; de modo que mi situación era verdaderamente lastimosa.

Permanecí expuesto á la lluvia, temblando de frío, y preguntándome qué debía hacer, hasta que se me ocurrió que tal vez la caleta era vadeable. Me dirigí por lo tanto

al punto más angosto y empecé á vadearlo; pero no bien había andado unas tres varas cuando me hallé sumergido hasta las orejas, y si allí no terminó mi vida fué más por la gracia de Dios que por resultado de mi prudencia. No puedo decir que me empapé más, porque eso no era posible, pero sí que experimenté mayor frío, y como había perdido una esperanza, me sentía doblemente infeliz.

En esto me acordé del madero á que debía mi salvación, y me dije que lo que me había sido ya tan útil me podría servir para atravesar con seguridad aquel pequeño brazo de agua. Y con esta idea me dirigí al punto donde había puesto pie en tierra con objeto de buscar el madero. Fué una caminata fatigosa en todos sentidos, y si la esperanza no me hubiera alentado, me habría arrojado al suelo abandonando la empresa. Sea consecuencia del agua salada, ó de la fiebre que tenía, lo cierto es que me devoraba la sed, y para apagarla tuve que detenerme para beber el agua turbia de los charcos.

Llegué al fin á la pequeña bahía más muerto que vivo, y á la primera ojeada me pareció que el madero estaba más retirado que cuando lo abandoné. Por tercera vez entré en el mar. La arena estaba lisa y firme é iba gradualmente descendiendo en declive, de modo que pude vadear hasta que el agua me llegó casi al cuello y las olas pequeñas se rompían en mi rostro. Pero en aquella profundidad empezó á faltarme el terreno, y no quise aventurarme más lejos. En cuanto al madero lo ví flotando tranquilamente á unos veinte pies en frente de mí.

Hasta este último desengaño, lo había soportado todo muy bien; pero al llegar de nuevo á la orilla me arrojé sobre la arena y lloré amargamente.

El tiempo que pasé en la islita es todavía un recuerdo tan horrible para mí, que seré breve. En todos los libros que había leído acerca de náufragos, tenían éstos sus bolsillos llenos de instrumentos, ó acontecía que una caja llena de diversidad de cosas había sido arrojada á la costa, como de propósito, al mismo tiempo que ellos. Mi caso era muy diferente. Yo no tenía en mis bolsillos sino algún dinero y el botón de plata de Alán; y como muchacho nacido y crecido en tierra adentro, mis conocimientos en asuntos marítimos eran en extremo limitados.

Sabía que los crustáceos se consideraban buenos para comer; y entre las rocas de la islita hallé gran número de una clase de mariscos, que al principio no pude utilizar, pues no sabía como arrancarlos de las rocas á que estaban adheridos. Había también algunos caracoles de mar. De estas dos clases de crustáceos hice mi comida, devorándolos crudos y fríos, como los hallaba; y tanta era mi hambre que al principio me parecieron deliciosos.

Tal vez no era la estación propia para comerlos, ó quizás aquellas aguas no eran muy buenas, pero es lo cierto que apenas dí fin á la primer comida cuando experimenté una especie de mareo y nauseas, y me quedé tendido por mucho tiempo en el suelo más muerto que vivo. La segunda prueba del mismo alimento me sentó mejor y revivió mis fuerzas. Pero todo el tiempo que permanecí en la isla, no supe lo que me pasaba después de haber comido. Á veces todo iba bien, pero otras me sentía muy mal, sin que jamás pudiera distinguir qué clase de alimento era el que me hacía daño.

Todo aquel día continuó lloviendo; en toda la isla no había un solo lugar seco; y cuando al fin me acosté aquella

noche entre dos peñascos que formaban una especie de techo, mis pies estaban en un charco de agua.

El segundo día recorrí la islita en todos sentidos. Toda era lo mismo: desolada y rocallosa, sin ningún sér viviente excepto aves silvestres que no podía matar por carecer de armas, y las gaviotas que frecuentaban las rocas exteriores en número prodigioso. Pero el brazo de mar ó ensenada que separaba la islita de la tierra firme de Ross se convertía al norte en una bahía que daba á la Sonda de Iona, y las cercanías de este lugar fueron las que escogí para mi morada.

Tenía buenas razones para esta elección. En este punto había una pequeña choza, donde los pescadores acostumbraban pasar la noche cuando venían á la isla; pero el techo de turba se había caído, de modo que la choza de nada me servía y hasta me abrigaba menos que mis rocas. Pero lo que era más importante, los crustáceos de que me alimentaba eran allí muy abundantes. Cuando la marea se retiraba, podía recoger un celemín á la vez, y esto me convenía. Pero había aun otras razones de mayor peso. No me había acostumbrado á la horrible soledad de la isla, y siempre estaba dirigiendo las miradas á todos lados entre el temor y la esperanza de ver á un sér humano. Desde allí podía divisar la grande y antigua iglesia y los techos de las casas de la isla de Iona; y al otro lado, sobre las tierras bajas de Ross, veía por la mañana y por la tarde ascender el humo de una habitación que estaría en una hondonada.

Cuando estaba empapado en agua y tenía frío, y me sentía medio trastornado con mi soledad, contemplaba este humo y pensaba en el hogar junto al fuego y en la socie-

dad de los hombres, hasta que mi corazón se enardecía. Lo propio me acontecía con la vista de los techos de Iona. Todo esto me inspiraba ánimo y mantenía vivas mis esperanzas, y hasta me servía de auxilio para comer mis crustáceos crudos (que pronto me causaron repugnancia), librándome de la idea de hallarme completamente solo entre rocas estériles, con aves marinas, la lluvia y el frío océano.

He dicho que mantenía vivas mis esperanzas; y realmente parecía imposible que quedara abandonado á morir en las costas de mi patria y á la vista de la torre de una iglesia y del humo de las habitaciones de gentes. Pero pasó el segundo día, y aunque mientras duró la luz del sol estuve al acecho de los botes de la Sonda ó de los hombres que pasaran hacia Ross, no ví nada. Continuaba lloviendo; y me eché á dormir completamente mojado y con un fuerte dolor de garganta, pero un tanto consolado quizás por haber dado las buenas noches á mis vecinos más próximos, la gente de Iona.

El Rey Carlos II de Inglaterra dijo que un hombre podía soportar por más tiempo la vida al aire libre sin techo que lo cobije en Inglaterra, que en ninguna otra parte. Se conoce que lo dijo un Rey que habitaba un palacio y tenía la ropa seca. Aunque nos hallábamos en el verano, llovió más de dos días y no aclaró hasta la tarde del tercero.

Ese fué un día de variados acontecimientos. Por la mañana ví un ciervo rojo, con su magnífica cornamenta, en la cima de la colina en medio de la lluvia; pero apenas me divisó echó á correr al otro lado. Yo supuse que habría pasado á nado el estrecho, aunque no podía comprender qué pudo haber traído esa criatura á la islita.

Poco después, cuando andaba yo á caza de mis caracoles, me sorprendió el sonido de una moneda de oro que cayó sobre una roca delante de mí y rodó hasta el mar. Cuando los marineros del *Covenant* me devolvieron mi dinero, no solo se quedaron con una tercera parte de la suma total, sino también con la bolsa de cuero de mi padre; de manera que desde aquel día llevaba mi dinero suelto en un bolsillo, en el que descubrí un agujero. Cuando llegué al bergantín llevaba conmigo unas cincuenta libras esterlinas y ahora solo me quedaban dos y un chelín de plata. Cierto es que poco después alcé del suelo otra moneda, lo que hizo montar á poco más de tres libras esterlinas * la fortuna de un muchacho, heredero legítimo de una rica propiedad, que ahora perecía de hambre y frío en una desierta isla de la costa de Escocia.

El estado de mis asuntos iba de mal en peor; mis vestidos comenzaban á pudrirse; mis medias, particularmente, se habían gastado de tal modo que mis piernas estaban desnudas; las manos se me habían ablandado con la continua humedad; la garganta me dolía en extremo; las fuerzas se habían disminuído mucho, y tal era la repugnancia que me inspiraba lo único que estaba condenado á comer, que su simple vista me causaba náuseas.

Lo peor aun faltaba por venir.

En la parte noroeste de la islita había una roca bastante alta que visitaba con frecuencia; aunque no permaneciese mucho tiempo en un mismo lugar, excepto para dormir, pues lo mísero de mi situación no me per-

* Unos quince duros.

mitía quedarme tranquilo; antes al contrario, me mataba á fuerza de moverme de un lado á otro.

Sin embargo, tan pronto como empezó á brillar el sol, me tendí sobre aquella roca para secarme. El bienestar que me proporcionó la luz del sol es algo que no puedo describir. Me puse á halagar la esperanza de verme pronto salvado, de lo cual ya había comenzado á desesperar. Al sur de mi roca, se prolongaba una parte de la isla que me impedía ver el mar, de modo que un bote podía pasar por aquel lado muy cerca de donde yo estaba sin que lo notase.

Bien: de repente una barca, con una vela parda y un par de marineros abordo, vino dando vuelta á aquella punta de la isla con dirección á Iona. Dí gritos, y luego me arrodillé en la roca y alcé las manos en ademán de súplica. Estaban tan cerca que podían oirme, puesto que yo podía distinguir el color de sus cabellos; y no me queda duda de que me vieron, pues gritaron algo en el idioma gaélico y se echaron á reir. Pero el bote no se detuvo y continuó velozmente con dirección á Iona.

No podía creer en semejante perversidad, y corrí á lo largo de la orilla del mar saltando de roca en roca, y gritando lastimosamente; y aun después de que aquellos hombres se hallaban lejos del alcance de mi voz, continué gritando y haciéndoles señas; y cuando desaparecieron por completo, creí que el corazón se me iba á hacer pedazos. Durante todo el tiempo de mis desgracias lloré solamente dos veces: una, cuando no pude alcanzar el madero; y la segunda vez, cuando estos pescadores se alejaron sordos á mis súplicas. Pero ahora lloré y me lamenté como un niño malcriado, desgarrando el musgo con los dedos, y

con el rostro apoyado contra el suelo. Si con el deseo se pudiera matar, aquellos dos pescadores no hubieran visto más la luz del día, y probablemente yo hubiera muerto en la isla.

Cuando mi cólera se calmó un tanto, me fué preciso comer de nuevo, pero con tal repugnancia que á duras penas pude tragar un bocado. La verdad es que tanto me habría valido haber ayunado, pues aquel alimento me hizo daño nuevamente. Tuve el mismo malestar que al principio; la garganta me dolía de tal modo que casi no podía tragar; tuve un escalofrío tan fuerte que los dientes se entrechocaban y luego me sentí tan enfermo, que me creí próximo á morir, y me encomendé á la clemencia de Dios, habiendo perdonado á todos los hombres, incluso mi tío y los dos marineros. Tan pronto como me hube resignado á lo peor, mi cerebro se despejó: observé que la noche estaba descendiendo, que la humedad había cesado, y que mis vestidos se habían secado bastante; realmente me encontraba en condiciones mejores que nunca desde que me hallaba en la isla, y al fin me quedé dormido con un sentimiento de gratitud.

El día siguiente (el cuarto de esta horrible existencia) hallé que mis fuerzas corporales se habían debilitado mucho; pero el sol lucía; el aire estaba benigno, y lo que pude comer de los mariscos me sentó bien y reanimó mi espíritu.

Apenas había vuelto á mi roca (que era lo primero que hacía después de haber comido), observé un bote que venía por la Sonda con dirección á la islita.

Al instante comencé á esperar y á temer, porque pensé que estos hombres podrían haber reflexionado acerca de

su crueldad y habían vuelto á mi auxilio. Pero como no me hubiera sido posible sufrir otro desengaño como el del dia precedente, me volví de espaldas al mar y no quise abrir los ojos sino después de haber contado unos cuantos centenares. El bote aun se dirigía hacia la isla. Me puse de nuevo á contar hasta mil con los ojos cerrados, tan lentamente como me fué posible. El corazón me latía de tal modo que me hacía daño. Cuando abrí los ojos, no me quedó duda alguna: el bote venía á la islita donde yo estaba.

No pude contenerme por más tiempo. Corrí hacia la ribera, saltando de roca en roca, internándome en el mar lo más que pude. Fué un milagro el no ahogarme; pues cuando al fin me detuve, las piernas me flaqueaban y tenía la boca tan seca, que me fué preciso humedecerla con agua salada antes de que me fuera posible hablar.

Durante todo este tiempo el bote continuó acercándose y ahora podía notar que era el mismo y con la misma gente del día anterior, lo que conocí por el color de sus cabellos, pues el de uno de los marineros era de un rubio brillante y el del otro era negro. Pero esta vez venía con ellos otro individuo que parecía pertenecer á una clase mejor.

Tan pronto como estuvieron al alcance de mi voz, amainaron y se quedaron quietos. Á pesar de mis súplicas no se aproximaron más, y lo que más me atemorizó fué que el nuevo individuo se reía á carcajadas mientras hablaba y me miraba.

Entonces se puso de pie en el bote y me dirigió la palabra por algún tiempo, hablando muy aprisa y accionando con la mano. Le dije que no entendía la lengua

gaélica, lo que le mortificó mucho, y entonces comprendí que creía sin duda que me estaba hablando en inglés. En fin, después de oir atentamente pude pescar la palabra "cualquiera."—Entonces se la repetí y exclamó:

—Sí, sí, sí,—y dirigió una mirada á los otros marineros como diciéndoles,—ven Vds. cómo hablo inglés.

Y continuó hablándome en gaélico, hasta que pesqué la palabra "marea." Tuve entonces un rayo de esperanza. Recordé que siempre había estado señalando con la mano en dirección de la tierra de Ross.

—¿Quiere Vd. decir que cuando la marea esté baja? . . .—grité sin poder concluir la frase.

—Sí, sí,—dijo,—la marea.

Al oir esto volví las espaldas al bote, y mi consejero comenzó de nuevo á reir á carcajadas; y saltando de roca en roca me volví por donde vine y emprendí una carrera á través de la isla. Al cabo de media hora llegué á la ensenada; y en verdad que había bajado la marea de tal modo que pude atravesarla sin que el agua me pasara de las rodillas, y llegué en un abrir y cerrar de ojos á la tierra firme.

Un muchacho criado á orillas del mar no habría permanecido un día en Earraid, que es una islita formada por la marea en la que se puede entrar y salir dos veces cada veinticuatro horas, á pie enjuto ó vadeando la pequeña ensenada. Aun yo, que tenía á la vista el flujo y el reflujo, y esperaba la marea para procurarme mi alimento, pude haberlo adivinado si me hubiera puesto á pensar un poco en vez de entregarme á la desesperación. No me sorprende que los marineros no me comprendieran. Lo extraño es que hubieran caído en la cuenta de mi igno-

rancia, volviendo al día siguiente como lo hicieron. Á no ser por los pescadores, allí habría dejado mis huesos, muerto de hambre y frío. De todos modos pagué bastante caro mi tontería, no solo con mis padecimientos, sino con la condición en que me hallaba : vestido de harapos, sin poder apenas moverme y con la garganta muy adolorida.

He visto infinitos hombres perversos ó necios ; y creo que al fin todos han llevado su merecido castigo : pero antes que todo los necios.

CAPÍTULO XV

EL JOVEN DEL BOTÓN DE PLATA: Á TRAVÉS DE LA ISLA DE MULL

La isla de Mull, en que ahora me hallaba, es rocallosa y sin caminos, como la islita que había dejado, pues toda estaba llena de pantanos, malezas y peñas. Habría caminos para los que conocían bien el país, pero no para mí que no tenía la más remota idea de lo que era aquello.

Tomé como norte de mi peregrinación el humo que tantas veces había visto desde la islita; y á pesar de lo fatigado que me hallaba y de las dificultades del terreno, llegué á una casa en el fondo de un vallecito entre cinco y seis de la tarde. Era baja y larga, fabricada de piedras pero no unidas con argamasa y con techo de una materia bituminosa. En un terraplén frente á la casa había un hombre anciano sentado al sol y fumando su pipa. Por él supe que mis compañeros del buque se habían salvado y comido algo en aquella misma casa.

—¿ Había entre ellos uno vestido como un caballero ? —le pregunté.

Me respondió que todos llevaban grandes gabanes de paño común ; pero que uno que vino solo, tenía calzones y medias mientras los otros solo llevaban traje de marinero.

—¡Ah!—dije,—¿y no tenía un sombrero de plumas?

Me respondió que no, y que iba con la cabeza descubierta como yo.

Al principio creí que Alán habría perdido su sombrero; pero después me acordé de la lluvia, y pensé que lo más probable sería que lo llevase bajo su gran capote para preservarlo del agua. Esto me hizo sonreir, en parte porque ví que mi amigo se había salvado, y en parte al pensar en su vanidad en materias de vestir.

Y entonces el anciano se dió un golpe en la frente con la mano, diciendo que yo debía de ser el joven con el botón de plata.

—Sí, señor, lo soy,—dije algo sorprendido.

—En ese caso,—agregó,—ese caballero me recomendó le dijera á Vd. que siguiese á su amigo hasta su país, yendo por Torosay.

Me preguntó cómo me había ido, y le referí mi historia. Este anciano caballero, á quien doy este título por sus modales á pesar de que sus vestidos se le caían á pedazos, me oyó con rostro grave y compasivo. Concluída mi relación, me tomó de la mano, me llevó á su choza (que en realidad otra cosa no era) y me presentó á su esposa, como si ella fuese una Reina y yo un duque.

La buena mujer me hizo comer un pedazo de pan de avena y un trozo de gallo silvestre asado y frío, dándome palmaditas en el hombro y sonriéndome todo el tiempo, pues solo hablaba el dialecto de su tierra. Su marido, para no quedarse atrás, me preparó un ponche fuerte de aguardiente del país. Mientras estaba comiendo, y después mientras bebía el ponche, apenas podía creer en mi buena fortuna; y aunque llena de humo de

turba y con más agujeros que una criba, la casa me pareció un palacio.

El ponche me hizo sudar mucho y caí en un profundo sueño. La buena mujer me hizo acostar, y no me puse de nuevo en camino antes de las doce del siguiente día, con la garganta muy aliviada y el espíritu tranquilo gracias al reposo, el buen alimento y las noticias que había oído. Por más que rogué al anciano caballero que aceptara algún dinero, se negó á ello; antes al contrario, me dió un viejo gorro para que me cubriera la cabeza. Verdad es que no bien me hube alejado de la casa lo lavé en la primer agua limpia que hallé.

No solamente comencé tarde mi viaje, sino que debí de haber vagado mucho tiempo de un lado á otro. Verdad es que encontré mucha gente trabajando en pequeños y miserables sembrados, que no producirán lo suficiente para mantener un gato, ó guardando algún raquítico ganado. Parecía que la pobreza era general; de tal modo, que el camino que yo seguía se hallaba infestado de mendigos. Pocos podían expresarse en inglés, y cuando preguntaba por Torosay, que era el lugar á donde me dirigía, y repetía el nombre, haciendo un ademán con la mano para que me indicaran hacia dónde quedaba, en vez de hacerlo, me daban una larga respuesta en el idioma gaélico, que me dejaba tan á obscuras como antes.

En fin, á eso de las ocho de la noche, y ya en extremo fatigado, llegué á una casa solitaria en que pedí posada, que se me negó, hasta que me acordé del poder del dinero en un país tan pobre, y le mostré una de mis monedas de oro entre el pulgar y el dedo índice. Al momento el dueño de la casa que hasta entonces pretendió

no hablar inglés y quiso hacerme alejar por medio de señales, empezó de repente á hablar tan claro como era preciso, y convino en darme alojamiento aquella noche por cinco chelines y guiarme el día siguiente á Torosay.

No dormí muy tranquilo aquella noche, temiendo ser robado; pero pude haberme evitado ese temor, pues mi húesped no era ladrón, sino un hombre en la última miseria y un gran impostor. Ni era el único pobre, pues al día siguiente fuimos á la casa de un individuo, que llamó rico, para cambiar una de mis monedas de oro. Quizás para Mull era un rico, no por cierto en otra parte; porque tuvo necesidad de sacar hasta la última moneda que tenía y poner á contribución á un vecino antes de reunir veinte chelines en plata. El chelín que faltaba para completar los veintiúno necesarios, lo tomó para sí, no sé bajo qué pretexto. Fué, á pesar de eso, muy cortés y bien hablado; nos hizo sentar á comer con su familia, preparó un ponche en un tazón de loza de china, que alegró de tal manera á mi bribón de guía, que se negó á partir.

Yo empezaba á incomodarme y apelé al ricacho (que se llamaba Héctor Maclean), que había sido testigo de nuestro contrato y del pago de los cinco chelines. Pero Maclean había bebido también una buena ración del ponche de aguardiente, y dijo que ningún caballero debía levantarse de su mesa inmediatamente después de beber un ponche; por lo tanto tuve que quedarme allí y oir sus brindis Jacobitas y sus cantos gaélicos, hasta que todos, completamente ebrios, se acostaron á dormir hasta el otro día. Á las cinco de la mañana de éste, que era el cuarto de mis viajes, nos levantamos, pero mi tunante de

guía se puso á beber de nuevo, y pasaron tres horas antes de que hubiera podido sacarlo de la casa, y eso para sufrir un peor desengaño, como oiréis.

Mientras bajamos por un valle que estaba frente á la morada de Maclean, todo fué bien, excepto que mi guía miraba constantemente á un lado y á otro, y cuando le pregunté la causa, me respondió con una mueca. Sin embargo, no bien perdimos de vista la casa, cuando me dijo que Torosay quedaba en línea recta delante de mí y que mi mejor dirección era una colina, que me mostró.

—Poco me importa eso,—le dije,—puesto que Vd. me acompaña.

El bribón me contestó en gaélico, como si no comprendiera inglés.

—Amigo mío,—le dije,—yo sé que el inglés de Vd. se va y vuelve á su voluntad. Dígame Vd. cuánto quiere para que vuelva. ¿Quiere Vd. más dinero?

—Cinco chelines más,—me contesto,—y lo llevaré allá.

Reflexioné un momento y le ofrecí dos, que aceptó inmediatamente, insistiendo en recibirlos al instante para tener buena fortuna.

Los dos chelines no nos hicieron adelantar ni dos millas, al cabo de las cuales, se sentó al borde del camino, y se quitó sus abarcas, como quien se dispone á descansar.

—¡Hola!—le dije rojo de cólera,—¿olvidó Vd. de nuevo el inglés?

—Sí,—me contestó con el mayor descaro.

Al oir esto, levanté la mano para pegarle; y él, sacando un cuchillo de entre sus harapos, echó un pie atrás

y se dispuso á atacarme como un gato salvaje. Y olvidando entonces todo, excepto mi enojo, me arrojé sobre él, eché el cuchillo á un lado con la mano izquierda y con la derecha le asesté una puñada en la boca. Yo era un mozalbete fuerte, montado en cólera, y él un hombrecillo débil, así es que fácilmente lo arrojé al suelo. Por fortuna mía, soltó el cuchillo que cayó á tierra. Me apoderé de él y de las abarcas, le dí los buenos días y me puse en marcha dejándole descalzo y desarmado. No me arrepentí de lo hecho, por varias razones: primero, el bribón sabía que de mí no podía esperar más dinero; luego, las abarcas tenían en aquel país un precio ínfimo; y en cuanto al cuchillo, que en realidad era un puñal, estaba prohibido por la ley el portarlo.

Al cabo de media hora de andar, encontré á un hombre alto, vestido de harapos, que iba con paso muy ligero aunque tentando ante él con un palo. Estaba completamente ciego, y me dijo ser un catequizante ó instructor en el catecismo, lo cual debió de tranquilizarme. Pero su rostro me alarmó; me pareció sombrío y peligroso, y cuando comenzamos á andar ví la extremidad de una pistola que salía del bolsillo de su gabán. Llevar semejante arma significaba una multa de quince libras esterlinas la primera vez, y transportación á las colonias la segunda. Ni podía yo explicarme por qué un maestro de la doctrina cristiana debía ir armado, ó qué uso podía un ciego hacer de una pistola.

Le referí lo que me había pasado con mi guía, porque estaba orgulloso de mi hazaña y la vanidad se sobrepuso á la prudencia. Cuando mencioné lo de los cinco chelines, hizo una exclamación tan alta que resolví no decir

una palabra de los otros dos, y mucho me alegré de que no pudiera ver mi sonrojo.

—¿ Fué mucho?—le pregunté un tanto vacilante.

—¡ Demasiado!—gritó.—¡ Cómo! yo le guiaré á Vd. á Torosay por un trago de aguardiente. Y le proporcionaré á Vd. el placer de la compañía de un hombre de ciencia.

Le dije que no podía comprender como un ciego podría servir de guía; pero se rió á carcajadas diciéndome que su bastón eran sus ojos.

—En la isla de Mull, á lo menos,—agregó,—donde conozco cada piedra y matorral por el tacto. Para que Vd. vea que así es, le diré que en esa dirección (que indicó con el bastón) hay una pequeña colina con un peñasco en la cima; al pie de la colina pasa el camino que conduce á Torosay por donde vamos ahora, está bien trillado y deja ver la hierba á trechos.

Tuve que convenir en que tenía razón, y se lo dije.

—¡ Ah! eso no es nada,—agregó.—¿ Quiere Vd. creer que antes de que se promulgara la ley que prohibe portar armas en este país, yo podía tirar á la pistola? Sí, podía,—exclamó,—y si Vd. tuviera una pistola aquí con que probar, yo se lo mostraría.

Le dije que no tenía arma semejante y le puse en disposición de explayarse. Por fortuna mía él no sospechaba que yo había visto el mango de su pistola: creyó por lo tanto que estaba bien oculta, y prosiguió su conversación preguntándome con mucha astucia de dónde venía, si era rico, si podía cambiarle una moneda de cinco chelines que decía tener en el bolsillo, tratando todo el tiempo de acorralarme y yo apartándome de él. Nos hallábamos

en una especie de camino para el ganado y constantemente estuvimos cambiando de posición, ya á la derecha, ya á la izquierda. Todas las ventajas estaban de mi parte, así es que me divertía en ver los esfuerzos inútiles del ciego para atraparme; pero él se ponía cada vez más colérico, y empezó á echar ternos en gaélico, y á dar verdaderos palos de ciego buscándome las piernas.

Entonces le dije que así como él tenía una pistola en el bolsillo, yo tenía también una; y que si no continuaba su camino como debía, le levantaría la tapa de los sesos.

Al instante se volvió muy político; y después de tratar por algún tiempo de calmarme, aunque en vano, me echó unas cuantas maldiciones en gaélico y se alejó de mí. Me quedé contemplándole cómo marchaba por entre la maleza, tentando á derecha é izquierda con el bastón, hasta que dió una vuelta á la extremidad de una colina y desapareció en una cañada. Entonces continué mi jornada hacia Torosay, mucho más contento de ir solo que no en la compañía de aquel hombre de ciencia. El día fué en realidad muy poco afortunado, y aquellos dos individuos de quienes sucesivamente había podido librarme, eran los dos peores hombres con que tropecé en aquel país.

En Torosay había una posada con un posadero llamado Maclean, que parecía ser de muy encopetada familia, porque tener una posada en las Tierras Altas de Escocia se considera más distinguido que en otras partes. Hablaba muy bien el inglés, y como vió que yo tenía cierta educación, trató primero de conversar conmigo en francés, en lo que tuve que darme fácilmente por vencido; después

me habló en latín, en cuyo idioma no sé quién lo hizo mejor. Esta inofensiva competencia nos puso inmediatamente bajo un pie amistoso; y yo me senté y bebí un ponche con él, ó para ser más exacto lo ví beber, hasta que se alegró de tal modo que comenzó á llorar á lágrima viva.

Como si fuera puramente casual, quise probar si me serviría el botón de Alán; pero era evidente que no había visto nunca á mi amigo ni había oído hablar de él. Al contrario, parece que le tenía cierta inquina á la familia y á los amigos de Ardiel, y antes de que se hubiera embriagado me leyó un escrito en muy buen latín, pero muy mal intencionado, que había compuesto en versos elegíacos contra un miembro de dicha casa.

Cuando le hablé de mi catequizante ó maestro de la doctrina, movió la cabeza diciéndome que podía considerarme dichoso en haberme desembarazado de él.

—Es un hombre muy peligroso,—agregó,—se llama Duncan y puede disparar una pistola con buen efecto á una distancia de algunas varas, guiándose por el oído, se le ha acusado con frecuencia de salteador de camino y de ser autor de un asesinato.

—Lo mejor de todo es que se titula maestro de doctrina,—dije.

—¿Y por qué no, si así es?—me respondió.—Le dieron ese nombre con motivo de ser ciego, y estar siempre en el campo, yendo de un lugar á otro para oir á los niños recitar el catecismo.

Al fin, cuando mi húesped no pudo beber más, me llevó á mi cuarto de dormir, y me acosté lleno de contento, después de haber atravesado la mayor parte de la

grande y tortuosa isla de Mull, desde Earraid á Torosay, una distancia de cincuenta millas en línea recta pero que se convirtió en unas ciento en consecuencia de mis idas de un lado á otro. Cuatro días empleé en ese trayecto y con no poca fatiga. En realidad, me encontraba con mejor espíritu y salud al fin de aquel viaje que al principio.

CAPÍTULO XVI

EL JOVEN DEL BOTÓN DE PLATA: AL TRAVÉS DE MORVÉN

De Torosay á la costa de Escocia hay constante comunicación por medio de pequeñas embarcaciones. En todas aquellas tierras predominaba la tribu ó partido de los Macleans, y la gente que pasaba conmigo en la embarcación pertenecía en su mayor parte á dicha tribu. El patrón del bote se llamaba Neil Roy Macrob, y como Macrob era uno de los nombres de los individuos del partido de Alán, y como éste me había enviado á Torosay, deseaba tener una conversación privada con el patrón.

En la embarcación, que estaba llena de pasajeros, no era posible. La travesía fué muy lenta: no había viento, y el bote estaba muy mal pertrechado, pues en un costado solo podían usarse dos remos, y uno en el otro. Los marineros, sin embargo, hacían cuanto les era posible; los pasajeros remaban por turno, y para que fuese más agradable la tarea entonaban cantos marítimos en gaélico. Así es que con los cantos, la brisa del mar, lo hermoso del tiempo, y el buen humor que allí reinaba, la travesía no me pareció larga.

Hubo sin embargo un incidente triste. En la embocadura de la ría divisamos un gran buque anclado. Al prin-

cipio creimos que era uno de los buques de guerra ingleses que cruzaban por aquella costa en invierno y en verano, para impedir toda comunicación con los franceses; pero cuando nos hallamos más cerca vimos que era un barco mercante. Lo que me sorprendió fué que no solo su cubierta sino también la costa vecina, estaban llenas de personas, viéndose además varios botes que iban del buque á la orilla y viceversa. Cuando estuvimos aún más cerca, empezamos á oir quejidos y lamentaciones tanto de los que estaban abordo como de los que se encontraban en tierra, lo que realmente desgarraba el corazón.

Entonces supe que era un buque de deportados á las colonias de la América del Norte.

Nuestro bote se puso al lado de la embarcación aquella, y los desterrados se inclinaron sobre la obra muerta, llorando y extendiendo las manos á mis compañeros de travesía entre los cuales contaban algunos amigos. No sé cuanto tiempo habría podido durar esta escena, á no haber intervenido el capitán del buque, que parecía también fuera de sí, lo cual no es sorprendente, suplicándonos que nos retirásemos.

Neil Roy obedeció aquella súplica, y el que dirigía el canto en nuestro bote entonó entonces una canción de aire meláncolico, que fué repetida por los deportados y sus amigos en la orilla, de modo que resonaba en todas partes como un lamento fúnebre. Ví correr las lágrimas por las mejillas de hombres y mujeres en el bote, aun mientras estaban remando; y las circunstancias, y el canto, y toda aquella escena me afectaron profundamente.

Cuando llegamos á la costa, llamé aparte al patrón y le pregunté si era uno de los vecinos de Apín.

—¿Por qué lo pregunta Vd.?—me dijo.

—Porque ando buscando á una persona,—respondí,—y me parece que Vd. debe de tener noticias suyas. Se llama Alán Breck Stuart.

Y en vez de mostrarle el botón, quise, no muy cuerdamente, darle un chelín.

Echó un pie atrás y me dijo:

—Eso es un insulto; y ningún caballero trata de ese modo á otro. El hombre que Vd. busca está en Francia; pero si lo tuviese en mi bosillo, y el cinturón de Vd. estuviera lleno de chelines, no le tocaría un pelo de la cabeza.

Ví que había cometido un error, y sin perder tiempo en disculparme, le mostré el botón que tenía en el hueco de la mano.

—¡Bien! ¡bien!—exclamó el patrón,—y creo que debía Vd. haber empezado con eso. Pero si Vd. es el joven del botón de plata, todo va bien, y se me ha encargado que le ponga en salvo. Pero si me permite que le dé un consejo, le diré que si hay un nombre que nunca debe mentar, es el de Alán Breck; y que si hay una cosa que nunca debe hacer, es ofrecer su sucio dinero á un caballero de las montañas de Escocia.

Era muy difícil dar una disculpa, porque yo no podía decirle (lo que era sin embargo la pura verdad) que no pensé un momento en considerarle un caballero hasta que él me lo manifestó. El patrón, por su parte, no deseaba prolongar su conversación, sino cumplir el encargo que le habían dado, así es que se apresuró á instruirme acerca de lo que tenía que hacer. Aquella noche debía pasarla en una posada del lugar; al día siguiente atravesar Morvén hasta cierto punto donde pasaría la noche

en casa de un tal Juan del Claymore, que estaba ya prevenido; el tercer día iría á Balachu y allí me informaría acerca de la morada de Santiago de los Glens en Apín. Otros consejos me dió el patrón, tales como no hablar con nadie en el camino; evitar los *whigs*, los Campobellos y los soldados; dejar el camino y esconderme si veía venir á alguno de estos últimos, porque nada bueno resultaba de encontrarse con ellos; en una palabra, conducirme como si fuera un bandido ó un agente de los Jacobitas, como tal vez me creyó el patrón.

La posada en que paré era de lo más miserable que puede darse, llena de humo, de sabandijas, de suciedad y de taciturnos montañeses. No sólo estaba disgustado con mi alojamiento sino conmigo mismo por mi modo de tratar al patrón. Pero pronto tuve ocasión de reconciliarme con mi suerte, porque al cabo de media hora de estar en la posada, la mayor parte del tiempo en la puerta para no respirar el humo de turba, estalló una tempestad de truenos y cayó una lluvia que lo inundó todo. En aquellos tiempos las posadas de Escocia eran bien malas; sin embargo, me sorprendió mucho tener que ir á acostarme con cerca de medio pie de agua en la habitación.

Al día siguiente muy temprano me puse en camino y encontré á un hombre de pequeña estatura, regordete, de aspecto solemne, vestido con traje algo clerical y decente que andaba con suma lentitud, leyendo á veces en un libro, y otras cerrándolo.

Vine en conocimiento de que era también un catequizante ó maestro de doctrina, aunque de un linaje distinto al del ciego de Mull. En efecto, era uno de aquellos misioneros que la Sociedad de Edimburgo, para la pro-

pagación de la doctrina cristiana enviaba á trabajar á los parajes más agrestes de las Tierras Altas de Escocia. Se llamaba Henderland; hablaba con el acento de mi tierra, y esto ya me lo hizo mirar con particular interés, que se aumentó cuando supe que el libro que iba leyendo, era precisamente el de los himnos y cantos religiosos que mi buen amigo el ministro de Essendean había traducido en gaélico, y que eran tenidos en gran estimación por Henderland, quien los usaba en sus trabajos de misionero.

Seguimos juntos nuestro camino, pues ambos nos dirigíamos al mismo punto. Mi compañero se detenía con frecuencia y hablaba con todos los transeuntes y labradores que encontrábamos; y aunque no puedo decir de que trataban, podía sin embargo juzgar que era muy querido en el país, porque observé que muchos sacaban sus cajitas de rapé y le ofrecían un polvo.

Acerca de mis asuntos le dije lo que me pareció prudente, sin mentar para nada á Alán, agregando que iba á Balachu donde me esperaba un amigo.

Por su parte me habló mucho de sus tareas y de la clase de gentes entre quienes trabajaba, me informó acerca del escondite de los sacerdotes y Jacobitas, de la ley de desarme, de la que prohibía ciertos trajes, y de otras muchas cosas de actualidad. Parecía moderado en sus opiniones políticas, censurando al Parlamento en muchas cosas, especialmente por haber expedido una ley más severa contra los que se vestían de cierto modo, que contra los que portaban armas.

Esta moderación me hizo preguntarle acerca del Zorro Rojo y de los arrendatarios de Apín; preguntas que creí

parecían naturales en labios de uno que se dirigía á ese país. Me contestó que era un asunto feo.

—Es inconcebible,—continuó,—donde esos arrendatarios pueden hallar dinero, pues materialmente se están muriendo de hambre. Pero se ven en parte forzados á procurarse dinero. Santiago Stuart, el que llaman Santiago de los Glens, es medio hermano de Ardiel, el jefe de la tribu y es un hombre á quien buscan mucho. Y hay también uno que llaman Alán Breck. . . .

—¡ Ah !—exclamé,—¿ y qué es de él ?

—¿ Y qué es del viento que sopla mientras tiene fuerza ?—dijo Henderland.—Está aquí y allí : hoy acá, mañana acullá. Quizá se encuentra escondido entre esos matorrales observándonos y oyéndonos. No me sorprendería.

É interrumpiendo su relación me preguntó si no tenía un poco de rapé. Le dije que no, y dió un suspiro agregando que le parecía extraño que yo no tuviera semejante artículo.

—Pues bien, como iba diciendo,—continuó,—este Alán Breck es un hombre atrevido, audaz, la mano derecha de Santiago Stuart. Está condenado á muerte; nada lo detiene; y quizá si uno de los arrendatarios se resistiera, sería capaz de darle una puñalada.

—Si de un lado y otro se ejecutan tales cosas y es todo temor, Sr. Henderland, prefiero no saber nada más, —le dije.

—No,—me contestó,—también hay amor y abnegación capaces de hacernos avergonzar. Hay algo muy hermoso, que acaso no será conforme al catecismo, pero que es muy humano. Aun ese mismo Alán Breck, á juzgar

por todo lo que he oído, es digno de respeto. Muchos hay en nuestro país, Sr. Balfour, que á los ojos del mundo pasan por hombres muy de bien y muy respetables, y son peores que ese mal avisado derramador de sangre humana. Debiéramos tomar ejemplo de ellos. ¿Tal vez creerá Vd. que he vivido demasiado tiempo en estas tierras?—agregó con una sonrisa.

Le dije que no; que había visto mucho que admirar en las Tierras Altas de Escocia; y si se consideraba bien, el Sr. Campobello, el ministro de Essendean es un montañés.

—Sí,—dijo,—eso es verdad. Es una buena gente.

—Y ¿qué hay acerca del agente del Rey?—pregunté.

—¿Colín Campobello?—dijo Henderland,—ha puesto la mano en un avispero.

—He oído decir que los despojan de sus bienes á la fuerza. ¿Es verdad?—le pregunté.

—Así es,—dijo,—pero el asunto ha tenido sus altas y sus bajas. Primeramente, Santiago de los Glens fué á Edimburgo y se procuró un abogado, tal vez un Stuart, y logró suspender las expropiaciones. Entonces Colín Campobello, volvió de nuevo con más poderes y echó á un lado á Santiago de los Glens; y ahora dicen que mañana desalojarán al primero de los arrendatarios, y esto á las narices de Santiago, lo que no me parece muy cuerdo.

—¿No cree Vd. que pelearán?—le pregunté.

—Bien,—dijo Henderland,—están desarmados, ó se supone que lo estén, porque á pesar de todo hay bastantes armas ocultas en diversos parajes. Y luego Colín Campobello traerá soldados. Sin embargo, si yo fuera

su esposa no estaría tranquila hasta no verle de vuelta en casa. Los Stuarts de Apín son gentes muy singulares.

Le pregunté si eran peores que sus vecinos.

—No,—respondió,—y esto es lo más feo del asunto; porque si Colín Campobello logra arreglar los negocios en Apín, tendrá que comenzar la misma historia en Mamore, que es la tierra de los Camerones. Es agente del Rey en ambos distritos y en ambos tiene que desalojar á los arrendatarios; y á la verdad, Sr. Balfour, para ser franco con Vd., creo que si logra escapar bien en un lugar, hallará la muerte en el otro.

Continuamos así hablando y charlando la mayor parte del día, hasta que al fin el Sr. Henderland, después de expresar lo agradable que era mi compañía y la satisfacción que experimentaba en haber conocido á un amigo del ministro Campobello, me propuso que pasara la noche en su morada no muy distante de allí. Para decir la verdad, me alegré en extremo, pues no deseaba mucho conocer á Juan del Claymore, y desde mi doble aventura, primeramente con el guía y luego con el caballero patrón del bote, tenía cierto temor de ponerme en contacto con un nuevo montañés de Escocia. Por lo tanto, acepté su proposición, y por la tarde llegamos á una casita solitaria junto al camino.

No bien llegamos á la puerta de la morada del Sr. Henderland, cuando con gran sorpresa mía, pues me había acostumbrado á la cortesía de los montañeses, mi huésped se precipitó en una de las habitaciones, tomó un jarro y una cucharita de cuerno, y comenzó á tomar polvos de rapé en una cantidad excesiva. Después de estornudar varias veces, me miró con una sonrisa un tanto estúpida.

—Es un voto que hice de no llevar jamás conmigo rapé. Es indudablemente una gran privación; pero cuando pienso en los mártires, no solo de Escocia sino de otros países cristianos, me avergüenzo.

Después de haber comido un potaje y un poco de suero de leche, mi huésped puso una cara muy grave y me dijo que tenía que llenar un deber y que éste era informarse acerca del estado de mi espíritu respecto á Dios. Al principio me sentí inclinado á sonreirme, recordando lo del rapé; pero á poco de haber hablado sentí mis ojos anegados en lágrimas, porque hay dos cosas de que jamás se cansa el hombre: la bondad y la humildad, de las cuales nunca tenemos demasiado en este rudo mundo sobre todo entre gente fría y orgullosa; y el Sr. Henderland tenía bastante de aquellas virtudes. Aunque yo estaba no poco envanecido con mis hazañas y aventuras, sin embargo, pronto aquel hombre sencillo y bueno me tuvo á sus pies, y yo contento y orgulloso de estarlo.

Antes de acostarme me ofreció, de sus limitados recursos, una pequeña moneda para ayuda de gastos; y á tal exceso de bondad no supe qué hacer. Pero al fin, tales fueron sus instancias, que pensé que lo más acertado era aceptarla, dejándole más pobre de lo que ya era.

CAPÍTULO XVII

LA MUERTE DEL ZORRO ROJO

Al día siguiente el Sr. Henderland me buscó un hombre que poseía un bote y tenía que cruzar la ría para ir á pescar á Apín. Le rogó que me llevara consigo, y esto me ahorró un largo viaje y el precio de dos pasajes de otras tantas rías.

Serían cerca de las doce cuando nos pusimos en camino: un día obscuro, nublado, con el sol brillando solamente á intervalos. El mar era muy profundo y encalmado, sin que apenas lo rizara una ola. Las montañas á uno y otro lado eran altas, ásperas, estériles, muy negras y sombrías cuando las nubes pasaban sobre ellas. Esta tierra de Apín me pareció en extremo pobre para que uno se interesara tanto por ella como le sucedía á Alán.

Á poco de haber partido, vimos que el sol brillaba sobre algo color de escarlata que se movía hacia el norte á lo largo de la orilla: el color se parecía mucho al del uniforme de los soldados. De vez en cuando se veían también pequeños fulgores y rayos de luz, como si el sol cayera sobre acero bruñido.

Le pregunté al botero qué era aquello, y me dijo que suponía serían algunos de los soldados del Fuerte William

que se dirigían á Apín contra los pobres arrendatarios del país. Era un triste espectáculo.

Al fin llegamos tan cerca de la tierra, que le pedí al botero que me desembarcara allí, lo cual conseguí con gran dificultad, porque el buen hombre, que era una persona honrada, se había comprometido á llevarme hasta Balachu, que era el punto á donde dije que me dirigía. Me dejó pues en Letermore, en Apín, la tierra de Alán.

Era Letermore un bosque de abedules que crecían en la falda escarpada y escabrosa de una montaña que dominaba la ría. De norte á sur lo atravesaba un sendero, á cuya orilla había un manantial de agua junto al cual me senté á comer un pedazo del pan de avena que me había dado el Sr. Henderland, y comencé á pensar en mi situación.

Aquí no sólo me ví atormentado por una nube de mosquitos, sino mucho más por las dudas de mi espíritu. ¿Qué era lo que debía hacer; por qué iba á unirme á un proscripto y presunto asesino como Alán? ¿No sería más cuerdo proceder como hombre de juicio y regresar á mi país nativo, sin más guía que yo mismo? ¿Qué pensarían de mí el Sr. Campobello y aun el Sr. Henderland si tuviesen noticias de mi locura y presunción? Estas eran las dudas que me asaltaban con mayor fuerza que nunca.

Mientras estaba entregado á estos pensamientos, oí el rumor de hombres y caballos que atravesaban el bosque; y en efecto, en un recodo del camino ví á cuatro viajeros que se acercaban. El camino era en este lugar tan escabroso y estrecho, que venían en fila uno tras otro, condu-

ciendo á sus caballos de la rienda. El primero era un caballero alto, de pelo rojo, aspecto imperioso y rostro colorado, que llevaba en la mano el sombrero que le servía de abanico, pues parecía sofocado con el calor. El segundo, por su decente traje negro y peluca blanca, revelaba ser un abogado. El tercero era un sirviente, y llevaba una parte de sus vestidos de tartán, lo que probaba que su amo pertenecía á una antigua familia de las Tierras Altas de Escocia, y era, ó un proscripto, ó se hallaba en muy buenas relaciones con el Gobierno, puesto que el uso del tartán, ó vestidos de cuadros de colores, estaba prohibido por una reciente ley. Á haber estado yo más versado en estos asuntos, habría conocido que los colores del tartán eran los de los Campobellos. Este criado llevaba un portamanteo atado al caballo, y un saquito de malla lleno de limones colgaba del arzón, sin duda para hacer ponches.

En cuanto al cuarto, era uno de los oficiales del alguacil á cuyo cargo está hacer cumplir las leyes.

No bien hube visto á esta gente resolví, sin saber por qué, continuar mi comenzado viaje; así es que cuando pasaron junto á mí, me puse en pie y le pregunté al que iba delante cuál era el camino que conducía á Aucharn.

—Glenure,—dijo el otro,—este no es asunto propio para bromear.

Estos dos individuos se aproximaron uno á otro y se pusieron á mirarme, mientras los otros dos de la comitiva se detuvieron atrás á tiro de piedra.

—Y ¿qué busca Vd. en Aucharn?—preguntó Colín Roy Campobello de Glenure, al que llamaban el Zorro Rojo, pues ese fué á quien yo dirigí la palabra.

—El hombre que vive allí,—respondí.

—¿Santiago de los Glens?—dijo Colín en tono de mofa; y luego dirigiéndose al abogado le preguntó.—¿Cree Vd. que estará reuniendo á su gente?

—De todos modos,—dijo el abogado,—haríamos mejor en permanecer donde estamos y esperar que los soldados se nos unan.

—Si Vds. se alarman por mí,—les dije,—sepan Vds. que ni pertenezco á esa gente ni á la vuestra, sino que soy un honrado súbdito del Rey Jorge, sin deber nada á nadie, ni temer tampoco á nadie.

—Muy bien dicho,—replicó Colín Roy.—Pero si me es permitido hacer una pregunta, quisiera saber ¿qué hace este honrado hombre tan lejos de su país, y por qué busca al hermano de Ardiel? Debo decir á Vd. que tengo aquí autoridad y poder. Soy agente del Rey en varias de estas propiedades, y tengo doce filas de soldados á mi disposición.

—He oído decir,—respondí un tanto irritado,—que Vd. era un hombre muy difícil de manejar.

Permaneció aun contemplándome como si estuviera dudoso.

—Bien,—dijo al fin,—tiene Vd. la lengua algo atrevida; pero no me disgusta la franqueza. Si Vd. me hubiera preguntado, otro día cualquiera, excepto hoy, las señas de la morada de Santiago Stuart, se las hubiera dado al instante. Pero hoy,—¿eh, Mungo?—Y volvió la cabeza para mirar al abogado.

Pero precisamente entonces se oyó el disparo de una arma de fuego desde la cima de la colina, y con el disparo Colín cayó al suelo.

—¡ Ah ! ¡ me han matado !—exclamó varias veces.

El abogado lo había levantado y sostenido en sus brazos, mientras el criado se inclinaba sobre él estrechándole las manos. El herido dirigía sus miradas del uno al otro con ojos asustados, y con una voz alterada que partía el corazón, dijo:

—Tened cuidado de vosotros: yo estoy muerto.

Trató de abrir sus vestidos para ver la herida, pero no tuvo fuerzas para desabotonarse. Con esto dió un gran suspiro, dobló la cabeza sobre el hombro y expiró.

El abogado no dijo una palabra, pero tenía el rostro tan pálido como el del difunto y en extremo severo: el criado comenzó á lamentarse ruidosamente y á llorar como un niño; y yo, por mi parte, permanecí mirándolos fijamente con una especie de horror. El alguacil había corrido al primer ruido del disparo en busca de los soldados.

Al fin el abogado depositó en tierra al muerto y se puso en pie medio tambaleando.

Creo que fué su movimiento lo que me hizo volver en mí; porque no bien lo hubo hecho, que comencé á correr colina arriba gritando: "¡ Al asesino! ¡al asesino!"

Tan poco tiempo había transcurrido cuando llegué cerca de la cima, que pude ver al asesino que se alejaba á no gran distancia. Era un hombre alto, con un gabán negro y botones de metal y llevaba una escopeta.

—¡ Desde aquí lo veo !—grité.

El asesino dió una rápida mirada hacia atrás y comenzó á correr, perdiéndose un momento después en un bosquecillo de abedules; reapareció luego en la parte su-

perior, viéndole trepar aquel lado de la montaña que era muy pendiente, y al fin lo perdí de vista.

Durante todo este tiempo yo también había estado corriendo, y me encontraba ya bien lejos cuando oí una voz que me ordenaba hacer alto. Yo me encontraba en la orilla del bosque superior, y cuando me detuve y miré hacia abajo, ví al abogado y al alguacil de pie, gritando y haciéndome señas para que bajara; y cerca de ellos los soldados, con los mosquetes en las manos, preparándose á subir la colina.

—¿ Por qué he de bajar ?—grité—¡ Suban Vds. !

—Diez libras esterlinas si apresáis á ese muchacho,—gritó el abogado,—¡ es un cómplice ! Estaba apostado aquí para detenernos hablándonos.

Al oir esas palabras, que percibí perfectamente, aunque fueron dirigidas á los soldados y no á mí, el corazón quiso salírseme por la boca de puro terror. Una cosa es estar en peligro de vida, y otra en peligro de perder la vida y la reputación al mismo tiempo. La cosa, sin embargo, había sucedido tan rápida é inesperadamente, como un rayo que estalla en un cielo sereno, que me dejó todo confuso y sin saber qué hacerme.

Los soldados empezaron á desplegarse, algunos á correr, y otros á levantar sus fusiles y á apuntarme. Y yo permanecía sin embargo inmóvil.

—¡ Ocúltese aquí entre los árboles !—dijo una voz cerca de mí.

Aunque apenas sabía lo que estaba haciendo, obedecí la orden ; y no bien hube entrado cuando oí silbar las balas entre los abedules. Allí me dí de manos á boca con Alán Breck de pie con una caña de pescar en la mano. No me

saludó: no era tiempo para cortesías. "Sígame"—fué lo único que me dijo y emprendió la carrera hacia Balachu, yendo yo tras él como un carnero.

Ya corríamos entre los abedules; ya nos agachábamos detrás de los matorrales de la falda de la montaña; ya nos arrastrábamos entre los brezales. La carrera era mortal: el corazón parecía que quería hacérseme pedazos contra las costillas; pero no tenía tiempo ni de pensar, ni de hablar, ni siquiera de respirar. Recuerdo solo haber visto con sorpresa que de vez en cuando Alán se ponía en pie estirándose cuanto podía, dirigiendo una mirada hacia atrás; y que cada vez que hacía esto, oíamos los gritos y exclamaciones de los soldados.

Un cuarto de hora después, Alán se detuvo, se arrojó de bruces entre los brezos y me dijo:

—Ahora la cosa está seria. Haga Vd. lo que yo haga, pues le va la vida.

Y con toda la velocidad posible, pero con mayores precauciones, comenzamos á desandar lo andado atrevesando la montaña, aunque por una senda algo más elevada, hasta que al fin Alán penetró en el bosque de Lettermore donde yo lo había encontrado, y se tendió en el suelo jadeante como un perro cansado de correr.

En cuanto á mí, los costados me dolían de tal modo, la cabeza la tenía tan empapada en sudor, y la lengua tan seca, que me arrojé á su lado como si estuviera muerto.

CAPÍTULO XVIII

HABLO CON ALÁN EN EL BOSQUE DE LETERMORE

ALÁN fué el que primero recobró las fuerzas. Se levantó, fué á la orilla del bosque, miró á uno y otro lado, y luego retrocedió y se sentó en el suelo.

—Pues no ha escapado Vd. mal, David,—me dijo.

No respondí nada y ni siquiera levanté la cabeza. Había visto cometer un asesinato que privó de la vida en un momento á un caballero alto, robusto, jovial, y la vista de aquel triste espectáculo no podía olvidarla, y sin embargo esto solo era una parte de lo que me preocupaba. La víctima de aquel asesinato era un hombre á quien Alán detestaba; y aquí estaba Alán oculto entre los árboles, huyendo de los soldados. Que fuera su mano la que disparó el tiro ó solo la cabeza que lo ordenó, importaba muy poco al caso. Á mi modo de ver, mi único amigo en aquella región agreste, era un criminal manchado de sangre; me causaba horror; no podía mirarle á la cara; hubiera preferido yacer solo en medio de la lluvia en la islita fría y desierta, á estar en aquel bosque caliente junto á un asesino.

—¿ Está Vd. cansado aún ?—me preguntó de nuevo.

—No,—le dije, sin levantar la cabeza;—no, no estoy

cansado, y puedo hablar. Usted y yo debemos separarnos. Lo quiero á Vd. mucho, Alán,—agregué—pero nuestras sendas no son las mismas, y tarde ó temprano tendremos que separarnos.

—Difícilmente me quisiera separar de Vd., David, sin tener para ello una razón,—dijo Alán con un tono lleno de gravedad.—Si sabe Vd. algo en contra de mi buen nombre, lo menos que se debiera hacer, en gracia de una buena amistad, era decírmelo; y si solo consiste en que mi compañía le causa desagrado, entonces soy yo quien pudiera juzgar si me considero ó no insultado.

—Alán,—le dije,—¿qué significa esto? Demasiado sabe Vd. que aquel Campobello yace en el camino bañado en su propia sangre.

Permaneció en silencio por algún tiempo; y después dijo:

—¿Ha oído Vd. referir alguna vez la historia del Hombre y de las Hadas?

—No, ni quiero oirla,—le contesté.

—Á pesar de todo, Sr. Balfour, se la contaré á Vd., —replicó Alán.—Debe Vd. saber que el hombre fué arrojado sobre una roca en medio del mar, donde las Hadas tenían por costumbre descansar cuando se dirigían á Irlanda. El nombre de esta roca es Skerryvore, y no está lejos del lugar donde naufragamos. Bien; parece que el hombre gritó tanto diciendo que deseaba ver á su hijito antes de morir, que al fin las Hadas se compadecieron de él, y le trajeron el tierno niño en un saco, que depositaron junto al hombre mientras éste dormía. Cuando despertó, vió el saco y notó que algo se movía en él; y como era una de estas personas que siempre ven las

cosas por su lado peor, para mayor seguridad, clavó su puñal en el saco antes de abrirlo, y cuando lo abrió halló á su hijo muerto. Estoy pensando, Sr. Balfour, que Vd. y el hombre del cuento se parecen mucho.

—¿ Quiere Vd. decirme que no tiene parte en el asesinato?—exclamé sentándome.

—Primeramente le diré á Vd., Sr. Balfour de Shaws, de amigo á amigo,—dijo Alán,—que si yo fuera á matar á un caballero, no sería en mi propio país para que mi gente sufriera las consecuencias; ni iría desprovisto de fusil y sable, y solo con una gran caña de pescar al hombro.

—Bien,—dije,—eso es verdad.

—Y luego,—continuó Alán sacando su daga y poniendo sobre ella la mano de un modo especial,—juro sobre este hierro sagrado que no he tenido arte ni parte, ni de hecho ni de palabra, en el asunto.

—Doy á Dios las gracias, por ello,—exclamé y le tendí la mano.

Hizo como si no la hubiera visto.

—Y es ya demasiado hablar sobre un Campobello,—agregó,—y no creo que el número sea tan escaso.

—Á lo menos,—le dije,—Vd. no puede censurarme con justicia, puesto que sabe muy bien lo que me ha dicho en el bergantín. Pero la tentación y el acto son dos cosas diferentes, por lo cual también doy gracias á Dios. Todos podemos ser tentados; pero quitar á otro hombre la vida á sangre fría, ¡ oh Alán!

No pude decir más por el momento; pero después de una pausa agregué:

—¿ Y conoce Vd. al que lo hizo? ¿Conoce Vd. al hombre del gabán negro?

—No tengo una idea clara acerca de su gabán,—dijo mi amigo con cierta astucia,—pero me parece que era azul.

—Azul ó negro ¿ lo conoce Vd. ?—pregunté.

—No puedo en conciencia jurarlo,—me respondió,—pasó muy cerca de mí á tiempo que estaba arreglando mis abarcas.

—¿ Puede Vd. jurar que no lo conoce, Alán ?—le pregunté de nuevo medio iracundo, medio movido á risa ante sus evasivas.

—Todavía no,—dijo,—pero tengo una gran memoria para olvidar, David.

—Y sin embargo, hay una cosa que ví claramente,—agregué, y es que Vd. se expuso y me expuso á mí para atraer la atención de los soldados.

—Es posible,—contestó Alán,—y lo mismo haría todo caballero. Tanto Vd. como yo éramos inocentes en aquel asunto.

—Razón de más, pues que se nos sospechaba falsamente, para no ponernos en evidencia,—dije.—El inocente debe preferirse al culpable.

—David,—me replicó Alán,—el inocente tiene la probabilidad de ser puesto en libertad en un tribunal ; pero en cuanto al que disparó el tiro, el mejor lugar para él es esconderse entre los matorrales. Los que en nada se han mezclado, deben cuidar de los que se han mezclado. Y esto es ser buen cristiano. Porque si las cosas hubieran acontecido de otro modo, y el hombre que yo no pude distinguir bien, ocupara nuestro lugar, y nosotros el suyo, como pudiera haber sucedido, creo que le agradeceríamos mucho si hubiera llamado la atención de los soldados.

Cuando llegó la discusión á este punto, tuve que cesar. Pero Alán tenía tal aspecto de inocencia, y me pareció que hablaba de tan buena fe, y se hallaba tan dispuesto á sacrificarse por lo que creía su deber, que no dije una sílaba más. Recordé entonces las palabras del Sr. Henderland; á saber: que bien podíamos recibir más de una lección de estos agrestes montañeses. Bien: aquí recibí una lección. Los principios morales de Alán pudieran ser errados; pero él se hallaba dispuesto á dar su vida por ellos.

—Alán,—le dije,—no diré que esto sea muy cristiano, como yo lo comprendo; pero es bueno. Y aquí le ofrezco la mano por segunda vez.

Con lo cual me extendió ambas manos diciendo que seguramente yo le había echado un sortilegio, puesto que podía perdonarme todo. Entonces se puso muy grave y me dijo que no teníamos mucho tiempo de que disponer, sino que debíamos huir de aquel país: él, porque era un desertor, y toda la región de Apín sería registrada minuciosamente, y todo el mundo se vería obligado á dar estrecha cuenta de su persona; y yo, porque estaba envuelto en la historia del asesinato.

—¡Oh!—exclamé queriendo darle una leccioncilla,—yo no tengo temor de la justicia de mi país.

—Como si éste fuera vuestro país,—me dijo.—Ó como si Vd. hubiera de ser juzgado aquí, en la tierra de los Stuarts!

—Todo es Escocia,—dije.

—Amigo, á veces me sorprende Vd.,—dijo Alán.—El que ha sido asesinado es un Campobello. El asunto será juzgado en Inverara, la población más importante de

la tierra de los Campobellos; con quince jurados, todos Campobellos, y el más prominente de todos ellos, el Duque de Argyle, dirigirá los procedimientos. ¿Justicia, David? La misma justicia en todo el mundo que Glenure halló hace poco al borde del camino.

Esto me asustó un poco, lo confieso, y me hubiera asustado más á haber conocido cuán cerca de la verdad estaban las predicciones de Alán; porque solo hubo exageración en el número de los jurados que fueron once Campobellos, aunque estando los otros cuatro bajo la dependencia del Duque de Argyle, el resultado venía á ser lo mismo. Sin embargo, grité que era una injusticia que se hacía al Duque que era un caballero cuerdo y honrado.

—¡Bah! ¡bah!—exclamó Alán,—el hombre será lo que Vd. quiera, pero no se puede negar que es un buen jefe de su partido. Y ¿que pensaría su gente si hay un Campobello muerto y á nadie se le ahorca por ello, á pesar de que su jefe es el Juez supremo del distrito? Pero he observado,—continuó Alán,—que en la tierra de Vd. no se forman una idea exacta de lo que es justo ó injusto.

Al oir esto me eché á reir, y con gran sorpresa mía Alán se rió de tan buena gana como yo.

—No, no,—prosiguió,—estamos en las Tierras Altas, David, y cuando yo le diga que corra, óigame Vd. y corra. No hay duda que es muy duro andar al escondite y padecer hambre entre los brezales, pero es peor caer en manos de las casacas rojas.

Le pregunté qué á dónde debíamos huir; y cuando me dijo que á mi país, á las Tierras Bajas, me hallé más in-

clinado á seguirle, pues comenzaba á sentirme impaciente por volver á mi distrito y arreglar cuentas con mi tío. Además, Alán habló con tanta seguridad de que no habría justicia, que empecé á temer tuviera razón, pues la perspectiva de la horca no era nada halagüeña.

—Haré lo que Vd. haga,—Alán; lo seguiré,—le dije.

—Pero tenga Vd. en cuenta que la cosa es seria y que hay que soportar muchos y diversos trabajos: habrá que dormir entre los matorrales, en continua zozobra, y con las armas en las manos, y muchas veces con el estómago vacío. Sí, habrá que desandar con frecuencia lo andado, so pena de que nos echen garra. Se lo prevengo desde ahora, puesto que es una clase de vida que conozco muy bien. Pero si Vd. me pregunta qué otra cosa puede hacer, le diré que ninguna. Ó seguirme entre los matorrales, ó exponerse á ser ahorcado.

—La elección no es difícil,—le dije, y nos dimos un apretón de manos.

—Y ahora, juguémosle otra partida á los uniformes rojos,—dijo Alán, y me condujo á la orilla del bosque.

Por entre los árboles podíamos ver una gran parte de la montaña, y á lo lejos, con dirección á Balachu, se divisaban los soldados á manera de pequeñas manchas rojas subiendo y bajando la colina, y volviéndose cada vez más pequeñas.

Alán los contemplaba sonriéndose á solas.

—¡Ah!—exclamó,—¡ya tienen que trabajar duro antes de conseguir su objeto! Y ahora, David, sentémonos y comamos un bocado, respiremos un poco, y bebamos un trago de mi botella. Después nos dirigiremos á Aucharn á casa de mi pariente Santiago de los

Glens, donde tengo que ir á buscar mis vestidos, mis armas y algún dinero con que proseguir el viaje; y entonces diremos: "Ayúdanos, Fortuna,"—y nos internaremos en los brezales.

Nos sentamos, pues, y comimos y bebimos; y en parte entonces, y luego durante nuestra marcha á Aucharn, nos referimos mutuamente nuestras aventuras desde que nos separó el naufragio.

Parece que tan pronto como pasó la ola que me arrastró al mar, Alán se dirigió á la borda del bergantín, me vió y me perdió de vista, y me volvió á ver en mis subidas y bajadas, hasta que divisó que estaba asido del madero. Esto le dió esperanzas de que al fin llegaría á tierra, y le indujo á tomar las medidas que, por mis pecados, me trajeron á la tierra de Apín.

Entretanto, los que estaban en el bergantín echaron el bote al mar, y ya había en él uno ó dos de los marineros cuando vino una segunda ola, mayor que la primera, la cual levantó la popa del buque y hundió la proa, entrando el agua á torrentes en las escotillas.

Referir solamente lo que siguió á esto, hizo palidecer á Alán. En la escotilla había aun dos hombres que no podían moverse y que al ver penetrar el agua con tanta fuerza, creyendo que el buque se hundía, empezaron á gritar de tal manera y con tan desgarradoras lamentaciones, que los que estaban sobre cubierta se arrojaron precipitadamente al bote y se pusieron á remar á toda prisa. Apenas se hallarían á unas doscientas yardas, cuando vino una tercera é inmensa ola que levantó al bergantín sobre el arrecife; sus velas se inflaron por un momento y parecía que empezaba á moverse, pero de-

teniéndose inmediatamente, se hundió en la profundidad de las aguas el *Covenant* de Dysart.

Mientras remaban con dirección á la costa nadie pronunció una palabra, llenos como estaban aún de horror con los gritos de los marineros aquellos; pero apenas pusieron pie en tierra cuando el capitán pareció despertar de un sueño y ordenó á su gente que se apoderara de Alán. Los marineros retrocedieron como si la cosa no fuera muy de su gusto; pero el capitán, furioso, les decía que Alán estaba solo, que tenía consigo mucho dinero, y había sido la causa de la pérdida del buque y de la muerte de sus compañeros, y que de un golpe obtendrían venganza y dinero. Eran siete contra uno; y en aquella parte de la costa no había ninguna roca contra la cual pudiera apoyarse Alán, así es que los marineros comenzaron á esparcirse para atacarle por la espalda.

—Y entonces,—dijo Alán,—el hombrecillo del pelo rojo—no me acuerdo de su nombre . . . .

—Riach,—le dije.

—Sí,—dijo Alán,—Riach. ¡ Bien ! él fué quien tomó mi defensa, preguntándoles si no temían la justicia. Si persistís en vuestro intento, yo mismo le guardaré las espaldas. No es enteramente perverso ese hombrecillo del pelo rojo,—agregó Alan.—Tiene sus puntos de hombre decente.

—Sí,—le dije,—fué bueno conmigo á su manera.

—Y así lo fué con Alán,—dijo,—y á fe que es muy excelente su manera. Pero la pérdida del buque y los gritos de los pobres marineros pesaban sin duda mucho sobre el pobre hombre.

—Sin duda ; pero ¿ qué hizo el capitán ?

—Me parece que lo tomó muy á mal,—dijo Alán,—pero el hombrecillo me gritó que me pusiera en salvo; y á la verdad que no me pareció malo el consejo, y eché á correr. Lo último que alcancé á ver fué que formaban un grupo en la orilla como gente que no puede ponerse de acuerdo.

—¿Qué quiere Vd. decir con eso?—le pregunté.

—Bien, los puños hablaban,—respondió Alán,—y ví á un hombre rodar al suelo. Pero creí que era mejor no esperar el resultado. En aquella extremidad de la isla de Mull los Campobellos predominan, lo que no es muy buena compañía para un caballero como yo; de lo contrario, me hubiera quedado para buscarle á Vd. yo mismo y ayudar al hombrecillo. (Era cómico ver como Alán hablaba de la estatura de Riach, porque á decir verdad el uno era casi tan pequeño como el otro). Por lo tanto, continuó, proseguí mi camino, y donde quiera que veía á alguna persona le decía que había un naufragio en la costa y la gente sin detenerse á preguntarme más, se iba corriendo á verlo. Fué una desgracia que el buque se hundiera, pues de lo contrario habrían buscado por todas partes, y pronto hubieran dado con Vd.

CAPÍTULO XIX

LA CASA DEL MIEDO

Mientras íbamos andando se hizo de noche, por cierto que bastante obscura. La senda que seguíamos cruzaba las faldas de una áspera montaña, y aunque Alán continuaba avanzando con su aplomo de costumbre, yo no comprendía cómo podía él mismo hallar el camino.

Al fin, como á las diez y media llegamos á la cima de un cerro y vimos luces debajo de nosotros. Parecía que la puerta de una casa estaba abierta, dejando entrever el fuego de una chimenea y la luz de una vela; alrededor cinco ó seis personas se movían apresuradamente, cada una llevando una antorcha encendida.

—Santiago debe haber perdido el juicio,—dijo Alán. —Si en vez de ser nosotros fueran los soldados, buena cuenta darían de él y de los suyos. Pero tal vez tenga un centinela en el camino, porque él sabe muy bien que ningún soldado tomará la senda por donde hemos venido.

Diciendo esto, silbó tres veces de una manera particular. Al primer silbido todas las personas con antorchas se detuvieron, como si se hubieran asustado; al tercero,

sin embargo, comenzó de nuevo la misma agitación y movimiento.

Habiendo tranquilizado de este modo á su gente, descendimos la colina y fuimos recibidos en la puerta del patio por un hombre alto, hermoso, de más de cincuenta años que saludó á Alán en gaélico.

—Santiago Stuart,—dijo Alán,—hablemos en inglés, porque este joven caballero que viene conmigo no entiende otro idioma. Este caballerito,—continuó Alán pasando el brazo bajo el mío,—es de las Tierras Bajas, y un señor en su país, pero conviene que por ahora no revele su nombre.

Santiago de los Glens me contempló un instante y me saludó muy cortesmente; luego se dirigió á Alán.

—Ha sido un terrible accidente,—exclamó,—que traerá muchos males sobre el país,—y diciendo esto se retorció las manos.

—¡ Bah !—dijo Alán,—es preciso estar á las verdes como á las maduras. Colín Roy está muerto, y debes dar gracias que así sea.

—¡ Ah !—prorrumpió Santiago,—daría cualquier cosa porque estuviese vivo. Fácilmente se puede perorar y amenazar anticipadamente; pero ahora que la cosa está hecha, Alán, ¿ sobre quién recaerá la reprobación ? El asunto recaerá sobre Apín, no lo olvides, Alán ; Apín lo pagará, y yo soy un hombre con familia.

Durante este diálogo yo había estado observando á los criados. Algunos, subidos en escaleras, sacaban del techo de bálago de la casa y de los edificios de la alquería, fusiles, sables y diferentes armas de guerra ; otros se las llevaban, y á juzgar por el sonido de los golpes de azadones

supongo que las enterraban. Aunque todos estaban muy ocupados, no había orden ni método en sus trabajos; los hombres corrían de un lado á otro con las antorchas encendidas, queriendo á veces sacar varios un mismo fusil, y Santiago de los Glens continuamente interrumpía su conversación con Alán para dar órdenes que parece nadie entendía. El rostro de los que llevaban las antorchas era el de gentes llenas de temor y con mucha prisa de acabar lo que estaban haciendo; y aunque ninguno hablaba en voz alta, el acento de sus voces revelaba cólera y terror.

En esto salió un muchacho de la casa con un paquete ó bulto; y amenudo me he sonreído al recordar cómo todos los instintos de Alán se revelaron á su vista.

—¿Qué es lo que trae ese muchacho?—preguntó.

—Estamos poniendo la casa en orden, Alán,—dijo Santiago,—con voz entre asustada y zalamera. Registrarán á todo Apín, y es preciso tenerlo todo arreglado. Estamos ocultando los fusiles y las espadas, como ves, y creo que lo que trae el muchacho son tus vestidos franceses.

—¡Enterrar mis trajes franceses!—exclamó Alán.—No, no, de ningún modo.

Y echó mano al paquete y se retiró al granero á mudar el vestido, recomendándome entretanto á su pariente.

Santiago me llevó á la cocina y se sentó conmigo á la mesa, sonriendo y hablando al principio de una manera muy hospitalaria. Pero poco á poco se fué volviendo sombrío; y sumido en sus pensamientos, se acordaba de mí de vez en cuando, y entonces me decía un par de palabras acompañadas de una pobre sonrisa, para caer de nuevo en sus temores. Su esposa estaba sentada junto al fuego llo-

rando, con el rostro oculto entre las manos; el hijo mayor estaba en un rincón recorriendo con la vista una gran cantidad de papeles, quemando uno que otro completamente. De tiempo en tiempo aparecía uno de los criados del patio en busca de órdenes.

Al fin, Santiago no pudo permanecer por más tiempo sentado y me suplicó que lo excusara si no me atendía mejor.

—Yo no sirvo mucho para hacer compañía á nadie, señor,—me dijo,—pero hoy especialmente no puedo pensar en otra cosa sino en este terrible accidente y en los males que va á traer á personas del todo inocentes.

Poco después observó que su hijo estaba quemando un papel que creía debía conservarse; y entonces su agitación estalló de tal modo que era penoso presenciarlo. Golpeó al muchacho repetidas veces.

—¿Te has vuelto loco?—gritaba.—¿Deseas que ahorquen á tu padre?

Y olvidándose de mi presencia, continuó hablándole largo tiempo en gaélico, sin que el muchacho respondiera palabra. La esposa, solamente, al oir hablar de ahorcar, se cubrió el rostro con el delantal sollozando más alto que artes.

Presenciar esto era en extremo desagradable para un extraño como yo, así es que me alegré mucho cuando Alán regresó, vestido con su hermoso traje francés, aunque á decir verdad estaba tan dilapidado que no merecía ese calificativo. Entonces me llevó consigo uno de los hijos y me hizo cambiar de ropa, de lo cual tenía realmente necesidad, dándome además un par de abarcas de montañés, hechas de piel de venado, que si al principio

me parecieron algo extrañas, luego las hallé muy cómodas.

Cuando regresé, ya Alán debía de haber referido su historia; porque se comprendió que yo tenía que huir con él, y todos estaban muy ocupados preparando nuestro equipo. Nos dieron á cada uno una espada y pistolas, aunque yo manifesté mi poca habilidad en el manejo de la primera; y con estas armas y algunas municiones, un saco de harina de avena, una vasija de hierro y una botella de legítimo brandy ó coñac francés, estuvimos listos para internarnos en el bosque. Dinero faltaba. Yo tenía solo dos libras esterlinas; el cinturón de Alán había sido despachado con otra persona: ahora todo su capital eran en unos cuantos peniques; y en cuanto á Santiago, parece que sus viajes á Edimburgo y los gastos legales en favor de sus arrendatarios de tal manera habían agotado sus recursos, que á duras penas pudo reunir una suma insignificante, la mayor parte en monedas de cobre.

—Eso de nada me sirve,—dijo Alán.

—Debes buscar un lugar seguro en las cercanías, y decírmelo,—dijo Santiago.—Tenéis que poneros en salvo pronto. No es esta la ocasión de detenerse por un poco de dinero. Ellos te seguirán la pista, te buscarán, y te acusarán de todo lo acontecido hoy. Si la culpa recae en tí, recaerá también en mí como tu pariente cercano y tu encubridor mientras estás en el país. Y si la culpa recae en mí. . . . Se detuvo y se mordió los dedos, volviéndose muy pálido. . . . Sería una cosa terrible para nuestros amigos, si me ahorcaran,—agregó.

—Sería un día nefasto para Apín,—dijo Alán.

—Sí, un día en que no quiero pensar,—exclamó San-

tiago. ¡ Oh Alán, Alán ! ¡ hemos hablado como dos tontos !—gritó dando con la mano cerrada en la pared un golpe que resonó en toda la casa.

—Y eso también es verdad,—dijo Alán,—y este amigo mío de las Tierras Bajas me dió un buen consejo sobre ese particular, que debiera haber seguido.

—Pero, mira,—dijo Santiago,—si me tratan de ahorcar, entonces sí que necesitarías dinero. Porque á pesar de todo lo que has dicho, la cosa presentaría muy mal aspecto contra los dos. Oye con atención lo que digo, y verás que yo mismo tengo que acusarte; yo tengo que ofrecer una recompensa por tu aprehensión ; sí, yo mismo. Es muy triste tener que hacer esto entre amigos y parientes tan cercanos; pero si me echaren á mí la culpa de este terrible accidente, tendré que defenderme. ¿ No lo comprendes así ?

Habló con un acento suplicante y serio, asiendo á Alán por el seno de la levita.

—Sí,—dijo Alán,—lo comprendo.

—Y tienes que salir del país, Alán, sí y de Escocia,—lo mismo que tu amigo de las Tierras Bajas. Porque á él también hay que acusarlo. Tú lo comprendes, Alán,—dí que lo comprendes así.

Alán se sonrojó un tanto.

—Eso es muy duro para mí, Santiago, después de haberlo traído aquí,—dijo Alán echando la cabeza hacia atrás.—Equivale á hacer de mí un traidor.

—Alán, Alán,—exclamó Santiago,—mira las cosas como son. Se le acusará de todos modos; Mungo Campobello lo acusará indudablemente. ¿ Qué importa que yo le acuse también ? Y luego, Alán, yo soy un hombre con familia.

Y después de una breve pausa, continuó:

—Y, Alán, será un jurado todo compuesto de Campobellos.

—Hay una cosa buena,—dijo Alán sonriéndose,—y es que nadie sabe su nombre.

—Ni debe saberlo nadie, Alán, te lo juro,—gritó Santiago, como si realmente hubiese sabido mi nombre y renunciase á alguna gran ganancia,—pero sí daré las señas del vestido que tenía, su aspecto, su edad y cosas semejantes. Es lo menos que puedo hacer.

—No conozco al hijo de tu padre,—dijo Alán severamente.—¿Quieres vender al muchacho? ¿Quieres hacerle mudar de traje para después hacerle traición?

—No, no, Alán,—dijo Santiago.—No, no: el vestido que se quitó, el vestido en que lo vió Mungo.

Pero á mí me parecía muy abatido, como si tuviera á la vista á sus enemigos hereditarios en el jurado y la horca en perspectiva.

—Bien, señor,—dijo Alán dirigiéndose á mí,—¿qué dice Vd. de eso? Estáis bajo la salvaguardia de mi honor, y tengo que ver que no se haga sino lo que Vd. quiera.

—Solo tengo una palabra que decir,—respondí,—nada tengo que ver en toda esta cuestión. Pero lo que aconseja el buen sentido, y lo justo, es que caiga la culpa sobre el culpable, sobre el hombre que disparó el tiro. Acúselo Vd., persígalo Vd., y deje que las personas honradas é inocentes muestren el rostro con toda seguridad.

Pero á estas palabras mías, tanto Alán como Santiago expresaron su horror, diciéndome que me callara, porque en eso no había que pensar.

—¿Qué pensarían los Camerones? (Lo que me confirmó en la creencia de que debía de ser un Camerón de Mamore el que cometió el asesinato.) ¿No vé Vd. que podrían prender al mozo? ¿Vd. no ha pensado en eso?—dijeron los dos con tan inocente vehemencia, que comprendí era inútil hablar más del asunto.

—Muy bien, muy bien, haga Vd. lo que quiera. Acúseme á mí, acuse á Alán, y hasta al Rey Jorge, puesto que los tres somos inocentes y eso es lo que se quiere.—Y después de una breve pausa, agregué:—pero al fin, yo soy amigo de Alán, y si puedo servir á uno de sus amigos, el peligro no me detendrá.

Creí que era lo mejor que podía hacer, porque veía la agitación de Alán, y además comprendí que tan pronto como me alejara de allí, se me acusaría, quisiera ó no, en lo cual me equivocaba, pues no bien hube pronunciado esas palabras cuando la esposa de Santiago corrió hacia mí, y me abrazó llorando y después á Alán, pidiendo que Dios nos bendijera por nuestras bondades para con su familia.

—En cuanto á tí, Alán, era tu obligación,—dijo,—pero en cuanto á este joven que ha venido aquí y nos ha visto por nuestro lado peor, y ve al buen amo de la casa rogando como un suplicante cuando por derecho podía dar órdenes como un rey, en cuanto á Vd., joven amigo,—continuó,—me duele en el alma no conocer su nombre, pero conozco el rostro; y mientras me lata el corazón, lo recordaré, y lo bendeciré.

Y diciendo esto me besó, y rompió de nuevo á sollozar, de tal modo que yo no sabía qué hacer.

¡Basta! ¡basta!—exclamó Alán,—en este mes de

Julio amanece muy temprano, y mañana será un hermoso día en Apín, y recorrerán el país muchos dragones y soldados; y por lo tanto cuanto antes salgamos de aquí, tanto mejor.

Y con esto nos despedimos, y emprendimos nuestra marcha en una noche templada y muy obscura, y por el mismo terreno quebrado que antes.

CAPÍTULO XX

LA HUIDA ENTRE LOS MATORRALES: LAS ROCAS

Á veces andábamos; otras corríamos; y al acercarse la mañana andábamos menos y corríamos más. Aunque á primera vista el país parecía desierto, sin embargo había chozas y casas habitadas de las cuales pasamos más de veinte ocultas en lugares apartados. Cuando nos acercábamos á alguna, Alán se adelantaba, llamaba á la puerta y hablaba por la ventana con alguno, cuyo sueño había interrumpido, para comunicarle lo acontecido; porque en aquella región, parecía esto un deber tan ineludible que Alán tenía que llenarlo á pesar de estar huyendo para salvar la vida; y cumplido de tal modo por otros, que en la mitad de las casas á que llamó, tenían ya noticias del asesinato. En las otras, se recibió esa nueva con más consternación que sorpresa.

Á pesar de toda nuestra prisa, cuando comenzó á amanecer aun nos encontrábamos lejos de todo asilo, en un valle profundo, lleno de rocas por entre las cuales serpeaba un río y cercado de montañas donde ni hierbas ni árboles crecían. Los primores albores de la mañana nos mostraron aquel horrible lugar, y aun me parece ver á Alán frunciendo el entrecejo.

—Aquí no podemos quedarnos,—dijo,—este lugar lo registrarán y vigilarán.

Y diciendo esto emprendió la carrera más aprisa que antes, con dirección al río, en un punto en que lo dividían tres rocas, con un ruido atronador que me asustó. Alán no miró ni á derecha ni á izquierda sino que saltó á la roca del medio en que cayó sobre las manos y las rodillas para sostenerse, pues la roca era pequeña. Yo no tuve tiempo para medir la distancia ni darme cuenta del peligro, sino lo imité, y él me recibió y me impidió caer.

Aquí estábamos los dos sobre una pequeña roca, resbaladiza, teniendo que dar aún otro salto mayor, y con el río cercándonos por todos lados. Cuando me dí cuenta de donde me hallaba, se apoderó de mí un temor muy grande y me cubrí los ojos con las manos. Alán me asió por el brazo y me dió una sacudida: ví que estaba hablando, pero el ruido del agua y la turbación de mi espíritu me impidieron oirle; noté solo que tenía el rostro rojo de cólera y que golpeaba la roca con el pie. De nuevo el espectáculo del agua que nos cercaba y el ruido atronador que formaba me hizo cubrir los ojos con las manos todo estremecido.

Al instante Alán me puso la botella de coñac en los labios y me obligó á beber un buen trago que me envió la sangre á la cabeza. Entonces, haciendo como una bocina de sus manos y aplicando la boca á mis oídos, gritó: "Ahogarse ó la horca,"—y volviéndome las espaldas dió un salto sobre el otro brazo del río y cayó en tierra.

Quedé solo en la roca, donde tenía ahora más espacio; el coñac hacía su efecto en el cerebro; tenía á la vista el ejemplo de Alán, y sabía que si no daba el salto entonces,

no lo daría nunca. Me incliné un tanto y me lancé con cierta especie de desesperación que en mí reemplaza al valor. Solo toqué con las manos la orilla, traté de asirme de ella y me deslicé de nuevo, y descendía al agua cenagosa, cuando Alán me asió primero por los cabellos, luego por el cuello y con un gran esfuerzo me sacó á tierra.

No dijo una palabra sino que empezó de nuevo á correr y yo tuve que seguirle, á pesar de la fatiga que tenía, de lo magullado que estaba y de que el coñac me había medio embriagado. Continué corriendo sin embargo, con una punzada en el costado que casi me privaba del aliento; y cuando Alán se detuvo al fin bajo una gran roca que estaba entre otras, aseguro que ya era tiempo.

He dicho una gran roca, pero en realidad eran dos que casi se unían por arriba, ambas de unos veinte pies de altura y á primera vista inaccesibles. Solo después de tres tentativas pudo Alán trepar á ellas, y eso apoyándose en mis hombros. Una vez arriba, y con ayuda de su cinturón de cuero que él sostenía, y de uno que otro agujero en la roca, pude subir á su lado.

Entonces ví por qué habíamos subido allí. Las dos rocas, que eran un tanto huecas en la cima, y se inclinaban la una hacia la otra, formaban una especie de cuna ó cavidad donde podían ocultarse tres ó cuatro personas acostadas.

Durante todo este tiempo Alán no había hablado una sola palabra, y había corrido con tal furia y tan en silencio que comprendí que temía haber equivocado el camino. Aun ahora que estábamos ya en la roca, no dijo nada, ni desarrugó el entrecejo, sino que con la mayor precaución se puso á mirar á todos lados, prestando atento oído

al más leve rumor. La aurora era muy clara; podíamos ver los costados pedregosos del valle y su fondo, sembrado de rocas, y el río que lo atravesaba; pero en ninguna parte se divisaba ni el humo de una chimenea, ni un ser viviente, excepto algunas águilas que chillaban en torno de un alto peñasco.

Entonces, al fin, Alán se sonrió.

—Sí,—dijo,—ahora tenemos una esperanza,—y luego, dándome una mirada, agregó,—no me parece que sea Vd. muy fuerte en materia de saltos.

Creo que me mostré algo mortificado, porque agregó:

—No importa: tener temor de una cosa, y hacerla sin embargo, es lo que que constituye á un hombre digno. Y luego se trataba del agua, que hasta asusta á un hombre como yo. No, no,—repitió,—no es Vd. quien merece censura, sino yo.

Le pregunte por qué.

—Por qué,—me respondió,—porque esta noche he sido de una torpeza increible. Antes que todo, equivoqué el camino, y eso en mi misma tierra de Apín; de modo que el día nos ha sorprendido donde no debíamos haber puesto los pies, y gracias á mi error estamos aquí con algún peligro y mayor falta de comodidad. Y luego, que es lo peor de todo en un hombre que ha estado tanto entre los matorrales como yo, no he traído conmigo una botella de agua, y he aquí que pasaremos todo un día de verano sin nada que beber sino un poco de coñac. Tal vez crea Vd. que este es asunto de poca monta, pero antes que sea de noche cambiará Vd. de parecer.

Yo deseaba hacer algo que diese realce á mi carácter

y propuse, si él quería, derramar el coñac y bajar al río para llenar la botella de agua.

—No quiero tampoco perder esta buena bebida,—dijo, —que le ha sido tan útil esta noche, pues de lo contrario aun estaría Vd. en el peñasco. Y Vd., que es hombre de tanta penetración, debe de haber observado que Alán Breck Stuart andaba quizá más rápidamente de lo que acostumbra.

—¡ Andar !—exclamé,—Vd. corría á todo escape.

—¿ Sí ?—dijo,—entonces debe Vd. tener la seguridad de que no había tiempo que perder. Y ahora hemos hablado ya bastante, y es necesario que Vd. duerma. Yo haré la guardia.

Por lo tanto me acosté á dormir. En la cavidad que formaban las dos rocas, de que he hablado, se había aglomerado un poco de tierra turbosa en la que crecían algunas hierbas que me sirvieron de cama. Lo último que oí fué el chillar de las águilas. Serían las nueve de la mañana cuando fuí rudamente despertado, y hallé la mano de Alán que me tapaba la boca.

—¡ Chit !—murmuró en voz baja,—estaba Vd. roncando.

—¡ Bien !—dije sorprendido al ver la ansiedad que revelaba su rostro,—y ¿ qué tiene eso de extraño ?

Alán miró con mucha cautela por entre las rocas y me dijo que hiciera lo mismo.

El día estaba ya bastante entrado, muy caliente, y el cielo sin nubes. En el valle, como á media milla del río, había un campamento de soldados, en medio del cual ardía un fuego en que se cocinaba algo ; y cerca del campamento, en lo alto de una roca, tan elevada como la

nuestra, había apostado un centinela. En toda la longitud del río se veían también centinelas, unos en lugares altos, y otros en los puntos bajos, que estaban en constante movimiento de un lado á otro para no dejar nada sin vigilar. Hasta donde podía extendarse la mirada en ambas direcciones del valle, se veían brillar las armas de los soldados de centinela para guardar todos los pasajes vadeables del río ó todos los puntos de entrada y salida.

Di solo una mirada y al instante me agaché en mi escondite. Era un espectáculo extraño ver este valle, tan desierto y solitario al rayar el alba, resplandeciente ahora con las armas de los soldados que lo recorrían en todas direcciones.

—Esto era lo que yo me temía, David,—dijo Alán,—siempre creí que vigilarían esta parte. Empezaron á llegar hace dos horas, pero ¡ qué sueño el de Vd. ! Estamos entre la espada y la pared. Si ascienden los costados de la colina, nos podrían ver fácilmente con un anteojo ; pero si permanecen donde están, no hay temor ninguno. Los centinelas se encuentran á buena distancia unos de otros á orillas del río : cuando llegue la noche trataremos de escaparnos.

—Y ¿ qué haremos hasta entonces ?—pregunté.

—Quedarnos aquí, y esperar pacientemente,—contestó.

Debe recordarse que estábamos en la cima desnuda de una roca, como sobre unas parrillas. El sol nos azotaba cruelmente ; la roca se volvió tan caliente, que apenas podía tocarse con la mano ; y la poca tierra y hierbas que se conservaban un tanto frescas, eran lo suficientemente grandes para una persona sola ; así es que alterná-

bamos de tiempo en tiempo cambiando de posición. Entretanto no teníamos agua, solo coñac puro para beber, que era preferible á no tener nada, y que conservábamos tan fresco como podíamos, introduciéndolo en la tierra. Con él obteníamos algún alivio lavándonos el pecho y las sienes.

Los soldados continuaron moviéndose todo el día en el fondo del valle, ya relevando los centinelas, ya reconociendo en patrullas las rocas y matorrales. Estos eran tan numerosos, que buscar entre ellos á un hombre era lo mismo que buscar una aguja en un pajar, y como veían la imposibilidad de la tarea no se tomaban mucho empeño. De vez en cuando veía á los soldados introducir las bayonetas en los matorrales, lo que me hacía correr un escalofrío por todo el cuerpo. Á veces se detenían en las cercanías de nuestra roca, de manera que apenas nos atrevíamos á respirar. Recuerdo que uno aplicó la mano á la roca en que estábamos, por el lado que la bañaba el sol, y que exclamó retirándola inmediatamente: "Le digo á Vd. que está caliente."

El fastidio y todas las incomodidades de las horas que pasamos en la roca, iban en aumento á medida que adelantaba el día, como que se iba volviendo más caliente y el sol más implacable. Yo padecía vértigos, intenso molestar y dolores reumáticos. Á eso de las dos de la tarde, se hizo realmente insoportable. El sol, que había declinado un poco hacia el oeste, dejó medio envuelta en la sombra el lado de la roca oculta á las miradas de los soldados.

—Tanto da morir de un modo como de otro,—dijo Alán y se deslizó al suelo por el lado de la sombra.

Lo seguí inmediatamente, cayendo cuán largo era.

Me sentía en extremo débil y con vértigos en consecuencia del largo tiempo que había estado expuesto á los rayos del sol. Aquí permanecimos tendidos un par de horas, todo adoloridos, débiles, y casi á la vista de cualquier soldado á quien se le hubiera antojado dar un paseo por allí. No vino ninguno, sin embargo, pues todos pasaban por el otro lado; de modo que nuestra roca continuó siendo nuestro amparo aún en esta posición.

Poco á poco comenzamos á sentir alguna fuerza; y como los soldados yacían á lo largo del río, Alán me propuso que tratáramos de ponernos en marcha. Lo único que entonces me inspiraba temor era la idea de volver de nuevo á lo alto de la roca; cualquiera otra cosa era preferible, así es que nos pusimos inmediatamente en marcha, deslizándonos de roca en roca, uno tras otro, ya arrastrándonos sobre nuestro vientre en la sombra, ya dando una carrera.

Habiendo hecho los soldados un examen de este lado del valle, á su manera, y sintiéndose quizás algo soñolientos en consecuencia del calor, descuidaron un tanto su vigilancia, y estaban cabeceando en sus puestos, ó solo fijaban su atención en las orillas del río; de modo que siguiendo el valle abajo y dirigiéndonos al mismo tiempo hacia las montañas, nos alejábamos poco á poco de su cercanía. Pero el asunto era de lo más fatigoso que se pueda imaginar. Era preciso andar con cien ojos para mantenerse oculto en un terreno tan quebrado y al alcance de las miradas de tantos centinelas. Cuando atravesábamos un espacio limpio, no solo era necesario andar muy aprisa, sino tener mucho cuidado donde se ponía el pie, pues como reinaba un profundo silencio, la caída de una piedra que comen-

zaba á rodar, resonaba como un tiro de pistola que hubiera repercutido el eco entre las rocas y colinas.

Á la caída de la tarde nos habíamos alejado ya un buen trecho, á pesar de lo lento de nuestra marcha, y de que todavía veíamos claramente al centinela que estaba en la roca de que antes hice mención. Pero llegamos á un punto en que no era posible pensar en nuestros temores. Era un profundo torrente que corría por allí para unirse al río del valle. Á su vista, nos arrojamos al suelo é introdugimos la cabeza y los hombros en el agua, y no puedo decir qué fué más agradable, si la sensación de frescura que experimentamos en todo el cuerpo, ó el placer con que nos pusimos á beber agua.

Aquí nos quedamos, pues estábamos completamente á cubierto; bebimos y volvimos á beber para apagar nuestra sed; introdugimos los brazos en el agua hasta el codo, hasta que la frialdad nos obligó á retirarlos; y al fin, ya bastante repuestos, sacamos nuestro saco de harina de avena y preparamos una especie de sopa en la cacerola de hierro. Aunque consistía en harina de avena y agua fría, pues no había que pensar en hacer fuego porque hubiera revelado nuestra presencia, era un buen plato para un hambriento.

Tan pronto como cayeron las sombras de la noche, nos pusimos de nuevo en marcha, al principio con la misma precaución, pero después con más osadía. El camino era muy intrincado, como que teníamos que ascender las laderas pendientes de las montañas. La noche era obscura y fresca, de modo que se podía andar sin mucha fatiga, pero con el temor continuo de caer y rodar por la pendiente.

La luna surgió al fin, y aun estábamos andando. Estaba en el cuarto menguante y cubierta de nubes, pero al cabo de un rato estas se disiparon y pudimos distinguir algunos picos obscuros de montañas, reflejándose la luz en un estrecho brazo de mar que divisábamos debajo.

Á esta vista nos detuvimos. Yo, sorprendido de hallarme á tal altura, y caminando sobre las nubes; y Alán, para cerciorarse de que no íbamos errados. Debió de creerlo así, y de que estábamos fuera del alcance de nuestros enemigos, porque el resto del camino se la pasó silbundo multitud de tonadas, ya guerreras, ya alegres ó quejumbrosas que nos hacían mover los pies más de prisa en medio del silencio de la noche y de aquellas desiertas montañas. Algunos de los cantos ó tonadillas eran de mi país, lo que aumentaba mi anhelo de verme en él al cabo de mis aventuras.

CAPÍTULO XXI

CONTINÚA LA HUIDA ENTRE LOS MATORRALES

Á PESAR de lo temprano que amanece á principios de Julio, reinaba la obscuridad cuando llegamos á nuestro destino, que era una grieta ó abertura en la cima de una gran montaña, con una corriente de agua en el centro y una especie de caverna en una roca. Había allí un bosquecillo de abedules y á cierta distancia un bosque de pinos. El agua estaba llena de truchas, y el bosque de palomas torcaces; en los lados de la montaña había cuclillos en abundancia. Desde el lugar en que estábamos, se veía abajo una parte de Mamore y del brazo de mar que separa esa región de Apín. Tenía dicho lugar el sonoro nombre de Corrynak, y allí pasamos cinco días.

Dormíamos en la cueva, formando nuestra cama de hojas y ramas que cortamos con ese objeto, cubriéndonos con el gran gabán de Alán. Había un lugar oculto, donde tuvimos la osadía de hacer lumbre, de modo que podíamos calentarnos, cuando las nubes cubrían aquella altura, y además cocinar nuestro potaje y asar las pequeñas truchas que cogíamos con las manos entre las piedras de la corriente de agua. Esto era nuestro placer y ocu-

pación principal; y no solo para ahorrar nuestra harina para tiempos malos, sino que, con una especie de rivalidad que mucho nos divertía, pasábamos la mayor parte del día á orillas del agua tratando de coger truchas con la mano. La mayor que conseguimos pesaría tres cuartos de libra, pero eran de buen sabor, y cuando las asábamos, lo único que faltaba para que fuesen deliciosas era un poco de sal.

En los intermedios de nuestra pesca á mano, Alán me enseñaba el manejo de la espada, porque mi ignorancia en este particular le causaba desazón; y creo, además, que como en el asunto de la pesca le había aventajado varias veces, no le pesaba dedicarse á un ejercicio en que yo era tan decididamente inferior. Lo convirtió en algo más penoso de lo necesario, porque me asaltaba en las lecciones con tal violencia y me acorralaba de tal modo que creía me iba á atravesar con su espada, y estuve tentado más de una vez á echar pie atrás; pero me mantuve firme y saqué bastante provecho de sus lecciones, como fué permanecer en guardia con semblante tranquilo, que es lo que con frecuencia se requiere.

Entretanto no se crea que descuidábamos nuestro asunto principal, que era ponernos en salvo.

—Mucho tiempo ha de pasar,—me dijo Alán el primer día,—antes de que las casacas rojas vengan por aquí; de consiguiente tengo que enviarle un recado á Santiago, para que nos proporcione un poco de dinero.

—Y ¿de qué modo enviar ese mensaje?—pregunté.—Estamos aquí en un lugar desierto, del que no nos atrevemos á apartarnos, y á menos que nuestro mensajero sea un pájaro, no sé cómo se hará.

—¡ Ay !—dijo Alán,—es Vd. hombre de pocos recursos.

Y permaneció en silencio contemplando los rescoldos del fuego ; y tomando al cabo de un rato un pedazo de leña, le dió la forma de una cruz pintando con un carbón las cuatro puntas. Luego me miró con cierta expresión astuta.

—¿ Puede Vd. prestarme mi botón ?—dijo.—Parecerá extraño que pida lo que he dado como presente, pero confieso que no quisiera cortar otro.

Le dí el botón, por el cual pasó una tira de su gabán que había usado para atar la cruz, y agregando un ramito de abedul y otro de abeto, contempló su obra con satisfacción.

—Ahora bien,—dijo,—no lejos de aquí hay una pequeña aldea, donde viven muchos amigos míos, en quienes puedo confiar completamente, y otros que no me inspiran tanta confianza. Oye, David ; nuestra cabeza se pondrá á precio ; el mismo Santiago lo hará ; y en cuanto á los Campobellos revolverán la tierra y el mar cuando se trata de perjudicar á un Stuart. De otro modo, iría yo mismo á esa aldea y pondría mi vida en manos de esa gente sin pensar mucho.

—¿ Y bien ?—pregunté.

—Y bien, como las cosas son como he dicho, no me expongo á que me vean, pues en todas partes hay gente mala, y lo que es peor, gente débil. De manera, que cuando sea de noche me deslizaré hasta esa aldea, y pondré esta cruz en la ventana de un buen amigo mío, Juan Breck Maccoll, uno de los arrendatarios de Apín.

—Y si encuentra eso ¿ qué es lo que pensará ?—le pregunté.

—Bien,—dijo Alán,—quisiera que fuese un hombre de más penetración, porque me temo que no le dará importancia. Pero explicaré lo que quiero significar con esto. La cruz se parece un tanto á la que sirve de señal para que nuestros partidos se reunan; sin embargo, como está fija en su ventana, y no tiene escrita ninguna palabra, debe comprender que no se trata de eso. Entonces se dirá: "*El partido no tiene que reunirse; pero algo pasa.*" Luego verá el botón, que era de Duncan Stuart. Y entonces se dirá: "El hijo de Duncan está *en el bosque y me necesita.*"

—Bien,—dije,—eso pudiera acontecer; pero aun suponiendo que así sea, hay bastantes bosques y matorrales en esta región.

—Y eso es cierto,—continuó Alán,—pero si Juan Breck ve el ramito de abedul y el de abeto, se dirá para sus adentros, si es hombre de penetración, lo cual dudo: —"*Alán debe de estar en un bosque de pinos y abedules.*" Entonces pensará: "*No es difícil dar con él,*" y vendrá donde estamos. Y si no lo hiciere, David, bien puede llevárselo el diablo, sin que mucho me importe, pues no valdrá la sal que pone en su potaje.

—¡Eh! amigo,—le dije chanceándome un poco,—es Vd. muy ingenioso. ¿Pero no sería más sencillo escribirle unas cuantas líneas?

—Y esa es una excelente observación, Sr. Balfour de Shaws,—dijo Alán chanceándose á su vez conmigo,—y sería realmente más sencillo para mí escribirle, pero sería ruda tarea para Juan Breck leerlo. Tendría que ir antes á la escuela un par de años y es posible que nos cansaríamos esperándole.

De consiguiente, aquella noche Alán llevó la cruz y la fijó en la ventana de Juan Breck. Volvió un tanto inquieto, pues los perros habían ladrado, y las gentes salieron de sus casas, y hasta creyó haber oído el rumor de armas y visto una casaca roja asomarse á una puerta. De todos modos, el día siguiente permanecimos á orillas del bosque, observando la mayor vigilancia, de manera que si venía Juan Breck pudiésemos guiarle y si veíamos á los soldados, tener tiempo para ponernos en salvo.

Á eso de mediodía vimos á un hombre que subía penosamente la montaña del lado del sol, mirando á todos lados. No bien Alán lo percibió, se pusó á silbar; el hombre dió una vuelta y se acercó hacia nosotros; entonces Alán dió otro silbido, y el hombre se acercó más, y así por medio de los silbidos pudo llegar á donde estábamos.

Era un hombre de unos cuarenta años de edad, barbudo, hosco, mal vestido, en extremo desfigurado por la viruela y á la vez lerdo y selvático. Me parecía poco dispuesto á servirnos, pero aquello era efecto del temor. Alán quería confiarle un mensaje verbal para Santiago, pero él dijo que si no se lo enviaba por escrito, se lavaba las manos en el asunto, pues el mensaje podría olvidarlo.

Creí que Alán se quedaría perplejo con tal proposición, pues no teníamos medios de escribir en aquel desierto; pero era hombre de más recursos de lo que yo pensaba. Se puso á buscar en el bosque hasta que halló una pluma de paloma torcaz, que arregló en forma de pluma de escribir; hizo una especie de tinta con pólvora de su cuerno de caza y agua, y rasgando una punta de su nombramiento de oficial francés (que llevaba en el bol-

sillo como un talismán que lo libraría de la horca) se sentó y escribió lo siguiente:

"Mi querido pariente: Ten la bondad de enviarme dinero con el portador de esta al lugar que él sabe.

Tu afectísimo primo,

A. S."

Se lo entregó al hombre que prometió ir lo más pronto posible, y partió en el acto.

Estuvo ausente tres días, pero como á las cinco de la tarde del tercero oímos un silbido, que Alán contestó, y á poco distinguimos al hombre que se acercaba mirando á derecha y á izquierda. Parecía menos sombrío que antes, y sin duda estaba contento de haber terminado su peligroso encargo.

Nos dió noticias del país: nos dijo que estaba lleno de casacas rojas, que se habían encontrado armas, que mucha gente pobre tenía que padecer diariamente toda clase de persecuciones; que Santiago y algunos de sus sirvientes estaban presos en el Fuerte William por sospechas de complicidad. Parecía que el rumor general atribuía á Alán Breck el disparo del tiro, y que tanto él como yo estábamos citados judicialmente, habiéndose ofrecido cien libras esterlinas de recompensa á quien nos entregara.

Todo esto era bastante malo; y las cuantas líneas que la esposa de Santiago contestó eran en extremo aflictivas. Rogaba á Alán que no se dejase prender, asegurándole que si caía en manos de los soldados, tanto él como Santiago podían considerarse hombres perdidos. El dinero

que enviaba era todo lo que pudo conseguir, y rogaba al cielo que nos remediáramos con él. Finalmente, incluía una de las citaciones judiciales con nuestra filiación.

La leímos con gran curiosidad y no sin cierto temor. Alán estaba descrito como hombre de pequeña estatura, marcado de viruelas, activo, de unos treinta y cinco años de edad, vestido con sombrero de plumas, casaca francesa azul, con botones de plata y encaje bastante desmejorado, chaleco rojo y pantalones de felpa negra. De mí se decía que era un muchacho alto y fuerte, de unos diez y ocho años de edad, vestido con levita azul, muy destrozada, un viejo gorro montañés, chaleco largo, pantalones azules, pantorrillas desnudas, alpargatas, acento de hombre del sur é imberbe. Alán quedó muy complacido al ver tan bien descrito su hermoso traje; solo cuando llegó á la palabra "desmejorado" dió una mirada al encaje, un tanto mortificado. En cuanto á mí, creí que hacía un papel muy triste en la citación judicial, sin embargo, quedé bien complacido, puesto que habiéndome despojado de esos harapos, la filiación cesaba de ser un peligro y se convertía en motivo de seguridad.

—Alán,—le dije,—Vd. debe cambiar de vestido.

—No por cierto,—contestó.—No tengo otro. ¡Bonita figura haría si volviese á Francia con un gorro!

Esto me hizo reflexionar que si yo me separaba de Alán y de sus vestidos delatores, no correría peligro de ser arrestado y podría continuar mi camino sin temor alguno. Ni fué esto todo. Suponiendo que se me arrestase cuando estuviese solo, había muy poco contra mí; pero si me agarraban en compañía del presunto asesino, mi caso se volvería grave. Por un sentimiento de gene-

rosidad no me atreví á decir nada de esto: sin embargo lo pensé.

Aun pensé en ello más, cuando el mensajero sacó una bolsa verde con cuatro monedas de oro y otras monedas menudas. Era más de lo que yo tenía. Pero Alán con menos de cinco libras no podía regresar á Francia; y yo, con menos de dos, no podía ir más allá del Embarcadero de la Reina; de manera que, pesándolo todo, la compañía de Alán no solo era un peligro para mi vida sino una carga para mi bolsillo.

Pero en mi honrado compañero no había pensamientos de tal naturaleza. Creía que me estaba sirviendo, ayudando y protegiendo. ¿Qué podía hacer yo, pues, sino callar y continuar adelante?

—No es mucho,—dijo Alán guardando la bolsa en su bolsillo,—pero me servirá. Y ahora, Juan Breck, si Vd. me devuelve el botón de plata, este caballero y yo nos pondremos en marcha.

Pero Juan Breck, después de buscar y rebuscar en una gran bolsa de pelo, comenzó á mirar de un lado á otro hasta que al fin dijo que creía haberlo perdido.

—¡Cómo!—exclamó Alán.—¿Vd. perder un botón que perteneció á mi padre? Ahora le diré lo que pienso: esto es lo peor que Vd. ha hecho desde que nació.

Y al decir Alán esto, apoyó las manos en las rodillas y contempló al mensajero con una sonrisa y con aquella mirada que nada bueno prometía para sus enemigos.

Quizás el mensajero era realmente honrado; quizás pensó engañarle, pero hallándose á solas con dos hombres en un lugar desierto, creyó más prudente ser completa-

mente honrado, y al fin, después de buscar de nuevo, halló el botón y se lo entregó á Alán.

—Bien, y es una cosa buena para la honra de los Maccolls,—dijo Alán, y dirigiéndose luego á mí, agregó,—aquí tiene Vd. otra vez mi botón, y gracias por habérmelo prestado, porque forma parte de toda su amistad hacia mí.

Entonces se despidió muy afectuosamente del mensajero diciéndole:

—Me ha hecho Vd. un notable servicio, exponiendo su vida; y siempre lo llamaré á Vd. un hombre de bien.

El mensajero entonces partió por un lado, y Alán y yo, después de recoger nuestros enseres, tomamos otra dirección y continuamos nuestra fuga.

CAPÍTULO XXII

CONTINÚA LA FUGA POR ENTRE LOS BOSQUES

Después de más de once horas de incesante y rudo caminar llegamos muy temprano, por la mañana, á la extremidad de una cordillera de montañas. Frente á nosotros se veía una extensión de terreno baja, desierta y quebrada que teníamos que atravesar. No hacía mucho tiempo que había salido el sol cuyos rayos nos daban de lleno en el rostro. Reinaba, además, una ligera niebla, de modo que Alán dijo que podía haber allí veinte escuadrones de dragones sin que nosotros lo sospecháramos.

Nos sentamos por lo tanto en una cavidad de la colina hasta que la niebla se disipara; preparamos algo con que desayunarnos, y celebramos un consejo de guerra.

—David,—dijo Alán,—he aquí lo que debemos resolver: ¿nos quedaremos aquí hasta que sea de noche, ó nos arriesgaremos á seguir adelante?

—Bien,—dije,—estoy realmente fatigado, pero podría aun andar más, si eso es todo.

—Pero no lo es,—dijo Alán,—ni aun la mitad. He aquí nuestra situación: Apín, significa la muerte. Al sur, están los Campobellos, y en eso no hay que pensar. Yendo hacia el norte, no ganaríamos mucho, ni para

Vd. que quiere ir al Embarcadero de la Reina, ni para mí que deseo volver á Francia. Dirijámonos pues al este.

—Al este, pues,—dije con alegre acento,—aunque en mi interior pensaba :—¡ Oh hombre ! si quisieras dirigirte á un lado cualquiera y dejarme tomar el opuesto, sería lo mejor para los dos.

—Bien, al este: ahí tenemos los pantanos,—dijo Alán.—Una vez allí, David, todo es bosque y matorral. Vengan entonces los soldados. Este no es un buen lugar, de ningún modo.

—Alán,—dije,—he aquí lo que pienso. Apín significa la muerte para los dos: dinero, no tenemos mucho, ni tampoco harina; cuanto más nos busquen, más cerca estarán de encontrarnos: y puesto que en todo hay peligro, prosigamos adelante hasta que no podamos más.

Alán se alegró en extremo.

—Hay ocasiones,—dijo,—en que Vd. es demasiado circunspecto y reservado para andar en compañía de un hombre como yo; pero otras en que demuestra Vd. un valor sin igual, y entonces es cuando lo amo como á un hermano, David.

La niebla se disipó y nos dejó ver que el terreno estaba completamente despojado de todo. Solo se oían los chillidos de las avefrías y de aves acuáticas, y al este, y muy lejos, se percibía una manada de ciervos que parecían puntos obscuros que se movían. Todo el terreno estaba cubierto de pantanos y charcos de turba, y en otra parte había un bosque de abedules secos. Un lugar más desierto y sombrío no era imaginable; pero al fin se hallaba libre de soldados, que era lo que importaba.

Descendimos, pues, á aquel desierto y empezamos

nuestra fatigosa marcha hacia la orilla del este. Todo aquello estaba rodeado de montañas desde donde podían vernos á cada momento, así es que teníamos que aprovechar las quebradas del terreno, y cuando no las había teníamos que andar con las mayores precauciones. Era preciso á veces arrastrarnos de un matorral á otro. El día estaba claro con un sol brillante; el agua que llevábamos en la botella del coñac pronto se acabó, y si yo hubiera sospechado la clase de tarea que teníamos que realizar no la hubiera emprendido.

Andando y arrastrándonos con infinitos trabajos, y descansando un rato para recomenzar la misma obra, se pasó la mañana y á eso del mediodía nos tendimos á dormir en un espeso matorral de brezos. Alán hizo la primera guardia; y me pareció que acababa de cerrar los ojos cuando me despertó, para que yo velase mientras él dormía. No teníamos reloj con que guiarnos, y Alán clavó una rama de un arbusto en el suelo, recomendándome que tan pronto como la sombra cayera hacia el este le despertara. Pero yo estaba tan fatigado que podría haber dormido doce horas sin interrupción; puede decirse que todo mi cuerpo estaba dormido, á lo cual hay que agregar el calor y la fuerte fragancia del brezal, así es que de vez en cuando me despertaba sobresaltado notando que me había quedado adormecido.

La última vez que me desperté me pareció que había hecho algo más que cabecear, y que el sol había recorrido un gran espacio en el cielo. Dirigí una mirada á la ramita clavada en tierra, y ví que no había cumplido con mi deber. El miedo y la vergüenza me privaron casi de la razón, especialmente cuando percibí que durante mi

sueño un pelotón de soldados á caballo se había presentado por aquellos alrededores, y se acercaba á donde estábamos, formando una especie de abanico, y registrando las partes espesas de los matorrales.

Cuando desperté á Alán, dió primero una mirada á los soldados, luego á la ramita y á la posición del sol, y arrugó el entrecejo con tal expresión de disgusto á la vez que de ansiedad, que fué todo el reproche que me hizo.

—¿Qué haremos ahora?—pregunté.

—Tenemos que correr como liebres,—dijo.—¿Vé Vd. aquellas montañas?—preguntó señalando hacia el nordeste.

—Sí,—contesté.

—Pues bien, dirijámonos allá,—dijo.—Se llama Ben Alder: es una montaña desierta, llena de alturas y quebradas, y si podemos llegar allí antes de amanecer, nos irá bien.

—Pero, Alán,—le dije,—tendremos que atravesar el camino que traen los soldados.

—Lo sé,—contestó,—pero si retrocedemos á Apín, estamos perdidos sin remisión. De consiguiente, ánimo y en marcha, David.

Y diciendo esto, comenzó á correr á gatas con una rapidez increible, como si fuera su modo natural de andar. Todo el tiempo íbamos siguiendo las partes más quebradas de aquel terreno pantanoso, pues eran las que mejor nos ocultaban. Hacía tiempo que se nos había concluído el agua, y esta manera de correr sirviéndonos de las manos y las rodillas, producía una debilidad y un cansancio inmensos, sin contar con el dolor de las coyunturas y de las muñecas.

De vez en cuando hallábamos un matorral bastante espeso; reposábamos entonces un instante, atisbando entre las hojas los movimientos de los dragones, que no nos habían percibido y continuaban avanzando. Creo que era medio escuadrón, que cubría como unas dos millas de terreno que batían perfectamente á medida que adelantaban. Me desperté en tiempo, pues un momento más tarde habríamos tenido que huir delante de ellos en vez de escaparnos por un costado. Aun así, lo más insignificante podía vendernos; y cuando un gallo silvestre alzaba el vuelo de vez en cuando entre los matorrales, permanecíamos inmóviles y silenciosos, temiendo hasta respirar.

El dolor y la debilidad de mi cuerpo, el trabajo del corazón, lo estropeado de las manos y el estado de mi garganta y ojos con el constante humo del cisco y de las cenizas de las partes del bosque que habían sido presa de las llamas, se hicieron tan insoportables, que de buena gana me habría tendido en el suelo, sin temor de las consecuencias. Solo la presencia de Alán me prestó una falsa especie de valor para continuar. En cuanto á él, que llevaba además un gran gabán, había ido mudando de color, la respiración pesada y la voz, cuando me dirigía la palabra en nuestras paradas, sonaba de una manera harto extraña. Sin embargo, ni su espíritu ni su actividad se abatieron en lo más mínimo, de modo que no podía menos que admirar la resistencia de aquel hombre.

Al fin, al anochecer, oímos el sonido de una corneta, y mirando hacia atrás, por entre los matorrales, vimos que los soldados comenzaban á reunirse. Poco después hicieron una hoguera y acamparon para pasar la noche en medio de aquel desierto.

Entonces supliqué y rogué que nos tendiéramos en el suelo á dormir.

—No hay que pensar en dormir esta noche,—dijo Alán.—Estos dragones continuarán su tarea y solo los pájaros podrán escapar de las tierras de Apín. Logramos evadirnos en tiempo oportuno, y ¿debemos perder lo que hemos ganado? No, no: cuando el día llegue nos hallará en Ben Alder.

—Alán,—le dije,—no es falta de voluntad: son las fuerzas las que me faltan. Si pudiera, lo haría: pero no puedo, aunque me cueste la vida.

—Muy bien,—dijo Alán,—yo lo llevaré en hombres.

Le dí una mirada creyendo que se chanceaba; pero no, hablaba en serio; y la vista de tal resolución, me avergonzó.

—Adelante,—exclamé,—yo le seguiré.

Me miró como si quisiera decirme:

—¡Bien hecho, David!

É inmediatamente nos pusimos en marcha. Con la llegada de la noche refrescó un poco la temperatura y hasta obscureció algo, si se considera que estábamos á principios de Julio, bastante al norte, y con un cielo despejado. El rocío era muy fuerte, lo que humedeció el terreno y me refrescó un tanto. Cuando nos deteníamos para respirar y tenía tiempo de contemplarlo todo dormido, y veía la hoguera de los soldados convertirse en un punto luminoso en medio de aquel desierto de pantanos, se apoderaba de mí la cólera al pensar que aun tenía que arrastrarme todo adolorido y magullado durante horas y horas. Continué, sin embargo, la fatigosa jornada sin quejarme ni murmurar.

Empezó al fin á alborear; me pareció que aquella noche había durado años. El mayor peligro ya había pasado, y podíamos andar como hombres, erectos, en vez de arrastrarnos como animales. Pero ¡qué figura debíamos de tener, yendo doblados en dòs, tropezando como niños, y pálidos como cadáveres! Ni una palabra cambiábamos: cada uno llevaba cerrada la boca con las miradas fijas delante, levantando el pie y dejándolo caer como quien alza una carga muy pesada.

Dije que Alán hacía como yo; no porque yo lo mirara, porque harto tenía con ver donde ponía los pies, sino porque es evidente que el cansancio le había vuelto tan estúpido como á mí, sin poner mucha atención por donde íbamos, pues de otro modo no hubiéramos caído en una emboscada como un par de ciegos.

He aquí como aconteció. Descendíamos una ladera cubierta de brezales, Alán delante y yo detrás, cuando de repente oímos un ruido de hojas que se movían y salieron tres ó cuatro hombres harapientos, y un instante después yacíamos los dos por tierra, de espaldas, cada uno con un cuchillo á la garganta.

No creo que me alarmé mucho: tan fatigado, adolorido y estropeado me encontraba, y me alegraba tanto de verme detenido en mi marcha, que no pensé en el cuchillo. El hombre que me sostenía, amenazándome, tenía el rostro tostado por el sol y los ojos muy claros, pero no me inspiró miedo. Oí á Alán y á otro hablar en gaélico, pero naturalmente no comprendí lo que decían. Entonces retiraron los cuchillos, nos quitaron nuestras armas, y nos sentaron frente á frente.

—Son de la gente de Cluny,—dijo Alán.—No podía-

mos haber caído en mejores manos. Permaneceremos aquí con estos hombres que son sus centinelas avanzados, hasta que su jefe tenga noticia de mi llegada.

Cluny Macpherson había sido uno de los cabecillas de la gran rebelión ocurrida seis años antes, en 1745. Su cabeza estaba puesta á precio, y yo lo suponía en Francia hacía mucho tiempo con el resto de los cabecillas de su partido. Á pesar de lo fatigado que me encontraba, la sorpresa de lo que había oído, me despertó.

—¡ Qué !—exclamé.—¿ Cluny está todavía aquí ?

—Así es,—dijo Alán.—Aun está en sus tierras guardado por su propia gente. El Rey Jorge de Inglaterra no puede hacer más.

Creo que hubiera hecho otras preguntas, pero Alán me dió un corte diciendo :

—Estoy muy cansado y quisiera dormir.

Y sin decir una palabra más se tendió en el suelo y pareció como si se hubiera dormido inmediatamente.

Semejante cosa no me era posible. No bien cerraba los ojos me parecía oir zumbidos donde quiera, como si todo el cuerpo lo tuviera lleno de cigarras. Tenía que abrir los ojos inmediatamente, y moverme de un lado á otro, y sentarme y tenderme de nuevo, y mirar á los selváticos y harapientos centinelas de Cluny que estaban charlando en su idioma gaélico.

Esto fué todo el reposo que tuve hasta que regresó el mensajero ; y como parecía que Cluny tendría gusto en recibirnos, tuvimos que ponernos en pie, y emprender otra vez nuestro camino. Alán parecía de muy buen talante y muy refrescado con el sueño, y muy hambriento, solazándose con la perspectiva de un trago y un plato de

torreznos calientes, de que el mensajero le había hablado. En cuanto á mí, la sola idea de comer me daba nauseas, pues me sentía tan mal y tan débil que ya no podía moverme. Me iba arrastrando de un lado á otro, sin saber por dónde iba, ni lo que hacía, ni darme cuenta de nada. Mi estado era realmente lamentable.

Ví que Alán fruncía el entrecejo, y supuse que estaba enojado conmigo, y esto me dió una especie de temor, como si fuera un niño. Recuerdo también que me puse á sonreirme, sin poder contenerlo por más que quería evitarlo, pues mi sonrisa me parecía muy inoportuna en todos sentidos. Pero mi excelente compañero solo tenía bondad para mí; y un momento después, dos de los hombres me tomaron en brazos y me llevaron con gran velocidad (así me parecía á mí, aunque en realidad iban lentamente), al través de un laberinto de sombríos valles y barrancos al corazón de la horrorosa montaña de Ben Alder.

CAPÍTULO XXIII

LA JAULA DE CLUNY

Llegamos al fin al pie de un bosque, que cubría el costado de una montaña muy pendiente, coronada por una roca escarpada.

—Aquí es, dijo uno de los guías,—y empezamos á ascender la montaña.

En la cima, y antes que el peñasco escarpado surgiese por encima del follaje, encontramos la extraña casa conocida en el país con el nombre de "la Jaula de Cluny." Los troncos de varios árboles se habían entrelazado, llenándose los intervalos con estacas, y el terreno detrás de esta barricada se había nivelado con tierra para formar el pavimento. Un árbol, que crecía en el costado de la colina, servía de sostén al techo. Las paredes eran de mimbres entrelazados y cubiertas con musgo. La casa tenía la forma de un huevo de gallina, y estaba medio pendiente y medio afianzada en aquella escarpada y frondosa colina como un avispero en un matorral verde.

Dentro era bastante amplia para dar cabida á cinco ó seis personas con alguna comodidad. Una proyección de la roca se había empleado como lugar conveniente para hacer el fuego, y el humo que ascendía, quebrándose con-

tra la roca, que era obscura, podía facilmente escapar á las miradas de los que estaban al pie de la montaña.

Este era solo uno de los lugares en que se ocultaba Cluny, quien tenía, además, cavernas y cuartos subterráneos en varios puntos del país, y según las noticias de sus espías y centinelas avanzados, se movía de un lugar á otro á medida que los soldados se acercaban ó alejaban. Con este modo de vivir, y gracias al afecto de la gente de su grupo, no solo se había quedado todo este tiempo libre y en seguridad, mientras tantos otros habían tenido que huir ó habían sufrido la muerte al ser apresados, sino que se quedó aún cuatro ó cinco años más, y solo fué á Francia al fin, por orden expresa de su jefe. Allí falleció pronto, echando siempre de menos la jaula en el Ben Alder.

Cuando llegamos á la puerta, se hallaba sentado junto á su chimenea rocallosa, observando á un mozo que guisaba algo. Su traje era en extremo sencillo, tenía un gorro de noche que le cubría las orejas, y estaba fumando en una pipa. Á pesar de todo, sus modales y maneras eran las de un rey, y valía la pena ver cómo se levantó de su asiento y se adelantó á recibirnos.

—Sr. Stuart, pase Vd. adelante,—dijo,—y traiga Vd. á su amigo, cuyo nombre aun no conozco.

—¿Y cómo está Vd., Cluny?—pregunto Alán.—Espero que muy bien, señor. Y ahora, que tengo el gusto de ver á Vd., tengo también la honra de presentarle á mi amigo el Sr. de Shaws, David Balfour.

Alán nunca aludía á mis propiedades sin cierto acento burlón cuando estábamos solos; pero delante de personas extrañas, pronunciaba las palabras como un heraldo.

—Pasen Vds. adelante, caballeros,—dijo Cluny.—Sean Vds. los bien venidos á mi casa, que es en realidad un lugar extraño y rudo, pero donde he recibido una vez á un personaje real,—Vd. sabe á quien aludo, Sr. Stuart. Bebamos un trago, y tan pronto como esté listo lo que se está guisando, comeremos unos bocados y luego echaremos una mano á la baraja como cuadra á caballeros. Mi vida es un poco monótona,—dijo mientras servía de beber,—apenas veo á nadie, y me paso el tiempo sentado, retorciéndome las manos, pensando en un gran día, que ya ha pasado, y anhelando por otro gran día que todos esperamos no tardará en presentarse. Y ahora brindemos por la Restauración.

Con lo cual todos chocamos nuestros vasos y bebimos. De seguro que yo no le deseaba mal alguno al Rey Jorge; y si él se hubiera hallado presente, es probable que habría hecho como yo. No bien hube bebido aquel trago, me sentí muy bien y pude ver y oir, quizás aún algo confuso, pero no con el horror y malestar general de antes.

Era realmente un lugar extraño y un huésped no menos extraño. Durante los años que pasó ocultándose, Cluny había adquirido hábitos y costumbres singulares. Había un sitio particular donde nadie, sino él, debía sentarse: la jaula estaba arreglada de una manera, también particular, que nadie debía alterar; uno de sus caprichos era el arte de la cocina, y aun mientras nos hablaba de vez en cuando daba una mirada á lo que se estaba guisando.

Parece que á veces visitaba á su esposa ó recibía sus visitas y las de uno ó dos de sus más íntimos amigos,

bajo el amparo de la noche; pero la mayor parte del tiempo vivía completamente solo, sin tratar con otras personas que sus centinelas y los mozos que le servían en la jaula. Lo primero que hacía por la mañana uno de sus sirvientes, que era un barbero, era afeitarle y comunicarle las noticias del país, las cuales tenía suma curiosidad en saber. Sus preguntas eran sin fin, como si fuera un niño, y con algunas de las respuestas reía desaforadamente, y rompía de nuevo á reir varias veces en el curso del día con solo recordarlas.

Seguramente tenían estas preguntas un objeto, porque si bien se encontraba aislado, y se veía, como otros caballeros escoceses, privado de todo poder y autoridad legal, ejercía aún una justicia patriarcal entre su gente. Allí, en su escondrijo, decidía las cuestiones y disputas que se suscitaban entre las gentes de su país, y éstas que no habrían hecho caso de los decretos y sentencias de un tribunal de justicia, deponían sus resentimientos, pagaban sus deudas y cumplían lo que ordenaba este hombre confiscado, fuera de la ley y perseguido como bestia feroz. Cuando se incomodaba, lo que sucedía con harta frecuencia, daba sus órdenes y amenazaba con castigos, como si fuera un rey absoluto; y sus sirvientes temblaban y se alejaban de él como niños ante la cólera de un padre violento. Cuando entraba en su casa, estrechaba ceremoniosamente la mano de cada uno de los presentes, haciéndose todos al mismo tiempo un saludo militar con el gorro. Se me presentó, pues, una buena oportunidad de ver cómo funcionaba un grupo de gentes de las Tierras Altas de Escocia; y esto con un jefe condenado y fugitivo, con su distrito conquistado y recorrido por soldados en todas direcciones en busca

suya, á veces á una milla de su paradero, y cuando el último de aquellos harapientos á quien él maltrataba y amenazaba podía haber hecho una fortuna con delatarle.

Nos sirvieron al fin la comida, que consistía en unos pedacitos de carne de venado asada de que solo tomé unos bocados. Durante la comida, Cluny nos refirió numerosas historias y anécdotas del tiempo que pasó el Príncipe Carlos, el Pretendiente, en la jaula, repitiendo las mismas palabras de los oradores y levantándose de su asiento para mostrarnos el que ellos ocupaban. De todo ello vine en conocimiento de que era un Príncipe agradable y valeroso, como cuadraba al descendiente de una raza de reyes, muy cortés, pero no tan sabio como Salomón.

No bien acabamos de comer, trajo Cluny un paquete grasiento y gastado de barajas viejas como las que pueden hallarse en una posada de ínfimo orden, y nos invitó á jugar, brillándole vivamente los ojos.

Ahora bien: el juego era una de las cosas que se me había hecho considerar como deshonrosas; sosteniendo mi padre que ni un cristiano ni un caballero debían aventurar á las cartas sus medios de vivir para conseguir el de los otros. Yo podía haber alegado que estaba cansado, que era bastante disculpa; pero creí que debía apoyarlo con razones. Sin duda me puse muy colorado; pero hablé con firmeza, y dije que no me creía llamado á ser juez de las acciones de otros, pero que en cuanto á mí, era un asunto de que no entendía.

Cluny cesó de barajar.

—¿Qué diablo significa esto?—dijo,—¿qué clase de lenguaje es este en la casa de Cluny Macpherson?

—Yo pongo la mano en el fuego por el Sr. Balfour,

—dijo Alán.—Es un hombre honrado y un caballero, y deseo que Vd. tenga en cuenta quien es el que lo dice. Llevo un nombre de reyes, agregó terciando el sombrero, —y tanto yo como cualquiera á quien llame mi amigo, podemos alternar en la sociedad de los mejores. Pero este caballero está fatigado, y debe dormir; si no quiere jugar, eso no impedirá que nosotros juguemos. Estoy dispuesto á jugar con Vd., señor, lo que Vd. quiera.

—Señor,—dijo Cluny,—en esta pobre casa mía, es preciso que sepa Vd. que cualquier caballero puede hacer lo que mejor le acomode. Si el amigo de Vd. quiere seguir su modo de pensar, es el bienvenido. Y si él, ó Vd., ó cualquiera otra persona, no está satisfecho de mí, tendré el honor de salir al campo con él, sea quien fuere.

Yo no quería que estos dos amigos anduviesen á cuchilladas por causa mía.

—Señor,—dije,—estoy muy fatigado como Alán dice; y lo que es más, como Vd. es un hombre que seguramente tiene hijos, puedo decirle que es una promesa hecha á mi padre.

—No diga Vd. más, no diga Vd. más,—respondió Cluny mostrándome una cama en un rincón de la jaula. Á pesar de todo se podía ver que estaba disgustado, me miraba de soslayo, y murmuró algo. Y debo confesar que tanto mis escrúpulos, como las palabras en que los expresé, no eran de los más apropiados entre aquellos Jacobitas montañeses.

Con el trago que había bebido y los pocos bocados que comí, se apoderó de todo mi ser una extraña pesadez, y apenas me acosté, caí en una especie de estupor que duró casi todo el tiempo de nuestra permanencia en la

jaula. Á veces me encontraba completamente despierto y comprendía lo que pasaba; otras oía voces ó el ronquido de los que dormían; otras, veía extrañas visiones moverse en la habitación. Debí haber hablado ó gritado, porque recuerdo mi sorpresa de que me respondieran; sin embargo, tenía conciencia de que no era una pesadilla, sino un horror general, profundo, constante, del lugar en que me hallaba, del lecho en que dormía, de las voces, de las personas, del fuego, y de mí mismo.

Se llamó al barbero, que era una especie de doctor, para que me recetara algo; pero como habló en gaélico, no entendí ni jota de lo que decía, y además yo me hallaba sobrado enfermo para pedir que me tradujeran sus palabras.

Mientras permanecí en semejante estado, no presté mucha atención á lo que pasaba en derredor mío. Pero Alán y Cluny pasaron la mayor parte del tiempo jugando á las cartas, y tengo la seguridad de que Alán ganó al principio, porque recuerdo que una vez que me senté, los ví empeñados en el juego y sobre la mesa un brillante montón de unas sesenta á cien monedas de oro. Me pareció muy singular toda esta riqueza en aquella especie de nido al costado de una roca, todo cubierto de árboles; y más singular aún me parecía ver á Alán metido en cuerpo y alma en aquel asunto, cuando solo tenía unas cinco libras esterlinas en su bolsa.

El segundo día parece que la suerte cambió. Al mediodía me despertaron, como de costumbre para comer, y también, como de costumbre, rehusé y me dieron un trago de coñac con una infusión amarga que el barbero había recetado. Cluny estaba sentado á la mesa con el

paquete de cartas en la mano. Alán se acercó á mi cama é inclinó la cabeza muy cerca de la mía, y con la mucha fiebre que yo tenía, la cabeza de mi amigo me pareció enormemente grande.

Me pidió le prestase dinero.

—¿Para qué?—le pregunté.

—Solamente un préstamo,—me respondió.

—Pero ¿para qué?—repetí.

—¡Oh, David!—dijo Alan,—Vd. no me negará un préstamo.

Se lo hubiera negado á estar en plena posesión de mis sentidos; pero lo único en que pensé entonces fué en librarme de la vista de su rostro, y le entregué el dinero.

La mañana del tercer día me desperté muy despejado, pero muy débil y fatigado, viendo las cosas y los objetos como en realidad eran. Tenía, además, deseos de comer; me levanté de la cama por mi propia voluntad, y tan pronto como hube almorzado, salí y me senté en el bosque. El día estaba algo nublado y fresco, pero el aire suave. Pasé allí la mañana como en un sueño, perturbado tan solo por el tránsito de los centinelas, espías y sirvientes de Cluny que venían con provisiones y noticias é informes.

Cuando regresé á la habitación, Cluny y Alán habían puesto la baraja á un lado y estaban haciendo preguntas á un sirviente; y el jefe se volvió hacia mí y me habló en gaélico.

—No entiendo gaélico,—le dije.

Desde el asunto de la baraja, todo lo que yo decía ó hacia tenía el don de disgustar á Cluny.

—Su apellido tiene más sentido común que Vd.,—

dijo colérico,—porque es gaélico puro. Pero se trata ahora de lo siguiente. Mis mozos dicen que el lado del sur está despejado, y se desea saber si tiene Vd. fuerzas para andar.

Ví las cartas sobre la mesa, pero no ví ningún dinero; solo un montón de papelillos escritos, y éstos todos del lado de Cluny. Además, el rostro de Alán tenía la expresión de una persona que no está muy contenta de sí misma, y empecé á sospechar que algo no iba bien.

—Yo no sé si estoy tan bueno como debiera,—dije mirando á Alán,—pero con el poco dinero con que contamos tenemos que andar un gran trecho.

Alán se mordió el labio y fijó las miradas en el suelo.

—David,—dijo al fin,—lo he perdido: esa es la pura verdad.

—¿Mi dinero también?—pregunté.

—Su dinero también,—contestó Alán con una especie de quejido,—Vd., no debió habérmelo dado. Yo pierdo el juicio cuando me pongo á jugar.

—Tú, tú, tú,—exclamó Cluny,—todo eso no tiene pies ni cabeza. Naturalmente que se le devolverá á Vd. su dinero y hasta el doble, si se habla de ese modo. Sería muy singular que me quedase con él. No es de suponerse que yo sea un obstáculo á dos caballeros en la situación en que se encuentran Vds.: eso sería realmente muy singular.

Y empezó á sacar monedas de su bolsillo, con el rostro muy encendido. Alán no decía nada, solamente tenía las miradas fijas en el suelo.

—Me hace Vd. el favor de salir á la puerta un instante,—le dije á Cluny.

Cluny respondió que lo haría con gusto y me siguió; pero parecía agitado y como fuera de sí.

—Y ahora, señor, antes de todo,—le dije,—debo darle á Vd. las gracias por su generosidad.

—Nada de eso, nada de eso,—exclamó Cluny.—¿Dónde está la generosidad? Este es un asunto muy desagradable; pero ¿qué quiere Vd. que haga yo, encerrado como estoy en esta jaula, sino ponerme á jugar á la baraja con mis amigos, cuando puedo verlos? Y si ellos pierden, naturalmente que no ha de suponerse. . . .

Y aquí hubo una pausa.

—Sí,—dije,—que si ellos pierden, Vd. les devuelva su dinero, y que si ellos ganan, se lo lleven en sus bolsillos. He dicho antes que le agradezco á Vd. su generosidad; pero me es en extremo penoso verme puesto en esta posición.

Hubo un corto silencio en el que parecía que Cluny estaba á punto de hablar, y al fin no lo hizo; pero el rostro se le iba poniendo cada vez más encendido.

—Yo soy joven,—le dije,—y le pido á Vd. su opinión. Aconséjeme Vd. como si fuera su hijo. Mi amigo perdió en buena ley este dinero, después de haberle ganado á Vd. en buena ley gruesas sumas. ¿Puedo yo aceptarlo? ¿Sería eso justo de parte mía? Vd. comprende bien que cualquiera de esos partidos que yo tome, tiene que ser muy duro para un hombre de pundonor.

—Es también duro para mí, Sr. Balfour,—dijo Cluny,—que se me haga aparecer como á un hombre que atrapa en sus redes á la gente pobre que le visita. Ni soy hombre que invita á amigos á su casa para aceptar sus in-

sultos; no, ni tampoco para insultarlos,—exclamó colérico.

—Como Vd. comprenderá, señor, tengo por mi parte que decir algo,—le contesté,—y este negocio del juego es una mala ocupación para caballeros. Pero aun estoy esperando su respuesta.

Estoy seguro de que si Cluny odiaba á alguien, era á David Balfour. Me miró de un modo belicoso, casi dispuesto á retarme. Pero ó mi juventud lo desarmó, ó acaso su sentimiento de justicia. Lo cierto es que aquello era mortificante para todos, y aún mucho más para Cluny, lo que realza grandemente la manera con que lo arregló.

—Sr. Balfour,—dijo,—yo creo que Vd. es en extremo quisquilloso y escrupuloso, pero con todo el espíritu de un verdadero caballero. Bajo mi palabra de honor, puede Vd. tomar este dinero,—esto es lo que le diría á mi hijo, —y aquí tiene Vd. mi mano.

CAPÍTULO XXIV

LA HUIDA EN EL BOSQUE: LA RIÑA

En medio de las tinieblas de la noche, y guiados por uno de los sirvientes de Cluny, salimos de la jaula y se nos dejó en otro escondite cerca de Loch Rannoch. El sirviente llevaba nuestro equipaje y el capotón de Alán.

Fué indudablemente un gran alivio andar desembarazado de todo peso, y quizá sin dicho auxilio no me habría sido fácil moverme. Acababa de levantarme de una enfermedad, y no había nada en el estado de nuestros asuntos que me infundiera aliento para continuar mi viaje por los lugares desiertos de Escocia, bajo un cielo nublado, y con un compañero de quien no estaba muy satisfecho.

Durante largas horas, no cambiamos una sola palabra; íbamos unas veces juntos, y otras uno detrás del otro, cada cual con estudiado rostro: yo, colérico y orgulloso, sacando fuerzas de estas dos pasiones: Alán cólerico y avergonzado; avergonzado por haber perdido mi dinero, colérico por haberlo yo tomado á mal.

La idea de una separación iba tomando en mí cada vez más cuerpo; y cuanto más la aprobaba, tanto más me avergonzaba de mi aprobación. Habría sido muy bueno,

bello y generoso de parte de Alán decirme: "Vete: yo soy quien corre el peligro mayor, y mi compañía tan solo aumenta el tuyo."—Pero que yo le dijera al amigo que indudablemente me profesaba sincero afecto: "Tú estás en gran peligro, yo en poco; tu amistad es una carga para mí; vete pues y corre solo los riesgos y soporta solo los trabajos,"—no, eso era imposible; y de solamente pensarlo sentía enrojecérseme las mejillas.

Y sin embargo Alán se había comportado como un chiquillo, y lo que es peor, como un chiquillo traicionero. Pedirme dinero mientras no me hallaba en mi cabal sentido, era punto menos que un hurto; y á pesar de eso, se iba arrastrando penosamente á mi lado, sin un cuarto suyo, é inclinado, según parecía, á aprovecharse del dinero que me había forzado á mendigar. Yo estaba dispuesto á compartirlo con él; pero me encolerizaba verle contar con mi buena disposición.

Estas eran las dos cosas que más ocupaban mi espíritu, y no podía decir una palabra acerca de ninguna sin caer en la nota de falto de generosidad. De consiguiente, adopté el partido peor, que fué el de callar y ni aun siquiera mirar á mi compañero sino á hurtadillas.

Al fin, cuando llegamos á un paraje en que el camino era más llano, Alán no pudo soportarlo por más tiempo, y acercándose á mí me dijo:

—David, esta no es la manera como deben portarse dos amigos con motivo de un pequeño incidente. Debo decir que lo siento mucho, y ya esta dicho. Y ahora, si Vd. tiene algo contra mí, dígalo cuanto antes.

—¡Oh! yo no tengo nada,—respondí.

Pareció desconcertado, lo cual no dejó de agradarme.

—No,—dijo con voz casi trémula,—pero cuando digo que merezco censura. . . .

—Naturalmente que la merece,—dije con frialdad,—y Vd. tiene que convenir en que jamás le he hecho un reproche.

—No, jamás,—contestó,—pero Vd. sabe muy bien que ha hecho algo peor. ¿Tenemos que separarnos? Ya lo dijo Vd. una vez. ¿Quiere Vd. repetirlo? Hay bastantes colinas y brezales entre este lugar y los dos mares, David; y debo confesar que no me gusta quedarme donde no se me desea.

Esto me hirió en lo vivo, y me pareció que ponía á descubierto mi oculta deslealtad.

—¡Alán Breck!—exclamé.—¿Cree Vd. que soy capaz de volverle las espaldas cuando se encuentra en un peligro? Vd. no se atreverá á decírmelo cara á cara. Toda mi conducta lo desmentiría. Es verdad que me dormí en los pantanos; pero aquello fué de puro cansancio, y hace mal Vd. en echármelo en cara.

—Jamás lo hice,—dijo Alán.

—Pero aparte de eso,—continué,—¿qué es lo que he hecho que lo autorice á Vd. para suponer lo que antes profirió? Jamás he dejado en la estacada á un amigo, y no es probable que comience con Vd. Entre los dos han pasado cosas que yo no puedo olvidar, aunque Vd. lo hiciera.

—Solo diré á Vd., David,—dijo Alán con mucha tranquilidad,—que hace tiempo le debo la vida, y ahora dinero. Vd. haría bien en tratar de que esa carga se me hiciese llevadera.

Esto debía haberme conmovido, y en parte lo hizo;

pero en un sentido contrario, puesto que ví que me comportaba mal; y ahora no solo estaba disgustado con Alán sino conmigo mismo, lo que me hizo más cruel.

—Vd. me pide que hable,—le dije.—Pues bien, lo haré. Vd. confiesa haberme hecho una mala partida; he tenido que tragar un insulto; jamás se lo he reprochado, ni jamás mencioné el asunto hasta que Vd. lo hizo. Y ahora se me censura,—grité alzando la voz,—porque no puedo reir ni cantar como si debiera alegrarme de haber sido insultado. Seguramente que lo próximo que deberé hacer será arrodillarme y darle las gracias por ello. Vd. debería pensar un poco más en los otros, Alán Breck; en ese caso tal vez hablaría menos de sí mismo; y cuando un amigo que le aprecia verdaderamente, ha dejado pasar un insulto sin proferir una palabra, Vd. debería no tocar más esa materia, en vez de recordársela constantemente. Según Vd. mismo confiesa, era Vd. el digno de censura; luego no le toca armar quimera.

—Bien,—dijo Alán,—no se hablé más del asunto.

Y volvimos á nuestro antiguo silencio, y llegamos al fin de nuestra jornada y cenamos y nos acostamos sin proferir una palabra.

El guía nos condujo á un lugar seguro el día siguiente al obscurecer, dándonos su opinión acerca de la mejor ruta que debíamos seguir, y fijándonos el itinerario. Alán no quedó muy complacido con una ruta que cruzaba la región de sus mortales enemigos, los Campobellos; y hubiera preferido otro camino que nos llevase á tierras pobladas por los Athole Stuart, de su mismo apellido y linaje. Pero el guía le manifestó que todos aquellos terre-

nos estaban recorridos por soldados, y que en ninguna comarca correríamos realmente menos peligro que en el país de los Campobellos.

Alán cedió, aunque no de muy buena gana, diciéndole al guía:

—En esa región no hay nada que yo conozca, á excepción de brezos, ciervos y Campobellos; pero como veo que Vd. es un hombre de cierta penetración, haré lo que dice.

Nos pusimos inmediatamente en camino siguiendo el itinerario fijado por el guía, y durante la mayor parte de tres noches anduvimos por montañas y valles, á veces ocultos entre las nieblas, otras azotados por el viento y la lluvia, sin vislumbrar un rayo de sol. Durante el día nos acostábamos entre los brezales que chorreaban agua; por la noche estábamos incesantemente ascendiendo montañas ásperas y peligrosas. Á veces vagábamos perdidos. No había que pensar en hacer fuego. Nuestro único alimento consistía en un poco de harina de avena y carne fría que habíamos traído de la jaula; y en cuanto á beber, no era por cierto agua lo que nos faltaba.

Tuvimos un tiempo horrible, aun más horrible por lo sombrío del cielo y del país. Nunca sentía el calor natural, al contrario; los dientes se entrechocaban de frío; me dolía la garganta como en la islita; tenía en el costado una punzada que nunca me abandonaba; y cuando dormía en mi cama húmeda, con la lluvia arriba y el fango debajo, era para pasar de nuevo en mis sueños por mis peores aventuras, tales como el relámpago que iluminó la torre de la casa de mi tío, Ransome llevado muerto á la escotilla, Suan moribundo en el suelo de la cámara, ó Colín Campobello llevándose la mano al pecho. De semejante

sueño febril despertaba para sentarme en el mismo lodazal en que había dormido y para comer un alimento frío, mientras la lluvia me corría por el rostro y las espaldas.

De todas partes se oía el ruido de numerosos torrentes. Con esta constante lluvia, los valles estaban inundados, y cada torrente había crecido de tal modo que se desbordaba. En nuestros viajes nocturnos era solemne oir la voz de esas corrientes en los valles inferiores, resonando á manera de prolongado trueno.

Durante estas peregrinaciones Alán y yo apenas cambiábamos una palabra. La verdad es que me sentía muy enfermo, lo que puede servirme de excusa. Pero además, yo era por naturaleza poco inclinado á perdonar, muy lento en darme por ofendido, pero aun más lento en olvidar la ofensa; y agréguese que ahora estaba á la vez descontento de mi compañero y de mí mismo. Durante dos días Alán se mostró infatigablemente bondadoso; callado, es cierto, pero siempre listo á servirme y siempre esperando (como yo podía verlo) que se me pasara mi mal humor. Y también durante ese tiempo, permanecí encerrado en mí mismo, nutriendo mi cólera, y rehusando rudamente sus servicios.

La segunda noche, ó mejor dicho, el amancer del tercer día, nos halló en una colina despejada donde no podíamos seguir nuestro plan de costumbre y acostarnos inmediatamente á comer y á dormir. Antes de que hubiéramos llegado á un punto abrigado, el tiempo empezó á aclarar, porque si bien aun llovía, las nubes se movían á mayor altura. Alán, mirándome al rostro, dió muestras de alguna inquietud.

—Mejor sería que Vd. me diese su paquete,—me dijo

lo menos por la novena vez desde que el guía se separó de nosotros.

—Yo puedo llevarlo. Gracias,—le contesté con mucha frialdad.

Alán se puso muy colorado.

—No haré más semejante oferta,—dijo,—yo no soy hombre muy sufrido, David.

—Nunca he dicho que Vd. lo sea,—dije con la manera ruda y tonta de un muchacho de diez años.

Alán no me dió respuesta alguna, pero su conducta posterior respondió por él. En adelante, se podía creer que él mismo se daba por perdonado del asunto en la morada de Cluny: caminaba con aire arrogante, silbando canciones y mirándome de soslayo con una sonrisa provocativa.

La tercer noche aclaró el tiempo: un viento frío del norte disipó las nubes, y las estrellas brillaron. Los torrentes estaban llenos y hacían un gran ruido entre las colinas. Alán estaba de muy buen humor. En cuanto á mí, el cambio de tiempo vino demasiado tarde; había permanecido tantos días en la humedad y el fango, que me sentía sumamente enfermo, fatigado y medio muerto, y lleno de toda clase de dolores. En esta tristísima condición, tenía que soportar las burlas y sarcasmos de mi compañero, que hablaba mucho, y siempre con una cuchufleta. "*Whig*" era el mejor nombre que me daba. "Aquí hay una buena oportunidad para uno de sus notable saltos, Sr. *Whig*,"—decía otras veces; y así por el estilo.

Yo sabía que todo eso era culpa mía, y no suya; pero me encontraba demasiado enfermo para tener fuerzas de

arrepentirme. Sabía que no me era dado seguir adelante por mucho más tiempo, y que dentro de poco tendría que dejarme caer en el suelo y morir en aquellas montañas húmedas, como una res abandonada. Confieso que hasta la idea de morir en aquel lugar solitario me llenaba de satisfacción y contento. Alán entonces se arrepentiría, pensaba en mis adentros; recordaría, cuando hubiese muerto, cuánto me debía, y este recuerdo sería su tormento. Y así proseguía yo como un niño de escuela enfermo, tonto y de mal corazón, nutriendo mi cólera contra un prójimo y compañero mío, cuando hubiera sido mejor caer de rodillas y pedirle á Dios que me perdonase. Y á cada cuchufleta de Alán, yo me repetía interiormente: "¡ Ah ! yo tengo lista una respuesta mejor : cuando me tienda á descansar de una vez para siempre, ¡ ah ! ¡ qué venganza ! ¡ y cómo te arrepentirás entonces de tu ingratitud y crueldad ! "

Entretanto mi condición se iba empeorando por momentos. Una vez me caí, simplemente porque las piernas se me doblaron bajo el peso de mi cuerpo. Esto llamó la atención de Alán por el momento, pero inmediatamente me hallé de nuevo en pie y seguí andando de una manera tan natural, que prontó olvidó el incidente. Sentía escalofríos y estremecimientos, y la punzada del costado era tal que no podía dar un paso más ; y entonces se apoderó de mí el deseo vehemente de arreglar mis cuentas con Alán, desfogar toda mi cólera reconcentrada y terminar de una vez para siempre. Acababa precisamente de llamarme "*Whig.*" Me detuve entonces, y le dije con voz toda trémula :

—Sr. Stuart, Vd. tiene más edad que yo y debería

comportarse mejor. ¿Piensa Vd. que sea muy cuerdo, ó muy chistoso, echarme en cara á cada momento mis convicciones políticas? Yo creía que en los asuntos en que las personas difieren de opinión, era deber de caballeros hacerlo de una manera cortés; y si me he callado hasta ahora, debo manifestarle á Vd. que puedo decirle algo peor de lo que se me echa en cara.

Alán se detuvo frente á mí con las manos en los bolsillos de los pantalones y la cabeza inclinada hacia un lado. Me oyó, se sonrió malignamente, y cuando terminé mi arenga, se puso á silbar una canción Jacobita, compuesta en son de mofa por la derrota del General Cope en Preston Pan. Y entonces recordé que Alán, en esa batalla, había combatido al lado de las tropas leales.

—¿Por qué silba Vd. esa canción, Sr. Stuart?—le dije. —¿Es para recordarme que ha sido Vd. batido en ambos lados?

Alán cesó de silbar, y exclamó:—¡David!

—Ya es tiempo de que cesen estos modales,—continué,—es decir, que de aquí en adelante debe Vd. hablar con respeto de mi Rey y de mis buenos amigos los Campobellos.

—Yo soy un Stuart,—comenzó Alán.

—¡Oh sí!—repliqué,—ya sé que tiene Vd. un apellido de rey. Pero Vd. debe recordar que he estado en las Tierras Altas y he visto á muchos que lo llevan; y lo mejor que puedo decir de ellos es que no les vendría mal lavarse un poco.

—¿No sabe Vd. que me está insultando?—dijo Alán en voz muy baja.

—Lo siento,—contesté,—puesto que aun no he con-

cluído; y si no ha sido de su gusto lo que he dicho, menos lo será lo que me falta por decir. Vd. ha sido derrotado y perseguido en el campo de batalla por los hombres ya formados de mi partido; no me parece pues gran hazaña hacer frente á un muchacho. Tanto los Campobellos como los Whigs lo han derrotado; Vd. ha corrido ante ellos como una liebre. Tiene Vd. que hablar de ellos como de gentes que le son superiores.

Alán permaneció un momento en silencio.

—Es una lástima,—dijo.—Hay palabras que una vez dichas no se pueden dejar pasar por alto.

—Nunca le he pedido á Vd. que lo haga,—le dije.—Estoy tan dispuesto como Vd.

—¿Dispuesto?—dijo.

—Sí, dispuesto,—repetí.—No soy un fanfarrón como alguno que podría nombrar. Defiéndase Vd.

Y desenvainando la espada me puse en guardia como Alán mismo me había enseñado.

—¡David!—gritó.—¿Ha perdido Vd. el juicio? Yo no puedo desenvainar la espada contra Vd. Sería un asesinato.

—Eso lo sabía Vd. cuando me insultaba,—le dije.

—¡Es verdad!—exclamó Alán y permaneció un instante retorciéndose los bigotes con la mano como hombre sumamente perplejo.—"Es verdad,"—repitió y desenvainó la espada. Pero antes de que pudiera yo tocar su hoja con la mía, la arrojó al suelo lejos de sí, diciendo:

—No, no, no; no puedo, no puedo!

Con esto toda mi cólera desapareció; y me hallé solamente enfermo, y triste, y confuso, y sorprendido de mí

mismo. Hubiera dado el mundo entero por recoger lo que había dicho; pero una vez que se ha vertido una palabra ¿quién puede recogerla? Recordé toda la bondad, y el valor de Alán, y cómo me había auxiliado, y alentado y soportado en nuestros tiempos malos; y recordé mis insultos, y ví que había perdido para siempre á aquel leal amigo. Al mismo tiempo la enfermedad que me abrumaba me pareció redoblar en intensidad, y el dolor del costado era tan agudo como si me traspasara una daga. Creí que iba á desmayarme donde estaba.

Esto fué lo que me hizo reflexionar. No había palabras que pudiesen borrar lo que yo había dicho; era inútil pensar en algo que condonara la ofensa; pero donde una satisfacción era en vano, un simple grito podía traer á Alán á mi lado. Despojándome, pues, de todo orgullo, exclamé:

—Alán, si Vd. no puede ayudarme, tengo que morirme aquí!

Alán me miró lleno de sorpresa.

—Es la verdad,—le dije.—No puedo más. Lléveme al recinto de una casa: allí podré morir más tranquilamente.

Yo no tenía necesidad de exajerar: dije estas palabras con un acento tan dolorido y lastimoso que hubieran enternecido á un corazón de piedra.

—¿Puede Vd. andar?—preguntó Alán.

—No, sin auxilio de otro,—le contesté.—Hace una hora que mis piernas me han estado flaqueando. Tengo una punzada en el costado, como si me abrasara un hierro candente: no me es posible respirar. Si yo muriere ¿me perdonará Vd. Alán? Le juro que en lo íntimo

de mi corazón le quería mucho, aún cuando más colérico estaba. . . .

—¡Silencio! ¡silencio!—exclamó Alán.—¡No diga Vd. eso! David, amigo, Vd. sabe. . . .

Y un sollozo le cortó la palabra.

—Déjeme pasar el brazo alrededor de su cuerpo,—continuó—así, de este modo. Apóyese sobre mí. Estamos en Balquider, donde no faltarán casas, no, ni amigos. ¿Va Vd. más comodo así, David?

—Sí,—dije,—puedo ir de este modo,—y apreté su brazo con mi mano.

Alán estuvo á punto de sollozar de nuevo.

—David,—dijo,—yo no soy justo, después de todo: no tengo ni sensatez ni bondad; no he podido recordar que Vd. es todavía un muchacho; no podía ver que se estaba muriendo de pie: David, trate Vd. de perdonarme.

—¡Oh! amigo, no hablemos más de eso,—le dije.—Ninguno de los dos puede censurar al otro: esa es la pura verdad. Tenemos que llevarnos y conllevarnos mutuamente, Alán. . . . ¡Ay! pero este dolor es tan agudo. ¿No hay una casa por aquí?

—Yo la encontraré David,—dijo resueltamente.—Vamos por este sendero y hallaremos una. ¿Pero no iría Vd. mejor en mis hombros?

—¡Oh Alán!—le dije,—¿no soy unas doce pulgadas más alto que Vd.?

—De ningún modo,—exclamó Alán con sorpresa.—Será asunto de una ó dos pulgadas. Yo no soy exactamente lo que se llama un hombre alto, si es que puedo decirlo,—agregó como chanceándose,—pero cuando pienso

en ello, puede ser que tenga Vd. razón. Sí, será cosa de un pie . . . ó tal vez más. . . .

Era sentimental y risible á la vez oir á Alán queriendo componer sus palabras por temor de un nuevo disgusto. Me hubiera reído á no ser por mi dolor tan intenso ; pero de hacerlo, creo que también habría llorado á la vez.

—Alán,—exclamé,—¿ qué es lo que hace que sea Vd. tan bueno para conmigo ? ¿ Qué le hace ocuparse de un sér tan desagradecido como yo ?

—No sé qué, en verdad,—dijo Alán,—porque precisamente lo que más me agradaba en Vd. era que Vd. nunca armaba quimera ; y ahora parece que le quiero más por lo mismo.

CAPÍTULO XXV

EN BALQUIDER

Alán llamo á la puerta de la primera casa que divisamos, lo que no era muy cuerdo en aquella parte de las Tierras Altas de Escocia, donde no sabía Alán si daría con amigos ó con enemigos. Pero la fortuna nos fué propicia porque era la morada de uno los Maclaren, que seguían al jefe de Alán, y donde éste halló la bienvenida, debido al apellido que llevaba, y le conocían de reputación. Aquí, lo primero que se hizo fué acostarme sin pérdida de tiempo y buscar un médico, que me halló en muy mal estado. Pero sea que él fuese un buen doctor, ó que yo era muy joven y fuerte, el caso es que no permanecí en cama más de una semana, y antes de un mes me encontré en condiciones de ponerme de nuevo en marcha lleno de ánimo.

Alán durante todo este tiempo no quiso separarse de mí, aunque con frecuencia le insté para que lo hiciera; y realmente su temeridad en quedarse allí era objeto de mucha alarma entre los dos ó tres amigos á quienes se les confió el secreto. Durante el día se ocultaba en una caverna de un bosque inmediato, y por la noche, cuando el camino estaba despejado, venía á la casa á visitarme.

No necesito decir cuánto me alegraba de verlo. La Sra. Maclaren, nuestra patrona, no pensaba muy bien acerca de semejante huésped; y como uno de los Duncan, que era el nombre del dueño de la casa, tenía dos cornamusas y era muy aficionado á la música, el tiempo de mi convalescencia fué casi una fiesta continua.

Los soldados nos dejaron en paz; aunque ví una vez dos compañías y algunos dragones cruzar por el fondo del valle, donde los podía divisar desde mi lecho por la ventana. Lo más sorprendente fué que no vino á verme ningún magistrado, ni se me preguntó de dónde venía ni á dónde iba, y en aquellos tiempos revueltos y agitados me hallé tan libre de toda investigación como si me encontrase en un desierto. Sin embargo, mi presencia allí fué conocida de todas las gentes de Balquider y sus contornos, antes de que abandonara aquel lugar; muchos venían á visitar la casa, y estas personas esparcían la noticia entre los vecinos. Las citaciones y carteles judiciales habían sido impresos. Uno estaba clavado cerca de mi cama desde donde podía leer mi filiación, no muy lisonjera por cierto, en letras muy grandes, y la suma á que se había puesto á precio mi cabeza. Duncan y el resto que sabían que yo había llegado con Alán, no podían abrigar duda alguna acerca de quien era yo; y otros muchos debían de haberlo sospechado; porque si bien mis vestidos eran otros, no podía cambiar mi edad ni mi persona; y jóvenes de diez y ocho años y de las Tierras Bajas de Escocia no abundaban en aquellos lugares; y, además, atando cabos aquí y allí, no podían menos de relacionarme con los carteles. Y así fué. Otras personas guardan un secreto entre dos ó tres amigos íntimos, y al

fin algo se descubre; pero entre estas gentes se dice un secreto á todo un pueblo y lo guardan durante un siglo.

Aconteció una cosa digna de referirse; y es la visita que me hizo Robín Oig, uno de los hijos del famoso Rob Roy. Lo buscaban por todas partes, acusándosele de haberse robado una mujer y de casarse con ella á la fuerza. Sin embargo, se presentó en Balquider como si tal cosa, seguido de numerosa comitiva. Era él quien había matado de un tiro á Santiago Maclaren, asunto que estaba aún por arreglar; y no obstante esa circunstancia, entró en la casa de sus mortales enemigos, como si entrara en una posada pública.

Duncan tuvo tiempo para decirme quién era, y ambos nos miramos con inquietud. Se acercaba la hora en que Alán venía á visitarme: entre los dos no era posible mucha armonía. Entró, pues, con mucho aparato de cortesía, pero como hombre que trata con inferiores: se quitó el gorro para saludar á la Sra. Maclaren, pero se lo encasquetó de nuevo para hablar á Duncan, y habiéndose puesto así (como sin duda pensaba) en la posición que le competía, se acercó á mi lecho y me saludó.

—Se me ha hecho saber, señor,—dijo,—que su apellido es Balfour.

—Me llamó David Balfour,—dije,—para servir á Vd.

—Le diría á Vd. como me llamo, señor,—replicó,—pero en estos últimos tiempos han soplado malos vientos en contra de mi familia; y tal vez baste decirle á Vd. que soy hermano de Santiago More Drummond, ó Macgregor, de quien no es difícil que haya Vd. oído hablar.

—Sí, señor,—le dije un tanto alarmado,—y también de su padre Macgregor Campobello.—Y me senté en

mi cama y le saludé; porque pensé que era mejor lisonjearlo, caso de que cifrara su orgullo en haber tenido por padre á un proscripto ó foragido.

Me saludó en respuesta.

—Pero lo que he venido á decir,—prosiguió,—es esto. El año 45 mi hermano levantó gente de guerra y marchó con seis compañías para dar un golpe por la buena causa; y el cirujano que marchaba con nuestra gente y curó la pierna de mi hermano herido en la batalla de Preston Pans, era un caballero del mismo apellido que Vd. Era hermano de Balfour de Baith; y si Vd. tiene un grado de parentesco inmediato con ese caballero, aquí me pongo con mi gente á las órdenes de Vd.

La verdad es que yo no sabía nada de mis ascendientes, aunque mi tío me había hablado de algunos de nuestros parientes como de personas de muchas campanillas, pero no recordaba nada que se relacionara con el presente asunto; así es que tuve que pasar por la mortificación de confesar que no lo sabía.

Robín me dijo sin grandes rodeos que sentía mucho el paso que había dado, me volvió la espalda sin saludarme siquiera, y al dirigirse á la puerta pude oir que le decía á Duncan que yo era "solo algún truhán que no sabía quien era su padre." Á pesar de la cólera que despertaron en mí estas palabras y de lo avergonzado que estaba de mi ignorancia, no pude menos de sonreirme al ver que un hombre que estaba perseguido por la justicia (y que tres años más tarde fué ahorcado) se mostrase tan cuidadoso acerca de la parentela de sus conocidos.

Ya en la puerta, se encontró con Alán que entraba: ambos echaron el pie atrás y se miraron como dos ene-

migos. Ninguno de los dos era corpulento ni alto; pero parecía que el orgullo los hacía crecer realmente. Cada cual ceñía una espada, y merced á cierto movimiento de la cadera se destacó la enpuñadura, como para que estuviera más á la mano para hacer uso del arma.

—¿El Sr. Stuart? creo,—dijo Robín.

—En efecto, Sr. Macgregor, no es un nombre de que pueda uno avergonzarse,—contestó Alán.

—Yo no sabía que estuviese Vd. en mi tierra, señor, —dijo Robín.

—Me parece que estoy en la tierra de mis amigos los Maclarens,—dijo Alán.

—Eso importa poco,—replicó el otro,—y en ese particular hay algo que agregar. Pero me parece haber oído decir que Vd. es un hombre que maneja la espada.

—Á menos que hubiera Vd. nacido sordo, Sr. Macgregor, debe haber oído Vd. algo más que eso,—dijo Alán.—Yo no soy el único hombre que puede manejar la espada en Apín; y cuando mi pariente y capitán, Ardiel, tuvo una conversación con un caballero del apellido de Vd., no hace muchos años, jamás he oído decir que Macgregor llevara la mejor parte.

—¿Se refiere Vd. á mi padre?—dijo Robín.

—Pudiera ser,—contestó Alán.—El caballero á quien me refiero tuvo el mal gusto de agregar el nombre de Campobello á su apellido.

—Mi padre era un anciano,—replicó Robín,—el combate era desigual. Vd. y yo haríamos una pareja mejor.

—Estaba pensando justamente en eso,—dijo Alán.

Yo me hallaba casi fuera de la cama, y Duncan había estado observando á estos dos gallos pelcadores, dispuesto

á intervenir en el momento oportuno. Pero cuando se pronunciaron aquellas palabras no había lugar á vacilaciones, y Duncan, algo pálido, se interpuso entre ellos.

—Caballeros,—dijo,—yo he estado pensando en otra cosa. Aquí están mis cornamusas, y aquí están Vds. dos que gozan la fama de excelentes tocadores de cornamusa. Hace tiempo que se disputa acerca de quien se lleva la palma. Tenemos ahora la oportunidad de decidirlo.

—Señor,—dijo Alán dirigiéndose á Robín de quien no había apartado un momento los ojos, como tampoco Robín de él,—me parece que he oído hablar algo de eso. ¿Entiende Vd. de música, como dice la gente? ¿sabe Vd. tocar la cornamusa?

—Puedo tocar la cornamusa como el primero,—exclamó Robín.

—Y eso es mucho decir,—replicó Alán.

—He hecho buenas mis palabras antes de ahora,—contestó Robín,—y eso contra mejores adversarios.

—Es fácil probarlo,—dijo Alán.

Duncan se apresuró á traer el par de cornamusas y puso delante de sus huéspedes un jamón y una botella de una bebida compuesta de aguardiente de centeno, miel de abejas y crema dulce, todo bien batido. Los dos enemigos estaban aun á punto de desenvainar la espada, pero se sentaron frente á frente junto al fuego con un gran despliegue de cortesías. Maclaren los invitó á que probaran el jamón y la bebida preparada por su esposa. Pero Robín dió las gracias diciendo que era malo para la respiración.

—Debo advertirle á Vd., señor,—dijo Alán,—que hace cerca de diez horas que no pruebo alimento, lo

que es peor para la respiración que cualquier bebida de Escocia.

—No quiero aprovecharme de ninguna ventaja, Sr. Stuart,—replicó Robín.—Coma Vd. y beba: yo le acompañaré.

Cada uno comió un lonja de jamón y bebió un trago de la bebida preparada por la Sra. Maclaren; y luego, tras muchas nuevas cortesías, Robín tomó la cornamusa y tocó algo de una manera desordenada.

—¡Ah! Vd. puede hacerla resonar,—dijo Alán,—y tomando el instrumento que tenía su rival, tocó la misma pieza de un modo idéntico al de Robín; y después empezó unas variaciones que fué adornando de la manera más agraciada que puede darse.

La manera de tocar de Robín me había agradado; pero la de Alán me encantó.

—Eso no es del todo malo, Sr. Stuart,—dijo el rival,—pero en los trinos deja Vd. ver una estratagema muy pobre.

—¡Yo!—exclamó Alán, agolpándosele la sangre al rostro.—¡Vd. miente!

—¿Se confiesa Vd., pues, vencido en la cornamusa, y trata de cambiarla por la espada?—dijo Robín.

—Y eso está muy bien dicho, Sr. Macgregor,—replicó Alán,—y entretanto (y recalcó las palabras) retiro mi mentís. Apelo á Duncan.

—No tiene Vd. que apelar á nadie,—dijo Robín.—Vd. es mejor juez que ningún Maclaren en Balquider; porque es lo cierto que, para un Stuart, es Vd. muy buen tocador de cornamusa. Tenga Vd. la bondad de dármela.

Así lo hizo Alán, y Robín se puso á imitar y á corregir algunas de las variaciones de Alán, que parecía recordar perfectamente.

—¡Ah! Vd. entiende de música,—dijo Alán algo sombrío.

—Y ahora, Sr. Stuart, sea Vd. mismo el juez,—dijo Robín,—y tomando las variaciones desde el principio las trabajó de una manera tan nueva y con tanto acierto y sentimiento, y tan lleno de capricho, gracia y ternura, que me quedé pasmado al oirle.

En cuanto á Alán, estaba sombrío é inquieto, royéndose las uñas, como hombre que está sufriendo una grave ofensa.

—¡Basta!—gritó.—Vd. sabe tocar la cornamusa y puede hacer de ella lo que quiera.

É hizo ademán de levantarse. Pero Robín extendió la mano como reclamando silencio, y empezó á tocar con mucha lentitud. Era una hermosa pieza musical admirablemente desempeñada, y parece, además, que era una pieza peculiar de los Stuarts de Apín y de las favoritas de Alán. Apenas resonaron las primeras notas, se operó un cambio en su fisonomía; á medida que se acortaba el tiempo, parecía no poder permanecer tranquilo en su asiento; y mucho antes de que terminara la pieza, las últimas señales de su cólera habían desaparecido y solo la música le embargaba el ánimo.

—Robín Oig es Vd. un gran gaitero,—dijo Alán cuando todo hubo concluído.—Yo no soy digno de tocar en el mismo reino que Vd. ¡Cuerpo de tal! Tiene Vd. más música en su gorro que yo en la cabeza. Y aunque me parece que con la música de los aceros podría hacer algo

mejor, le prevengo de antemano que la partida no sería igual. Se me haría imposible acuchillar á un hombre que toca la cornamusa como Vd.

Y con estas palabras, la paz quedó afianzada; y toda la noche la cornamusa pasó de unas manos á otras y la botella no se quedó ociosa; y el día estaba ya muy adelantado antes que Robín pensara en partir.

Esta fué la última vez que lo ví, porque yo estaba en los Países Bajos, en la Universidad de Leyden, cuando fué juzgado y ahorcado en Edimburgo. Y he referido esta escena tan extensamente, en parte porque fué el último incidente notable que me aconteció en aquellas regiones, y en parte porque, habiendo sido ahorcado aquel hombre, es historia que merece ser contada.

CAPÍTULO XXVI

PASAMOS EL RÍO

Como he dicho, antes del fin del mes se me declaró en estado de emprender viaje. Nos hallábamos en Agosto, había un calor agradable y todas las señales de una cosecha temprana y rica. Nuestro dinero había disminuído de tal modo que teníamos que apresurarnos, porque si no llegábamos cuanto antes donde estaba el Sr. Rankeillor, ó si éste no me auxiliaba, corríamos peligro de morirnos de hambre. Además, según Alán, la persecución debía de haber disminuído mucho, y el paso del río, y aun el del puente mismo, no estarían muy vigilados.

—Es un axioma en asuntos militares,—dijo Alán,—ir donde menos lo esperan á uno. El paso del río es lo que nos importa: si tratamos de dar un rodeo, para atravesarlo donde comienza, de seguro que allí hay gente, que nos esperan para echarnos el guante; pero si escogemos el antiguo puente de Stirling, apuesto mi espada que nos dejan pasar sin obstáculo.

La primera noche nos dirigimos á la casa de un amigo de Duncan, donde dormimos el 21 de Agosto, y de donde partimos á la caída de la tarde á hacer otra jornada. El día 22 lo pasamos acostados en un brezal, donde dormí

perfectamente durante diez horas. Por la noche nos pusimos de nuevo en marcha, y llegamos al amanecer cerca del punto donde una corriente de agua afluye al río. Había allí una islita arenosa, cubierta de matorrales que nos podían ocultar cuanto estábamos tendidos. Aquí hicimos nuestro campamento, teniendo á la vista el Castillo de Stirling, en el cual oíamos el redoble de los tambores. Á un lado del río había segadores que estuvieron trabajando todo el día, pudiendo nosotros percibir el sonido de las voces, el golpear de las guadañas y hasta las palabras de los hombres cuando hablaban. Había, pues, necesidad de permanecer ocultos y tranquilos. Pero la arena de la islita estaba caliente con el sol, los matorrales nos ofrecían amparo, teníamos qué comer y qué beber; y, sobre todo, nos hallábamos próximos de vernos libres de todo peligro.

Tan pronto como los segadores abandonaron su trabajo y comenzó á obscurecer, pasamos á la orilla del río y nos dirigimos al puente de Stirling, al través de los campos y al abrigo de las cercas.

El puente que es antiguo, alto y estrecho, se halla cerca de la colina en cuya cima está el castillo, y ya podrá concebirse con cuanto interés contemplaba el puente, no como un lugar famoso en la historia, sino como las puertas de nuestra salvación. La luna no había salido aún cuando llegamos allí; unas cuantas luces brillaban á lo largo del frente de la fortaleza, y más abajo se veían algunas ventanas iluminadas en la ciudad; pero todo estaba muy tranquilo, y no parecía que hubiese centinelas en el paso.

Yo deseaba que atravesáramos sin dilación el puente, pero Alán se mostró más cauteloso.

—Esto parece en extremo tranquilo,—dijo,—pero á pesar de todo, permanezcamos aquí ocultos, y esperemos.

Permanecimos, pues, tendidos como un cuarto de hora, prestando atento oído á todo, murmurando á veces unas palabras en voz casi imperceptible, otras en profundo silencio, sin oir nada más que el rumor del agua que bañaba los muelles. Al fin, vino una mujer vieja que andaba apoyándose en un bastón, que se detuvo primero un poco cerca de donde estábamos, quejándose de lo largo del camino que había andado, y luego se dispuso á pasar el puente. La mujer era tan pequeña y la noche tan obscura que pronto la perdimos de vista; solo se oía el sonido de sus pasos y el de su bastón, y una tos de vez en cuando.

—Ya ha cruzado,—murmuré.

—No,—dijo Alán,—sus pasos aun resuenan en el puente.

Y en aquel instante gritó una voz—"¿Quién vive?"—y oímos la culata de un mosquete que se arrastraba sobre las piedras. Es de suponerse que el centinela se había quedado dormido, de manera que si hubiéramos probado, habríamos podido atravesar el puente sin ser notados; pero ya estaba despierto, y perdimos la oportunidad.

—Por aquí no se puede pasar, David,—dijo Alán,—no, no se puede pasar.

Y sin agregar otra palabra comenzó á arrastrarse por los campos, y poco después, cuando estuvo fuera del alcance de la vista, se puso en pie de nuevo, y se dirigió hacia el este. Yo no podía comprender lo que Alán estaba haciendo, y á la verdad el chasco que habíamos llevado me anonadó de tal modo, que no me hallaba

en estado de satisfacerme con nada. Pocos momentos antes me había imaginado que estaba ya llamando á la puerta del Sr. Rankeillor para reclamar mi herencia, como un héroe de novela ; y ahora retrocedía sin saber á dónde iba.

—¿ Y bien ?—pregunté.

—¿ Y bien ?—contestó Alán.—¿ Qué quiere Vd. ? No son tan tontos como yo creía. Aun tenemos que pasar el río, mi querido David.

—¿ Y por qué ir hacia el este ?—dije.

—¡ Oh ! para ver que se puede hacer,—contestó.—Si no nos es posible pasar el río, tendremos que cruzar el brazo de mar.

—En el río hay vados, y no los hay en el brazo de mar,—agregué.

—Ciertamente que hay vados, y también hay un puente,—dijo Alán,—pero ¿ de qué nos sirve si está vigilado ?

—Pero un río puede atravesarse á nado,—repliqué.

—Por los que saben nadar,—me contestó,—pero no sé que Vd. ó yo tengamos mucha habilidad en ese ejercicio ; y en cuanto á mí, nado como una piedra.

—No puedo contradecir á Vd., Alán,—pero veo que vamos de mal en peor ; pues si es difícil pasar un río mucho más difícil será pasar un brazo de mar.

—Pero olvida Vd. que hay algo que se llama bote ó embarcación,—dijo Alán,—ó mucho me engaño.

—Sí, y también algo que se llama dinero,—le repliqué.—Pero para nosotros que no tenemos ni lo uno ni lo otro, es como si no existieran.

—¿ Vd. lo cree así ?—me preguntó.

16

—Sí,—le respondí.

—David,—me dijo,—Vd. es un hombre de poca inventiva y de menos fe. Pero déjeme Vd. aguzar mi entendimiento, y si no puedo conseguir un bote de cualquiera manera que sea, construiré uno.

—Muy bien, si pasamos el puente,—dije,—éste no puede hablar; pero si cruzamos el brazo de mar en un bote, éste se quedará en una orilla. Alguien lo ha traído, pensarán, y comenzarán á sospechar.

—¡ Hombre!—dijo Alán,—si encuentro un bote, haré también que alguien lo vuelva al punto de partida. Por lo tanto, no diga Vd. más por el estilo, sino continúe andando, y deje que Alán piense por los dos.

De consiguiente estuvimos andando toda la noche, y á eso de las diez de la mañana, con mucha hambre y extremadamente fatigados llegamos á un lugar llamado Limekilns, cerca de la orilla del Hope y de la ciudad del Embarcadero de la Reina. Se percibía el humo de las chimeneas de dicha población y de varias aldeas y cortijos de los contornos. Los campos estaban bien segados: había dos buques anclados y se veían botes subir y descender el Hope. Era para mí un espectáculo muy grato, que no me cansaba de contemplar, deteniendo las miradas en aquellas verdes colinas cultivadas y en la gente atareada en mar y tierra.

Allí, en la orilla meridional, estaba la casa del Sr. Rankeillor, donde tenía la seguridad de que me esperaban el bienestar y la riqueza; y aquí, en la orilla septentrional, me encontraba miserablemente vestido, con unos pocos cuartos en el bolsillo por todo capital, la cabeza puesta á precio, y un foragido por sola compañía.

—¡Oh Alán!—exclamé,—pensar que allí me está esperando todo lo que puedo desear, y que las aves pueden ir allá y los botes cruzar esas aguas, y que todos los que quieren pueden hacerlo, excepto yo! ¡Es para desesperarse!

Entramos en una posada y compramos pan y queso á una sirvienta que era por cierto una buena moza. Llevamos nuestras provisiones en un paquete, con ánimo de sentarnos y comer en un bosquecillo cerca de la orilla del mar que veíamos á cierta distancia. Á medida que andábamos, no apartaba yo las miradas del otro lado del agua, suspirando interiormente, mientras Alán iba como sumido en honda meditación. Al fin se detuvo y me preguntó:

—¿Paró Vd. la atención en la muchacha á quien compramos esto?—dijo, señalando el pan y el queso.

—Ciertamente que sí,—respondí,—una guapa muchacha.

—¿Cree Vd. eso?—exclamó.—Amigo David, esa es una buena noticia.

—¿Qué puede haber de bueno en eso?—pregunté admirado.

—Creo,—dijo Alán con una de sus miradas singulares,—que podría conseguirnos el bote.

—Eso es lo que no comprendo,—contesté.

—Ya lo sé,—dijo Alán.—Yo no deseo que la muchacha se enamore de Vd., sino que le tenga compasión, David; para lo cual no es necesario que sea Vd. una belleza. Veamos,—agregó mirándome de arriba abajo,—desearía que fuese Vd. un tanto más pálido; pero por lo demás, todo sirve para mi objeto. Vamos á la posada en busca del bote que nos hace falta.

Lo seguí riéndome.

—David Balfour,—me dijo,—Vd. es un caballero muy singular á veces, en su manera de ser. Sin embargo, si se interesa por la seguridad de mi pescuezo y del suyo, tenga la bondad de considerar este asunto de otro modo. Voy á representar una comedia, cuyo fondo es tan serio como la horca para los dos. De consiguiente, no lo olvide Vd., y proceda de acuerdo con ello.

—Bien, bien,—respondí,—se hará como Vd. quiera.

Cuando nos acercamos á la posada, me hizo tomar su brazo y descansar en él como una persona que no podía más de puro cansancio, y cuando llegamos á la puerta parecía como si me llevara arrastrando. La muchacha se quedó sorprendida al vernos regresar tan pronto; pero Alán no quiso gastar palabras en explicaciones, me sentó en una silla y pidió un vaso de brandy que me dió á beber á sorbos, y tomando luego un pedazo de pan y queso me los dió á comer; todo con un aire de tal gravedad, cariño y ansiedad que habrían engañado al juez más hábil. No debe, pues, sorprender que la muchacha creyera en efecto que era yo un pobre joven, enfermo, fatigado, á quien cuidaba con gran afecto su compañero. Se acercó mucho, reclinándose contra una mesa.

—¿Qué es lo que tiene?—preguntó al fin.

Alán se volvío hacia ella, con una especie de furia, con gran sorpresa mía.

—¿Qué es lo que tiene?—exclamó.—Ha andado más centaneres de millas que pelos tiene en la barba; y ha dormido más tiempo entre los matorrales empapados en agua que entre sábanas secas. ¿Qué es lo que tiene?

¡Vaya si tiene! ¡Vaya si tiene!—continuó murmurando como persona descontenta.

—Es muy joven para todos esos trabajos,—dijo la muchacha.

—Demasiado joven,—dijo Alán vuelto de espaldas á ella.

—Haría mejor en ir á caballo,—continuó la joven.

—¿Y dónde podría conseguir un caballo?—gritó Alán volviéndose hacia ella con el mismo aspecto furioso.—¿Quiere Vd. que lo robe?

Creí que su rudeza habría hecho alejarse de una vez á la muchacha; pero ella permaneció silenciosa un rato. Mi compañero sabía bien lo que se pescaba, y á pesar de su sencillez en algunas cosas de la vida, tenía mucha experiencia y conocimiento del mundo en asuntos de esta naturaleza.

—No había necesidad de que me lo dijera,—exclamó ella al fin.—Vds. son caballeros.

—Bien,—dijo Alán un tanto ablandado con esta observación inocente,—y suponiendo que lo fuéramos ¿ha oído decir Vd. alguna vez que la cualidad de ser caballero le ponga á uno dinero en los bolsillos?

La muchacha dió un suspiro al oir esto, como si fuera alguna gran señora maltratada de la fortuna.

—No,—dijo,—tiene Vd. mucha razón.

Durante todo este tiempo estaba yo irritándome del papel que se me hacía desempeñar, sentado allí como si tuviera la lengua atada, lleno de vergüenza y á la vez con risa comprimida; pero la situación era de las que no podía yo soportar mucho tiempo, y le pedí á Alán que me dejara, pues ya me sentía mejor. Pero las palabras

se me atascaron en la garganta, porque siempre había detestado la mentira; pero mi misma confusión ayudó á la farsa de Alán, porque la muchacha no dudó atribuir mi voz ronca y apagada á la enfermedad y á la fatiga.

—¿No tiene amigos?—dijo con voz lastimera.

—Sí los tiene,—exclamó Alán,—si pudiéramos llegar á donde están. Entonces habría amigos, y amigos ricos, con buenas camas donde acostarse, alimentos que comer, médicos que lo vieran, y no que ahora tenemos que andar á pie por montes y valles y dormir entre los matorrales como mendigos.

—Y ¿por qué?—preguntó la muchacha.

—Mi querida amiga,—dijo Alán,—no se puede decir así, así, pero se lo daré á entender á Vd. silbándole una canción.

Y diciendo esto se reclinó sobre la mesa, y se puso á silbar con profundo sentimiento unos cuantos compases de una canción Jacobita.

—¡Silencio!—exclamó la muchacha mirando hacia la puerta.

—¡Eso es!—dijo Alán.

—¿Y tan joven?—exclamó la joven.

—Tiene bastante edad para,—y Alán hizo una señal con la mano, queriendo significar que tenía edad bastante para que me cortaran la cabeza.

—Sería una vergüenza,—dijo ella ruborizándose en extremo.

—Y es lo que sucedería á menos que no arreglemos las cosas mejor,—replicó Alán.

Y con esto la muchacha salió corriendo de la casa dejándonos solos. Alán con muy buen humor y contento

al ver el buen resultado que iba dando su estrategema, y yo furioso de verme tratado de Jacobita y como un chiquillo.

—¡Alán!—grité,—no puedo sufrir esto por más tiempo.

—Sin embargo tiene que ser así, David,—dijo Alán, —porque si esto fracasa, Vd. podrá escapar con la vida; pero Alán Breck puede considerarse hombre muerto.

Esto era tan cierto que exhalé un lamento; y aun este lamento sirvió al objeto de Alán, pues fué oído por la muchacha cuando volvía á toda prisa con un plato de bizcochos y una botella de cerveza.

—¡Pobre muchacho!—dijo, y no bien puso la comida en la mesa, me tocó el hombro con una palmadita amistosa, como si quisiera infundirme ánimo. Entonces nos dijo que comiéramos y bebiéramos pues no había nada que pagar, puesto que la posada era suya, ó á lo menos de su padre que había ido á pasar el día á cierto lugar que mencionó. Nos pusimos, pues, á comer, y mientras comíamos y bebíamos, ella permaneció sentada al lado de la mesa inmediata, mirándonos y pensando y estrujando entre los dedos las cintas de su delantal.

—Estoy pensando que tiene Vd. la lengua un tanto suelta,—dijo al fin dirigiéndose á Alán.

—Sí,—respondió Alán,—pero Vd. vé que yo sé con quien hablo.

—Nunca le haré traición,—dijo ella,—si Vd. alude á eso.

—No,—replicó Alán,—Vd. no es de esa clase de gente. Pero le diré lo que puede hacer para ayudarnos.

—No podría, no podría,—dijo moviendo la cabeza.

—No,—contesto Alán,—¿ pero y si Vd. pudiera ?

No respondió nada.

—Oiga Vd., amiga mía,—dijo Alán :—hay botes en esta región, pues he visto dos en la orilla, cuando venía á la posada. Ahora bien, si pudiéramos tener un bote con que cruzar al otro lado al abrigo de la noche, y un hombre decente y leal que trajera de nuevo la embarcación á este lado, y supiera callarse, habría dos almas salvadas : la mía probablemente, la de este muchacho con toda seguridad. Si no tenemos ese bote, y solo poseemcs tres chelines en este inmenso mundo, le doy á Vd. mi palabra de honor que no sé á dónde ir, ni sé tampoco que nos espere otra cosa que la horca. ¿ No tendremos ese bote ? ¿ Se quedaría Vd. en su cama caliente y cómoda, y dormiría tranquila pensando en nosotros mientras el viento ruje en la chimenea y la lluvia cae sobre el techo ? ¿ Podría Vd. comer tranquila al amor de la lumbre, y pensar en este pobre muchacho, enfermo y mordiéndose la punta de los dedos con hambre y frío ? Enfermo ó en buena salud, tiene que seguir andando ; con la muerte pendiente sobre su cabeza, tiene que continuar arrastrándose en medio de la lluvia por caminos largos y desconocidos ; y cuando exhale su último suspiro sobre un montón de piedras duras y frías, los únicos amigos que tendrá á su lado serán Dios y yo.

Al oir este discurso, ví á la muchacha en gran confusión y perplejidad de espíritu, deseando ayudarnos y temiendo sin embargo que pudiéramos ser malhechores ; así es que me decidí entonces á calmar sus escrúpulos con una parte de la verdad.

—¿ Ha oído hablar Vd. alguna vez del Sr. Rankeillor, del Embarcadero de la Reina ?—le pregunté.

—¿ Rankeillor el abogado ?—respondió,—ciertamente que sí.

—Bien, pues á su casa es á donde voy ; de modo que Vd. puede juzgar por eso si soy un criminal ; y más le diré, que si bien está mi vida en peligro, debido á cierta fatal equivocación, el Rey Jorge no tiene en Escocia más leal súbdito que yo.

Su rostro se iluminó al oir estas palabras, aunque el de Alán se obscureció.

—Eso es más de lo que yo preguntaría,—dijo la muchacha.—El Sr. Rankeillor es persona muy conocida. Después nos pidió que termináramos nuestra comida, que nos fuéramos tan pronto como pudiéramos á un lugar que nos mencionó, y permaneciéramos escondidos en un bosquecillo junto á la orilla del mar.

—Y confíen en mí,—agregó.—Yo hallaré medios de llevarlos al otro lado.

Dicho esto, no esperamos más. Le estrechamos la mano, y nos dirigimos al punto que nos había indicado. El bosquecillo se componía de una veintena de saúcos y espinos blancos y unos cuantos fresnos, y no era lo suficientemente espeso para ponernos á cubierto de las miradas de los que pasaran por el camino ó la playa. Sin embargo, allí tuvimos que ocultarnos lo mejor que pudimos, halagados con la esperanza de nuestra próxima libertad, y formando planes acerca de lo que nos quedaba por hacer.

Solo tuvimos algunos momentos de inquietud en el resto del día ; y fué cuando un gaitero ambulante vino y

se sentó en el mismo bosque en que estábamos. Era un hombre de nariz roja, sucio, borracho, con una botella de rón en el bolsillo, y una larga historia de las injusticias de que había sido víctima de toda clase de personas. Era imposible que dejase de concebir alguna sospecha de dos hombres que estaban todo el día tendidos y ocultos en un matorral, sin que pudieran decir qué estaban haciendo. Mientras permaneció allí nos tuvo en continua zozobra con sus preguntas capciosas ; y después que se fué, como no era hombre que pudiera poner freno á su lengua, ardíamos en impaciencia por irnos.

Al fin el día terminó espléndidamente : la noche descendió tranquila y bastante clara : empezaron á brillar las luces en las casas y cabañas, y después se fueron apagando una tras otra ; pero eran más de las once, y estábamos realmente en un potro llenos de ansiedad, cuando oímos el rumor de unos remos, y vimos á la muchacha que se acercaba remando en un bote. Á nadie le había confiado nuestros asuntos ; y tan pronto como su padre se durmió, salió de la casa por una ventana, tomó el bote de un vecino y vino á nuestro auxilio ella sola.

Yo estaba tan confuso que no podía hallar palabras con que expresar mi agradecimiento, y ella no menos confusa á la idea de oirlas ; nos suplicó que no perdiésemos tiempo y que lo que importaba era silencio y prontitud, en lo que tenía razón ; así es que con una y otra cosa nos llevó á la orilla opuesta, nos estrechó las manos, y regresó al punto de su partida antes de que hubiésemos cambiado una sílaba que expresase nuestra gratitud.

Aun después de haberse ido no proferimos una palabra : en realidad todo era poco para un acto tan bonda-

doso. Solamente Alán permaneció un gran rato en la orilla meneando la cabeza.

—¡Excelente muchacha!—dijo al fin.—¡Excelente muchacha, David!

Y como una hora después, acostados en una caverna cerca de la playa, y cuando yo había dormitado un poco, rompió de nuevo en elogios del carácter de la muchacha. Por mi parte, no podía decir nada: era una criatura tan sencilla, que sentía á la vez remordimiento y temor: remordimiento, porque habíamos abusado de su ignorancia; y temor, no fuera que de algún modo la hubiésemos envuelto en los peligros de nuestra situación.

CAPÍTULO XXVII

LLEGO Á CASA DEL SR. RANKEILLOR

Convinimos la mañana siguiente en que Alán permanecería oculto durante el día, hasta el obscurecer; pero que entonces se apostaría en el campo, junto al camino, sin moverse hasta que me oyera silbar. Le propuse silbarle, como contraseña, una canción que me agradaba mucho, pero me dijo que era muy común y cualquier campesino podría silbarla. Entonces me enseñó el fragmento de una canción de las montañas de Escocia, que no he olvidado ni olvidaré mientras viva. Cada vez que la recuerdo, me trae á la memoria aquel último día de mis aventuras, y me parece que veo á Alán sentado en el fondo de una caverna, silbando la canción y llevando el compás con un dedo, y con el rostro iluminado por los primeros fulgores del alba.

Yo me encontraba ya en la calle principal del Embarcadero de la Reina antes de que la mañana estuviera muy entrada. Pero á medida que fué avanzando el día, y las ventanas empezaron á abrirse, y la gente á salir de las casas, mi inquietud y abatimiento se hicieron más profundos. Veía ahora que no tenía en qué apoyar mis reclamaciones, ni poseía pruebas evidentes de mis dere-

chos y ni aun de mi identidad. Y dado caso que las cosas sucedieran como yo me había figurado, se necesitaría mucho tiempo para establecer mis reclamaciones ; y ¿qué haría yo entretanto con solos tres chelines en el bolsillo, y un hombre condenado y perseguido á quien tenía que embarcar? Si mis esperanzas no se realizaban, podría muy bien ser la horca lo que á los dos nos esperaba. Y á medida que la gente que pasaba por mi lado en la calle me miraba con cierta sorpresa, empecé á abrigar nuevos temores de que no sería muy fácil hablar con el abogado, y mucho menos convencerle de la verdad de mi historia.

No podía resolverme á dirigir la palabra á ninguno de aquellos honrados burgueses; me llenaba de vergüenza la sola idea de hablarles en el estado andrajoso en que me encontraba, y suponía que si les hubiera preguntado por la morada de un hombre como el Sr. Rankeillor, se habrían reído en mi cara. Así iba, pues, de un lado á otro, ya atravesando la calle, ya dirigiéndome al puerto, como perro que ha perdido á su amo, con una extraña sensación interiormente y de vez en cuando cierto acceso de desesperación. Serían ya como las nueve de la mañana, y estaba fatigado con mis idas y venidas sin objeto, cuando me detuve por casualidad frente á una casa de muy buen aspecto, con ventanas de cristales, paredes recientemente reparadas, y un perro acostado á la puerta. Estaba envidiando á este animal, cuando se abrió la puerta y salió un hombre pequeño, de rostro inteligente, sonrosado y bondadoso, con una peluca empolvada y espejuelos. El hombre aquel me miró y volvió á mirarme, y fué tal la impresión que le hizo mi aspecto miserable, que se dirigió hacia mí y me preguntó qué deseaba.

Le dije que había venido á la población á un negocio, y animándome le pregunté si podía decirme dónde vivía el Sr. Rankeillor.

—Esta es su casa,—dijo,—y yo soy Rankeillor.

—Entonces, señor,—le dije,—solicito de Vd. el favor de una entrevista.

—No sé quien es Vd., ni su rostro me es conocido,—contestó.

—Mi nombre es David Balfour,—dije.

—¿David Balfour?—repitió, como altamente sorprendido.—¿Y de dónde viene Vd., Sr. David Balfour?—me preguntó mirándome fijamente.

—Vengo de muchas y extrañas partes, señor,—le dije.—Pero creo que sería mejor referirle á Vd. toda mi historia en un lugar menos público.

Pareció meditar un momento, pasándose la mano por la frente, y mirándome de arriba abajo.

—Sí,—dijo,—será sin duda mejor.

Y me hizo entrar en su casa, diciéndole á uno, que no ví, que estaría ocupado toda la mañana y no podría recibir á nadie. Entonces me condujo á un cuarto empolvado lleno de libros y papeles. Aquí se sentó y me brindó una silla.

—Y ahora,—dijo,—si Vd. tiene algún negocio que explicarme, le ruego sea breve, y vamos al grano.—Y me citó un verso de Horacio, en latín, para recomendarme que empezara por donde se debía.—¿Vd. me comprende, no es cierto?—agregó.

—Le respondí que haría lo que recomendaba Horacio, y también le cité un latinajo, lo cual pareció agradarle. Á pesar de todo, aunque había cobrado algún ánimo, tuve

que hacer un esfuerzo para decirle que tenía motivos para creerme con ciertos derechos á los bienes de los Shaws.

Sacó un cuaderno de una gaveta, lo abrió, y me dijo:
—Adelante.

Pero permanecí silencioso, pues todo mi ánimo había desaparecido.

—Vamos, Sr. Balfour, vamos,—dijo Rankeillor,—continúe. ¿Dónde nació Vd.?

—En Essendean, el 12 de Marzo de 1734.

Parecía que verificaba esta declaración en su cuaderno; pero no sé lo que aquello significaba.

—¿Quiénes son sus padres?—me preguntó después.

—Mi padre fué Alejandro Balfour, maestro de escuela de dicho lugar,—dije,—y mi madre, Gracia Pitarron.

—¿Tiene Vd. algunos papeles que prueben su identidad?

—No, señor, pero están en manos del Sr. Campobello el ministro, y pueden fácilmente presentarse. El Sr. Campobello apoyará también cuanto digo, y aun creo que mi tío no me desmentiría.

—¿Se refiere Vd. al Sr. Ebenezer Balfour?—dijo.

—El mismo,—contesté.

—¿Á quien Vd. ha visto?

—¿Y por quien he sido recibido en su propia casa?—respondí.

¿Ha visto Vd. alguna vez á un hombre llamado Oseas?—preguntó Rankeillor.

—Sí, señor, por mis pecados,—contesté,—porque gracias á él y á mi tío, fuí plagiado á la vista de esta población; fuí llevado al mar; he naufragado y padecido cen-

tenares de trabajos y me encuentro en presencia de Vd. en este miserable estado.

—Dice Vd. que naufragó,—continuó el abogado,—¿dónde?

—Frente á la extremidad meridional de la isla de Mull,—dije.—El nombre de la islita en que fuí arrojado es Earraid.

—¡Ah!—dijo sonriendo,—es Vd. más fuerte que yo en geografía. Hasta ahora sus declaraciones concuerdan muy bien con otros informes que tengo. Pero Vd. dice que fué plagiado. Explíquese Vd.

—Yo estaba en camino para la casa de Vd., cuando fuí llevado á bordo de un bergantín; me ví privado del sentido á causa de un golpe en la cabeza, y fuí conducido á la bodega del buque, sin tener conocimiento de nada más hasta que estuvimos en alta mar. Iba destinado á las haciendas de las colonias; destino del cual, merced á la bondad de Dios, he sido librado.

—El bergantín se perdió el 27 de Junio,—dijo consultando sus apuntes,—y estamos hoy á 24 de Agosto. Este es un gran espacio de tiempo en blanco, Sr. Balfour, cerca de dos meses, durante los cuales ha dado Vd. mucho qué hacer á sus amigos; y le confieso que no quedaré satisfecho mientras no tenga una explicación satisfactoria de lo acontecido en ese tiempo.

—Ciertamente,—dije,—esos meses se pueden llenar muy fácilmente; pero antes de referir mi historia, quisiera saber si estoy hablando con un amigo.

—Eso es no salir de un círculo vicioso,—dijo el abogado.—No puedo convencerme hasta que no lo haya oido á Vd.; ni puedo ser su amigo hasta que no esté bien in-

formado de todo. Si Vd. tuviera más confianza, sería mucho mejor para Vd. Hay un proverbio que dice: "No la hagas, no la temas."

—Vd. no debe olvidar, Señor Rankeillor,—le contesté,—que ya he padecido mucho por mi exceso de confianza y sinceridad, y que fuí embarcado, ó mejor dicho plagiado, para ser vendido como un esclavo por el hombre mismo que, si no me equivoco, lo emplea á Vd.

Durante todo este tiempo había estado ganando terreno con el Sr. Rankeillor, y á medida que lo ganaba, también adquiría más animo y confianza. Pero al oir lo que le dije, que expresé con cierta sonrisa, el agobado se echó á reir.

—No, no,—contestó,—no es como Vd. dice. *Fui, non sum.* Sí, *fui* el hombre de negocios de su tío; pero mientras Vd. estaba en sus aventuras marítimas, mucha agua ha pasado por debajo del puente; y si sus oídos no le resonaron más de una vez, no fué por falta de mencionar el nombre de Vd. El mismo día del desastre marítimo, entró en mi estudio el Sr. Campobello, pidiéndome noticias de Vd. Yo ignoraba hasta su existencia; pero había conocido á su padre, y por motivos que yo me sé y serán explicados en otra oportunidad, me temía lo peor. El Sr. Ebenezer admitió que le había visto á Vd.; declaró (lo que parecía improbable) que le había dado considerables sumas de dinero; y que Vd. había partido para el Continente, con intención de completar su educación, lo que era probable y digno de elogio. Interrogado cómo es que Vd. no comunicó nada al Sr. Campobello, dijo que Vd. había manifestado un gran deseo de romper con su vida pasada. Cuando se le preguntó dónde

estaba Vd., dijo que nada sabía, pero pensaba que en la ciudad de Leyden. Á esto se redujeron sus respuestas todas. No estoy seguro de que alguien lo creyera,—continuó el abogado con una sonrisa,—y en particular le agradaron tan poco algunas de mis expresiones, que, en una palabra, me despidió de su casa. Entonces nos quedamos sin poder hacer nada: porque á pesar de todas nuestras sospechas, no teníamos la más leve prueba. Se presenta luego el capitán Oseas con la historia de haberse Vd. ahogado, lo cual puso fin á todo, sin más consecuencias que el pesar que le causó la noticia al Sr. Campobello, el perjuicio que sufrió mi bolsillo, y otra mancha en la reputación, no muy limpia, del tío de Vd. Y ahora el Sr. Balfour podrá juzgar por sí mismo hasta qué punto puede confiar en mí.

Todo esto lo dijo esmaltado con numerosas citas latinas, pero había en él tal aire de benevolencia, que se ganó toda mi confianza. Además, podía ver que me trataba como si fuese David Balfour; de modo que el asunto de mi identidad estaba plenamente concedido.

—Señor,—le dije,—si le refiero á Vd. mi historia, pongo la vida de un amigo mío á merced de Vd. Déme Vd. su palabra de honor de que será una cosa sagrada: en cuanto á mí mismo, el rostro de Vd. es mi mejor garantía.

Me dió su palabra solemnemente.

—Pero,—agregó,—estos son preámbulos alarmantes; y si en la historia de Vd. hay algo que esté en conflicto con las leyes, le suplico que recuerde que soy un abogado, y pase Vd. sobre el particular como sobre ascuas.

Con esta recomendación, comencé mi historia desde

el principio, oyéndome él con los espejuelos alzados, los ojos cerrados y de modo que á veces creí que estaba durmiendo. Pero nada de eso. Como después pude convencerme, todo lo había oído, tan perfectamente y con tal precisión de memoria, que con frecuencia me sorprendió. Aun los nombres enrevesados en gaélico, pronunciados una sola vez, los recordaba y me los repetía años más tarde. Sin embargo, cuando mencioné el nombre de Alán Breck, hubo una escena muy singular. Por supuesto que el nombre de mi amigo había resonado en toda Escocia con la noticia del asesinato de Colín Campobello y el precio puesto á su cabeza; y no bien lo hube mentado, el Sr. Rankeillor movió su silla y abrió los ojos.

—Yo no quisiera que se mencionaran nombres innecesarios, Sr. Balfour,—me dijo,—especialmente los de esos montañeses, muchos de los cuales no están en muy buenos términos con la justicia.

—Bien, creo que habría sido mejor no mencionar nombre alguno, pero puesto que ya se ha hecho, vale más continuar,—respondí.

—De ningún modo,—dijo el abogado.—Yo soy un poco sordo, como Vd. debe de haber notado; y no creo haber oído bien ese nombre. Si Vd. quiere, le llamaremos el Sr. Thomson, á su amigo, para que no haya consecuencias. Y en adelante, quisiera que hiciese Vd. lo mismo con todos esos escoceses de la Tierras Altas que tuviere Vd. que mencionar, ya estén vivos ó muertos.

Comprendí por estas palabras que había oído perfectamente el nombre de Alán y sospechaba que tendría que hablar del asesinato. Consentí, por lo tanto, en lo que me propuso, y durante el resto de mi narración, Alán

Breck se convirtió en el Sr. Thomson; Santiago Stuart se llamó el pariente del Sr. Thomson; Colín Campobello pasó por el Sr. Glen, y en cuanto á Cluny, tuve que bautizarle con el nombre del Sr. Jameson, jefe escocés.

—Bien, bien,—dijo el abogado cuando hube concluído mi relación,—es un gran poema épico, una gran Odisea. Debe Vd. referirla en un latín castizo, cuando su latinidad sea más perfecta; ó en inglés, si Vd. gusta, aunque yo prefiero el otro idioma. Ha recorrido Vd. casi toda la Escocia; y ha demostrado, además, una aptitud singular para verse metido en una falsa posición, y, en conjunto, para comportarse bien. Este Sr. Thomson, me parece un caballero de algunas cualidades excelentes, aunque tal vez un tanto dado á derramar sangre. Á pesar de todos sus méritos, me alegraría verle en alta mar, porque ese hombre, Sr. David, se encuentra en una situación difícil. Pero Vd. hace perfectamente en serle fiel; é indudablemente él lo es respecto á Vd. Ha sido un leal compañero, y han corrido Vds. el peligro de subir juntos al cadalso. Pero esos días, afortunadamente, han pasado, y creo que Vd. se encuentra ya al fin de sus tribulaciones.

Mientras moralizaba de este modo acerca de mis aventuras, me echó una mirada de tal bondad y benevolencia, que apenas pude contener mi satisfacción. Había estado vagando durante tanto tiempo entre gentes desordenadas, sin respeto á las leyes, durmiendo en los bosques y montes, al aire libre, que verme sentado en una casa limpia, techada, hablando amistosamente con un caballero vestido decentemente, me parecía un sueño. Mientras pensaba así, fijé la vista en mis harapos, y me quedé lleno de confusión. Pero el abogado lo notó, y, levantándose,

llamó á alguien y le ordenó que pusiera otro cubierto en la mesa, pues el Sr. Balfour se quedaría á comer. Luego me condujo á un cuarto en el piso alto de la casa y allí me proporcionó agua, jabón, un peine, algunos vestidos que pertenecían á su hijo, y me dejó solo.

CAPÍTULO XXVIII

VOY EN BUSCA DE MI HERENCIA

En aquella habitación cambié mi apariencia cuanto pude; y mucho me complació el contemplarme en un espejo y ver que el mendigo harapiento había desaparecido, y que yo era otra vez David Balfour. Y sin embargo, me avergoncé del cambio y, sobre todo, de los vestidos prestados. Cuando hube terminado de lavarme y vestirme, el Sr. Rankeillor me felicitó y me hizo entrar en su gabinete de estudio.

—Siéntese Vd., Sr. David,—me dijo,—y ahora que Vd. se parece un poco más á sí mismo, quiero ver si puedo proporcionarle algunas noticias. Seguramente habrá Vd. pensado más de una vez acerca de las relaciones entre su padre y su tío. Pues bien, es una historia singular; y su explicación de tal naturaleza, que casi me abochorno de tener que contársela, porque se trata de un asunto amoroso.

—Verdaderamente,—dije,—no puedo asociar esa idea con mi tío.

—Pero su tío, Sr. David, no siempre fué viejo,—replicó el abogado,—y lo que acaso le sorprenderá á Vd., no siempre feo. Tenía buena presencia; cuando pasaba

por la calle montado en fogoso caballo, la gente se detenía para contemplarle. Yo lo he visto con estos propios ojos, y le confieso á Vd. que no sin cierta envidia, porque yo era un hombre sencillo, hijo de un hombre también sencillo.

—Me parece un sueño,—dije.

—¡ Ah !—replicó,—eso es lo que pasa con la juventud y la vejez. Ni era eso todo, sino que tenía un espíritu que prometía grandes cosas para lo futuro. Así es que en 1715 se fugó para reunirse á los rebeldes, y fué su padre de Vd. quien corrió á su alcance y lo trajo á su casa, con gran regocijo de la población. Pero hablemos de otras cosas: ambos hermanos se enamoraron de una misma señorita. El Sr. Ebenezer, que era el más admirado y querido, y el niño mimado, se creyó seguro de la victoria ; y cuando descubrió que se había engañado, chilló y gritó como un pavo real. Todos lo oyeron ; ora enfermo en casa, con toda la familia en torno de su lecho, anegada en lágrimas ; ora yendo de una posada á otra y refiriendo su desgracia al primero que encontraba. El padre de Vd., Sr. David, era un caballero excelente, pero muy débil, inmensamente débil. Tomó por lo serio la locura y simpleza de su hermano, y un día . . . le cedió la dama. Pero ésta, que no tenía un pelo de boba (y de ella debe Vd. haber heredado el excelente buen sentido que le distingue), se negó á consentir en el traspaso. Ambos se arrodillaron ante la muchacha y ambos fueron puestos en la puerta de la calle por pronta providencia. Esto fué en Agosto, el mismo año que salí del colegio. La escena debió ser altamente cómica.

Yo creí también que todo ello era bien ridículo, pero no podía olvidar que mi padre se hallaba mezclado en el asunto y dije:

—Seguramente, señor, pero también con su punta de trágico.

—Nada de eso, señor, nada trágico,—replicó el abogado,—porque la tragedia implica algo serio que se disputa, mientras que aquí todo se reducía á la petulancia de un joven malcriado y consentido, que lo único que necesitaba era recibir una buena zurra. Sin embargo, su padre pensaba de otro modo; y de concesión en concesión por parte suya, y egoísmo sentimental de parte del tío de Vd., al fin los dos hermanos hicieron una especie de convenio, cuyas malas consecuencias ha sufrido Vd. últimamente. Uno, tomó la dama, y el otro se quedó con los bienes. Esta quijotada de su padre, que fué un acto de injusticia, ha engendrado innumerables injusticias. Sus padres de Vd. vivieron y murieron pobres; Vd. fué educado en la pobreza; y, entretanto ¡qué rudos tiempos han sido para los pobres arrendatarios de las tierras de Shaws! Y aún podría agregar: ¡qué rudos tiempos para el Sr. Ebenezer!

—Y sin embargo,—dije,—es ciertamente lo más singular, ver cómo puede cambiar la naturaleza de un hombre.

—Así es,—contestó el Sr. Rankeillor,—y con todo eso, me parece la cosa más natural. Su tío de Vd. no podía creer que había desempeñado un papel muy noble. Los que conocían la historia, le huían; los que no la conocían, al ver que un hermano desaparecía, y que el otro era el dueño de sus bienes, hablaron de que se había

cometido un asesinato: así es que vió alejarse de él á todo el mundo. Dinero fué lo único que consiguió con su convenio, y llegó á pensar sólo en el dinero. Cuando joven, era egoísta; lo es ahora en su vejez; y las consecuencias de estos sentimientos, Vd. mismo las acaba de experimentar.

—Bien, señor,—dije,—con todo esto ¿cuál es mi posición?

—Los bienes le pertenecen á Vd. sin que en esto quepa duda alguna,—replicó el abogado.—Poco importa lo que su padre haya hecho: Vd. es el heredero legal. Pero su tío es un hombre que defenderá lo indefendible, y probablemente empezaría por negar la identidad de Vd. Un pleito es siempre costoso, y un pleito de familia, siempre escandaloso. Además, si tuvieran que salir á relucir las aventuras de Vd. y las de su amigo el Sr. Thomson, nos habríamos lucido. Cierto es que el plagio sería un punto muy importante en favor de Vd. si pudiéramos probarlo; pero esto es difícil. Por lo tanto, mi consejo es que se haga un arreglo con su tío, dejándole quizás en Shaws donde ha vivido un cuarto de siglo, y contentándose Vd. con una buena mesada.

Le dije que no tenía inconveniente en ser acomodaticio, y que no era muy de mi gusto traer ante el público los asuntos de la familia. Al mismo tiempo empecé á bosquejar en mis adentros el plan que después se adoptó.

—¿Es lo importante probar el asunto del plagio?—le pregunté.

—Indudablemente,—dijo el abogado,—y extrajudicialmente si es posible. Pero óigame Vd.: podríamos tal vez hallar algunos hombres del *Covenant*, que serían

testigos del encierro de Vd.; pero una vez ante el tribunal, no podremos contener sus declaraciones, y algo acerca de su amigo el Sr. Thomson saldría á relucir; lo que no me parece muy aceptable, por lo poco que le he oído decir á Vd.

—Bien, señor,—le contesté,—he aquí lo que pienso que se puede hacer,—y le expliqué mi plan.

—Pero esto implica una entrevista con su amigo Thomson,—me dijo el abogado.

—Seguramente que sí,—le dije.

—Mi querido doctor,—exclamó el abogado frotándose la frente,—mi querido doctor, no, Sr. David, mucho me temo que su plan sea inadmisible. Yo no digo nada en contra de su amigo el Sr. Thomson; no sé nada en contra suya, y si lo supiera, téngalo Vd. presente, Sr. David, mi deber sería echarle mano. Ahora quiero hacerle á Vd. una pregunta: ¿es prudente que yo lo vea? Pudiera haber algunos cargos contra él. Quizás no le ha dicho todo á Vd. ¡Acaso su nombre no pudiera ser Thomson! —exclamó el abogado guiñando un ojo,—porque algunos de estos individuos cambian de nombres como otros de vestido.

—Vd. debe ser el juez, señor,—le dije.

Pero era evidente que mi plan le había hecho impresión, porque se quedó pensativo, hasta que su esposa nos llamó á comer; y apenas se acabó la comida y se retiró la Sra. Rankeillor, comenzó de nuevo á hablar de mi propuesta. ¿Cuándo y cómo debía yo verme con mi amigo el Sr. Thomson? ¿estaba yo seguro de que era discreto? Suponiendo que pudiésemos atrapar al zorro viejo del tío ¿consentiría yo en tales y tales condiciones de un conve-

nio ó arreglo?—Estas y otras preguntas por el estilo me fué haciendo á largos intervalos, mientras bebía el vino que tenía sobre la mesa. Cuando hube respondido á todas, seguramente á satisfacción suya, volvió á sumergirse en honda meditación, hasta el punto de olvidar su clarete. Entonces tomó una hoja de papel y un lápiz, y se puso á escribir, pesando cada palabra; y al fin, tocó una campanilla é hizo entrar á su escribiente.

—Torrance,—le dijo,—quiero que me ponga Vd. esto en limpio para esta noche; cuando lo haya terminado, tome Vd. su sombrero y tenga la bondad de venir con este caballero y conmigo, pues probablemente tendrá Vd. que servir de testigo.

—¡Como! señor,—exclamé después de haber partido el escribiente,—¿quiere Vd. hacer la prueba?

—Así parece,—dijo, llenando su vaso,—pero no hablemos más de negocios. Luego añadió: la vista de Torrance me recuerda cierta aventura que me sucedió hace algunos años. Le había dado una cita en cierto lugar de Edimburgo. Cada cual se fué á sus negocios, y cuando dieron las cuatro de la tarde, hora en que debíamos encontrarnos, Torrance, que había bebido un poco más de lo necesario, no me reconoció, y yo, que había olvidado mis espejuelos, no conocí tampoco á mi escribiente.

Y se puso á reir á carcajadas. Yo le dije que era muy chistosa la historia, y me sonreí por política; pero lo que me sorprendió fué que, durante el mediodía, continuó recordando la historia, agregando nuevos detalles y riéndose, hasta que al fin comencé á turbarme y hasta á avergonzarme de la tontería de mi amigo.

Cuando se acercó la hora que había convenido con

Alán, salimos de la casa; el Sr. Rankeillor y yo, de bracete, y Torrance detrás con el convenio en el bolsillo y un cesto tapado en la mano. Durante el trayecto por la población, el abogado iba saludando á derecha é izquierda, viéndose detenido á cada paso por caballeros que le hablaban de sus negocios privados; y pude ver entonces que gozaba de gran consideración en el país. Al fin, salimos del poblado y nos dirigimos á lo largo del puerto, hacia la posada de Hawes, el muelle y el embarcadero, teatro do mis infortunios. No pude mirar aquel sitio sin cierta emoción, recordando que muchos de los que aquel día habían estado allí conmigo, habían dejado de existir. Ransome, á quien la muerte libró tal vez de una vida de miseria y de pecado; Suan, que perdió la vida como yo no quisiera perderla; y los pobres marineros que se hundieron con el bergantín. Yo había sobrevivido á todos ellos y aun al bergantín mismo, después de pasar, incólume, trabajos y peligros innumerables. Mi único pensamiento debería haber sido de gratitud; y sin embargo, no podía contemplar aquel sitio sin cierto dolor por los otros y una especie de terror por lo pasado.

Yo estaba sumido en estas ideas, cuando de repente el Sr. Rankeillor, tocándose los bolsillos, comenzo á reir.

—¡Vaya! ¡vaya!—exclamó,—¡cuidado que esto es singular! ¡Pues no he olvidado mis espejuelos después de todo lo que he hablado sobre el asunto!

Comprendí entonces el objeto de su anécdota, y supuse que, si había dejado sus espejuelos en casa, fué con el objeto deliberado de servirse de Alán, y no poder distinguir bien su fisonomía. Realmente, no fué mala idea, porque suponiendo que las cosas tomasen mal cariz,

¿cómo podría el Sr. Rankeillor jurar acerca de la identidad de mi amigo? Á pesar de todo, tuvo necesidad de algún tiempo para dar con lo que deseaba, puesto que había hablado y reconocido á numerosas personas en la población; y yo no abrigaba duda ninguna de que aun tenía bastante buena vista.

Tan pronto como pasamos de largo por la posada, se cambió el orden de la marcha. El Sr. Rankeillor se puso á retaguardia, con Torrance, y yo á la vanguardia, á manera de explorador. Me adelanté silbando de vez en cuando mi canción gaélica, y al fin tuve el placer de oir que la contestaron, y ví salir á Alán detrás de un matorral. Estaba un tanto malhumorado, por que había pasado todo un día solo entre los matorrales, haciendo una pobre comida en una mala posada de las cercanías. Pero á la simple vista de mi traje, empezó á animarse, y tan pronto como le dije cuán adelantados se hallaban nuestros asuntos, y el papel que tenía que desempeñar en lo que restaba por hacer, se transformó en otro hombre.

—Esa ha sido una buena idea,—dijo,—y puedo decir que no podría haber empleado Vd. á mejor hombre que á Alán Breck. Y es preciso que sepa Vd. que no un cualquiera puede ejecutarla, sino que se necesita un caballero de cierta penetración para llevarla á cabo. Pero me parece que su abogado estará deseando verme.

Por lo tanto, alcé la voz é hice señas al Sr. Rankeillor, que se adelantó solo y fué presentado á mi amigo el Sr. Thomson.

—Tengo mucho gusto en conocerle, Sr. Thomson,—dijo.—Pero he olvidado mis espejuelos; y nuestro amigo, el Sr. David, le dirá á Vd. que casi soy ciego, y no debe

por lo tanto sorprenderse Vd. si paso por su lado mañana sin reconocerle.

Dijo esto creyendo que Alán quedaría satisfecho; pero la vanidad de mi amigo se encogía por cosas de menor importancia.

—Muy bien, señor,—dijo con cierta sequedad,—estoy por decir que importa poco, puesto que nos reunimos aquí con un objeto dado, y es tratar de que se haga justicia al Sr. Balfour; y por lo que veo hay poca probabilidad de que existan muchos puntos de contacto entre nosotros dos. Pero acepto la satisfacción de Vd., que era muy necesaria.

—Eso es más de lo que yo podía esperar, Sr. Thomson,—dijo el abogado con acento bondadoso.—Y, ahora, puesto que Vd. y yo somos los principales actores en este asunto, creo que podremos llegar á un buen resultado, para lo cual, le propongo á Vd. que me dé el brazo, porque con la obscuridad y con la falta de mis espejuelos no puedo andar muy seguro. En cuanto á Vd., Sr. David, encontrará en Torrance un agradable compañero con quien hablar; pero le recuerdo á Vd. que es absolutamente innecesario que refiera más acerca de sus aventuras y las del . . . Sr. Thomson.

Por lo tanto, Alán y el abogado se adelantaron, empeñados en una conversación muy animada y en voz baja, y Torrance y yo los seguimos á retaguardia.

Era ya bastante tarde cuando llegamos á la vista de la casa de Shaws. Hacía algún tiempo que habían dado las diez de la noche. Cuando estuvimos bastante cerca de la casa, no vimos el más leve indicio de luz en ninguna parte del edificio. Parecía que mi tío estaba ya acostado, lo que era lo más conveniente para nuestros planes. Hi-

cimos nuestra última consulta en voz muy baja á unas cincuenta varas de la casa; y entonces, el abogado, su escribiente Torrance y yo, nos deslizamos sin hacer ruido y nos agachamos junto á una esquima de la casa. Luego, tan pronto como estuvimos en nuestros puestos, Alán se dirigió resueltamente á la puerta y empezó á tocar.

CAPÍTULO XXIX

LLEGO Á MI REINO

Durante mucho tiempo estuvo Alán golpeando la puerta. Al fin, pude oir el ruido de una ventana que se abría suavemente, y conocí que mi tío había venido á su observatorio. Á la luz de la escasa claridad que reinaba, podía precibirse á Alán, en pie, como una sombra espesa en los escalones: los tres testigos estábamos ocultos fuera del alcance de la vista de mi tío; de modo que en lo que éste vió, no había nada que debiera alarmar á un hombre honrado y en su propia casa. Á pesar de todo, estudió á Alán en silencio un rato, y cuando al fin habló, su voz parecía la de un hombre algo receloso.

—¿Qué esto?—dijo.—Esta no es hora en que las personas decentes vienen á molestar á uno: yo no tengo tratos con nadie á semejante hora de la noche. ¿Qué quiere Vd.? Aquí tengo un arcabuz.

—¿Es Vd. el Sr. Balfour?—replico Alán, echando un pie atrás y mirando hacia arriba.—Tenga Vd. cuidado con ese arcabuz; mire Vd. que puede reventar.

—¿Qué quiere Vd.? y ¿quién es Vd.?—dijo mi tío incómodo.

—Yo no acostumbro dar mi nombre en un camino,—

dijo Alán,—pero lo que me trae, es algo que más interesa á Vd. que á mí.

—¿Y qué es?—preguntó mi tío.

—David,—dijo Alán.

—¿Qué es eso?—gritó mi tío con voz muy demudada.

—¿Quiere Vd. que le diga el resto de su nombre?—preguntó Alán.

Hubo una pausa; y luego agregó mi tío con acento que expresaba cierta duda.

—Estoy pensando dejarlo entrar.

—Así lo creo,—dijo Alán,—pero la cuestión es si yo deberé hacerlo. Ahora bien; óiga Vd. lo que pienso. Creo que debemos conferenciar en estos escalones y hablar de nuestro negocio. Tiene que ser aquí, ó en ninguna otra parte; porque es preciso que Vd. sepa que soy tan obstinado como Vd. y un caballero de mejor familia.

Este cambio de tono desconcertó á Ebenezer. Estuvo rumiando unos momentos lo que había oído, y, al fin, dijo:—"¡Está bien! ¡Está bien! Lo que ha de suceder, sucederá,"—y cerró la ventana. Pero pasó algún tiempo antes de que bajara, y aún mucho más tiempo antes de que quitara todas las cadenas y barras, y corriera todos los cerrojos y pasadores, arrepintiéndose, seguramente, á cada paso que daba. Al fin, oímos el ruido de los goznes y salió mi tío, sentándose en el escalón más alto, con el arcabuz en la mano.

—Y ahora,—dijo,—tenga Vd. presente que estoy con mi trabuco en la mano, y que si Vd. da un paso más hacia mí, es Vd. hombre muerto.

—No hay duda que es un discurso muy político,—dijo Alán.

—No,—dijo mi tío,—pero el modo de proceder de Vd., tampoco es como se debe, y necesito estar preparado para todo. Y ahora que nos comprendemos mútuamente, dígame Vd. lo que desea.

—Puesto que Vd. parece ser hombre de tanta inteligencia,—dijo Alán,—debe Vd. haber visto que soy un caballero montañés. Mi nombre no tiene nada que ver con el asunto; pero la tierra de mis amigos no está muy lejos de la Isla de Mull, de la cual habrá Vd. oído hablar. Parece que se perdió un buque en esos lugares; y al siguiente día, un caballero de mi familia, que estaba buscando en la playa fragmentos del buque naufragado, para hacer fuego, halló á un muchacho medio ahogado. Se lo llevó consigo y lo condujo á un castillo antiguo, casi en ruinas, donde ha permanecido hasta ahora, ocasionando grandes gastos á mis amigos. Estos, viendo que el muchacho estaba emparentado con algunas personas decentes, y que era sobrino carnal de Vd., Sr. Balfour, me han comisionado para que le viera y conferenciase sobre tal asunto. Y desde ahora le digo á Vd. que, á menos que convengamos en ciertas condiciones, no tendrá Vd. muchas esperanzas de verle; porque mis amigos,—agregó Alán con mucha sencillez,—carecen de bienes de fortuna.

Mi tío tosió como para aclarar la voz, y dijo:

—No me importa mucho. Nunca fué un buen muchacho, y no tengo porqué mezclarme en el asunto.

—¡Hola! ¡Hola!—exclamó Alán.—Ya veo lo que Vd. intenta. Pretende manifestar que no le importa mucho, para que el rescate sea menor.

—No,—dijo mi tío,—es la simple verdad. Ya he dicho que me importa poco el muchacho, y no pagaré

ningún rescate, y puede Vd. hacer con él lo que mejor le parezca.

—¡ Tu ! ¡ tu !—dijo Alán.—La sangre llama, por más que Vd. diga lo contrario. Vd. no puede abandonar al hijo de su hermano, aunque no fuera más que por un sentimiento de vergüenza ; y si lo hiciere y se llegase á saber, no sería Vd. muy bien mirado en su país, ó mucho me engaño.

—De todos modos, no soy aquí muy popular,—repitó Ebenezer,—y no sé cómo podría saberse eso. No por mí, ciertamente ; ni tampoco por Vd. ó por sus amigos. De consiguiente, esas son palabras ociosas.

—Entonces, será David quien lo dirá,—replicó Alán.

—¿ De qué modo ?—preguntó mi tío con viveza.

—¡ Oh ! muy sencillamente,—dijo Alán.—Mis amigos, sin duda alguna, conservarán al sobrino de Vd. mientras abriguen la esperanza de hacer algun dinerillo con él ; pero desde el instante en que se convenzan de lo contrario, creo que le dejarán ir á donde quiera, y punto final.

—¡ Ah ! pero eso tampoco me importa mucho,—replicó mi tío.—Ni me causaría ninguna inquietud.

—Eso es lo que yo pienso,—dijo Alán.

—Y ¿ por qué ?—preguntó Ebenezer.

—¿ Por qué, Sr. Balfour ?—replicó Alán.—La explicación es muy sencilla : ó Vd. tiene afecto á David, y habría pagado ya para que volviera á su lado ; ó tiene Vd. sus razones para no desear su regreso, y pagaría Vd. entonces para que se quedara con nosotros. Parece que no es lo primero ; luego, será lo segundo ; y mucho me alegro, pues ello nos proporcionará una bonita suma á mí y á mis amigos.

—No comprendo cómo,—dijo mi tío.

—¿No?—dijo Alán.—Es muy sencillo también: Vd. no quiere que el muchacho vuelva. Bien: ¿qué quiere Vd. que se haga con él, y cuánto pagará Vd. por ello?

Mi tío no respondió, sino se movió visiblemente inquieto en su asiento.

—Veamos, señor,—dijo Alán.—Vd. debe haber comprendido que soy un caballero: yo llevo un nombre de rey, y no soy hombre de quedarme aquí tranquilo á la puerta de su casa. Ó me dá Vd. una respuesta terminante y cortés, ó lo atravieso á Vd. de parte á parte con este acerco.

—¡Eh! ¡hombre!—gritó mi tío poniéndose en pie. —Concédame Vd. un instante. ¿Qué es lo que le pasa á Vd? Yo soy un hombre sencillo, y no soy un maestro de danzar, y trato de ser tan político y cortés como es humanamente posible. Y en cuanto al lenguaje de Vd., no es muy escogido. Dice Vd. que me atravesará de parte á parte. ¿Olvida Vd. mi arcabuz?

—La pólvora y las viejas manos de Vd. son como un caracol en comparación de una golondrina, contra esta espada en las manos de Alán,—dijo este.—Antes de que ese dedo vacilante pueda dar con el gatillo de su arcabuz, tendrá Vd. este acero dentro de su cuerpo hasta la empuñadura.

—¿Por qué negarlo, hombre?—exclamó mi tío.—Hágase como Vd. quiere: no intento incomodar á Vd. Dígame lo que desea, y verá Vd. cómo nos arreglamos.

—Me alegro, señor,—dijo Alán.—Yo no pido otra cosa, sino tratar lisa y llanamente este asunto. En una palabra ¿quiere Vd. que el muchacho viva ó muera?

—¿ Oh, señor !—exclamó Ebenezer.—Ese no es modo de hablar.

—¿ Vivo ó muerto ?—repitió Alán.

—¡ Vivo, vivo !—exclamó mi tío.—Nada de sangre derramada.

—Bien,—dijo Alán,—será como Vd. guste; pero también será más caro.

—¿ Más caro ?—gritó Ebenezer.—¿ Se mancharía Vd. las manos con un crimen ?

—¡ Ja ! ¡ ja !—dijo Alán.—Ambas cosas son un crimen; y el matarlo es lo más fácil, lo más pronto y lo más seguro. Mantener al muchacho, sería demasiado enojoso y nada productivo.

—Quiero sin embargo que viva,—replicó mi tío.—Jamás me he mezclado en nada injusto ó criminal, y no voy á comenzar ahora para satisfacer á un montañés medio selvático.

—Usted es muy escrupuloso,—dijo Alán con sorna.

—Yo soy un hombre de principios,—replicó Ebenezer con la mayor sencillez,—y si tengo que pagar por ellos, lo haré. Además, Vd. olvida,—agregó,—que el muchacho es el hijo de mi hermano.

—Bien, bien,—dijo Alán,—hablemos ahora del precio. No es fácil, para mí, fijarlo; tengo que enterarme antes acerca de algunos pequeños detalles. Por ejemplo, tengo que saber cuánto le dió Vd. al capitán Oseas.

—¿ Oseas ?—gritó mi tío, lleno de asombro.—¿ Para qué ?

—Por plagiar á David,—respondió Alán.

—¡ Eso es mentira ! ¡ esa es una infame mentira !—exclamó mi tío.—David nunca fué plagiado. Quien se

lo ha dicho á Vd., ha mentido. ¿ Plagiado ? Nunca lo fué.

—No es mi culpa, ni la de Vd.,—dijo Alán,—ni aun la de Oseas, si es que este hombre merece crédito.

—¿ Qué significa eso ?—gritó Ebenezer.—¿ Fué Oseas quien se lo dijo á Vd. ?

—¡ Cómo ! Se lo ha dicho á todo el mundo ; de otro modo ¿ cómo lo sabría yo ?—dijo Alán.—El capitán Oseas y yo somos socios ; dividimos las ganancias : de modo que Vd. puede ver el provecho que le resultará de mentir. Y debo decirle sin rodeos, que procedió Vd. muy neciamente mezclando de tal modo en sus asuntos privados á un hombre como ese marinero. Pero ya eso no tiene remedio ; y Vd. debe atenerse á las consecuencias. De lo que ahora se trata es de lo siguiente : ¿ cuánto le pagó Vd. á Oseas ?

—¿ No se lo ha dicho él mismo á Vd. ?—preguntó mi tío.

—Eso es cuenta mía,—replicó Alán.

—Bien,—dijo mi tío,—poco me importa lo que él haya dicho ; ha mentido, y la verdad pura y simple es, que yo le dí veinte libras esterlinas. Pero quiero ser completamente honrado con Vd. Le pagué esa suma con la condición de que vendiera el muchacho en la Carolina del Sur, siendo el precio de la venta para él, lo que vendría á ser otro tanto ; pero eso no salió de mi bolsillo.

—Muchas gracias, Sr. Thomson. Con eso basta perfectamente,—dijo el abogado saliendo de su escondrijo ; y luego, con la mayor cortesía, agrego : " ¡ Buenas noches, Sr. Balfour ! "

—¡ Buenas noches ! tío Ebenezer,—dije yo.

—¡ Buenas noches ! Sr. Balfour,—agregó Torrance.

Ni una palabra profirió mi tío; sino que se quedó como clavado donde estaba, mirándonos como un hombre que se hubiera convertido en piedra. Alán le quito su arcabuz; y el abogado, asiéndole del brazo, le hizo levantarse del escalón donde estaba, lo condujo á la cocina, donde le seguimos todos, y lo sentó en un sillón junto á la chimenea.

Todos le miramos un momento, orgullosos de nuestro triunfo; pero, sin embargo, con cierta especie de compasión, por la vergüenza de aquel hombre.

—Venga Vd., Ebenezer, venga Vd.,—dijo el abogado,—no se abata tanto, porque le prometo que nuestras condiciones serán moderadas. Entretanto, denos la llave de la despensa, para que Torrance nos saque una botella del vino de su padre de Vd., para celebrar el acontecimiento. Y luego, dirigiéndose á mí y tomándome de la mano, me dijo: "Sr. David, le felicito á Vd. por su buena fortuna, que creo merecida."

Se volvió á Alán, y con cierto aire socarrón le dijo:

—Sr. Thomson, le felicito cordialmente; ha conducido Vd. el asunto de una manera admirable; pero en un solo particular no pude comprenderle. ¿Es el nombre de Vd. Santiago, ó Carlos, ó acaso Jorge?

—Y ¿por qué ha de ser uno de esos tres nombres, señor?—replicó Alán; estirándose cuanto pudo, como si presumiera que se le quería ofender.

—Sólo, señor, porque Vd. mencionó el nombre de un rey,—replicó el abogado,—y no recuerdo que haya habido un rey Thomson, ó, al menos, no ha llegado á mi noticia, y juzgo por lo tanto que Vd. debe de haberse referido á él.

Esto era algo que hería á Alán en lo vivo, y debo confesar que lo tomó muy á mal. No profirió una palabra más, sino que se retiró á un rincón de la cocina, y allí se sentó malhumorado; hasta que me acerqué á él y le estreché la mano, dándole las gracias como á quien debía principalmente el buen éxito de la empresa. Entonces se sonrió, y al fin se sentó en nuestro círculo.

Encendimos un buen fuego en la chimenea y destapamos una botella de vino añejo; el cesto de Torrance nos proporcionó una buena cena, de la cual participamos Alán, Torrance y yo, mientras el abogado y mi tío pasaron á una habitación inmediata, donde permanecieron en consulta como una hora, al cabo de la cual llegaron á un convenio, que mi tío y yo nos pusimos á redactar en debida forma. Según sus condiciones, mi tío quedaría en posesión de la casa y de las tierras durante el resto de su vida, comprometiéndose á satisfacer al abogado sus honorarios, y á pagarme las dos terceras partes líquidas de las entradas anuales.

El mendigo, pues, había vuelto á su hogar; y cuando me acosté aquella noche en los baúles de la cocina, era ya un hombre con una fortuna y con un nombre en mi país. Alán, Torrance y el abogado, durmieron y roncaron en sus camas nada blandas; y en cuanto á mí, que había dormido al aire libre y sobre piedras y basura tantos días y tantas noches, y á veces con el estómago vacío y con peligro de muerte, este cambio de fortuna me había abatido más que los anteriores contratiempos, y permanecí despierto hasta el alba, contemplando el fuego de la chimenea y haciendo planes para lo porvenir.

CAPÍTULO XXX

ADIÓS

Ya había llegado, pues, á puerto de salvación; pero aún tenía que atender á Alán, á quien estaba tan obligado; y además el asunto del asesinato y la prisión de Santiago de los Glens, eran cosas que me preocupaban mucho. Sobre ambos particulares hice una relación circunstanciada en la mañana siguiente al Sr. Rankeillor, paseándonos frente á la casa de Shaws, sin más testigos que los bosques y los prados que habían pertenecido á mis abuelos y que ahora eran míos.

Acerca de mi deber para con Alán, mi abogado no abrigaba duda alguna: yo tenía que hacerle salir del país á toda costa; pero en el asunto de Santiago de los Glens la cosa variaba de aspecto.

—El Sr. Thomson,—me dijo el abogado,—es una cosa, y el pariente del Sr. Thomson, es otra. Yo no conozco muy bien los hechos, pero tengo entendido que un alto personaje, un noble (á quien llamaremos, si Vd. quiere, el D. de A.)* tiene que ver con ello, y aun manifiesta mucha hostilidad en esa materia. El D. de A. es

* El Duque de Argyll.

sin duda un noble caballero, muy excelente; pero hay que temerle. Si Vd. se mezcla en el intento de frustrar su venganza, debe recordar que sólo hay un medio de presentar su testimonio, y esto, delante de un tribunal. Allí se encontraría Vd. con el mismo predicamento que el del pariente del Sr. Thomson. Me dirá Vd. que es Vd. inocente; pero el pariente de su amigo también lo es. Y si Vd. tiene que ser juzgado por un tribunal de las Tierras Altas de Escocia, y con un jurado y un juez del país, la horca es la perspectiva que á Vd. le espera.

Yo me había hecho esas mismas reflexiones muchas veces, y jamás hallé una buena respuesta que las resolviera convenientemente. Por lo tanto, le dije de la manera más sencilla.

—En ese caso, señor, dejaré que me ahorquen. ¿No es así?

—Mi querido amigo,—exclamó el abogado,—vaya Vd. con la ayuda de Dios, y haga lo que crea justo. Es muy triste, á mi edad, aconsejarle á Vd. que escoja lo que es seguro, aunque vergonzoso, y retiro por lo tanto mis anteriores palabras. Vaya Vd. y cumpla con su deber; y si le ahorcan, muera como un caballero. Hay cosas peores que la de ser ahorcado.

—No muchas, señor,—dije sonriendo.

—Sí, muchas, muchas,—replicó.—Y sería cien veces mejor para el tío de Vd., sin ir más lejos, que muriera ahorcado decentemente en un cadalso que no llevar la vida que ha llevado.

Y diciendo esto, entró en la casa, todavía muy animado; por lo que podía ver que yo le había complacido

mucho. Allí escribió dos cartas para mí, comentándolas á medida que las iba escribiendo.

—Esta,—dijo,—es para mis banqueros, la Compañía Británica de Edimburgo, donde le abro á Vd. un crédito. Consúltese con el Sr. Thomson; él sabrá lo que hay que hacer, y con este crédito puede Vd. proporcionarle los medios para ponerse en salvo. Confío en que no derrochará Vd. su dinero; pero tratándose de un amigo como el Sr. Thomson, yo sería muy liberal. En cuanto al pariente del Sr. Thomson, lo mejor es ver al Procurador General de Escocia; referirle la historia de Vd. y ofrecer su declaración; ahora, que la acepte ó no, eso lo decidirá el D. de A. Con objeto de que Vd. pueda ver al Procurador General, bien recomendado, aquí tiene Vd. esta carta para el erudito Sr. Balfour de Pilrig, hombre á quien mucho estimo. Es preferible que sea Vd. presentado por una persona de su mismo apellido. El señor de Pilrig está muy bien mirado por la facultud y se encuentra en los mejores términos con el Procurador General. Yo no entraría en muchos detalles al referir mi historia y me parece inútil nombrar al Sr. Thomson. Acónsejese Vd. con el Sr. Balfour de Pilrig; haga lo que él le diga, y, sobre todo, proceda Vd. con la mayor discreción en lo que habla con el Procurador General; y Dios le proteja, amigo David.

Y diciendo esto, se despidió de mí y partió á su casa con Torrance, mientras Alán y yo tomamos el camino de Edimburgo, volviendo á cada instante la cabeza para contemplar la casa de mis padres, grande, desnuda, fría, como mansión no habitada. En una de las ventanas superiores podía divisarse un gorro de noche

que se movía de un lado á otro; era mi tío que nos veía partir.

Entretanto, Alán y yo proseguíamos lentamente nuestro camino, sin proferir apenas una palabra. Un mismo pensamiento era el nuestro: la hora de separarnos se acercaba, y nos abrumaba el recuerdo del tiempo pasado. Hablamos de lo que debía hacerse; y se resolvió que Alán se quedaría oculto en el campo, ya aquí, ya allí, pero viniendo todos los días á un lugar dado en que yo pudiera comunicarme con él, personalmente ó por medio de mensajero. En el interín yo me avistaría con un abogado, que era un Stuart de Apín, y por lo tanto hombre de quien fiarse, y que buscaría el modo de embarcar á Alán con toda seguridad. No bien convinimos en esto, permanecimos silenciosos, como si, de repente, nos faltaran palabras que pronunciar. Creí que podría chancearme un poco con Alán, bajo su nombre supuesto del Sr. Tomson, y que él me respondería con alusiones á mis nuevos vestidos y á mis propiedades; pero es fácil comprender que estábamos más inclinados á llorar que á reir.

Llegamos, en fin, á un punto llamado el Descanso, desde donde se divisa la ciudad de Edimburgo y el castillo. Allí nos detuvimos, porque ambos sabíamos, sin necesidad de decírnoslo, que había llegado la hora de separarnos. Aquí se repitió lo que habíamos concertado: las señas del abogado, la hora diaria en que Alán debería estar en el lugar convenido, y las señales que haría el que viniese á buscarle. Le dí todo el dinero que llevaba conmigo (una libra ó dos que me había facilitado Rankeillor) para que pudiera proporcionarse los medios de alimen-

tarse entretanto; y entonces, nos detuvimos un instante y miramos á Edimburgo en silencio.

—¡ Bien ! ¡ Adiós !—dijo Alán extendiéndome la mano izquierda.

—¡ Adiós !—le dije estrechándole la mano ligeramente, y comenzó á bajar la colina.

Ninguno de los dos miró al otro cara á cara; ni en todo el tiempo que permaneció visible volví la cabeza para mirar al amigo de que me separaba. Pero á medida que avanzaba hacia Edimburgo, me sentía tan solo, tan abandonado de todos, que hubiera podido sentarme junto al camino y gritar y llorar como un niño.

Sería cosa del mediodía, cuando entré en la capital de Escocia. La tremenda magnitud de los edificios, de diez y hasta quince pisos; las estrechas puertas de los mismos, en forma de arco, por donde continuamente entraban y salían innumerables personas; las mercancías desplegadas en las vidrieras de las tiendas; el bullicio y animación de las calles y otras muchas cosas demasiado pequeñas para mencionarse, me llenaron de una especie de estupor y sorpresa, de manera que me dejé arrastrar por la multitud, de aquí para allá: y sin embargo, durante todo este tiempo, estaba siempre pensando en Alán en el lugar llamado el Descanso; y también durante todo este tiempo, sentía en mi interior una especie de remordimiento así como por algo mal hecho.

En fin, mis divagaciones, á la buena de Dios, me llevaron á las puertas mismas del Banco de la Compañía Británica.

(Allí, con la mano justamente á punto de tocar una

parte del dinero que compone su fortuna, el redactor de esta narración deja por ahora á David; y se propone, dado caso que la salud le ayude y que esté de humor para ello, y, sobre todo, que esta historia haya sido del gusto del público, referir algún día las nuevas aventuras de Alán Breck y especialmente las de David Balfour, todo esto, Dios mediante.)

FIN.

"La Isla del Tesoro.—Es una sabrosa narración con un niño por héroe, con peripecias dramáticas y conmovedoras. Conserva en toda ella una pureza y una sencillez muy dignas, que la darán franca entrada en el hogar doméstico más severo." —*La Ilustración Española y Americana*, Madrid.

*
* *

"Pan, Queso y Besos.—Es un relato fiel de esas escenas tan magistralmente descritas, que al contemplarlas experimenta el lector grandísimas impresiones."—*Boletín de la Sociedad Protectora de los Niños*, Madrid.

*
* *

"Azabache.—¡Qué alta enseñanza se desprende de la lectura de tan precioso libro! ¡Cómo se pone de relieve en sus páginas el atraso de los hombres y pueblos que maltratan, estropean, torturan y aniquilan á los animales, esos buenos amigos y compañeros del hombre en su evolución histórica y social á través de los tiempos! No es para sorprender, en vista del mérito excepcional de esta obra, las numerosas ediciones que de ella se han hecho y la circunstancia de haber sido declarada como texto suplementario de lectura en las escuelas de Massachusetts. Desde el punto de vista de la educación moral, *Azabache* es un valiosísimo contingente, que no debía faltar en ninguna familia, si esta desea fomentar en los jóvenes los sentimientos de la bondad, de la justicia y aun de la filantropía."—*La Escuela Primaria*, Mérida de Yucatán, *Junio 15, 1893*.

*
* *

"La Casa del Pantano, escrita por Florence Warden, pertenece al género de literatura moderno. Allí, pues, nada hay que no sea verosímil y el argumento está descrito con tánta habilidad, que nuestra imaginación no tiene que divagar para encontrar los personajes que figuran en la obra, aunque en distintos países y con diferentes nombres."—*El Callao*, Callao.






LIBRARY OF CONGRESS
0 014 152 628 5